

KIRAI DE LEON

ANDAR ANDANDO

TESTIMONIO DE MUJERES
DEL SECTOR FORESTAL



pehuén

CEM

Kirai de León, uruguaya, licenciada en Antropología en la Universidad de Chile, ha realizado diversas investigaciones de campo en torno al tema de la mujer campesina, su vida cotidiana, sus frustraciones, esperanzas y desafíos. Durante su estadía en Chile, formó parte del Círculo de Estudios sobre la Condición de la Mujer y, posteriormente, integró el equipo de trabajo del PEMCI (Programa de Estudios sobre la Mujer Campesina e Indígena). Actualmente reside en Montevideo y desarrolla sus actividades profesionales en GRECMU (Grupo de Estudios sobre la Condición de la Mujer).

Andar Andando es un esfuerzo serio y coherente por conocer en profundidad la vida de las mujeres del sector forestal chileno. A través de un estrecho contacto con cada una de las mujeres protagonistas de este libro, la autora busca descifrar las claves de un universo cultural a partir del análisis de las complejas y dinámicas relaciones que se establecen entre las formas de trabajo, las condiciones materiales de vida y las configuraciones simbólicas. Se trata de una minuciosa recopilación de historias de vida, y también del desarrollo de una propuesta metodológica, capaz de hacer hablar muchas vidas a través de algunas, no diluyendo la riqueza de las individualidades en lo colectivo, ni olvidando que los dramas particulares ocultan los conflictos que atraviesan a toda la sociedad.

ANDAR ANDANDO
Testimonio de mujeres del
sector forestal

Edición al cuidado de Mariano Aguirre
Diseño de Magdalena Barrenechea
Portada de Sebastián Barros

© Kirai de León, 1986
Inscripción N° 63949
© Pehuén Editores, 1986
Manuel Montt 2534, Santiago
Derechos reservados para
todos los países de lengua castellana
Primera Edición, Enero de 1986

Impreso en los talleres de
Abril impresora
Nataniel 1137, Santiago

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

KIRAI DE LEON

ANDAR ANDANDO

TESTIMONIO DE MUJERES DEL
SECTOR FORESTAL

CEM
pehuén



**Para Fernando
y Rodrigo**



“Para conocer los que somos, como individuos y como pueblos, no tenemos otro recurso que salir de nosotros mismos y, ayudados por la memoria y la imaginación, proyectarnos en esas “ficciones” que hacen de lo que somos algo paradójicamente semejante y distinto de nosotros. La ficción es el hombre “completo”, en su verdad y en su mentira confundidas. Las historias son rara vez fieles a aquello que aparentan historiar, por lo menos en un sentido cuantitativo: la palabra, dicha o escrita, es una realidad en sí misma que trastoca aquello que supuestamente transmite, y la memoria es tramposa, selectiva, parcial. Sus vacíos, por lo general deliberados, los rellena la imaginación: no hay historias sin elementos añadidos. Estos no son jamás gratuitos, casuales; se hallan gobernados por esa extraña fuerza que no es la lógica de la razón sino la de la oscura sinrazón. Inventar no es, a menudo, otra cosa que tomarse ciertos desquites contra la vida que nos cuesta vivir, perfeccionándola o envileciéndola de acuerdo a nuestros apetitos o a nuestro rencor; es rehacer la experiencia, rectificar la historia real en la dirección que nuestros deseos frustrados, nuestros sueños rotos, nuestra alegría o nuestra cólera reclaman”.

Mario Vargas Llosa



INTRODUCCION

Parcelando el campo chileno con criterios geográficos, productivos y culturales, encontramos mujeres pobres en situaciones disímiles: campesinas, parceleras, temporeras, indígenas, proletarias o semiproletarias; situadas en pueblos, en villorrios, en cordones marginales de ciudades de provincia. Al sur del país encontramos mujeres que llamamos forestales.

Estamos conscientes de que tal rótulo —mujer forestal— que la refiere al trabajo masculino, surge de la mera necesidad de aislarla del conjunto de mujeres del campo para intentar conocerla y así ver si su situación de vida engendra especificidades —culturales o materiales— que influyen en las formas de reproducción de la condición de subordinación universal de la mujer en las sociedades modernas. Inversamente, el tratar de definirla por los atributos que le son propios —y no por el traslado de los atributos del hombre—, nos conduciría a englobarla bajo la amplia y vaga categoría de “mujer doméstica”.

Porque la mujer del obrero, ¿es proletaria?

O por vivir en la población, ¿es la mujer del obrero simplemente pobladora?

Y la mujer del obrero forestal, ¿cabe dentro del proletariado maderero?

¿O es, por su lugar de residencia, campesina?

En definitiva, ¿a qué cultura responde? ¿A la del hombre y la esfera de su trabajo productivo, a la de su origen familiar o a la de su lugar de residencia? La pregunta que subyace es cómo se constituye la cultura subordinada de la mujer no asalariada, que presenta rasgos propios de sus prácticas dentro de la economía doméstica, junto con girones de una cultura trasvasijada desde los espacios de dominio masculino.

En el intento de explorar las posibles respuestas a esta interrogante para el caso de la mujer del obrero maderero, durante los años 1981 y 1982 recorrimos una amplia zona —cuyas puntas más distantes eran Coelemu, en la provincia de Ñuble, y Curanilahue, en la de Arauco— recogiendo historias de vida de sus mujeres.

A poco andar percibimos que las que llamábamos mujeres forestales vivían en dos situaciones de vida muy diversas: unas, junto a sus familias, habitan en campamentos que deambulan por los bosques; otras viven con sus hijos en pueblas o poblaciones y reciben esporádicamente la visita del obrero y la parte del salario que se ha salvado de las tentaciones del largo camino de descenso de los cerros.

De las historias de vida recolectadas, hemos seleccionado cuatro, que son las que aquí presentamos, junto con las reflexiones que ellas nos han provocado.

No hemos intentado eludir ni atenuar la influencia que nuestra condición de mujer imprime al estudio. Por el contrario, sabemos que mucho de lo que aquí decimos, lo decimos “como mujeres”, es decir, aceptando que hay un hecho —por encima de las variadas diferencias que nos distancian de la calidad de vida, los sentimientos y pensamientos de las mujeres que entrevistamos— que nos involucra doblemente: como profesionales optamos por dedicarnos a la problemática de la mujer por considerar que la condición de subordinación es común a todas nosotras pero, además, en el trabajo concreto que realizamos, es nuestra propia experiencia de subordinación la que nos da, las más de las veces, las intuiciones y respuestas que perseguimos. De un modo complejo, al analizar la vida de otras, nos remitimos a los instrumentos y al compromiso que elaboramos como respuesta a una ideología que nos determina, a nosotras y a las protagonistas de este texto: Prudencia, Elena, Juana, Rosa, Silvia y Viterba.

El texto consta de una primera parte en donde hacemos una reflexión muy acotada respecto a aspectos teóricos y metodológicos que tienen que ver con la naturaleza de la historia de vida como data cualitativamente, la línea de análisis que escogimos y su relación con la condición de subordinación de la mujer, el trabajo en terreno en que registramos las historias de vida y algunas conclusiones finales.

Para obviar la descripción desde fuera de la vida de los madereros, en una segunda parte del texto incluimos las narraciones de Prudencia, sobre los campamentos en los bosques y la de Elena, sobre la

población. Estas dos historias de vida están “compuestas”, vale decir, se ha conservado lo medular de cada grabación, eliminándose redundancias y nuestras preguntas, y agrupando trozos que aparecían dispersos pero que respondían claramente a un intento similar por describir una faceta específica de las condiciones de existencia en el sector.

La tercera parte consta de cuatro historias de vida —dos de mujeres afincadas en población, Juana y Viterba, y dos de mujeres que viven en campamento, Rosa y Silvia— seguidas cada una por la reflexión que ella nos provoca. Las historias de vida presentes en esta sección del texto, han sido compuestas con un criterio diverso al que reseñáramos para la segunda parte: si bien se ha eliminado parte de lo que resultaba accesorio según la perspectiva de análisis con que enfrentábamos cada historia de vida, se ha respetado el orden de aparición de los sucesos y aparecen las preguntas que nosotras efectuamos y que muestran cómo se fue construyendo la narración.

Nuestros agradecimientos están dirigidos a todos quienes de una u otra manera han contribuido a realizar este trabajo; pero, por supuesto, con un énfasis muy especial hacia aquellas mujeres protagonistas de este libro que nos confiaron parte de sus vidas.

La Naturaleza de la Historia de Vida

La historia de vida es un material raro, tanto por el proceso por el que se forma como por la calidad de información que ofrece.

Podemos definir el proceso de narración como una actuación, donde el observador-registrador representa el papel menos activo —aun cuando impulsa y le imprime cierta dirección a quien narra— y es el destinatario del resultado de la interacción.

Como en cualquier actuación, los elementos que el protagonista entrega no son necesariamente “confiables”, vale decir, no tienen por qué ser una reproducción de la realidad, entendida ésta como las cualidades de los hechos que son independientes de nuestra voluntad.

Es fundamental, para comprender la especificidad de la historia de vida, resaltar las características del proceso por el que se constituye —la actuación de dos individuos con motivaciones diversas, el que relata y el que registra— y cómo ellas influyen sobre el resultado final.

En este proceso durante el cual los dos actores interactúan para lograr un objetivo final —la historia—, se evidencia que las razones que los mueven pueden no ser claras ni coincidentes, lo que hace indispensable que la definición de la situación —por parte de quien registra— sea precisa.

En nuestro caso, lograr una definición nítida de la situación era casi imposible, tanto por la dificultad de transferir a las mujeres entrevistadas los objetivos de nuestro trabajo, como por la imprecisión respecto a la utilización de las historias de vida en el futuro. Pese a la larga explicación que se entregaba a cada mujer antes del comienzo de la entrevista, es difícil aceptar que se comprendió en un sentido profundo las características del trabajo de análisis y los resultados esperados. Suponemos que, a falta de claridad, la mujer trató de rellenar vacíos de información o las zonas de ésta que quedaban oscuras, con suposiciones o juegos de imaginación. Por encima de las múltiples causas que hicieron aceptar a la mujer el trabajo propuesto —necesidad de romper el aislamiento, de sentirse escuchada, de buscar cómplices a su desgracia, tentativas de recibir ayuda o de elevar el prestigio personal por su vinculación con una persona ajena al grupo y percibida como “superior”, voluntad de responder positivamente a un pedido, etc.— se establece un reto entre dos planos de intereses difíciles de conciliar: por un lado la mujer busca gratificaciones —en forma de apoyo, atención o aceptación—, por otro desea responder “adecuadamente” a un pedido, sin tener clara la forma más eficaz de hacerlo. Es razonable pensar que si en el comienzo de las entrevistas prima el segundo propósito —la mujer entrevistada va tratando de medir el efecto que su discurso va causando en la par de su experiencia y de adecuarse a las expectativas de ésta—, en la medida que se va envolviendo en los sentimientos que el recuerdo desencadena, el primer elemento —la búsqueda de gratificación— se va acentuando. Es en esos momentos que la narración logra desprenderse de las ataduras y que las contradicciones, oposiciones y contrastes surgen con mayor fluidez. Las comparaciones o contrastes aparecen, sin forzar el material, como elementos constitutivos de la historia de vida: es a partir de ellos, elementos de construcción de la identidad personal o de la imagen de sí, que se establece una relación dialéctica dentro del discurso a través de dos ejes: la oposición entre sí misma y los otros, por un lado, y la oposición entre momentos o situaciones vivenciales diferenciados de su propia historia, por otro. La historia

de vida y, a partir de ella, la reafirmación de una identidad personal, se logran entonces por dos juegos de elementos: "me identifico en las contradicciones y oposiciones entre distintos momentos de mi propia historia".

Unido a lo anterior, debemos aceptar que también nosotras nos movemos con márgenes variables respecto a qué es lícito o conveniente preguntar en cada caso. Porque si es posible pensar en la definición de una situación en términos ideales, es también verdad que, enfrentadas a una protagonista son sus características personales más resaltantes las que imponen la forma en que iniciamos la interacción. Se produce entonces una especie de tanteo en que, quien pregunta y quien responde, van vislumbrando los espacios permitidos, las zonas lícitas del juego.

De todo lo anterior surge el desentendimiento posible entre lo que nosotras buscábamos y lo que las mujeres creían que buscábamos, entre lo que nos inhibíamos de preguntar y, por eso mismo, inhibíamos a las mujeres en el relato.

Si la protagonista es la que habla, no sólo lo hace desde sí misma. Recoge la voz de los personajes que recorren la historia de vida, porque no hay discurso sin el referente de otros: la familia, el grupo, la sociedad, aun ella misma, cuando la mujer se ubica como paradigma y, desde allí, rechaza, se opone, se asimila o se compara a otros, que aparecen presentes como pares, aliados o contradictores. Pero de la narración de las conductas o de la versión de las palabras de los personajes, no podemos extraer más que la vertiente normativa o valorativa de la protagonista que tamiza, recrea o afirma. Reproduce, o intenta reproducir, lo que piensa o siente que otros dirían en su misma situación o —en caso de situarse marginalmente— a reproducir sus propios pensamientos y emociones como opuestos.

Los enunciados del área normativa, que responden más fuertemente al sentido del deber ser que a los sentimientos o contenidos de de pensamiento de la protagonista, van creando disonancias entre el discurso y la realidad. Se evidencian así las distancias que median entre un contenido de pensamiento construido desde lo social y los otros, muy variados, que por no estar explícitamente normados o por responder a zonas teñidas fuertemente por la emotividad, son elaboraciones de la actora ante sus experiencias de vida u obedecen a las exigencias de la reconstitución de la historia personal.

Pero son las especificidades propias a la historia de vida como

material —independientemente de su proceso de constitución— las que determinan las variadas formas en que puede enfrentarse el análisis. Porque si la historia de vida da cuenta de muchos planos del individuo y de articulación con lo social, son muchas las aproximaciones y lecturas posibles y, de ello, los objetivos y enfoques del análisis. Y dentro de nuestro interés por comprender las formas por las que se reedita, en muy variadas situaciones, la condición de subordinación de la mujer, también pueden ser muchos los vértices de estudio que la historia de vida ofrece.

El Análisis de las Historias de Vida

El estudio de elementos émicos de la cultura permite conocer, desde el actor, los hechos en que ha estado involucrado, siendo así que la narración de la situación y los sentimientos y juicios que la rodean, son recibidos desde el único individuo que tiene la ubicuidad de vivir y verse vivir, de expresar las motivaciones de sus actos y percibir las distancias entre ellas y su conducta y, fundamentalmente, de tener una visión no anecdótica del transcurso de su propia existencia: reconocer cómo caducan o cambian los pensamientos y las acciones, cómo los imperativos de fuera moldean su personalidad, medir los éxitos o fracasos según el contraste con las antiguas esperanzas.

Enfrentadas a la etapa de análisis del material varias dudas nos asaltaban. Desde un punto de vista muy personal, divulgar una reflexión acerca de las vidas —contadas en medio de una situación de confianza recíproca con las protagonistas y aún habiéndose explicado exhaustivamente el propósito de la recolección de las historias y los pasos sucesivos—, nos hacía sentir por momentos cometiendo una tarea de espionaje: no sólo teníamos en nuestro poder el relato de las mujeres, sino que cuestionábamos sus contenidos, dudábamos a veces de sus palabras, dábamos alternativas de lectura, establecíamos asociaciones entre partes de la narración —buscando “verdades más verdaderas” que las que la narración entregaba—, interpretábamos silencios y vacíos. En definitiva, ofrecíamos una lectura deliberada, manipulando e interviniendo sobre los materiales. Hacíamos pública la vida de alguien que, también con intencionalidad oculta, iba

construyendo un relato censurado y revisado durante el proceso de narración. Los velos que interponía la actora para variar o enriquecer los contenidos de su historia, eran los alicientes para tratar de eliminarlos o atenuarlos. Tarea por momentos ingrata, ya que nos surgen los miedos —inscritos dentro de nuestra ideología acerca de la vida privada— al no comprender plenamente las razones por la que mujeres pobladoras o campesinas asisten con alegría a la divulgación de los episodios más íntimos de su historia, con un orgullo que responde quizás a la rara experiencia de ser reconocida más allá de los límites estrechos donde gira incansable la existencia y, también, porque la ausencia de privacidad, determinada por las condiciones materiales de vida de los pobres inscribe la publicidad del relato dentro de una lógica en que todo se ve, todo se escucha, todo se sabe.

Teniendo en cuenta la perspectiva con que emprendemos el análisis de las historias, su significación o su utilidad inmediata era oscura. Si el objetivo del trabajo fuera buscar —por entre los datos narrados— la “historia real” de la protagonista, como forma de integrarla a “la otra historia”, la “oficial”, quizás la finalidad del estudio fuera más clara. Pero, desde nuestra postura ante la historia de vida, esa “historia real” no puede ser recreada: la más pura y prolija cronología de los hechos, no configura en sí una historia, salvo cuando una interpretación global —que necesariamente va unida a generalizaciones que no pretendemos— da cuenta de cómo el proceso personal se imbrica o se toca con los acontecimientos sociales.

Tomada como dato en sí, aislada de contextos más amplios —grupales o sociales—, la unicidad de cada historia de vida puede mostrarnos cuál es la intersección en que se conectan los planos de la cultura con los de la personalidad; en otras palabras, cuáles son los contenidos diversos que se refieren a la presencia de la cultura y cuáles los que responden a los factores constitutivos de la identidad de cada protagonista. Al tratar de definir, en forma más o menos precisa, la articulación entre cultura y personalidad, se hacen visibles los márgenes de libertad individual o, a la inversa, las regiones que obedecen a directrices oscuras, difíciles por tanto de eludir.

Tratar de precisar el punto en que la intersección se sitúa es imposible; pero sí es posible tener presente que al analizar un dato de la historia de vida, sabemos que tanto en el dato en sí, como en la narración del mismo, se encuentran materias diversas: unas culturales y otras relativas a la personalidad de la protagonista, entrelazadas e

imposibles de despegar unas de las otras. Y eso nos lleva a ser cautas respecto a evaluar cuánto de cada historia de vida nos dice acerca de la cultura —los aspectos generalizables dentro de los límites de su validez— y, a la vez, a tener en cuenta que hay un ancho margen de contenidos de pensamiento y expresión que sólo podemos revertir hacia dentro de cada historia de vida para convertirlos en datos explicativos de la misma.

El trabajo no se enmarca dentro de ningún modelo de análisis lingüístico. Sin embargo, se basa exclusivamente en las palabras, ya que son éstos los elementos constitutivos de la narración y que es a través de los significados que ellas tienen para las protagonistas y de las relaciones que establece entre ellas, que la narración adquiere, para nosotras, su significado.

Aun cuando el propósito del análisis excluye el apoyo de data complementaria, es indudable que influye en nosotras el recuerdo de los gestos, las situaciones, los énfasis imposibles de recrear en el lenguaje escrito y el tipo de interacción de a dos que se iba produciendo durante la creación del relato. Decir por tanto que no hay data externa a la historia de vida bordea la mentira. Muchas frases nos resuenan todavía hoy con el tono del momento, irreproducible pero registrado fuertemente en la memoria; los gestos de apoyo a las palabras se deslizan en imágenes; las emociones se reeditan cuando el discurso nos devuelve a las alegrías y pesares compartidos con las protagonistas. Imposibles es entonces eludir la contingencia.

El énfasis en el análisis de lo individual, no nos acerca a las corrientes teóricas de cultura y personalidad que, de modo general, buscan generalizaciones en base a conceptos de personalidad tipo. La posible construcción de modelos de personalidad en la mujer, nos alejaría de nuestro intento de rescatar cómo las prácticas de la economía doméstica inscritas en la relación de pareja, engendran contradicciones que se objetivan en forma concreta en la identidad singular de cada mujer.

Enfrentamos el análisis de las historias de vida de mujeres forestales, considerando las diez historias como el objeto de nuestra reflexión. Este cuerpo de materiales, es una suma de singularidades: diez universos personales, cuya riqueza pretendíamos resaltar partiendo por privilegiar su índole única e irreproducible. El otro procedimiento posible —partir del conjunto de las diez historias como unidad o, en otras palabras, partir de lo general hacia lo particular—

resultaba en la pérdida de la riqueza del dato antropológico.

A poco andar percibimos que si bien era posible profundizar casi ilimitadamente en el análisis de cada historia de vida, el hecho de enfrentarnos a la reflexión de diez relatos, iba creando dispersión y nos alejaba del intento de aproximarnos a una perspectiva de análisis del material, hábil para abordar la calidad de la subordinación de la mujer.

Ahora bien, al reflexionar en el ámbito de la mujer, generalmente enfatizamos similitudes: buscamos los rasgos recurrentes, detectamos problemas comunes y resaltamos los elementos propios de la condición de subordinación en los terrenos en que ella se expresa.

Es fácil entonces referirnos a las formas similares que la condición de subordinación asume en la existencia de las mujeres o de cada mujer en particular. Sin embargo, no se nos escapa la facilidad de tal postura, que nos aleja de ahondar en las razones que crean y reproducen la condición de subordinación y los mecanismos ideológicos por los que se sustenta: lo similar y lo recurrente siempre puede ser explicado a partir de cómo las parcialidades de "lo cultural", "lo social" o "lo económico", inciden puntualmente sobre determinadas franjas de la vida de las mujeres.

Enfrentadas a la tarea de análisis de las historias de vida optamos por recorrer el camino inverso: partir de lo que diferencia a cada mujer, según el relato que nos entrega, para tratar de aproximarnos a los elementos de identidad del género. En vez de organizar el análisis en base a categorías introducidas desde fuera —económicas, étnicas, de estructura de familia, laborales o tantas otras posibles—, destacamos la faceta o rasgo que surge como singular en cada historia de vida. La importancia de tal rasgo no depende del énfasis —por enunciación o cantidad— con que aparezca en el relato, sino por su calidad de hacer comprensible el discurso como totalidad.

Decidimos entonces seleccionar del total de diez historias de vida, cuatro que resaltaban por sus diferencias y la presencia de rasgos de interés para la reflexión acerca de la condición de subordinación.

Al centrarnos en un rasgo distintivo en cada historia de vida, confiere a cada análisis una perspectiva diversa. El camino que recorrimos ante cada historia no fue entonces preconcebido, sino que se fue perfilando tentativamente en el proceso de acercamiento y comprensión de la misma.

Desechando la posibilidad de un modelo de análisis global para el

material, nos propusimos en cambio algunos pasos que intentaron el ordenamiento y orientación del trabajo. Dichos pasos en su conjunto sólo ofrecen una postura —de las muchas posibles— para enfrentar el análisis de historias de vida y no una metodología, pero de su adopción debería surgir la solidaridad entre los resultados de los cuatro análisis.

Quebrando la secuencia de ir de los propósitos a los pasos de la investigación —que nos lleva a una inevitable reiteración— describimos cuál es la línea que atraviesa la reflexión y la unifica.

El primer paso busca el conocimiento de los elementos claves de cada historia de vida, necesarios para comprenderla. Cumple así con el propósito de conocer los elementos mínimos significativos del universo personal reflejado en cada historia de vida; de otro modo, las claves que podemos extraer del relato y que explican su totalidad. Si bien este procedimiento puede parecer tautológico, creemos en su validez por nuestra postura ante el material de análisis: tomando cada historia como una unidad cerrada en sí misma y eliminando la posibilidad de introducir categorías o conceptos desde fuera —ya sea aislados u organizados en un modelo teórico—, sólo los elementos propios del discurso son hábiles para explicarlo.

El segundo paso consistió en ordenar los elementos claves en una red de significación —que no existe como tal en la historia de vida— que se estructura con elementos fácilmente perceptibles en el discurso. Esta red de significación busca ordenar los elementos significativos del relato de modo de hacer comprensible la lógica unitaria del mismo. La elección de esta herramienta explicativa se justifica por el hecho de que se constituye con materiales y contenidos propios de la historia de vida: la red de significación —o conjunto relacionado de claves significativas del discurso— se crea desde dentro de la historia de vida para luego, desde fuera, posibilitar una mirada que desentrañe su lógica oculta y subyacente.

Una red de significación será más o menos válida, de acuerdo a este criterio, según sea más explicativa —en muy diversos sentidos— de la historia de vida; pero no necesariamente porque pueda dar cuenta de mayor cantidad de rasgos contenidos en el relato. Por eso, la construcción de una red de significación para un discurso no niega la posibilidad de otras alternativas ya que suponemos perspectivas de lectura: simplemente ofrece una, que proponemos como significativa.

Los pasos mencionados son el cauce por el que transcurre nuestra

reflexión; sin embargo, éstos no parecen explícitamente mencionados en la redacción. De la misma forma la red de significación, implícita en el texto de análisis de cada historia de vida, no aparece mencionada como tal, ni se argumenta acerca del nivel de explicación que ofrece.

La Subordinación de la Mujer en el Análisis de Historias de Vida.

Si la subordinación no aparece en forma explícita en la narración de las mujeres forestales, es en la verbalización de las contradicciones de la vida cotidiana que debemos buscar las formas en que se produce y se reproduce, las vías por las que se concreta en acciones y cómo, finalmente, se constituye en un cuerpo de normas y valores que podemos denominar cultura aun cuando, por su posición, sea cultura subordinada.

Partimos por aceptar como un hecho suficientemente probado, desde los datos empíricos hasta la reflexión teórica, la condición de opresión o subordinación de la mujer en las sociedades modernas. No nos empeñamos por tanto en probar la validez ni rescatar la suma de evidencias científicas sobre este aserto ni en profundizar en las causas que históricamente han conformado tal situación.

Tratamos, en cambio, de reflexionar cómo se reproduce la condición de opresión universal de la mujer dentro de la particularidad que posee el sector de producción maderera.

Pese a que, por el medio que habita, podríamos asimilar a la mujer forestal dentro del amplio espectro de "lo campesino", sin detenernos en las distancias que median entre las diversas modalidades de producción rural y de tenencia de la tierra, los variados protagonistas del paisaje campesino —incluyendo los grupos étnicos—, los distintos tipos de residencia, etc., resaltamos los rasgos a partir de los cuales adquiere el derecho a un perfil propio: es mujer de un obrero asalariado, inscrito en relaciones sociales complejas y con grados históricamente variables de participación sindical.

Reunidos por el trabajo, pero provenientes de muy diversas realidades geográficas y productivas, el hombre, a través de su relación directa con la producción social, va conformando una cultura que tiene una relación yuxtaestructural con su trabajo; si hablamos de una cultura forestal, es claro que debemos remitirnos al conjunto de

normas, valores y hábitos que el obrero va adquiriendo a partir de sus prácticas concretas en la explotación de la madera.

Pero para el estudio de una cultura subordinada, es imprescindible comprender cómo se conforma y se mantiene en el polo dominado: el de la mujer que, supuestamente en forma pasiva, recibe distorsionados y en forma contradictoria con sus contenidos originales, los contenidos activos que emergen de la inmediatez del hombre con la producción social. Recluida en el espacio doméstico, la mujer conserva los despojos de una cultura desplazada geográficamente y en desuso, y va agregando —indirectamente a través de su pareja o de las relaciones sociales grupales— fragmentos desorganizados de la cultura forestal.

De las dos situaciones de residencia de la mujer forestal —comparando la vida de los campamentos o “mujer sola” en las pueblas forestales— se establecen dos tipos de distancia con el trabajo del hombre. Pero independientemente de las singularidades de cada caso, la forma por la que se reedita la calidad de subordinación supone una relación en que opresor y oprimido recurren a factores ideológicos ya estructurados, contruidos socialmente.

Por sobre la condición universal de subordinación de la mujer, son las distancias que median entre ella como individuo y el trabajo productivo social, los factores y formas de intercambio que se establecen dentro de la pareja y las infinitas variables personales, las que conforman la calidad con que la subordinación se objetiva en una mujer determinada. La subordinación se rescata desde la perspectiva de la mujer que la padece y al interior de la relación de pareja que la define, donde parte de los afectos y del trabajo se transan como valores.

Del quiebre entre la esfera de la producción social masculina y la del trabajo doméstico femenino, sólo subsiste el intercambio entre una parte variable del salario del obrero y las tareas de reproducción de la fuerza de trabajo y de reproducción social. La idealización romántica de la pareja encubre las relaciones de intercambio que a través de ella se establecen, msificándolas como actos de amor.

Recolección de las Historias de Vida.

En el verano de 1981 comenzamos a trabajar en el sector forestal

para recoger relatos de sus mujeres. La escasa participación de éstas en el trabajo productivo maderero nos llevó a entrevistar a las mujeres que eran unidas en matrimonio o por convivencia con obreros forestales.

La primera salida a terreno fue un intento de apreciar, en forma más bien impresionista, las peculiaridades del trabajo forestal y de la vida de las mujeres que habitaban en los campamentos de los cerros junto al obrero y su familia y de las “mujeres solas” que viven con sus hijos en pueblas o poblaciones.

Aun cuando no teníamos intenciones de cuantificar las dos formas de residencia, decidimos tomar un igual número de casos de mujeres que vivían en los cerros junto a su familia y de “mujeres solas” que habían optado —según surge de sus palabras— por residir en poblaciones.

Recorrimos una vasta zona de bosques visitando diversos tipos de asentamientos. Desde los grandes campamentos de empresas madereras nacionales, pasando por los campamentos medianos de patrones de la zona, hasta los desarticulados que dependen de contratistas “callampas”, se establece una escala que va acompañada de grados relativamente descendentes respecto a la estabilidad del grupo de trabajadores en el tiempo, a la permanencia en cada sector, al salario y a los beneficios sociales. Utilizando los camiones madereros que circulan constantemente entre el obraje y los lugares de acumulación de la madera, llegamos a los bosques buscando la mujer que nos acogiera.

Para los casos de mujeres poblacionales, fuimos averiguando entre los vecinos, cuáles eran casadas con obreros forestales. Entre estos casos no fue necesario pernoctar en la casa de la mujer entrevistada, sino que se trabajó en una o más sesiones de varias horas.

Utilizamos pocos criterios para seleccionar a nuestras entrevistadas: a parte de su calidad de mujer de trabajador forestal y de su buena disposición para el relato, tratamos de que estuvieran representadas mujeres de edad variada y con maridos en diversas situaciones laborales.

En el año 1982 retomamos el trabajo hasta completar el número de diez historias de vida que nos parecieran adecuadas para la posterior tarea de análisis.

En esta oportunidad nos sirvió de nexo alguna de las mujeres que habíamos conocido en el trabajo en terreno previo —como es el caso de Viterba, a cuya hija Prudencia habíamos entrevistado en el año anterior y con la que, después de la convivencia de varios días en el

campamento, habíamos mantenido contactos esporádicos— y ampliamos considerablemente el área geográfica.

En una sola oportunidad, la mujer que entrevistamos tenía dificultades para comunicarse de tal grado, que abandonamos a poco empezar el trabajo. En otra oportunidad, la mujer que queríamos entrevistar nos encaminó a otra, excusándose de hacerlo por razones que no comprendimos. En el resto de los casos, las mujeres respondieron positivamente a nuestro pedido. Del trabajo total, tres de las entrevistas fueron desechadas por carecer de elementos nuevos.

En todos los casos se explicó largamente el sentido de nuestro trabajo, las formas en que se utilizaría el material resultante y su divulgación posterior. El registro se llevó a cabo con grabadora, se explicó el funcionamiento de ésta, se hicieron pruebas y se le dijo claramente a cada mujer que, si algún trozo de la historia quería reservarlo como confidencia y no deseaba que fuera publicado, debía avisar para interrumpir la grabación. Para facilitar la confianza, se probó el uso de la “pausa” para que la mujer supiera efectivamente cuándo se estaba grabando su relato.

Considerando que el material de nuestro análisis sería la historia de vida y no el contexto o las impresiones que resultaran del proceso de narración, no se llevó registro paralelo de otros datos, salvo algunos muy someros acerca del medio o la vivienda.

Las historias de vida recogidas adolecen de varias limitaciones. Algunas dependen fuertemente de la vida errante de los forestales, que hace difícil asegurar el seguimiento de la historia de vida después de traspasada a forma escrita, momento en que se aprecian cabalmente cuáles son los aspectos ausentes o los que han sido insuficientemente profundizados. En la mayoría de los casos, y contando con muy distintos tiempos para trabajar en la narración, tratamos de agotar el relato en una sola estadía en el lugar; algunas veces permanecemos días compartiendo la vida de las mujeres, otras un día entero, en otros casos solamente horas.

En tres casos volvimos a terreno con la transcripción de la primera sesión, pero el intervalo de tiempo transcurrido y la calidad de la segunda entrevista —en que se trataba de ahondar algunos aspectos o preguntar específicamente sobre otros— cambiaba el tono y la calidad de la relación con la protagonista y entregaba un material carente de entusiasmo y la fluidez del comienzo.

En algunos casos, la segunda entrevista se desarrolló con evidente

resistencia: seguramente la mujer se sentía demasiado involucrada en lo narrado y sentía pudor. Otras veces la influencia del marido o vecinos parecía atemorizarla o tener dudas acerca de lo lícito del trabajo que veníamos desarrollando. En una ocasión, la mujer eludió nuestra presencia.

Otra limitación se debe a la presencia de terceras personas. La llegada del marido, de vecinas curiosas de asistir y participar, convertía la sesión en un evento social, muchas veces de gran interés por los datos que entregaba, pero que no servía a nuestro trabajo por los límites precisos que a éste le habíamos impuesto. La presencia constante de los niños dificultó nuestra concentración, necesaria para ir registrando en la memoria aquellos datos de interés que surgen durante la narración y que deben ser rescatados posteriormente, sin distraer el hilo de pensamiento en que está sumergida la actora.

El trajín doméstico constante de las mujeres que visitamos, dificultaba durante largas horas del día el uso de la grabadora. Al no contar con ninguna hora de ocio —salvo las ocasionales de ver televisión en la noche— los momentos más propicios eran los de preparación de las comidas, en la que participábamos, ya que se desarrolla en un espacio muy limitado y es una tarea relativamente silenciosa.

Por último, hay limitaciones temáticas impuestas por nuestra opción de no presionar aquellas zonas que veíamos veladas deliberadamente en el discurso de las mujeres, y otras que surgen por las dudas en introducir contenidos, para nosotras válidos y cotidianos, pero sobre los que teníamos desconfianza acerca de su universalidad y vigencia en un mundo que apenas intentábamos comprender. Entre las primeras limitaciones, surge claramente la ausencia de alusiones a la vida sexual las que, sólo en pocas ocasiones, se deslizaron lateralmente. Las segundas se refieren a nociones sobre afectividad y —muy unido— calidad de vida, ambas relacionadas con lo que podríamos llamar la búsqueda del placer, que pueden aparecer como sombras en la narración, pero que no nos atrevemos a calificar según nuestra significación.

La forma en que se estableció el contacto, en que no mediara facilitadores o lazos que permitieran aminorar nuestra ajenezidad al medio, quizás marcaron algunas de las limitaciones temáticas a las que aludimos.

Cultura de Contradicción:

La Concreción de la Subordinación en la Mujer Forestal

Quisimos rescatar del discurso de las mujeres las formas que asumía en cada una de ellas la subordinación. Del trabajo en terreno, de las trece historias de vida que recogimos, de las diez seleccionadas como posibles para ser analizadas y de las cuatro que analizamos, sólo una, la de Rosa, parece eludir las formas habituales de representación de la condición de opresión de la mujer.

Considerando la imposibilidad de hacer generalizaciones por lo restringido de los casos y las formas de análisis propuestas, Rosa se incluyó con la finalidad de romper una constante: queríamos presentar lo diferente y Rosa es la que mejor escapa a los contenidos de pensamiento presentes en el discurso de las mujeres. Así, además, sorteamos el peligro de que se desprendan generalizaciones tácticas que a nivel del sentido común podrían deducirse por la presencia de algunas constantes.

Muchas de las reflexiones que podrían surgir al término del trabajo es claro que se refieren a las forestales. Pero seguramente podrían ser ampliadas a otros sectores campesinos o a mujeres de trabajadores asalariados del campo. No fue nuestra intención abordar ese aspecto: estudiamos el discurso de las mujeres de los forestales y carecemos de otros datos que sean comparables con los que aquí se presentan.

La primera conclusión que a lo largo de nuestro trabajo se fue dibujando, es que en las cuatro historias de vida analizadas, y en general en todo el material recogido, se evidencian, más que un conjunto de rasgos culturales, respuestas antagónicas a rasgos culturales propios de los trabajadores forestales. Si esto es así, podríamos proponer tentativamente la hipótesis de que la mujer forestal —desde su situación de subordinación— más que asimilar en forma receptiva o pasiva los elementos que el obrero va adquiriendo de su contacto con el trabajo productivo, se enfrenta a ellos con formas de resistencia que no llegan a conformarse armoniosamente en un cuerpo consistente, pero que surgen espontáneamente ante las situaciones en que las contradicciones se hacen presentes.

Con esto no queremos expresar que tales rasgos sean ajenos a la cultura forestal. Por el contrario, parecería que es el obrero quien, en las condiciones de rudeza en que se desarrolla su trabajo —calidad que no sólo tiene que ver con las prácticas de la faena y la sobre-

explotación que padece sino también con las relaciones sociales que imperan en el sector—, crea hábitos que le permiten, si no superar, sobrellevar cotidianamente la existencia. Los hábitos así conformados, son transgresiones aceptadas por el grupo a las normas universales de comportamiento, y la escasa sanción negativa ante la transgresión supone la comprensión de que tales mecanismos son el escape inevitable ante las condiciones de vida específicas del sector. Los límites de estas transgresiones, si no su contención efectiva, los vemos reflejados en las palabras de las mujeres que, individualmente, las enfrentan para salvaguardar la integridad física de sí mismas y de los hijos o evitar la desintegración familiar.

Visto de este modo, podríamos pensar que la mujer va elaborando una contracultura, cultura de resistencia o de contradicción, que no alcanza más allá de las respuestas mínimas necesarias para seguir viviendo: cultura de rechazar el ataque pero no de actuar sobre la realidad para insertarse en ella de una forma más armoniosa o feliz. Pero pese a este corto alcance, la contracultura de la mujer es una de las fases de la cultura forestal: estímulos y respuestas, no son más que las formas invertidas de aceptación de un cuerpo de pensamiento y actitudes que, por lo reciente y la desarticulada geografía del sector, no logra ser percibido como tal por sus actores. Es por esto que no en todos los casos las mujeres tienen conciencia de estar reproduciendo por su boca las palabras de muchas de sus iguales: el “yo pienso” subraya esa matriz personal desde la cual la mujer habla de sí misma sin evocar otros “yo pienso” que nosotras encontramos en los relatos.

Pero la contracultura de la mujer no sólo es réplica; la contradicción y la contención se afirman en valores propios, ya sean los que resultan de su experiencia de vida o los de escenarios culturales diversos del ambiente rural. La mujer de origen campesino ofrece una tenaz resistencia a quebrar con pautas adquiridas de su familia de origen: la estabilidad geográfica, la producción doméstica de parte de la alimentación y el vestuario, la inmediatez con la tierra y su producto, las relaciones familiares amplias y permanentes, suelen permitir que, en los límites estrechos en que la mujer de economías campesinas desarrolla sus decisiones y sus prácticas, cumpla con su destino de preservar y conservar lo nuclear de la existencia familiar. La integración al sector forestal y la consecuente inadecuación de las pautas de origen, ofrecen otro flanco donde la subordinación penetra y se

refuerza: el apego a las prácticas del pasado dificulta o trava a la mujer en la búsqueda de estrategias personales que sustituyen a las mínimas seguridades de las economías parcialmente autosuficientes; pierde así la posibilidad de cumplir con la función que tradicionalmente se le asigna y siente propia y el discurso se desequilibra entre contenidos que afirman valores y prácticas que los desmienten. La mujer de familia forestal, al tratar de eludir el destino de las mujeres, no sólo rechaza las amenazas, sino que propone, de manera difusa, alternativas que apuntan a afirmar valores ajenos al sector.

En ambos casos, ante las escasas posibilidades de analizar las dificultades que enfrenta en la articulación entre lo personal y el medio social, sortea la posible frustración buscando los personajes culpables: su pareja, los obreros forestales y "las otras" de su misma condición.

El antagonismo entre el obrero y su familia y los patronos o contratistas yace oculto por la rotación constante y las distancias que median entre las relaciones sociales de ambos grupos; la explotación se desdibuja: se valora positivamente al patrón proveedor de trabajo, salario y pulpería, las precarias y temporales redes de camaradería amistad entre las familias madereras sólo permite reconocerse como partícipes de un mismo infortunio.

Si la incorporación al sector forestal se concreta a través del matrimonio o la convivencia con el obrero, este paso significa para la mujer el alejamiento del hogar paterno —ya sea por migración o por los traslados propios al sector maderero— y marca socialmente el pasaje al mundo de los adultos.

La adolescencia, edad con obligaciones y licencias especiales respecto al trabajo, es un concepto vacío cuando lo trasladamos a muchas áreas del ambiente rural: el trabajo se descarga sobre los niños, sin distinciones de edad o sexo, desde el momento en que puedan ser útiles. Pero si el niño se hace hombre asumiendo responsabilidades directas respecto al trabajo, la mujer niña debe esperar que se cumplan las expectativas que la conviertan en esposa y madre.

Para las niñas de economías tradicionales campesinas o las de familia forestal o poblaciones rurales —en que puede no ser necesaria su dedicación temprana al trabajo por ausencia de tareas agrícolas o por la presencia de otras mujeres dedicadas a lo doméstico—, la infancia es un período de espera que se cierra al aparecer el candidato a marido.

La mujer rompe así con la subordinación de la familia de origen y pasa a enfrentar sola la subordinación propia de la mujer casada;

asume, ante sí misma y a los ojos del grupo, la responsabilidad directa del espacio doméstico en contraste con las responsabilidades mediadas por las autoridades paternas o familiares.

Lo habitual es que el matrimonio sea visto como el escape a una situación de espera y no como proyecto. Nociones unidas a la afectividad raramente son mencionadas y, varias veces, éstas son rápidamente contradichas por versiones menos convencionales y más sentidas en que la matriz sentimental de las uniones se desmiente. Las expectativas respecto al matrimonio son bajas y muy ligadas a cubrir las necesidades económicas básicas y, por sobre todo, a la noción de que la convivencia en pareja es la forma inexorable de vida: la mujer sola o es muy mal vista —no es honrada— o es la mujer a quien ningún hombre pretendió.

Es por esto que la mujer soltera siente su situación como pasajera, la casada como eterna, no sólo por la presión social y económica por las que la disolución del vínculo es casi imposible, sino porque, dentro del matrimonio, la mujer de clases populares no tiene derechos —no los siente tales— sobre su propia vida: anclada en el hogar, con poco dominio de su cuerpo y de su fecundidad, la mujer produce, reproduce y conserva una cadena de actos que crean ataduras múltiples con los afectos, con las cosas, con las instituciones y con los símbolos.

El matrimonio se convierte en la única opción: la astucia, la sensatez o la buena suerte, hacen que sea más o menos exitoso. Pero jugada esa chance, es difícil que la mujer, aun padeciendo situaciones de violencia extrema, busque salidas.

Si nos basamos en el supuesto que son las contradicciones en el interior de la pareja las que deberían ser estudiadas para poder penetrar en las formas de subordinación de la mujer, es claro que debemos mencionar cómo se da el intercambio habitualmente al interior de la misma. Del lado del hombre es curioso ver que en los casos de vivir alejado de su familia los productos concretos de tal intercambio no son evidentes. El hombre, sin embargo, pese al mal cumplimiento de la norma que determina su obligatoriedad en el mantenimiento de la familia, no hace habitualmente abandono del hogar, aun cuando espacie sus visitas. En la vida de campamento, es en cambio clara la ventaja del hombre que cohabita con su familia: no paga por el trabajo doméstico, ni debe realizarlo él mismo, y ejerce la autoridad sobre quien lo cumple.

Mirado el intercambio desde la perspectiva de la mujer, éste parece reducirse a un plano puramente simbólico; si no es claro el prestigio de la que tiene marido, es claro el desprestigio de la mujer sola. Para la mujer que habita en pueblas, la presencia masculina no parece cumplir ni siquiera con necesidades afectivas o sexuales; para la mujer de campamento, mal se ve recompensada la rudeza de los trabajos domésticos y la calidad de vida errante, por un salario siempre menguado por el despilfarro de los hombres.

Por sobre este frágil y desequilibrado intercambio, la desconfianza, los celos y la violencia rondan la vida de las mujeres. En las palabras de su discurso están presentes las estrategias para eludirlos que van de la huida a la ausencia de respuesta. Aislada y mal mirada, la mujer desconfía y teme las consecuencias del trato con "las otras" y es desde esa soledad que elige, que asume como válidos los juicios que construyen su "mala nombrada".

Y es allí donde posiblemente la subordinación se afianza: no sólo la mujer no se rebela ante el juicio adverso sino que lo ejerce contra sus iguales, lo que en definitiva, no es más que la acción de revertirlo contra sí misma. Se refuerza así el prejuicio externo al grupo desde dentro, la consecuencia es la consolidación del aislamiento de la mujer.

II. DOS LUGARES, DOS MUJERES

ELENA

Población Villa Alegre, Penco.

Nací en el Sur, en Reumén, un pueblo chico que quedaba en una parte de Valdivia. El papá trabajaba en Osorno en una firma que hacía caminos. Ahí tuvo un accidente y falleció, así que quedamos siete hermanos, yo tenía entonces cuatro años, era la menor.

Después que quedó sola mi mami, ella se preocupó de los demás, yo quedé con mi abuelita, mi mamá vivía en Valdivia y yo tanto estaba en Valdivia como estaba en Reumén con mi abuelita.

Ella era sola. Trabajaba en negocios así para el campo: salía con carreta con bueyes. Echaba una semana cuando salía, pero llevaba de un todo. Ella tenía sus caseras allá que la esperaban, que la querían mucho. Así que se iba con un sobrino para que le arreará los bueyes, los desenyugara, todo. Llegaba a una cierta parte donde la esperaban matrimonios, ella tenía conocidos y si iba en la mañana de madrugada, llegaba ahí para las seis, las siete de la tarde a una casa. Ahí alojaba, vendía un poco, al otro día se iba más allá, hasta donde se le terminara el negocio. Cuando no tenía plata, ya la harina, el trigo, las papas, eso ella traía de vuelta, entonces iba dejando una parte en la casa y la otra la iba reduciendo en plata para que el capital le siguiera. En el tiempo de la cosecha de la cereza —había muchas cerezas en el sitio— vendía. Iba a Valdivia. Y las aves también, porque a veces cambiaba fruta por gallina, por huevo, por queso, todo eso lo traía y lo reducía a plata. Muy rara vez me llevaba. Y con eso ella mantenía la casa y me dio la educación, poco fue, pero me dio hasta sexto año.

Ella me enseñó a hacer todo, que siempre me decía: “después te casai, no vas a ser mujer para hacer nada, porque vai a ser cómoda, así que tenís que aprender bien a hacer todo para que tengas tu casa limpia”.

Como a los ocho años me enseñaba a hacer comida: cómo se pelaba una papa, me enseñó a hacer pan. Tenía que ayudarle a torcer, ella tenía una máquina que se hace con una madera y se pone un hilo en un tubo y se va pasando para torcer. Hilar si que no pude aprender: cuando yo iba estirando así la lana se me cortaba, que la cosita que le llaman la tortera para ponerle el huso para que quede pesado, lo hallaba muy pesado así que le tiraba mucho y se me cortaba la lana. Me enseñaba a bordar también, a tejer crochet, y me ha servido bastante.

Y de ahí ya me fui a trabajar a Valdivia. Trabajé de niñera dos años. Y de ahí a casarme. Cuando lo conocí en Valdivia él era amigo de un hermano mío. Mi mamá era muy delicada, estuvimos dos años cuatro meses pololeando. Nos veíamos poco porque a mí no me dejaban salir, mi mamá era muy estricta. Era sábado o domingo que lo veía. No sé qué es lo que me gustó de él.

El trabajaba en una firma constructora de caminos y lo trasladaron para la isla de Chiloé. Ahí estuvimos siete años en la isla, de ahí yo ya me alejé de mi casa y de mi familia.

Cuando llegué aquí ¡uh! ¡qué extrañé! Allá la gente chilota es muy trabajadora, la gente chilota ya no es apatronada como nosotros por aquí que tenemos que vivir de un trabajo. Ellos tienen todos sus pedazos de tierra, cultivan, siembran las papas, las verduras, todos los días están ofertando en la puerta de la casa. Llegan con sus canastos, el queso, la carne, todo eso lo pasan vendiendo por las casas. Esa gente trabaja mucho y son alentados. Tengo compadres chilotas de los dos hijos mayores, bauticé allá, hice los dos bautizos... Son fiesteros, poque todos los domingos, que ya un curanto, ya mariscales ¡y barato!

¡Los campos!... ¡Se ven partes lindas todo a la orilla del mar! Allá se ven cosas que aquí no se ven.

A mí me gustó mucho la vida, el lugar y la gente. Porque son amistosas, cariñosas, no hay un mal entendido, nada, porque la gente vive preocupada de su trabajo, de su huerta, porque todos viven de eso. Las poblaciones eran puros pescadores. Pero lo que tienen bueno es para tomar. Hay mucho alcoholismo, las mujeres también, porque en las noches ¡es tan húmedo! Porque allí se oscurece un poco y llueve. Ellos se van a la pesca, ya tendrán que llevar su damajuana de vino, y llegan al otro día de mañana, y ya llegando tiene que esperarlo la señora en la playa en la mañana...

Y la manera de vestirse... Porque ellos no le van a usar el zapato, y no van a andar bien elegantes tampoco, porque ellos dicen: “¿qué sacamos?”. Allá cuando conversábamos: “otro mundo” —así le llaman allá— “¿cómo será?”. Porque el tren no lo conocen ellos ¡piensan que es una cosa!.... Igual que su manera de hablar, de tratarle, porque no es igual que uno vaya a conversar una conversación. Ellos así como un susto que conversan “Jesús —dicen— ¿cómo será por

allá, en el otro mundo, en el otro país?”. Porque algunos conocen hasta Chacao no más, fuera de la isla nunca han salido.

Para el pan sí que son malazas, ahí vinagre es, y le echan harta manteca, así que queda duro. Un día le dije a una señora: “Yo le voy a hacer pan, así hacemos nosotros el pan”. “¡Qué! —dijo ella— en el otro mundo se hacen otras cosas porque se ven cosas mejores”. Y yo le dije que no: “si se ve lo mismo, pero es otra costumbre”. Así que le gustó mi pan.

Y ahí ya el mayor tuvo problemas de una enfermedad que le daban ataques y me dijo el doctor que era muy frío para él. Y nos vinimos a Curacautín, no más por la mejoría del mocoso, porque ahí tengo mis suegros.

En Curacautín una señora me enseñó a santiguar, eso me enseñó porque mis hijos vivían ojeados. Entonces me dijo: “siempre va a andar mija en eso, así que yo le voy a enseñar”. Ella me enseñó a santiguar y a quebrar el empacho. Era una señora muy católica y tenía un altar de la Virgen de Lourdes. Y como quince días fui yo a que ella me enseñara: cómo se le rezaba a las guaguas para los santigueros, a persignarlas. Para el empacho se le da el remedio, como un purgante para que le corra, ella me enseñó que le diera el limón con aceite y un poquito bicarbonato; que tomara una papa, la pelara y la rayara y el juguito de la papa lo revoliera bien con el limón y el aceite y se lo diera antes de quebrar el empacho. Entonces se coloca la guagua de guatita y le empieza a sobar bien el estómago. Y ahí se le va tirando el cuerito. Porque a mí misma me llegan montones de guaguas para santiguarlas. Y yo les estoy todo el rato rezando.

En Ancud al “ojo” le llaman “susto” y no santiguan tampoco como santiguamos nosotros por aquí. Allá buscan una enredadera que sale en las rocas. Porque una vez el chico mayor se me ojeó a mí. Vino una señora y dijo que era susto. Me dijo que llevara la guagua y buscaba eso y parece que lo masticaban y después llegaban y le levantaban la camiseta y le tiraban eso, así como para que se asustara. No se si rezará..., eso no me fijé porque la señora tomó la guagua y se ganó más allá. Yo no tenía idea porque recién había sido mamá, porque uno cuando tiene los niños empieza a ser novedosa en remedios, porque antes ¡a quién! Y nunca más se me ojeó allá, no ve que tenía cuidado, tenía miedo yo que se me ojeara ¿y quién? si eran escasas las señoras santiguadoras.

Y el ojo es conocido, es cuando una guagua se celebra, cuando cualquier persona dice “¡oh! que guagua más linda!” o le hacen algún cariño así, ahí le sube la fiebre y se le pone un ojito más chico. Pero no es mala intención, porque los mismos papás ojean sus hijos. Como enfermedad es.

Yo creo que hay mal. Porque yo misma tengo una experiencia bien dura con mi hermana. Una señora pensaba que mi mamá iba a desparramar a los hijos cuando quedó viuda, ¡cómo eran siete!... Entonces le dijo a mi mami que le pasara la niña esa y mi mami le dijo que no se la pasaba. Entonces la señora la amenazó que no le iba a lograr, que no le iba a durar mucho la niña. Y de un rato para otro apareció enferma, se hinchaba, hablaba sola y comía como un perrito,

no por sus manos. Y de ocho años hasta los diecinueve duró así, a los diecinueve años murió. ¡Por dónde no vieron médico! No le encontraban enfermedad, y una señora, una machi, le dijo a mi padrastro que tenía ya en la sangre, que no iba a durar mucho. Era para el lado de Osorno y les mandó una botella de remedio, pero al llegar a la casa no sabía si la iba a encontrar viva —dijo— porque ya estaba mal, y justo cuando mi padrastro llegó, murió. Por eso creo.

En Curacautín mi marido empezó a trabajar en el bosque. Trabajó en invierno con el papá. Pero por ahí ¡era tan helado! Un hermano, aquí mismo en la población, le dijo que acá había trabajos en los bosques.

Ha tenido hartos cambios de patrón, porque los trabajos le han durado por temporadas, por meses no más. Ha estado en Cabrero, en Yumbel, en Santa Juana, en Penco, para el lado de Lirquén, ha estado en Guanuraquí, en Hualqui, en Constitución, en Talca también. Cuando estuvo aquí, en Penco, llegaba todas las noches: pero cuando está más lejos, no. Por ese camino para arriba también ha estado, pero ahí llegaba a la semana.

No es como un trabajo que llegue todos los días a la casa, no sé, el hombre se acostumbrará porque ahora que están los chiquillos grandes, como que le molesta el boche. Dice, “¡cómo no pueden estar callados!”. Se acostumbran solos los forestales, de venir a dejar la plata no más y “tú arréglatelas como podai con los chiquillos”. Porque a mí me pasa así, a lo mejor a las otras que salen los maridos a trabajar lejos, posiblemente les pueda pasar, porque yo acá tengo que ver con la cuestión del colegio, una enfermedad, cualquier caso de apuro tengo que andar yo adelante.

Entre los mismos hombres se conversan: “¿qué será que están haciendo?” y ya se ponen a pensar. Como tal mi marido ha cambiado, no está igual que cuando llegaba todos los días a la casa. La mayoría aquí y los escucho, como que tienen desconfianza, ya un amigo les dice: “¡ah! fue a dejar la plata y el Lalo tiene que estar en la casa” —“el Lalo”: que hay otro hombre—. Es difícil la vida, siempre le digo: “no me gusta tu trabajo, porque ya empiezas con tus mañas”.

Aquí hay una señora que cuando llegué aquí era una señora de su casa, cuidaba de sus niños y el marido trabajaba en forestal. Y llegaba: “que me dijeron esto, que te vieron con un hombre, que llega gente a la casa, que quizás me estás haciendo tonto”; y le pegaba. Entonces la señora, no sé si será miedo, ella sale de su casa, arranca. Pero en ese caso yo le hallo la culpa al hombre porque si el hombre sabe qué es lo que tiene, no va a andar con esa desconfianza. Porque uno tiene que mirar su casa, sus hijos, su crédito. Y yo a esa señora siempre le he hallado razón, porque el hombre como que la impulsa a hacer lo que no debe. Yo por lo menos jamás la he visto. No puedo decir: “sale por puro gusto o va a hacer lo que ella quiere”, no.

A ellos, hagan lo que hagan, no hay que decirles nada, porque él es el que manda, él es el macho de la casa. Somos las mujeres las que tenemos que estar al pie del cañón. Ellos nunca, ni aunque cometan cosas malas, ellos nunca van a

decir: “tenís razón, es verdad lo que hago”. Porque aquí mismo el mío, cuando hace una embarrada: “si soy yo el que trabajo y me saco la porquería, así que no tiene nada que decir la mujer: no me mandái”.

También ya se juntan, se pagan, llegan y los amigos los invitan, les dicen que vamos, y al que no quiere ir le dicen: “que tu mujer te manda, que querís llegar corriendo, que sos tacaño pa’ gastar”. Y para que no le digan eso, se van a tomar. Cuando llegan a la casa, llegan con el cuento del tío.

Una vez llegó con la plata perdida. No se quiso venir porque lo invitaron a una pichanga. Cuando llegó aquí yo estaba trabajando en el aseo y me contaba que le habían robado la plata. Y yo pensé —porque estábamos pagando una letra— ¿y cómo vamos a hacer para pagar la letra?. “No —me dijo— la suerte que me dejaron justo la plata de la letra”. “Pucha —le dije— mira que tan consciente, y saber que tan exacto que era la plata ésa y doscientos pesos para el pasaje”.

Entonces como si ellos tienen desconfianza, uno tiene más desconfianza en ellos. Yo, como trabajo en el Mínimo, apretándonos la guata. Tengo que decir: “no se sirvan mucho de eso, dejen pa’ otro” y así nos podemos barajar un poco. Y repetidas veces me lo ha hecho. Así que yo no confío nada, porque cuando viene con sus pillerías, la boleta de pago no la muestra, y llega siempre atento a entregarme la asignación y entonces con la asignación compro las cosas. Y así me viene conque: “tenís que hacer rendir esto”, entonces así eso no me gusta. Porque yo sé las cosas: yo tengo que hacerlas alcanzar para el mes.

Ahora sé que tengo que estar sola. Y como que se siente medio extraña una cuando llegan y empieza a chorear. Yo le digo: “yo estoy acostumbrada sola, así que no me vengai na’ a retarme porque no me gusta eso a mí”.

Cuando llega curado ¡uh! no calla nunca la boca, puede pasar una noche entera hablando. Entonces como que regaña, hay veces que le ahorra a los chiquillos, a veces a mí también. Y los chicos como que le pierden el cariño a los hombres que están lejos, como que no tienen ese respeto. Claro, se alegran cuando va a llegar, pero estando él aquí, casi no lo toman en cuenta. El niño se acostumbra con la pura mamá no más.

Será que estoy acostumbrada, pero no lo echo de menos. Yo le digo a él: “a mí me da lo mismo”; me acostumbré a estar sola. Se conversa con tantas señoras y algunas dicen que no pueden estar sin el hombre, otras dicen que le da lo mismo, otras están pensando: ¿con quién estará? me está haciendo tonta que cuando llegó a mí no me hizo nada. Otras conversan: “ahora que tengo tratamiento me puse más fría”. Son conversaciones de mujeres que conversan sus historias de los maridos. A mí me dicen: “pero cómo, señora Nena, ¿si él no viene nunca? yo estoy acostumbrada que viene él —ya hay uno que se llama Pancho, que otro Manuel, José... a que venga todas las semanas y cuando no viene es porque tiene otra mujer por allá”.

Si él se toma su plata, yo no le voy a decir: “estai compartiendo con otra mujer”, no. Si llegara a tener una cosa así, siempre hemos tenido esa conver-

sación los dos: “mira, llegas a tener algún problema o alguna cosa con otra mujer, sé franco conmigo y dime, yo no te voy a joder ni te voy a molestar en nada”. Nunca lo he celado, no soy celosa. El me da las explicaciones claro. Yo las mastico pero no se las trago, pero de tomar, eso es lo que pienso.

Pero ya no lo echo de menos, cuando llegó, llegó no más.

A él le gusta comer a cuerpo de rey. Cuando llega, ya le mato su gallina y le hago su cazuela, queda bien comido. Se bota a regalón a veces, se afeita y le sirvo en la cama su taza de café.

Los chiquillos dicen: “¡ah! llegó visita, llegando visita hay que estar dándole once en la cama. ¿Cómo mamá a nosotros no nos da y a la visita sí?”.

Ahora llegó enfermo, estaba resfriado. Al otro día no amaneció nada así. ¡Si venía harto pálido, si no tenía ni colores! Traía cara pura de trasnochado. Al otro día yo me reí. Me dijo “¿qué te reís tú?”. “Si parece que tu enfermedad era pura trasnochadura tuya no más —le dije yo— no te creo nada, ¡amaneciste rosadito!”. Y me dijo: “¿pensai que yo tomé vino?”. “Sí pues, ¡si eso fue lo que te hizo mal!”.

Yo no me descuido con la casa, porque es bien delicado, que no le gustan las cosas desordenadas, le gustan las cosas bien limpias, su ropa. Llega y me trae toda su ropa, entonces me deja la ropa cochina y se lleva la limpia. Todo eso le gusta que esté limpio.

En el campamento tienen piezas y tienen literas. Ahora está solo con un caballero. Cortaron la litera porque el caballero, el otro, llegaba curado, se hacía pichí de arriba y le tocaba al otro de abajo, así que separaron mejor porque amanecía meado al otro día.

El ha tenido que aprender a hacer todo. No sé como aprendió porque cuando he estado enferma él ni pan hace, y ayer me dijo: “yo sé hacer pan ahora, otra vez que venga te voy a hacer pan”. Porque es cómodo, cómodo, pero ahí en el trabajo aprendió. Se hace su sopa, o deja cociendo porotos, con trigo mote dice que los hace...

Tienen una cocina para todos, tiene fogones, quizás cómo se las arreglarán ahí, se turnarán, no sé. Porque yo le preguntaba que en qué cocían pan y me dijo que hay como diez hornos de lata. Y ahí hacen su pan, si no hacen tortilla.

¿Cómo conversarán?, ¿qué dirán? Eso le hago siempre la pregunta: “¿qué conversarán ustedes?”. “Ahí unos se ríen, unos juegan al naípe, otros cocinan, otros —dice— se ponen a bailar, a cantar, otros lavando...”.

A veces van juntos a distintos lados, a veces pasan tiempo que están juntos los mismos hombres. En este campamento de ahora son como más de cien trabajando. Parece que este año sigue trabajando para el invierno, si no se va a ir a Constitución con otro patrón que lo recibe para la plantación con el pago al día: saca menos.

El siempre trabaja con motosierra de la firma, pero hace un año trabaja a medias con un caballero que compró máquina.

Si él encontrara una pega se viene cerca; pero si no, él tiene que estar así, por todos lados. O si él encontrara una parte que nos llevaran, nos lleva. Pero no me gusta, uno por los niños y la escuela. Y no me gustaría andar con las cosas por aquí y por allá. Me dijo ahora que había una posibilidad que nos podíamos ir a Nacimiento. Y yo le pregunté si duraría la pega por ahí, porque si me va a llevar por un mes o dos... Yo le decía que en la temporada de verano debíamos estar juntos, ir nosotros ya a hacerle la comida, que estén los chiquillos con él, que les sirva de veraneo; pero así de irnos, no.

El cabro mayor ya salió de la escuela, salió de octavo, no sé si podré seguir mandándolo o irá a quedar hasta octavo no más. Los otros dos están en séptimo y en quinto.

El piensa llevárselos a trabajar cuando ya estén grandecitos, dice que ahí vamos a estar mejor, porque va a llegar más plata: "que crezcan más y salgan de la escuela y me los llevo a trabajar". Ellos contentos, van a trabajar con su papá, que les enseñe a trabajar con la máquina.

A mí no me gusta eso. Quiero que ellos estudien y puedan trabajar en otra cosa. Soy yo la aficionada a que estudien los chiquillos. Porque él tiene un hermano que estuvo en la Industrial, tiene su cartón, tiene todo y no ha podido encontrar trabajo y también sale a trabajar en esto del bosque. "¿Para qué estudió tanto para andar en los pinos? —dice él— ¿cómo yo no hice ningún curso y estoy en los pinos? ¿Para qué estudiar: para tonto?". El me dice: "ahora no vale el estudio". Y cuando llegó dijo que los chiquillos estaban ociosos, que estudiaban tanto que se iban a volver malos de la cabeza, que él había estado trabajando, de ocho años parece que empezó a trabajar, y que estaban criándose como regalones. Así que regañaba, "que estos cabros tan delicados, yo me crié con puros pavos de harina y ninguna enfermedad".

El quiere que tenga otro chiquillo más. Pero yo no quiero, está muy pesada la vida. Porque hay que pensar que el mes es largo para comer. Yo tengo tratamiento, el lippet. Y él quiere que me lo vaya a sacar: "que cómo, que los chiquillos salen a jugar, que quedo sola, que podemos encontrar la niña mujer ahora". Pero con tres chiquillos ya está bien difícil, porque el hombre sale no más y uno queda aquí. Es difícil. En el invierno a mí me ha tocado a las dos, tres de la mañana, viento y agua y metida en el barro bajando el cerro. Se lleva mucho el cargo uno no más; por lo menos aquí yo le hago de hombre y de mujer.

Los cabros ayudan. Hoy salieron a buscar mora y esa la traen para venderla, pasan ofertando en las casas y se la compran. Van a vender todos los años, empiezan a juntar para comprar útiles, los cuadernos. Se compran con esa platita hasta sus pantalones y zapatos.

Y no me falta quehacer en la casa, arreglar una cosa, otra. Lo más duro se lo dejo a él. El dice: "claro, vengo a descansar y me dan más pega". Como tal, ahora estaba llenándose el sitio para abajo de zarza y tengo unas matas de zapallos y se juntan ratones cuando no se limpia. Así que esa pega se la tenía para él.

Y me dejó con todo rozado para abajo. La huerta no le gusta. Pero todos los años tiene un chanchito y lo mata para septiembre. Vendemos un poco, hacemos prietas, chicharrones, entre los dos lo hacemos y nos queda la manteca para el año.

Este año no sembré mucho, los porotos ya los arrancamos todos, las papas las sacamos, eran pocas. Porque decían que teníamos que cercar diez metros para abajo de la casa no más, que no teníamos que limpiar para sembrar. Porque las tierras son de una firma y no quieren que les boten los pinos; pero hay partes en que no hay nada de pino. Este año voy a sembrar más. Cuando viene él me ayuda sí. Viendo que yo bajo cuando dejo ordenado aquí arriba, bajo a picar y él me ayuda.

Todos los días bajo, a veces estoy dos horas, una hora, media hora. Porque hay que dejar tiempo para todo un poquito. Los niños ayudan para regar y todas las agüitas del lavado las ocupo también. Ya lloviendo no se riega tanto. Antes tenía todo eso lleno de jardín y donde ha ido emplanando él para agrandar el patio se me perdieron las plantas, así que este año otra vez voy a tener que estar en las mismas.

Las otras personas que no hacen huerta, es dejación, comodidad, gusto de pasar necesidades. Porque ¡todos los días uno no tiene plata! Y uno va a la huerta y saca un par de papas, un par de porotos, se hace una sopa y sirve de mucho. Por aquí la mayoría es gente de fuera que ha estado en el campo, no sé si será dejación o ya no les gusta sembrar. Porque uno cualquier cosa que prepare, va y busca sus hebritas de perejil o cilantro y ya le da otro color.

Para el 11 de septiembre vino un operativo, ahí siempre nos vienen a ver, la única fecha que se acuerdan de Villa Alegre. Y vino el Alcalde y preguntó que cuánto tiempo estábamos en comedor y que si trabajábamos voluntarias. No fue que nosotros lo solicitáramos, fue él que nos ofreció. Pero ahora ya la gente no ayuda más. Antes nos ayudaban con leña, nos mandaban los niños a tirar agua. Ahora tenemos que subir el cerro por leña. Se puso más difícil.

Somos tres las mujeres que trabajamos en el comedor infantil por el Mínimo. Se le da el puro almuerzo a los niños. En casos que sean muy urgentes siempre se les ha cooperado a las familias, en velorios que no tienen cómo hacerle alguna cosa, o gente que no tiene trabajo y está pasándolo mal. Incluso el comedor ha estado con gente damnificada, que se le ha caído la casa, que el techo se le ha volado. Pero ahora ya no nos llega comida hace tres meses, sólo nos queda leche.

Antes que empezara en el comedor, que fue en 1974, participé en el Centro de Madres. Pero ahí nadie conversaba, no importaba si el vecino de al lado hubiera tenido comida o no, teniendo nosotros. No compartíamos nada. Y con el comedor sí. Mi marido participa también, corta leña para el comedor, lleva la máquina para arriba y la troza.

Uno no puede decir: es mala suerte, le fue mal. Porque una misma se da cuenta de que el país está mal, que no hay trabajo.

Ahora él trabaja con contratistas. Pero éstos a veces no pagan, se atrasan, a veces dan un precio y después dan otro: sale más bajo. A veces dicen que les van a dar el comestible y después se lo descuentan. Y las libretas suelen no estar al día.

Y el Mínimo no es ninguna solución. Para el puro día que se paga la gente puede tener para pan, llevar medio kilo de azúcar, un poquito de yerba. Y una tiene que estar toda una mañana afuera, si llueve, llueve no más, y tiene que estar en la fila. ¡Y no van a pagar rápido! Dicen en la mañana: "vayan a hacer la fila", y a las tres, cuatro de la tarde vienen a pagar. Y a veces revuelven hombres y mujeres, ahora esta quincena que pasó ¡era una apretadura! Siempre se comenta: "fuera más plata, nos tendrían una semana asoleándonos o si no mojándonos".

Por lo menos antes nosotros pasábamos el mes lo más bien con lo que él ganaba. Ahora hay meses que apurados compramos las cosas de comida para que no nos falte. Y no se compra carne, cuando se llega a comprar jurel es cuando dan seis pescados en diez, allá en la playa.

Porque yo me acuerdo que en otros gobiernos no hemos pasado la necesidad. Y aquí es la cesantía más grande. Este invierno la mayoría va a pasar hambre.

Es una población difícil. Difícil la gente, hay mucho alcoholismo. Van a tomar abajo, hombres y mujeres. Cuando hay alguna cosa que compartir con la gente, yo comparto, pero no teniendo algo, yo, en mi pura casa. No voy a ir donde una vecina, no. Y como tengo como cuatro vecinas que les gusta hartito el vino entonces dicen: "la señora Nena no comparte con nosotros, ella es rica".

Si mi marido toma, yo no le voy a seguir lo mismo. O si él me exige: "tenés que tomar conmigo", yo no le voy a aceptar. Porque aquí hay niños que se avergüenzan de las mamás. Dicen: "¿por qué tendrá ese vicio?, ya está curada, toda cochina, toda hecha pichi". Yo creo que es falta de valor no darse a respetar por el marido, porque ¿cómo el hogar se va a destruir por causa de que dos personas estén tomando?, ¿y los niños? Yo le hallo la culpa a la mujer porque se somete o le dice: "bueno, te acepto". Yo no me estoy admirando, que cuando haya una comida o una fiesta no tome un poco de vino. Pero borrachera no.

Porque aquí, que ya llegan a una casa y el cariño más grande es mandar a buscar un litro de vino y con el primero ya van llegando otros. Entonces los chiquillos anda como petroleros para arriba y para abajo dejando vino de vuelta y vuelta. Una mujer que toma dice: "me da tanta rabia, ya están los cabros de porquería pidiendo pan, y salgo para abajo y me tomo una caña y curada no siento hambre y no siento cuando me piden los cabros: estando yo curada, no siento pena".

PRUDENCIA

Coelemu

Yo soy de Curacautín, pa'l lado de Temuco. Ahí nacimos todos nosotros, éramos diez hermanos y yo fui la última.

En Curacautín mi papi trabajaba en la estación cargando carros. En el invierno arrumando la madera que llegaba de los fundos y haciendo castillos.* También cuando había un aserradero cerca, trabajaba en los bancos, en eso trabajaba hartó. Y después se aburrió, quiso salir a conocer para estos lados y trabajar en un banco.**

Mi papá y nosotros nos vinimos. Después nos criamos en todos estos trabajos acá con mi papá. Por ahí, donde había escuela cerca, mi mamá nos ponía, y ya tocaba que teníamos que cambiarnos; teníamos que salirnos de esa escuela, llegábamos a otra parte. Y así total que nunca terminábamos bien a estudiar. Así anduvimos. Estuvimos en Concepción, después nos vinimos pa'l lado de Chillán, estuvimos cerca de Tomé trabajando en una firma que tenía barraca ahí en Punta de Parra, estuvimos en Coihueco, en Linares y Chillán, y ahora por Santa Filomena y también en La Montaña cerca de Coelemu.

Ya después que los demás se fueron casando, quedamos dos no más, la otra hermana mayor que mí y yo. Mi mami se cabreó de andar andando así y ya no

* Forma piramidal de apilar la madera aserrada.

** Lugar donde se instalan las máquinas y se encastilla la madera procesada, para ser retirada por los camiones.

andaba más. Porque mi mami era muy enferma, a ella le daban ataques al hígado y era enferma del corazón. Así que le dijo a mi papi que tenía que arrendarle casa en Chillán y ya no salía más a andar por los campos. Arrendaron casa en Chillán y pude entrar bien al colegio. Yo tenía diez años cuando nos fuimos a Chillán.

El recuerdo mío era que a mi papá cuando joven le gustaba harto el vino. Era mañoso con mi mami. Así que ella sufrió artazo. Le pegaba, porque a la hora que llegaba en la noche, a esa hora mi mami tenía que estar en pie esperándolo y si él llegaba con amigos tenía que atendérselos. Y si no lo esperaba y no quería atenderlo, ahí le pegaba.

Desde que tengo conocimiento, él nunca nos castigó. Pero mi mamá sí, nos dimos cuenta que ella nos crió y nos enseñó a la voluntad de ella. Porque mi papá nunca se metió en alguna cosa de nosotros, mi mamá no más. No nos pegaba muy tupido, nos pegaba una vez al año a veces, a los dos años nos venía a castigar, pero ahí se le juntaban todas las que hacíamos, así que nos daba duro. Y ella no nos pegaba ni con huasca ni con correa, sino a palo no más, hasta donde le aguantaba el palo. Lo que menos le gustaba de ver eran malas caras, así que aunque nos hubiese pegado, después teníamos que andar riendo con ella, si no, nos volvía a pegar.

Después cuando estaba chica también tuve un accidente, me corté con un hacha en una pierna y mi mamá nunca se preocupó: nunca le gustó andar metida en los hospitales... nada nuevo. Cuando nos enfermábamos nosotros, en la casa nos mejorábamos, con remedios que nos hacía ella, o si no, a la voluntad de Dios no más. Nos decía que por chijetas o por andar ahí jugando nos pasaba. Y me dejaron así hasta que se me corrompió toda la pierna. Así que al final yo no jugaba, no tenía apetito de comer, porque después ya se me durmió la pierna, y era que me estaba entrando gangrena al hueso. Ahí al final ya cuando mi hermano me vio la pierna, le dijo a mi mamá qué eran las miras de ella de dejarme así. Cuando yo no podía andar, la obligaron, mi papá y mi hermano, que tenía que llevarme al hospital. Es que a ella no le gustaba andar con nosotros, en su pura casa no más. Y si ella salía, salía sola: nadie sabía si ella tenía hijo. Cuando estaba joven salía, como sabía tocar la guitarra pa' las fiestas era buscada pa' tocar y cantar. Tocaba cuecas, tonada, corrido, todo. Así que salía para las fiestas y a nosotros nos dejaba con los más grandes, quedaban de dueños de casa.

Ahí de Chillán, mi mami me mandaba con mi papá pa'l campo, pa' que le hiciera la comida. Tenía como doce años ya. Y como nos crió mi mami, de chiquititas —de ocho años— nos enseñaba a hacer todas las cosas de la casa: el pan, todo. Así que de diez años nosotros éramos cocineras viejas. En el tiempo que no me tocaba colegio me mandaba pa'l campo con mi papá, a lavarle, hacerle la comida, el pan. Yo no más, porque la otra, como era mayor, esa entró a trabajar. Era yo la que andaba no más. Como andaba mi otro hermano, Leandro, casado también, yo quedaba al ladito de mi cuñada Marina, así que no

estaba tan sola. Y en el tiempo que me tocaba la escuela, ya me iba pa' Chillán otra vez. Pero yo estudié hasta los trece años no más, porque como nunca podía terminar bien el colegio, después me dio vergüenza entrar a la escuela muy grande y solamente a tercer año. Y le dije a mi mamá que no estudiaba más: no entré más a la escuela. Pero aprendí a leer, a escribir. Mis hermanos también estudiaron poco, porque todos de chicos les gustó de trabajar, así que dos de ellos trabajaban de lustradores, salían con su cajoncito a lustrar en el pueblo y ahí ayudaban pa' la casa a todos nosotros. Ellos dos, el Omar y el Leandro, andaban solteros y se fueron a lo forestal.

De ahí también entré a trabajar: mi papá no alcanzaba pa' vestirme a mí y a mi mamá. Después ya fui una señorita, ya quería andar bien arreglada también; como vivía en el pueblo me daba vergüenza andar pobre.

De primer sufrí harto, echaba de menos la casa, me daban deseos de irme pa' la casa en las tardes. Después ya me acostumbré, ya después me gustaba de trabajar y ganar mi plata, vestirme. Así que estuve en Chillán trabajando de empleada en una casa, después en Concepción y después me fui para Santiago.

Ahí ya mi mami se vino pa'l campo otra vez, se vino aquí a estos fundos. O sea que ella se venía por temporadas y de ahí se volvía a Chillán. Cuando se vino p'acá, en el invierno se enfermó. Le tocó un cambio de una instalación a otra y estaba lloviendo y en esa parte se estaban cayendo los pinos encima de las casas con el temporal que hubo. Mi mami se mojó y como estaba delicada de salud le dio bronconeumonía. La llevaron bien mal al hospital y me escribieron mandándome decir. Yo tuve que partir, le pedí permiso a la señora y vine. Cuando llegué mi mami estaba bien, en la casa, aquí en el campo, en el banco. Venía por venir. Mi mami me dijo porqué no me quedaba para las Cármenes, que faltaba una semana no más. Yo le dije que no, la señora allá se podía enojar, así que mi hermano el Leandro le echó una mentira; le escribió una carta: que mi mamá todavía estaba enferma y estaba sola así que no podía hacer las cosas. La señora me mando a decir que me quedara otra semana.

El Luis ya había hablado antes con mi mami de mí. Así que ahí me comprometí con él yo. ¡El tenía harta familia en ese tiempo! Tenía ocho en la casa, ocho niños. Bueno, yo por hacerle juicio a mi mamá —como ella me aconsejaba siempre que tenía que mirar un hombre trabajador, que no importaba cómo fuera, y él como era así, era maestro y trabajaba en un banco, no me iba a faltar nunca de comer ni ni una cos— me comprometí con él.

Cuando llegué a Santiago, a la semana me empezó una enfermedad a la cabeza, así que no pude quedarme. Se me empezó a corromper la cabeza. Me vio el médico y me dijo que se llamaban hongos, como pajaritos que me iban corrompiendo por debajo y eso era de mucha humedad. Los remedios no me hicieron nada. Así que me vine, llegué de sorpresa. Mi hermano me peló.

Me fui donde una médica que me dijeron que había bien buena, que vive aquí en Coelemu. La primera vez que fui no me dijo ninguna cosa. Después, a la

segunda vez, le dijo a mi mami que había sido una travesura que me habían hecho, por envidia. Mi mami le dijo que por qué, cuando nosotros éramos pobres y si yo andaba bien arreglada era porque trabajaba. Y la médica le dijo que no era de envidia por lo que teníamos, sino que muchas veces las personas lo hacían por reírse de otros, si una persona se veía mejor que otra, o andaba mejor arreglada.

Así que la médica me mejoró. Me hacía unos lavados con puras yerbas de campo y me hizo tomar zarzaparrilla: con eso me mejoré. Desde entonces que no me corto el pelo. En ese tiempo me puse a vivir con él. Entonces él me dijo que no me cortara nunca más el pelo porque a él no le gustaba el pelo corto. Ellos dicen que esa es la belleza de la mujer, me dice que el día que me corte el pelo, ahí vamos a pelear.

Cuando yo me puse a vivir con él, me puse a vivir así no más, porque él era casado y la señora se había ido y le dejó con todos sus niños, se fue con otro hombre. Se llevó puramente los dos más chicos que tenía, y tenía diez, así que le quedaron ocho a él.

Yo tenía dieciocho años, el más grande tenía dieciséis años y la más chica tenía seis. Yo me hice cargo de todo. El no era mañoso ni atrevido conmigo, ni una cosa. El no pelea con nadie, su modo es así calmado, puede andar con la rabia, enojado, pero no dice nada, calladito no más, se le pasa solo.

Los cabros eran medio mañosos, acostumbrados solos, no querían que los mandara. Ella se fue en el año 68, y yo me junté con él en el 71, así es que estaban acostumbrados a hacer lo que querían, no me hacían juicio a mí de primera. Todos esos años estuvimos viviendo así juntos no más. Después ella murió por allá, en manos del otro hombre.

Cuando murió ella ahí pudimos hacer los trámites pa' casarnos. Nos casamos por el civil y por la Iglesia en Coelemu. Yo ya tenía los tres niños que tengo.

Cuando mi papi jubiló aquí en la firma, siguió trabajando un poco más todavía. Lo dejó el patrón que trabajara. Después —como ellos eran los dos solos y había gente que necesitaba trabajo con familia— el patrón lo cortó del trabajo. Mi mami no quería irse porque quería andar al lado mío no más, porque todo el tiempo anduvimos juntas. Así que la otra hermana, que está en Portezuelo, que tiene sitio, empezó a decirles que qué iban a andar andando, les dijo que mejor se fueran para allá, hicieran casa; y así se fueron.

Cuando se fue mi papá, ya hacía un año que Leandro no estaba en el banco. Leandro podía haber seguido trabajando si no hubiera sido porque partió para Chillán, conoció otra mujer y se fue pa' allá.

Ahora somos ocho, nosotros dos, los tres niños míos y tres de los cabros de él. El Juan, el mayor, trabaja en el banco. Ese, desde chiquitito le gustó trabajar. Le ayudaba a un caballero que lo quería artazo. Lo ayudaba a trabajar con los bueyes y siempre cuando quería fallar, tenía una cosa que hacer, dejaba a Juan como reemplazante con los bueyes. Y después tocó que el viejito se enfermó y el

Juan quedó con los bueyes, pero para mientras que el viejito estaba así enfermo —estaba como reemplazante no más— y después el viejito no tuvo mejoría y murió y ahí el Juan tuvo posibilidad de quedar trabajando. El patrón lo dejó con los bueyes porque sabía que era aplicado con el trabajo.

Luis todavía no le ha dicho al administrador que le dé trabajo al Iván. Y hay otro hijo casado, pero la señora está con la mamá, allá del otro lado, porque como él no tiene trabajo, tanto está aquí como está donde la suegra. Viene aquí a la casa allegado para la comida. Ahora estaba trabajando en Ñipas en los cortes de trigo y llegó ayer no más. Luego empiezan las vendimias y ya salen a trabajar los dos, él y la señora.

Los casados se casaron con gente del banco. De chicos se conocieron, como anda todo el tiempo la gente junta, crecen juntos y después se casan unos chiquillos con otras chiquillas de los otros bancos y así. Así se van casando.

La gente de aquí de los bancos no pertenece a los fundos, sino al dueño que compra los bosques: él compra el bosque no más, los pinos. Entonces uno tiene que hacer la casa donde corresponde. Donde compran los pinos tiene que hacer su casa uno. La gente que está a cargo aquí del fundo tiene que por fuerza dar permiso para que uno haga las casas. Todo el tiempo tenemos que andar cerca, así como van cambiando las instalaciones, tiene que cambiarse uno: deshacer la casa y cambiarse pa'l lado del aserradero. Tiene que reunir todas sus cositas y echarlas en carrito, si es lejos en camión, y irse; igual que los gitanos.

En este fundo ya no quedan más bosques, ahora tiene el patrón que entrar a comprar en otra parte no más, en otro fundo y llevar los bancos donde hayan más pinos para explotar. Nos hemos cambiado de casa dos veces —en este fundo— en un año que estamos. Y no sabemos acaso vamos a pasar el invierno aquí o no; porque si le queda trabajo pa'l invierno, lo pasamos aquí, y ya este otro año, para la primavera, cuando termine el bosque, nos sacan y nos llevan quizás para dónde. Si es que nos llevan pa' otros lados como para Chillán, Concepción, tienen que llevarnos en camión. Si es en invierno, tienen que sacar las cosas en catango* para Coelemu, y las dejan en la estación, en la bodega, hasta que llegue el tiempo bueno. Si le llueve uno tiene que estar ahí pa' no mojar las cosas, porque si toca que tiene que ir lejos en el camión y no tiene con que tapar, se mojan. Así que hay que esperar no más. En los camiones pueden llevar de a dos o tres familias, si son matrimonios solos con pocos niños pueden llevar tres o cuatro en un solo camión.

Y allá obligados a esperar que llegue maderita no más, se levanta la casa entre varios, en uno o dos días se puede dejar armado. La casa donde duerme la gente es la más que hay que apurarse. Para la cocina no importa, se puede hacer fueguito afuera.

No creo que nos cambien en invierno ¡es tan terrible! Igual que nosotros

* Pequeño carro de dos ruedas tirado por una yunta de bueyes.

cuando llegamos de Dichato en la noche, nos vinimos con todo p' acá. Nos cambimos en febrero, pero se puso tan malo cuando llegamos, así que debajito —como en esta parte así— unos chiquenes de estos mismos y así en la veguita estábamos y con la camita debajo y ahí se cayó la guaguita y la encontré en el pastito. Tenía como un año ¡pero chico todavía! Y una noche ¡ya se descargaba el agua! Y ahí, con fueguito, no me quería acostar porque decía yo: “se va a poner a llover”. ¡Y sin tener dónde! Nosotros no hubiera sido nada ¿y las cosas? Menos mal que no nos llovió. Después llovió cuando teníamos la casa hecha. Es triste cambiarse lloviendo...

Los que tienen casa estable, dejan la familia. Aquí hay varios que tienen donde vivir. Y uno no, porque donde anda el banco, tiene que andar uno, porque no tiene terreno donde quedarse estable.

La única vez que estuve sola fue cuando Luis fue a un fundo en Magdalena, p'al lado de Chillán. Ahí quedé al lado del banco, servía de cuidadora con los chiquillos de él, los míos estaban chiquititos. Todos los trabajadores se fueron, yo fui la única que quedé más sola p' adentro. En la noche no dormía nada, porque había unos eucaliptus grandes al lado de la casa y con el viento ¡zumbaban tanto! Yo, en las noches, del miedo no dormía, porque parece que iban a caerse arriba de la casa. Para los hombres también no es lo mismo estar solos, porque tienen que hacerse la comida y trabajando en el banco no les queda tiempo. El puro cafecito no más, pancito y ñeje, porque a veces tienen que traer de la casa, tiene que durarle su semana el pan, porque no le va a convenir pagar pensión donde están. Por eso es preferible que ande todo el tiempo uno con ellos.

Cuando él se fue a Magdalena fue porque le ofrecieron que le iban a pagar bien y como aquí le pagaban más poco en ese año, pensó que iba a estar mejor.

Pero nos fue más mal. Sería donde teníamos la costumbre de que todas las cosas las daban aquí en la pulpería*, entonces allá se nos hacía más difícil: todo había que comprarlo, de la harina para abajo, y a veces el sueldo que ganaba no nos alcanzaba para comprar todo.

Aquí no, aquí da la pulpería, el patrón, la pulpería pa'l mes, y la platita que le queda libre ya uno tiene para comprar las cosas que le faltan, como tal la ropa, cosas para la casa. Según la familia nos da la pulpería y uno pide las cosas pa'l mes.

Al patrón en la oficina tiene la pulpería. Ahí tiene de todo, tiene un almacén ahí. A buscar la pulpería van los hombres y van algunas mujeres también. A Luis le gusta todo el tiempo que vaya yo a recibir las cosas.

Los quince le corresponde venir a pagar y los veintiocho o los treinta a la pulpería.

Después, todos los de un banco traemos las cosas en catango.

* Parte del salario entregado en alimentos.

Aquí, el dueño es uno: el de la plata, el de todo. Y fuera de él hay otro —el patrón de nosotros— que es el administrador de los bancos. El tiene que hacer con todos los bancos y el patrón le da la plata para que le pague a la gente aquí; para la pulpería, para todo. O sea que el patrón de nosotros es el administrador, por algún reclamo no le va a ir a reclamar al dueño, hay que reclamarle a él.

Y otro es jefe aquí de los bancos, tiene que contar la madera y pasar los días, nada más, tiene que anotar al que falta. A veces es medio complicado, como tal ahora él anota los días. Y antes no, porque antes los maestros anotaban los días, les daban su libreta de tarja, entonces él ponía el nombre de todos los obreros de su banco. Ahí le iba anotando cuántos días trabajaban en el banco y cuándo les tocaba trabajar al día. Así, todo eso lo iba anotando el maestro, y después ese libro iba y se lo pasaba al jefe para que arreglara los días, para que cuadrara cuántos días tenía él y cuántos el maestro. Y ahora no, ahora el jefe no le pide los días a Luis, los anota él no más. Hay trabajadores que le pone días de falla y no fallan, y fallando un día a la semana pierde toda la semana corrida, o sea que pierde el día domingo y los feriados.

Cuando trabajan en el banco, ahí trabajan a trato. Entonces cuentan la madera y sacan la cuenta: cuántas pulgadas salieron diarias entre todos los trabajadores. Cuando no trabaja el banco, se pagan al día. A veces cuando toca que un banco trabaje muy rápido, les faltan los trazos para aserrar, entonces ahí tienen que parar y trabajar al día hasta arrumar los trozos para aserrar. Y ahí trabajan a trato otra vez.

Todos ganan lo mismo, no importa el trabajo que hagan. Los que ganan sueldo distinto son el maestro, el partidador, el tirador y el motosierrista, los demás, los peladores ganan lo mismo que el maderero, el tablero, el bocasierra.

Si en marzo hay que cambiarse, Luis tiene que escoger la parte donde vea que queda bien el banco para encastillar la madera. El maestro tiene que ir a mirar dónde está más parejo, y si toca una parte donde no haya plano, tienen que emparejar, sacan así de un cerrito y emparejan. Y él, donde dice que se va a intalar el banco, ahí tiene que empezar a voltear primero el motosierrista. Entonces después cuando ya se termina de voltear, los madereros empiezan a limpiar.

De ahí tienen que desarmar todo donde están trabajando y llevar las máquinas con los catangos.

El maestro es el cabecilla de la gente del banco, él tiene que ver con la palanca, él tiene que saber cómo pasar la madera, cómo tienen que sacar los palos. Así que los obreros, lo que él dice y cómo tienen que hacerlo, así lo hacen. El sabe cómo queda bien el banco.

En el año 64 yo lo conocí a Luis y era maestro, y quizás de qué años antes él ya trabajaba de maestro. De primera empezó a trabajar de partidador. Total, que trabajó en todos los trabajos del banco y después aprendió de maestro y así quedó todo el tiempo.

Cuando se cambia el maestro, por obligación tienen que ayudarlo a hacer la casa los otros trabajadores.

Nosotras aquí estamos todas en la casa haciendo las cosas del marido y nada más. Porque en estos bancos ¡qué! uno no tiene tiempo de dedicarse a otras cosas. Yo, cuando estaba en Chillán, cosía cositas, me cortaba mis vestidos y me los cosía a mano. Pero con estos trabajos no le queda a uno tiempo libre.

El año pasado vino una visitadora de Concepción, a organizarnos aquí a nosotras. Así que nos metimos todas las señoras de los bancos. Y después la visitadora no vino más. Y dejó una señora encargada en Coelemu, que viniera una vez al mes para hacemos reuniones y que nos siguiéramos organizando bien. Pero la presidenta que escogimos no sabía dirigir ninguna cosa, así que después no seguimos más. Y algunos maridos empezaron a enojarse: "que íbamos a puro leerse allá". Antes había Centros de Madres entre las señoras aquí de los bancos, pero hacen años atrás. Ahí hicieron sí hartas cosas. En ese año que había que hacer cola para comprar, aquí no nos llegaban todas las cosas, a veces había que ir a Coelemu a encargar antes el azúcar pa' poder tener. Para todo eso se hizo el Centro de Madres: cuando faltaba alguna cosa nos reuníamos y se juntaban en Coelemu con los otros Centros, y por ahí conseguíamos.

Cuando vino la señora a empezar con el sindicato, vino uno de Santiago y uno de Concepción, vinieron cuatro dirigentes. Así que entonces nos mandaron a juntar a todas las mujeres. Fuimos todas y ahí le explicó la señora a los esposos de qué se iba a tratar esto, pa' que diéran permiso pa' que se inscribieran las señoras, porque el sindicato que se iba a formar entre las mujeres pertenecía casi al mismo de los hombres. Entonces, si en caso que algún problema tuvieran los hombres que no los escucharan a ellos, entonces uno como era mujer tenía más posibilidades de que la escucharan. Yo era la secretaria, como yo era la que más sabía leer y escribir, a mí la señora me dijo: "usted para secretaria".

Después, cuando empezaron los hombres... ¡porque más que íbamos a reuniones y veían que no hacíamos nada, pues! Total, que no nos juntábamos nunca todas, y se fueron desmoralizando las demás.

Aquí en el banco de Luis hay como diez familias, acá andamos cuatro familias, los otros viven del ladito de arriba no más. Nosotros nos cambiamos porque aquí quedaba más cerca del banco, pero somos siempre los mismos desde que llegó el banco de Dichato, hace cuatro años.

Como todos nos conocemos y todos andamos juntos no se mira a nadie como extraño, de amistad no más. Algunos tienen sus problemas por ahí, para los pagos. Toman y se curan y tienen sus peleas con sus compañeros, pero ¡qué! ¡de curados!... Toman en las partes donde manejan vino, de los fondos pa' abajo manejan vino, y ahí van y tienen sus peleas.

Para las mujeres la vida de los bancos es de la casa no más, hacer sus cosas de su casa y andar donde andan los bancos. Aquí todos compartimos, todos iguales... Como tal, ahora que estamos en la trilla del fundo, una invita a la señora

que es de más confianza ya pa' que le ayude a cocinar, así que unas con otras nos ayudamos cuando tiene que hacer las cosas. Si es día domingo llegan hartos, el último que trilla, es fiesta.

La fiesta que hacemos aquí en la casa es pa' San Luis, porque él todos los años celebra pa' San Luis. Así que tengo que hacerle no más, él invita a la gente que quiere invitar pa' la casa, para que lo vengan a acompañar pa' su santo, así que se amanece ¡a veces estamos dos días!

Aquí en este fundo se planta pino no más, se terminan los pinos, entonces los encargados de los fundos al otro año rozan todo eso, lo queman y siembran trigo. Y cuando el trigo ya está grandecito, tienen que plantar pinos. En todas partes donde hay trigo hay pinos plantados ya, tienen que plantarlo cuando el trigo está así tan altito, porque así se planta, así plantan aquí. Así como voltean el pino, sólo después salen los pinitos, van escogiendo la planta mejor y la van plantando. Y después, cuando cortan el trigo, entonces no lo alcanzan a cortar con la hechona y sale p' arriba de las cañas, asoma el pinito.

Esto lo trabaja la gente que está a cargo del fundo. Los fundarios solamente trabajan la tierra, son como inquilinos, trabajan a medias con el patrón.

Pero cuando hay siembra la gente de los bancos también los ayudan, los domingos y los sábados después de doce hablan con la gente del banco pa' que los ayuden, les dan la comida y después, cuando cosechan, les dan sus granitos de trigo: todo es cosa de arreglo.

Solamente este año nosotros sembramos trigo a medias con un fundario. Los otros años nunca habíamos sembrado. Luis puso un saco no más, así que en total se pueden cosechar diez sacos, y de los diez tiene que repartirse con el encargado del fundo, la mitad recibe. El trigo es pa' gasto de la casa. Lo más que se ocupa es en las aves. Hago harina tostada y mote también; yo no tengo molino de mano así que consigo uno con las vecinas que tienen. Y uno tuesta y va a conseguir molino y va a moler. Se tuesta en una callana, una cosa larguita de lata con un palito y se le pone un alambre y el trigo adentro, y hay que estarlo moviendo para que no se queme. Cuando queda doradito, ahí ya se saca. Y se toma con agua, cuando hay vino se toma con vino, y con agua caliente es ulpo.

Cuando sabe uno que va a estar un poco de tiempo puede hacer su huertecita. Tal como aquí mismo, pongámosle que fuéramos a estar un año más, esto quedaría todo huerta. Porque allí del otro lado, donde estuvimos nosotros, hicimos. Yo planté cebollas y sembramos porotitos y allá quedó la huerta, está al otro ladito no más. Ahí queda una cuñada y mi madrina. A ellas les dejé encargado mi huerto. Como está cerquita, en las tardes voy a dar mi vuelta. Ya hay tomatitos, pero no he ido a tomar todavía.

Pero poco puedo hacer porque ya tengo un dolor de espalda y yo digo, bien sería las apaleaduras que me daba mi mami. O porque en el invierno tenía que lavar igual no más, y a veces me tocaba ir a enjuagar al bajo y me pillaban las nubadas de agua, así que ahí quedé con el dolor de espalda.

En el invierno a los hombres les gusta salir a conejear: los perros los agarran. Cuando están los perros nuevos empiezan a sacarlos a los conejos y como ven a los más grandes, ahí van aprendiendo.

A pescar salmón salen todo el tiempo y también a cazar pajaritos: tórtolas, gallarétas, tordos, zorzaes... y yo los hago así a la olla. En este época está el maqui, en el tiempo de la mora salimos a la mora para hacer dulce, en la de las avellanas, cuando están maduras ya, hay que empezarlas a cosechar pa'guardarlas pa'l invierno.

En el invierno es harto triste, sobre todo cuando se enferman los chicos. Tiene que ir enterrada en el barro hasta los tobillos, para abajo y de a pie no más, porque ¡de adónde va a sacar un vehículo! Y los camiones no trabajan en invierno —no ve que es puro barro— ni las carretas a veces pueden andar y los bueyes son de la firma. En caso de enfermedad los prestan si es un obrero, pero como tal que se le enferma una guagua o un niño, tiene que llevarlo en brazos hasta Coelemu. Una que es mala pa' andar, echa sus tres horas y media en llegar y si va con un niño chico, más todavía. Cuando estaban más chicos mis niños, me tocó el invierno viajando.

Por eso en el mismo hospital —cuando uno iba pa' allá a tener las guaguas— le dicen que se ponga en tratamiento. Ahora le preguntan cuántos niños tiene uno y según los niños que tenga, le dicen que se ponga. Recién hacen tres meses no más me pusieron la T. El no quería ni por nada que me pusiera. Por eso anduvo de harta mala gana.



III. LAS HISTORIAS DE VIDA Y SU ANALISIS

Subimos al cerro donde está asentada la población Villa Alegre, en los márgenes de Penco, buscando a la señora Elena. Conversando con algunas mujeres del sector mencionaron a Juana, dejando traslucir veladamente que era prostituta.

Días después, en la hondonada por donde corre el hilo de agua de que se surte la población, la conocimos casualmente. Juana es una mujer de rostro cetrino y facciones aindiadas, si no tradicionalmente bello, de gran interés. Su cuerpo es pequeño, enjuto y huesudo y lo mueve con algo, que tratando de transmitir, llamaríamos disimulo. Seguramente Juana se cree fea: así debe ser vista en el ambiente pueblerino. Hoy en día debe tener treinta y tres años.

Conversamos de la vida en Villa Alegre y ella nos preguntó acerca del trabajo que veníamos haciendo con la señora Elena. Se mostró curiosa e interesada: traslucía cierto deseo de participar, aunque también desconfianza. Fijamos un encuentro para días después.

A nuestra llegada Juana se mostró desilusionada: entendió de nuestras palabras —seguramente mencionamos el término entrevista— que el trabajo era para la televisión, esperaba ver llegar cámaras de filmación. Cuando le explicamos cuál era la forma de registro que utilizábamos, asintió entre risas en narrarnos su historia de vida.

La casa de Juana es de las últimas situadas en la calle única que trepa el cerro boscoso: la pobreza va instalándose cuesta arriba, cada vez con más fuerza.

El terreno que la rodea está lleno de maleza; lo que, malamente, podríamos llamar vivienda, se ve desde fuera como un conjunto desordenado y confuso de maderas. En la pieza de estar hay un fogón en el suelo, cacharros de cocina colgados de las paredes, algunos cajones apilados y, en un rincón oscuro, una mesa y sillas. Las dos piezas dormitorio permanecieron cerradas.

El día fijado para la segunda entrevista, Juana no estaba en la casa y sus hijos no supieron explicarnos su ausencia. Nos fuimos con la impresión de que había eludido nuestra visita. En dos ocasiones posteriores, meses después, las vecinas dijeron que se la veía poco en la población.

La transcripción de la historia de vida de Juana fue difícil: maneja un español pobre, sus frases son muchas veces oscuras y su voz hosca y gutural dificultó la audición.

Si la motivación que nos llevó a conversar con Juana era conocer la situación, desde sí misma, de una mujer a la que el grupo señalaba transgrediendo la normatividad, el producto que resultó tenía otros énfasis: es el discurso del quiebre de una cultura, y, más ampliamente, el de la migración de la mujer campesina.

Pese a las muchas lagunas y temas abordados superficialmente, la historia de Juana nos cautivó por su porfiada búsqueda de una definición personal, entrecruzada por la narración de los avatares de una vida desgajada. Conscientes de sus limitaciones, decidimos incluirla dentro de las historias de vida a analizar.

JUANA

Población Villa Alegre, Penco.

¿Dónde nació usted?

En Nueva Toltén. Eso queda en Temuco. pa' allá, cerca de Temuco. Ahí vive mi papá. Mi papá es dueño de frutales, cría animales, siembra. Son campesinos, son mapuches: trabajan su campo, lo siembran y después lo cosechan. Así trabajan, así pasan la vida, sembrando después cosechan, venden y el invierno no lo trabajan.

Es tierra de ellos no más. Cada uno vive en su terreno que le pertenece, parte de mis tías, mis tíos, y ellos dos. Mis tías, que se casaron con su esposo, se fueron pa' otra tierra... mi papá vive en la casa, y mis tías que viven cada uno en su casa, pero en el mismo campo.

¿Y hay otras familias mapuches por ahí?

Hay hartas, pero son extrañas, no son acollaradas con nosotros, son de la misma raza pero no son familia, no llevan el mismo apellido que llevo yo. Así que ellos trabajan ahí.

Como ser mi papá, le pasa la tierra a la persona que tiene maquinaria pa' trillar, pa' barbechar, pa' sembrar. Que hay unas máquinas especiales que allá siembran y cosechan. Entonces mi papá, al que tiene más campo, más maquinaria, que son más ricachones, mi papá les pasa la tierra a medias. Entonces los ricachones siembran y después se cosecha y se reparten los sembrado. Se reparten con unos gringos. Son gringos los socios de mi papá y son socios porque trabajan a medias.

¿Cuántos hermanos son en la familia?

Somos nueve, éramos diez en total, cuatro hermanas mujer y seis hombres. Como falleció una hermana, ahora quedamos tres no más y mi papá y mi mamá. Y ya mis abuelitos son muertos.

Mi mamá era mañosa conmigo, porque a la única que quiso es la que está en Chillán, porque la hija que tiene en Chillán es ricachona, más decente que todas nosotras: tiene su casa, tiene todo. Es hija de ella, legítima de ella no más, no de mi papá. Nosotras que somos legítimas, porque llevamos los dos apellidos, de mi papá y de mi mamá, no nos quiere. Como dice que fue la primera hija, la quiso más a ella, tiene el apellido de mi mamá no más.

Claro, esa es la que tiene más, porque más educación le dio que a nosotras. Nosotros somos hijas legítimas ¡no nos dio educación! Como ella fue la primera le dio educación, y sacó su título de modista y peinadora. Dos título tiene ella y hoy día tiene una mujer cómoda, tiene todo y nosotras no tenemos nada. La situación en que estoy aquí...

No sé. Mi mamá... que los campesinos son así. O sea que a mí no me quiso porque me casé con un chileno: mi hermana era casá con la misma raza. Ellos tienen campo, tienen animal, tienen guita, tienen de todo, y yo me casé con un chileno que no tiene nada. Entonces esa es la vida del campesino: no quieren que su hija, por ser mapuche, se case con otra gente que no tiene, con un chileno pueblino.

Claro que aquí hay harto gringo que está casado con la misma raza, están con las mapuches comprometidos, tienen sus hijos, se casan. Hay unos gringos que son más blancos: esos son gringos que hablan el idioma de ellos, no son chilenos. Igual que éstos, los mormones que les dicen. Esos son gringos, entonces se casan con la raza mía y hacen su vida y forman su hogar, tienen sus hijos y trabajan. Porque el gringo trabaja al lado de la tierra del mapuche y con la tierra de ellos.

Y como yo no me casé con la raza mía, mi mamá no me quiere. Mi mamá no me quiere. Mi mamá tiene campo; es mujer de bienes y soy la única yo más humilde, más pobre, soy yo la única.

De once años me vine pa' acá, pa'l pueblo de Concepción, con una señora que me trajo a escondidas, pa' venir a pasear, y era comadre de mi madre. Yo no conocía Concepción, yo no sabía nada. Yo a esa edad era una mujer hecha y derecha.

Fue a escondidas: "voy a llevarte para que conozcas Concepción", me dijo. Y yo me vine porque pensé que era cerquita de mi casa, ahí donde vivía yo, cerquita de la estación, porque yo nunca salía... al campo: sembrarlo, cosecharlo, criar animales, lo único que sabía no más. Iba a la escuela de aquí cerquita, pero yo no me imaginaba que la señora me iba a traer aquí.

Y tuve que entrar a trabajar por fuerza. La señora me quitó la ropa, como traer empleá. Y yo no sabía hacer nada, no sabía hacer encerado, porque en el sur no se encera. Güeno, ahora sí, pero antes no se enceraba.

Igual la comida del sur, no es como la comida de aquí del pueblo, porque si usted en el campo hace una olla de comida, le echa tallarines, le echa papas, le puede echar zanahorias, chuchoca, de todo. Hacen un revoltijo y echan harta vedura.

Entonces aquí es diferente: una comida del pueblo no es igual como en el campo. Yo estaba acostumbrada a cocinar en mi tierra y comía hartito, no como aquí que me están midiendo, me dan pedacitos de pan duro; como ser, pan de hoy a mí me lo dan pa'l otro día.

Entonces no le aguanté, porque yo le dije que no era empleá, mi papá le iba a atrincar con los carabineros, no tenía porque traerme. Como menor de edad, mientras no le den permiso sus padres... yo era mocosa joven, mocosita, que no sabía que pensar.

Pero no me encuentro tan disconforme como estoy.

No volví más, solamente escribí pa' allá, porque mi papá buscaba por Santiago, por el diario, había puesto en la radio. Después cuando recibió la carta, entonces supo que yo estaba aquí, pero tampoco sabía donde es, porque la dirección no la mandé yo.

¿Qué hizo en Concepción?

A trabajar no más, me fui con una comadre de la señora que me trajo a escondidas. Me tuvo lástima, yo le conté la situación mía, porque ¡con la pura ropa puesta! no traje nada para cambiarme. Eso sí, que le saqué dinero a mi papá, a escondidas, eso no le miento. Porque le saqué plata a escondidas y con esa plata que traje yo me compré zapatos, ropa, ropa interior, lo principal.

Así es que después trabajé, y así, trabajando, me gané la vida. Yo pasaba llorando, no comía, me sentí mal, porque no era igual que el trabajo del sur, andar ordeñando animales, sembrando papas, picando tierra, porque yo no estaba acostumbrada a lavar, cocinar y tantas cosas.

Ahí estuve trabajando cinco años con la señora. Ella me cumplió, porque yo nunca fui manilarga, ni fui contestadora, lo que ellos me mandaban lo hacía. Entonces me querían, hasta ahora me quieren, porque yo nunca fui propasá con ellos. Me retiré porque ganaba un sueldo muy bajo, ganaba cinco pesos y las otras empleadas ganaban dieciocho. Así que me retiré y me puse a trabajar en el hotel.

Y después, cuando tenía quince, dieciseis años, ya pololié y tuve a la Cecilia, la mayor, la otra niña. Soltera...

El papá de la guagua, ese se ahogó en la laguna de San Pedro. Yo tenía cinco meses de embarazo. Fue mala suerte mía.

Yo seguí trabajando hasta que tuve la guagua y después conocí a mi marido. Este es el papá de la Lidia, me casé con él y le dije que nunca me sacara en cara la Cecilia, porque fue mala suerte mía no más. Y me casé con él y: "que nunca me lo iba a sacar"... Siempre me lo saca, porque yo no lo encuentro tan mal porque él me dio todo. Me dio la mantención pa' criarla.

Me hice amiga con la hermana de este cabro, todavía ni la conocía. La hermana de mi marido que es ahora llevaba una enfermedad a una médica de ella que veía la suerte con los naipes. Entonces a mí siempre me salía un hombre rubio al lado: me decía que ese iba a ser mi esposo. Yo no le creía nunca. ¿Cómo iba a adivinar tan bien con los naipes ella que ése iba a ser mi esposo? Yo era la sota y el hombre rubio era el rey.

Después esta chiquilla me invitó un día al campo a Coihueco y yo fui con la guagüita chiquita, con la Cecilia. Tenía quince días. Claro, yo perdí mi trabajo, porque no sabía por cuál camino venirme.

Así que entré quince años de casada, entré a dieciseis años de casada. El me habló y yo le dije que no, pues, no me gustaba porque era muy viejo. Total, yo no quería tener más problemas. ¡Con una vez que me había pasado!... “La mala suerte mía, no porque no hayan querido casarse conmigo —dije entre mí— si es así, otro hijo más... Puchas —dije yo— soy soltera y vivir tan lejos. No me van a cooperar y voy a tener que trabajar yo no más, pa’ mis cabritos, criarlos, porque darlos no podía”. Claro que me habían dicho que yo los diera. Entre mí, dije yo: “cómo voy a estar dando mis hijos siendo que me costó pa’ tenerlos y sufrí pa’ criarla”. No podía dar mi chiquilla y ahora me encuentro feliz con mi hija grande... Claro que me hace rabear, pero ya son mis hijas. Usted sabe que pa’ una madre no hay hija mala.

Mi suegro era maderero, trabajaba con bueyes, tiraba los palos que cortaban. Pero mi marido era motosierrista, siempre ha trabajado con motosierra. Mis cuñados también todos han trabajado así.

Después la mamá me dijo a mí —que a mí no me gustaba este caballero no lo quería como pa’ esposo— y la mamá me empezó a aconsejar: como yo le hacía todas las cosas a ella, porque era medio tullida, era de un brazo inválida.

Después falleció mi suegra. Estuvimos nueve meses juntos, mientras llegaban mis papeles de Santiago, después me casé yo con él.

Después ya comenzó a hacer una casa aquí mismo y nos vinimos y aquí nació la Lidia. Pa’ mí quedaba muy lejos el control médico, pa’ venir p’ acá de a pie. Así que nos vinimos aquí a una casita. El trabajó ahí en la construcción, en los bloques. Después no le gustó. Se fue a trabajar a lo forestal otra vez, hasta ahora trabaja en lo forestal. Más le gustan los campos; dice que gana más plata y está acostumbrado a trabajar en lo forestal ya. Ya no deja esa pega. La mayoría de los hermanos de él también trabajan en eso. Porque ¿en qué otra cosa iban a ganarse la vida? Ellos tenían que trabajar no más en los bancos, en las forestales, porque no tienen otro trabajo p’ agarrar: no tienen tanta educación.

¿Cuántos niños tiene?

La grande, la Lidia y dos niños más. Después de la Lidia venía un niñito y ése falleció, ése nació enfermo.

Después mi marido se comenzó a portar mal, de aquí pa’l campo, pa’ trabajar,

me llevaba p' allá y me dejaba botá. Salí una sola vez no más, p' allá me llevó, cerca de Romero. Estuvimos trabajando cerca de Los Angeles, también en lo forestal. Después no quise salir y hasta ahora no salgo más. Estaba recién esperando cuando fui p' allá, estaba de meses no más. De ahí me vine p' acá porque me quedaba muy lejos el hospital allá, yo estoy acostumbrada a mejorarme en el hospital...

Y más lo que yo sufrí, hasta que se me murió la guagüita... metida en unas vegas, en el agua muchas veces. Yo no comía.

El se venía p' acá. Estaba semanas enteras tomando, se venía p' acá a encerrar. A mí me dejaba botada con la Lidia y la Cecilia: las dos cabritas más grandes que tenía yo. Así es que no me gustó el trabajo. Queda muy lejos el agua, la leña pa' ir a buscarla entremedio de los pinos, en los bosques, tenían que estar metidos como los animales. En el sur no hay bosques, no tenemos bosques nosotros, puros campos limpios no más.

¿Qué le parece esta vida yendo y viniendo?

Yo encuentro que es mala, pues oiga. Yo encuentro que no es igual que estar en su casa. Porque ya las cosas, cuando andan p' allá y p' acá, al final una queda casi en la calle. Como ser, cuando fuimos p' allá, llegué aquí, se habían perdido casi todas las cosas. Habíamos dejado camas aquí, casi todas las cosas: cuando llegamos encontramos la casa toda pelá.

Mejor que salga él, porque así sufre él no más. Porque resulta que es güenazo pa'l licor también... Tantos años casada yo con él y no tenemos nada, me encuentro aburrida yo con él. Y cuando viene mi hermana de Chillán, me viene a ver ¡y en la situación que está ella! Ahora yo tengo sillas; antes no tenía ninguna cosa... Si esta mesita me la dejó mi suegro y el velador que tengo allá dentro, a poder mío hace quince años... Son recuerdos de mi suegro. Y él lo único que me compró fue unas sillas y la pura cama, nada más.

Por los hijos que estoy aquí, en la casa. Si no, quizás dónde estaría porque mi papá no me recibe con los cabros. Si yo fui: cuando tenía la mayor diez años, fui al sur, ésta tenía siete años. Entonces mi mamá me dijo que fuera p' allá, pero yo sola, menos con los niños: que se los dejara a él. Yo le dije que no, porque resulta que yo tenía que andar con mis cuatro cabros. Pa' eso fui madre.

Como mi mamá tiene poco cariño de las hijas, entonces, menos va a tener cariño a los nietos. Gente que no sabe pensar. Como ser: lo que es el idioma de ella no más, el seso de ella como que no ha cambiado nada. No como yo: yo llegué aquí, ya veo que... ¡tengo lástima de la gente pobre! Digo entre mí: puchas, yo tengo un pedazo de pan, yo se lo doy; porque, puchas, así como ella necesita, yo también necesito.

Entonces por eso yo pensaba: mis papás no son así. Son cariñosos pero con la misma gente. No como nosotros que... Porque tanto que tienen, es pa' que dijera mi mamá: "güeno, yo le voy a mandar una manzana siquiera a mi hija,

una fruta que comà el niñito". Nada, pus. Yo tampoco le escribo carta, no saben de mi ni yo sé de ellos, cómo está ahora...

Cuando yo fui con estas chiquillas, le dejé ésta porque quiso quedar allá, y mi mamá la tuvo tres años. Después aquí mi marido me levantó que yo lo había matado —porque yo la había dejado sin permiso de él allá— que yo la había tirado del tren abajo, que por eso había llegado con una menos. Yo le dije que no, que no era verdad, porque estaba estudiando, mi papá le dio educación y por eso sabe leer.

Hasta me demandó, así, pa' que no hubiera tanto problema, la visitadora me dijo que la fuera a buscar mejor. Y de esa vez que yo le agarré odio, de verle tantas cuestiones así.

¿La Cecilia fue a la escuela?

Esa fue al colegio. La educamos aquí, hasta tercera no más. Pero ¿qué saca con estudiar tanto?, más los gastos. Y ahora hay tantas que saben leer y tienen su título, y ¿de qué valen si ahora tienen que estar trabajando en el Mínimo? Yo creo que sabiendo leer... Su nombre es lo que interesa, la firma que tengan ellos. Así que todos saben leer... Ahora tienen que entrar en la escuela los dos más chicos.

Después que se instaló aquí, ¿trabajó usted?

Vendía ropa yo. Venía a Chillán mi hermana y dejaba ropa a medias y yo la vendía. Después no trabajé más en negocio. También estuve trabajando puertas adentro, dos meses y medio, y perdí la pega por mi marido, que me trataba mal, y dejé el trabajo no más.

Y ahora trabajo en el Mínimo, medio día. El jefe me dijo a mí que me fuera a la escuela, así que hoy me fueron a avisar que me fuera a la escuela. El año pasado fui a la escuela, me pagaban: en el día trabajaba y en la noche iba a la escuela. Estudié por analfabeta. Son dos horas de estudiar no más, entramos a las siete y salimos a las nueve. Ya no salgo a trabajar como antes porque ahora gano una pichinga de plata.

Ahora quiero trabajar... no sé cómo. Como ya están grandes estas niñitas —digo yo— se pueden cuidar solas. Porque yo trabajo pa' ellos. Pa' empezar él no me da plata pa' vestirlas a ellas, él trae pulpería, pero ¿qué le vale?... Ahora ha traído hartito, pero antes traía poquito. Güeno, y la plata que gana es pa' tomar pues. ¡Y mañoso! Llega peleando.

Muchas veces he alojado afuera, yo misma con esta cabra, he alojado afuera, haciendo fuego en los cerros. Ahora yo creo que el sábado llega. Antes llegaba siempre los días sábados, se iba el día lunes en la mañana. El esposo de la Nena llega una vez a las quinientas, una vez al mes. No es tanto porque ella tiene su ayuda, no como uno que ¿qué ayuda? Pero ella... fíjese que a poder de ella tiene tantas amistades en la parroquia, la ayudan con ropa, cualquier cosita le dan,

y nosotros aquí, nada. ¿Quién nos ayuda a nosotros? Tengo que trabajar yo pa' tenerles ropa a mis cabritos. Claro, no importa, a veces compro nueva o les compro usada porque no alcanza la plata pa' comprar nueva. Eso sí, que zapatos deben usar nuevos, porque no pilla zapatos usados pa' ellas. Pa' mí me compro usados, pero pa' ellas no.

Pienso yo entre mí: fuera soltera yo, no estaría casada ni tendría hijos, o bien estaría casada, pero no sería con él. O quizás estaría en el sur, donde mis papás. No estaría aquí sufriendo. Y eso pienso adentro yo. Pienso: no tengo comodidá, tan lejos... somos pobres, no tenemos como pa' comprar unas cosas como la gente: tener su casita amoblada, nada.

¿Y qué le parece que el marido salga a trabajar?

Nosotros estamos bien así, porque estamos tranquilas. Porque cuando el hombre está aquí en la casa, pasan peleando, regañando con los chiquillos, o si uno come un plato de comida: "que estás gorda como chancha, que tu no tenís asignación, que si no trabajo yo no tenís que comer..." Entonces mis cabros, puchas yo les compro cualquier cosa, y se la comen y estamos tranquilos. No pasamos mucha rabia, no estamos viendo un hombre curao todas las noches. Y cuando él está aquí se lo pasa tomando, curado, nos embarraba como choncho y ¿no ve que el agua está tan lejos...? Yo pienso a veces: por mí, ojalá que esté fuera, que venga a dejar la pura plata y váigase.

A veces no deja ninguna cosa y con el trabajo que tengo yo, tengo que tener no más. Esa es la vida de los campesinos. Esa es la vida de mi papá también y por eso que yo no voy al sur. Digo yo entre mí: me casé y sufra lo que sufra, total mi papá no me mandó que me casara, no me mandó que me buscara un hombre.

Ellos no tienen ninguna culpa con eso: la culpa la tengo yo, porque sin permiso, sin nada, me casé, sin permiso de mi papá. Bueno, nosotros aquí como estamos, estamos bien. No pensamos nada de eso...

¿Y cuáles son las diversiones acá?

Pa' empezar, de mí, yo llego del trabajo, aquí, y listo. Yo salgo, pero cuando voy a hacer cualquier cosa. Así, a lavar. Así que gano mi platita, pero yo, no me tira ¿sabe? lo que es hombre ya. Una persona que jamás ha conocido... no sé; pero pa' poder mío, uno sabe lo que es un hombre. Y sabe que va a llegar el marido: uno piensa no más que va a llegar o no va a llegar, uno sabe que está trabajando y le pasa un accidente y nos mandan a avisar y ya una sabe lo que ha sucedido a su marido.

Ahora yo creo que está trabajando por la zona de Los Angeles. A veces van pa' Chillán, pa' Santa Juana, todo eso recorren. Así como van terminando un bosque, se van a otro. Yo estoy acostumbrada a estar sola. Yo, de cuando me casé con él, fui sola al tiro, de un principio.

Pero es que el trabajo es así. Porque aquí no hay trabajo, y si hay trabajo es en construcción y no es igual como se gana. Eso es lo que dice mi marido, que él gana más que estar trabajando aquí un par de días y la cortan. Y en la forestal no la cortan, a las quinientas, güeno; si ellos llegan borrachos la cortan porque fallan su trabajo, pero si ellos cumplen con su trabajo, no la cortan.

Igual que nosotras mismas. Si fallamos un día o dos, pa' fuera. Si el trabajo del Mínimo son casi igual que los forestales. Todo el día encerrado trabajando: igual allá entre ellos: están todo el día trabajando, de sol a sol trabajan. Ya después, van a comer no más y se acuestan. Yo oí que salen a tomar por ahí, porque cuando él me sacó a mí —cuando estuvimos trabajando en el campo lejos, cuando yo dejaba la casa botada, cuando iba con él— en la noche llegaba hasta las doce de la noche, curado; después, al otro día, salía a trabajar y a la misma hora de las doce de la noche, curado otra vez... Así es la vida de los trabajadores del campo, que toman donde hay qué tomar, comen y trabajan.

Esa cuestión de asunto de hombre, una no extraña. Güeno, pa' una persona que está recién casada, sí. Pero pa' una persona que ha estado ya tantos años casada. Como la señora Nena: casi la misma edad mía que está casada ya. Estamos acostumbradas solas. Hoy día conversé con ella porque estando el hombre aquí, una ya, puchas, no puede salir a ninguna parte, pasa regañado. Si la mujer sale, conversa con otra, que lo que dijo, quiere saber toda la vida de uno. Si viene otra persona a conversar, me pregunta cualquier cosa “qué lo que te dijo, pa' qué miente, viene a hacerte gancho”, o “te trae los hombres” o “te trae recado”. Entonces por eso uno está mejor sola, ya no tiene problemas de nada. Y si uno tiene, come; si no tiene, no come na'... Cuando estoy sola, no me falta el pedazo de pan pa' mis cabros. Cuando no tengo, salgo a lavar, cualquier cosa hago, pero yo tengo un pedazo de pan pa' mis cabros... eso es lo que yo sé... los pensamientos míos son así.

En el campo, siembra de todo uno. Aquí ¿qué va a sembrar? Se llena un pedacito de sitio con papitas, ya son chiquititas. Y en el sur no: en el sur se siembran las papas, el trigo, la lenteja, los porotos, el habá, la arveja, siembran el chícharo, el ají, tomate, la cebolla, el cilantro, el perejil, de todo se siembra. Aquí, claro, la gente que tiene hartito sitio, siembra; pero uno que tiene una pichinga de sitio ¿qué va a sembrar? A mí me gusta todo lo que sea harina tostada, me gusta el mote, la tortilla, las verduras, que uno está acostumbrada a comer verduras, a tomar la leche, a comer pan con queso todo eso una extraña. Yo estaba acostumbrada a comer bueno en mi casa, a comer hartito. Y después que llegué aquí, extrañé. No es igual como estar en su tierra, en su campo, en su casa, donde uno tiene la abundancia. Aquí, la que tiene plata, come; la que no tiene, no come. Y si uno tiene, no le va a estar dando a la otra. Por último lo tendrá pa' sus chiquillos, pa' sus hijos, o pa' uno. La que es cariñosa, da; la que no es cariñosa... Allá en el sur no, pues todos tienen.

Y aquí ¿es amistosa la gente?

Pa' empezar, yo no tengo problemas con mis vecinos. Porque no son mezquinos. Claro, cuando está el esposo pa' qué vamos a decir, porque él la reta por ahí. Entre mí, yo estoy feliz... porque sabe que él trabaja para la casa, porque una mujer, con la plata que están pagando, no le alcanza pa' mantener la casa, que siempre la mujer gana menos que un hombre, y en eso... pero cuando él está curado insulta a medio mundo y por los disgustos de él, pelea la persona. Yo por mí, estoy bien así no más. Nunca llega con los bolsillos pelados, siempre me trae. Lo que tiene que es cariñoso con los chiquillos. Pero yo pienso que no se da como pa' muebles, como p' arreglar la casa, como p' hacer otra pieza pa' sus chiquillas, que ya tiene las hijas grandes, los niñitos otra piececita, ya que nunca van a estar juntos el papá con los hijos entremedio de una pieza. Entonces, eso pienso yo. Porque cuando un hombre está curao son escandalosos, él es escandaloso, cochino, entonces, donde él está aquí, yo no estoy en la casa, yo la dejo botada. Me alojo en cualquiera parte por ahí. Porque uno tiene que respetar a sus hijos, no es na' llegar... una mujer no es gallina pa'l marido. Está bien que sea su esposa uno, pero no es gallina.

Cuando estoy aquí, empieza a pelear conmigo, me trata de la manera más baja, entonces —yo digo entre mí— ¿qué saco con estar aquí?, si voy a estar sufriendo, tratándome mal. No le he aguantado a mi padre —digo yo entre mí— tan joven que fui y me mandé a cambiar pa' no aguantar tantos palmetazos, ¡me daban de chicotazos!; y voy estar aguantándole a un esposo, que Dios dio de compañero, pero no pa' que me pegara, ni tampoco me insultara. Todo eso pienso yo, en la vida pienso eso yo.

Casi la mayoría de la gente tiene problemas con los esposos. Porque ¿usted sabe que la persona que trabaja en forestales, así, en el campo, toma más que el hombre que trabaja aquí en el pueblo? Los pueblinos ganan poco, los forestales ganan billete y piden el vino anticipado por el rayeo. Entonces, toman y toman, después, cuando ganan plata, pagan la mitad pa' las cosas de comer y la mitad pa'l vino... Se van pa'l campo porque en el campo, lejos, la mujer no está pendiente, la mujer no sabe nada. ¿Qué sé yo lo que está haciendo por ahí? Igual la señora Nena ¿qué sabe lo que hace su marido? Esta platita no más, alcanza pa' poquitito y listo, nos conformamos. Creímos... pero se gana mucha más plata. Porque me pasó a mí con mi marido. Pa'l año pasado tuvimos un disgusto. Se ganaba veinte mil pesos, hasta treinta mil pesos y él me decía que con asignación ganaba cinco mil pesos. Y cuando fui a preguntar a la oficina, el patrón me dijo: "señora, su marido gana arriba de veinte mil pesos". Ese día a mí me dio rabia sí, y ahí fue cuando peleamos. Yo le dije: "sabe qué más, se manda a cambiar de la casa o me mando a cambiar yo. Uno de los dos —le dije— salga usted o salgo yo".

Güeno, salí yo, porque él no me compraba las cosas: porque yo necesito

comprarme mis camas, necesito arreglar mi casita. Hacerme una buena pieccecita, tener un sitio propio comprado, porque algún día llegan los verdaderos dueños, nos mandan a cambiar con los monos al hombro ¿a dónde vamos a parar? Entonces el hombre no sabe pensar eso; muchos no saben pensar... Puchas, un hombre viejo, ya cuarenta años —digo yo— es pa' que sepa pensar eso.

Mi papá me decía: "un día te vas a casar con un chileno, va a andar mendigando casa, pidiendo por favor una noche alojamiento, otra noche en otra parte..." Lo que yo veo es cierto... porque yo he visto muchas veces gente botá por las calles, haciendo fuego. Duermen calentitos botados en la tierra o en el camino. Ya los dueños a veces viven al lado: "ya, mándense a cambiar, váyanse un poquito más allá". Corren con sus cositas al hombro, y un campesino no es eso, porque de la tierra mía no son así. Tienen su tierra, tienen su casa y siembran y cosechan ahí mismo donde están. Yo me crié en la casa de mis papás y cuando fui, ahí mismo estaba mi papá. No andan como anda la gente aquí, que andan pa' allá y pa' acá, los pueblitos... Porque él no me compra las cosas...

¿Y después de la pelea él cambió?

Iba a cambiar, pero cuando tiene plata no cambia nunca. El dice una cosa me promete: "mijita, vamos a comprar la cocina, vamos a comprar esto"... de todo. Llegaba el día del pago y me entregaba una cochíná de plata. Y después se mandaba a cambiar; no llegaba hasta la noche, curado. Al otro día salía temprano otra vez, y yo no podía hablar con él.

Lo que pasa es que estoy disconforme, no tengo... encuentro aburrida la casa, pienso entre mí: no tuviera los cabros chicos, me mandaría a cambiar, qué lejos... quizás dónde estaría, por Santiago.

A veces nos juntamos con mujeres que trabajan los maridos en lo forestal; casi la mayoría conversa la cosa como es, conversamos la vida... No saben cuánto ganan los maridos, qué sueldo sacan, y tampoco preguntamos adónde trabajan ellos.

Yo, si trabajo, tengo plata; si no trabajo, no tengo plata. Y tampoco le pide, porque si no anda diciendo: "si no trabajo yo, no tenís plata". Entonces pa' que no ande sacando en cara, yo me las arreglo con mi sudor de mi frente.

¿Y hay mujeres que se dediquen a tomar?

Yo no, tirame yo al vicio no, porque sería una vergüenza pa' mis chiquillas, porque si yo voy a tirame al vicio, cualquier persona hombre pasa por arriba de una mujer curá. Ya abusan con una mujer curá; cualquiera se limpia la mano, y ya después dicen: "puchas, mujer de tal fulano yo me la aproveché".

Está bien que una vez me haya curado, pero no curá como debe ser curá. Nos invitaron, y ya con rabia nos pusimos a tomar, pero después conversamos entre vecinas y dijimos que estaba muy malo; y nunca más. Ni bebida tomo yo, porque digo: "esa plata me sirva pa' comprar un madejón de lana, un pedazo de

pan, y ¿por qué la voy a gastar en vino, cuando el vino no alimenta?" El vino es un licor que emborracha a la persona y desacredita a la persona. El licor no es bueno pa' una persona. Bueno, pa' los hombres no sé... Pues pa' ellos sí; pero pa' una mujer no.

Entre mapuches ¿también es corriente tomar?

Sí toman, mi mamá toma; mi papá también toma, está güeno pa' la caña. Pero es que mi papá no tiene necesidad... porque ellos compran solamente el azúcar y la yerba, la sal, y la levadura p' hacer pan... No como una que tiene que comprar de todo.

Si yo tuviera una tierra mía propia... Tampoco quiere irse a vivir al sur, porque yo le digo: "¿por qué no se va al sur, allá, a trabajar, a sembrar?". Porque mi papá le puede pasar terreno, le caería bien porque éste no es flojo, es alentao; se lo gana.

¿Hay temporadas que queda cesante?

Claro, sacando plata por la caja durante ocho meses. Ahí queda todos los días aquí en la casa, ahí toma. Hace pololos con motosierra, corta leña, por eso tiene plata pa' tomar. Mejor que esté fuera a que esté aquí. Porque si ellos no trabajan, no tendrían qué comer los chiquillos, porque con la plata que ganamos nosotros no alcanzamos a mantener los cabros. Ellos tienen la obligación de trabajar, pa' ganarse el pan de sus hijos, porque la mujer no puede estar dispuesta a trabajar todos los días p' arriba y p' abajo: uno se maltrata.

¿Cómo es el trabajo del PEM?*

Habimos como ochenta donde trabajamos. Cada taller tiene sus ochenta mujeres, en unos hay ciento veinte. Hay como tres talleres aquí en Penco y dos en Lirquén, otro en Cerro Verde y otro por ahí por Cosmito. Yo tejo. Algunos tejen crochet, tejidos, otros hacen pintura. Ahí enseñan... Yo tejo pa' mí, pa' mis cabros no más, no tejo p' afuera.

Yo llevaba cinco meses, pero es que yo me retiré. Ahí comencé a trabajar en casa particular. Y ahora volví otra vez, llevo un mes que estoy trabajando, pero ahora me quiero ir a la escuela a estudiar: la que no sabe, tenemos que enseñarle nosotros.

¿No le gustaría trabajar por el PEM en el Comedor Infantil de la población?

Unos días estuve ayudando, pero después ya no. Me gusta más trabajar abajo que aquí, porque los enredos en el comedor... A veces pelean entre la vecindad. Porque una ya tiene más amigas, conversa más. Aquí, es voluntad de uno: si

* Plan de empleo mínimo.

quiere trabaja, sino no trabaja na'. Y allá abajo uno tiene que trabajar porque la están dirigiendo. Y tampoco puede conversar mucho, ni tampoco pelear, porque la están vigilando. Hay una jefa ahí que está vigilando y hay monitoras que están enseñando. Entonces uno ahí no puede pelear, y aquí por cualquier cosa se disgustaban... A mí no me ha gustado nunca trabajar aquí arriba, prefiero abajo.

Donde viven mis papás no hay vecinas cerca. No tuvimos vecinas nosotros. Todo el tiempo lejos así no más. Entonces no teníamos amigas: puros familiares. Las amistades no más entre hermanas, primas hermanas, tíos, tías. No es igual que en el pueblo que hay un vecino aquí, otro por ahí.

Una vez a las quinientas se hacía una fiesta. A tomar llega gente a la casa, porque toma mi papá. Pero nosotros no compartimos con las vecinas, no fuimos amistosas con la vecindad. Porque a veces, por ser muy metiche, uno conversa una cosita y ya la vecina pela, pone un poco más, empieza el enredo: mejor evitarlo. Mi papá siempre aconsejaba que no fuéramos muy comadreras, güenas pa' meter la boca por ahí...

JUANA, UNA IDENTIDAD PERDIDA

Muchas veces, en la ciudad, se discute sobre qué es el campesino y por qué rasgos se define. Porque no toda la gente que vive en el campo es campesina, ni siquiera lo es toda la gente que trabaja en el campo.

Mientras tanto, en las historias de vida, las mujeres utilizan la palabra campesino para explicar algo: la forma en que alguna gente vive, trabaja, piensa o actúa.

A lo largo del trabajo de análisis de las historias de vida, trataremos de entender qué es lo que las mujeres llaman campesino.

Y esto es importante porque si hemos aislado a las mujeres forestales del conjunto de las mujeres del campo, es porque tratamos por este medio de ver si esta separación, y tentar un agrupamiento bajo el rótulo de forestales, tiene sentido. Ese sentido debe surgir de la propia reflexión de las mujeres, absolutamente libre en algunos casos —nítidamente en el de Juana— y en otros buscado por nosotras.

Entre las diez historias de vida, es la de Juana la que sobre ello nos entrega una información más rica, persiguiendo una y otra vez respuesta a la búsqueda de una identidad cultural trizada por su traslado desde “el sur”, donde vivió la infancia con su familia mapuche y campesina, a la ciudad o el pueblo, donde convive con lo que ella llama los chilenos o pueblinos —por oposición a su “raza” y a los del campo—. En su narración, mapuches y chilenos, campesinos y pueblinos, se cruzan, se juntan, se rechazan y se oponen. Y Juana deambula, se traslada, se pierde y se reencuentra, hablando desde el pasado y el presente, desde sus dos diversas geografías y entre dos culturas que no ha podido refundir: una que no quiere perder, otra que se niega a aceptar.

La Trama de Oposiciones

Al referirse a su infancia, Juana no tiene dudas: pertenece a una familia campesina y mapuche. Y el comienzo de la historia está marcado por una declinación en presente que a lo largo de su narración es recurrente al referirse a lo campesino y es quizás la forma en que insiste en situarse en un tiempo y un escenario que no es el de hoy: definirse e identificarse desde un pasado aún vigente.

En la descripción de la vida de sus padres, vivir y trabajar son palabras que tienen el mismo significado: para que la tierra dé lo necesario para vivir, es preciso trabajar todos juntos, todo el tiempo. La entretención y el descanso no tienen espacio en el día a día, no tienen tampoco espacio en su narración.

Por eso dice: "Así trabajan, así pasan la vida". Sembrar, cosechar y vender son etapas de trabajo anual, pero también es "ir pasando la vida".

Aunque veremos luego que Juana asocia muchas otras características a su noción de campesino, quizás esta sea la idea básica: campesino es el que vive trabajando la tierra, sin más descanso que el sueño y los meses en que la tierra no se deja utilizar.

Según la costumbre, las mujeres de la familia —sus tías— se fueron tras sus maridos al casarse. Los padres y otros parientes comparten una misma tierra, donde cada grupo familiar ha levantado sus viviendas y se reserva como propio un trozo para trabajarlo.

No pudiendo explotar por sí solo su tierra, el padre de Juana hace "medias" con "gente ricachona": en sus palabras este contrato entre "socios" aparece como justo y natural, cada parte pone lo que posee y recibe equitativamente. Tampoco hay conflicto con los gringos —los que hablan "el idioma de ellos"—: éstos se casan con las mujeres mapuches y trabajan en sus tierras. Así, los primeros son socios y los segundos aliados, no hay contradicción económica ni cultural.

Pero sí aparece fuertemente el rechazo que el casamiento genera al haber elegido un marido *chileno-pueblino que no tiene nada*. Aun cuando el rechazo está en las palabras de su madre, Juana lo sitúa desde lo campesino y lo mapuche.

Si nos detenemos en la frase que define este conflicto —económico, étnico y cultural— vemos que es en realidad compleja, pero se

explica a través de los “opuestos comentarios”, elemento propio de la lógica de pensamiento mapuche.

Se sitúan en contradicción:

los que tienen todo	con	los que no tienen nada
lo mapuche	con	otra gente / que no tiene
lo campesino	con	lo chileno

La oposición “los que tienen todo” - “los que no tienen nada” no debe llevarnos a pensar en una contradicción entre ricos y pobres. Ya vimos que los “socios” en las medierías de su padre, son los “ricachones” y que esta relación se ve como armónica.

“Los que tienen todo” son sus padres: “Ellos tienen campo, tienen animal, tienen guita, tienen de todo”. No son entonces los ricos, sino los campesinos que trabajan su propia tierra. “Los que no tienen nada” no son necesariamente los más pobres, sino más bien los que no cuentan con la estabilidad que resulta de la propiedad, el trabajo de la tierra y el goce de la producción que de ella se extrae.

En la segunda relación de oposición, lo mapuche se contrapone no sólo con la “otra gente” —los no mapuches— sino nuevamente con el “que no tiene”, o sea, reduciendo nuevamente la oposición a lo mapuche y a los no mapuches/sin tierra.

En la tercera aparece una contradicción equívoca, ya que los dos términos de la oposición, no parecen contradictorios: lo campesino y lo chileno en la realidad no sólo no se rechazan sino que pueden ser asimilables.

Pero si aislamos por un lado los términos positivos de las tres oposiciones y por otro los negativos, vemos que se construye una contradicción muy clara entre: los campesinos mapuches que tienen todo y la “otra gente” —los chilenos— que no tienen nada.

Podemos entonces agregar a la primera noción que nos daba sobre el campesino, algunos elementos nuevos: los campesinos no sólo se van delineando por el trabajo esforzado en su propia tierra; son además los que se empecinan en vivir básicamente de la subsistencia. El dinero no es pues medida de riqueza; en este esquema es sólo indispensable para obtener los productos que la tierra nos da.

Si bien es fácil aceptar una visión un tanto idealizada del período de la niñez y de la condición de vida de su familia, puede resultar forzada la construcción de una imagen en que lo chileno se reduzca

a la situación de los sin tierra. Hay razones que pueden justificar cómo se habría esbozado y luego afirmado esta imagen en los dos estadios de la vida de Juana.

Durante la infancia aprendió que su familia mapuche —los que “llevan el apellido que llevo yo”— trabajaba y era dueña de su tierra. Las familias vecinas —las que “son extrañas, no son acollaradas con nosotros, son de la misma raza”— viven la misma situación; a una y a las otras las une y las confunde al decir: “Así que ellos trabajan ahí”, en la tierra de los campesinos mapuches, en la que sus antepasados trabajaron junto a los antepasados de sus vecinos. Su conocimiento excluye lo que en su experiencia de niñez no existió: los campesinos chilenos con goce o propietarios de tierra.

Este paisaje incompleto de la vida del campo, que oculta la presencia del campesino chileno, no varió con sus traslados posteriores; ahí conoció a los protagonistas de la vida del pueblo: temporeros agrícolas o forestales, obreros esporádicos y cesantes; la mayoría migrantes o expulsados de la tierra.

Es indiferente si ambos procesos de conocimiento —el de la infancia y el que se produce por su traslado— construyeron esta versión del chileno desposeído de la tierra que Juana afirma en su narración, o si la experiencia en la población sólo vino a reafirmar la que le entregaron sus primeros años de vida: en ambas situaciones hay un personaje excluido al registro de su mirada.

Pero esto es más que una laguna de conocimiento, allí radica y se vuelve consistente el prejuicio contra el chileno, y se edifica esta visión dicotómica, en que el bien y el mal, lo mapuche y lo chileno, no tiene matices.

Pero no es tan sólo la falta de tierra, sino también la condición de vida que esta situación conlleva, la que configura este chileno pueblino pobre. El contraste entre la condición de vida de la infancia y la que hoy le toca compartir en la población justifica esta imagen, que surge de la evaluación de cómo se cumplen las necesidades más primarias en ambas situaciones. No es casual el énfasis en la oposición neta entre la olla “del sur” —como Juana denomina las más meridionales tierras de Temuco— en que “hacen un revoltijo y echan harta verdura”, evocación nutriente y de abundancia; y la comida del pueblo: —“me dan pedacitos de pan duro”, la mezquindad y estrechez que ni siquiera reside en lo que se tiene, sino lo que se recibe. Porque lo que pertenece al hombre es sólo el fruto de la tierra; el dinero

—frágil y esporádico— no define la propiedad de las cosas: lo adquirido depende de factores más distantes que la estrecha relación entre el hombre, el trabajo de la tierra y la extracción de su producto.

A los contrastes entre abundancia y escasez, y entre lo propio por derecho y lo que se recibe o no se percibe como propio, se suma la carencia de estabilidad: en el campo hay hartío, hay siempre y, también, “todos tienen”. En el pueblo “la que tiene plata come, la que no tiene no come”. Y en la vida de las mujeres forestales, eso depende fundamentalmente de si el marido llega, y si llega con su salario. Porque pese a las estrategias siempre presentes para asegurar la sobrevivencia, “siempre la mujer gana menos que un hombre”.

De la confusión que emana de su apego a la calidad de vida campesina del pasado y la ausencia de una reflexión por la que admita y se defina según las condiciones del presente, surge en la narración el relato de su desquiciada vida laboral: Juana no ha sabido crear una forma constante de ingresos.

Vivir y trabajar, cuidar los animales, sembrar y cosechar, son prácticas que tienen un mismo signo, un solo tiempo y los límites de un mismo espacio que, además, es propio. Juana —empleada doméstica, niñera, lavandera, trabajadora del PEM— no puede asimilar estas experiencias a su concepción en que, lo que se hace, no es más que la vida misma. Lo cotidiano se fractura entonces entre el espacio doméstico —más o menos propio— y los espacios ajenos; la vida de familia y los agentes extraños; las necesidades y la insuficiencia del ingreso; conflictos que no surgen por el esfuerzo de trabajo, sino por el quiebre de los valores laborales gestados en la experiencia de su infancia.

Aun cuando en esta red de oposiciones y contradicciones que sustentan la narración, el valor positivo se encuentra siempre situado en el foco campesino mapuche, Juana no ha logrado establecer una identidad constante. Por sus palabras se sitúa como campesina mapuche, pero la realidad muchas veces la traslada hasta la mujer poblacional que es hoy en día. Estas ambivalencias en el lenguaje no son en absoluto casuales y podemos reflexionar acerca de la racionalidad que esconden.

Si es por la boca de su madre que se siente juzgada y rechazada, es ésta a quien debe rebatir. Pero si ella misma ha ampliado la voz de su madre y la ha vuelto eco de los valores del campesinado mapuche,

solamente puede defenderse asumiendo posiciones colectivas; pero este intento sólo llega a esbozarse.

Veamos cómo se desanuda este conflicto en sus palabras. Al querer explicar la razón de la preferencia de su madre hacia su otra hermana la frase comienza: "Mi mamá... que los campesinos son así. O sea que a mí no me quiso porque me casé con un chileno: mi hermana era casá con la misma raza". El titubeo del comienzo de la frase es evidente: Juana detiene la crítica que, desde su rencor, destina a la madre. Su pensamiento salta y le muestra que la responsabilidad del rechazo que padece se ubica en un cuerpo mayor, en el que su madre se diluye: son "los campesinos", en este caso, los mapuches.

Rechazada de ese mundo al que quiere pertenecer por el mismo personaje abstracto que lo habita —el campesino mapuche—, Juana elabora una respuesta desde el único sitio que el despojo le va dejando: desde el pueblo y desde la experiencia de mujer pobladora. Y allí aparece por primera vez un "nosotros" que queda trunco, y sólo cuenta como conato de enrolarse en el contingente poblacional en que transcurre su vida.

El trozo en que enjuicia la actitud alejada de su madre, se va armando como un duelo en que establece una comparación sucesiva entre su madre —sus padres— y el mundo campesino por un lado; y ella en el proceso de conocimiento y reflexión sobre las dos realidades que ha vivido, por el otro.

Cuatro fragmentos, dentro de los muchos contenidos en el fragmento, nos muestran cómo se construye este juego de oposiciones en que, esta vez, el peso negativo de sus juicios está puesto en la vida campesina.

Luego de una larga reflexión sobre las limitaciones de la madre, Juana concluye:

"Gente que no sabe pensar (...) el seso de ella como que no ha cambiado nada". "No como yo: Yo llegué aquí, ya veo que... ¡tengo lástima de la gente pobre! Digo entre mí: puchas, yo tengo un pedazo de pan, yo se lo doy".

"Entonces por eso yo pensaba: mis papás no son así".

"No como nosotros que...".

En un vaivén continuo, va ejercitando pasos desde lo particular a lo general, para luego reinvertir el orden. Pero hay un procedimiento lógico en esa línea zigzagueante: Juana oye sus propias palabras —precipitadas y apasionadas—, las piensa y las refuta. Errando y

acertando, rastreando explicaciones y descartándolas, busca a tientas la idea y la palabra que calcen con sus sentimientos y su entender.

De la crítica directa a su madre que Juana venía desarrollando, en el primer párrafo intenta situarla entre "su gente", para comprenderla así desde lo social y lo étnico en que sus culpas se desvanecen; pero un brusco giro cambia el rumbo de sus pensamientos: Juana descree de sus palabras o el resentimiento la acosa, y retrocede a buscar la razón en "el seso de ella".

En el segundo paso, al oponer su propia experiencia, el juicio a "el seso de ella" se atenúa, ya que no es una sobrevaloración de su entendimiento lo que opone: es el cambio sufrido desde su pasado campesino al presente poblacional; lo que ve, lo que siente y cómo está la lleva a nuevas formas de relacionarse con su entorno. La oposición entonces no refuerza la idea de "no saber pensar": más bien establece un contraste entre el aislamiento y la estrechez de la vida campesina y los cambios que se producen ante la presencia de los múltiples protagonistas del escenario urbano o poblacional. En pocas palabras, Juana anota los pasos que van del conocer al actuar.

El desenlace, apenas enunciado, de inscribirse en lo poblacional desde su situación actual de mujer pobre de los márgenes de la ciudad, queda apenas presente en ese "nosotros" que rompe, por única vez, la fidelidad e identidad de Juana con lo campesino.

Hay un producto final que subyace a este contrapunto y que podemos integrar a la gradual figura de "el campesino" que se va dibujando: el aislamiento, la estrechez de su mundo, las conductas que emanan de este encierro, el empecinamiento en guardar las tradiciones —el idioma—, los lazos sociales restringidos entre iguales y la resistencia al cambio. Por contraste describe cómo se generan en ella amagos de solidaridad y reciprocidades: "Porque así como ella necesita, yo también necesito"; no sólo se ayuda sino que también se establecen convenios tácitos entre vecinas, que intercambian lo vital para sobrevivir.

El Rapto

Hemos seguido la línea incierta por la que, sin proponérselo, Juana bosqueja la silueta del arquetipo de su pasado campesino. Como

decíamos, todo este deambular tiene sentido en su narración por la ruptura con el pasado y su precaria y débil relación con la realidad poblacional presente. Pero hemos dejado de lado el hecho que provocó esta división que Juana vive, entre dos tiempos y dos geografías: el acto mismo por el cual ella se aleja del hogar de sus padres.

El incidente del rapto, como lo llamamos dentro del conjunto de la narración, es relatado en dos momentos de su historia de vida. Junto con algunos trozos dispersos, veremos cuál es la intención y las argucias que esconden, en encontrados y contradictorios fragmentos, los datos concretos que Juana no quiere reconocer ante sí misma.

Al comienzo de la narración, y a raíz de nuestras preguntas, surge una primera versión del rapto. Es una historia simple y que podríamos asimilar a la migración frecuente de mujeres mapuches hacia la ciudad en busca de trabajo como empleada doméstica. Sin embargo, la versión primera de una migración voluntaria a los once años se contradice con lo habitual en los traslados de la mujer sureña. Ya sea por esa extraña independencia de la mujer mapuche que decide por sí sola su destino, o por la planificación de la familia que señala a una de las hijas como candidata a la migración, el traslado y la lejanía raramente rompen la consabida red de intercambios económicos y afectivos, que entrecruzan lanas y productos de la tierra, con visitas o giros de dineros y alguna espaciada carta.

Pero nuestra pregunta de si el traslado había sido hecho con el permiso de los padres, destruye la versión del traslado voluntario: la respuesta lo convierte en rapto, en que la actora principal es "la señora".

El rapto en sus dos versiones, "a la mala" y "a la buena", según sea tramado con el consentimiento o no de la mujer, es la forma tradicional de salida de la mujer mapuche de su familia de origen.

La fuga, imagen invertida del rapto, ya que su gestora es la mujer, reemplaza al protagonista masculino, pero mantiene de alguna forma el equilibrio que ocultamente busca eliminando el exceso de mujeres inactivas. Ante la ausencia del pretendiente a marido que hace girar el destacamento de mujeres entre las familias, la fuga —o la migración hacia la ciudad— alivia la tensión que produce la ruptura de las formas tradicionales de intercambio de mujeres, desplazando, sin dejar de cumplir la ecuación económica indispensable, a las que la migración de hombres —por la gradual usurpación de las tierras— ha dejado sin un destino preciso.

El rapto, con los dos protagonistas necesarios —Juana y "la seño-

ra”— calza sin esfuerzo en una perspectiva étnica del suceso.

Sin embargo, las estridencias siguen notándose en el plano de la narración.

La primera está ubicada cuando el relato alude simplemente al traslado y Juana lo describió diciendo: “Me vine acá, me trajo la señora. (...) Yo a esa edad era una mujer hecha y derecha”. Pero cuando refina la versión y se convierte en la víctima de un atropello dice: “Yo era mocosa joven, mocosita que no sabía pensar”.

Del cuento desapasionado de la mujer hecha y derecha, que decide su ida a Concepción, irrumpe la mocosita raptada a la que el padre se desespera en encontrar. Pero, para mayor contradicción, es la mujer hecha y derecha la que aparece en el relato como burlada y víctima pasiva, y es en cambio la mocosita la que se rebela, acusa y amenaza.

El rapto, relatado como atropello —“a la mala”—, no trata de remediarse: la posibilidad de volver atrás o de mantener los lazos vivos en la distancia no se nombra. Más bien se acentúa la noción de ruptura voluntaria o irreparable: Juana escribe, pero no da su dirección.

La segunda se desliza al contarnos sus primeros tiempos en Concepción: “Porque le saqué plata a escondidas (al padre) y con esa plata que traje yo me compré zapatos, ropa...”.

A la primera versión del traslado voluntario de la mujer adulta, y al rapto planificado por “la señora” contra la mocosita, se suma ahora esta frase elocuente en que el rapto cambia de signo, es un acuerdo compartido y, de alguna forma, planificado por Juana: rapto “a la buena”.

Avanzada la narración, y cuando ya se habían ido descubriendo los conflictos actuales con su marido, surge la pieza que completa el relato y que Juana entrega libremente desde sus apasionadas palabras de queja: “No le he aguantado ni a mi padre —digo yo entre mí— tan joven que fui y me mandé cambiar pa’ no aguantar tantos palmetazos de mis papás ¡me daban de chicotazos!”.

Finalmente todos los fragmentos se engarzan y el rapto se concreta a través de dos cómplices con motivaciones claras: “La señora” que engatusa a la menor para su servicio y la niña —adulta y precavida ya que roba— que decide escapar a las golpizas paternas.

Ahí radica el centro del conflicto.

Juana ha elaborado una explicación al rechazo y abandono de sus padres: la rigidez y el egoísmo —“son cariñosos pero con la misma gente”— que les impide aceptarla por su mal casamiento. Pero desde

su pertenencia campesina se encarga de buscar atenuantes: su padre ya la había alertado sobre el peligro de casarse con un “chileno”, de salir de la tierra, de tener que “andar mendigando casa”, “con sus cositas al hombro”. Y, como ella misma dice: “un campesino no es eso” y refuerza el episodio de su matrimonio como el punto de donde parte la trizadura entre su vida presente y el pasado.

Embarazada y ya con un niño, decide aceptar el marido que las cartas de la meica le señalan: “¡Puchas! —dije yo— soy soltera y vivir tan lejos, no me van a cooperar”. La posibilidad cerrada de regreso no se menciona, pero Juana ubica un centro —“vivir tan lejos”— desalojado de su realidad cotidiana, y crea lazos que, por sus palabras, se definen por lo económico. Asumiendo la responsabilidad en la decisión matrimonial dice: “la culpa la tengo yo, porque sin permiso, sin nada, me casé, sin permiso de mi papá”.

Aceptar la culpa de su casamiento y el castigo de sus padres, es la forma en que Juana persiste durante toda la construcción de su historia de vida en ocultar y negarse a sí misma la complicidad o el papel protagónico que ella jugó en el incidente del rapto. Los sentimientos que el ejercicio de la memoria van desatando, son culpables de las incoherencias, de las citas contradictorias, del cambio en la valoración de los hechos y la gente. Pero siempre subyace el miedo a reconocer que ella quebró con su pasado y que allí, más que en el matrimonio, reside el punto desde el cual se van desencadenando las condiciones de su vida presente.

Juana prefiere sentirse víctima del abandono —calificado como injusto— de sus padres y alimentar el rencor que le provoca, a reconocer un arrepentimiento paralizante.

Quizás el último refugio es la fantasía de lo que podría haber sido, de lo que hoy sería si no hubiera traicionado a “la raza”, si siempre hubiera “estado ahí”: “fuera soltera yo, no estaría casada ni tendría hijos, o bien estaría casada, pero no sería con él. O quizás estaría en el sur, donde mis papás. No estaría aquí sufriendo. Y eso pienso adentro yo”.

La versión idealizada de los campesinos —que también son los padres que la azotan— es sólo una parte de la realidad de la niñez: son los personajes ahí presentes, los que dan vida y recrean la matriz que Juana añora: la calidad de la vida, la abundancia, la permanencia y la pertenencia. Porque en sus palabras no se sufre el extrañamiento de los padres, sino del entorno que ellos ponen en movimiento.

La estabilidad rota por la huida —signo positivo cuando no se emparenta con el quietismo y el aislamiento— aparece en todo el relato como un valor central. Desde allí surgen las aspiraciones de hoy en día y, por inversión, las frustraciones. La búsqueda universal de un sitio propio donde vivir, parece teñirse de significados más profundos; son los juicios del padre lo que se trasluce en sus palabras: la incertidumbre de vivir en tierra ajena, la amenaza de “los verdaderos dueños”, la carencia de vivienda, de muebles, de objetos, de sitio para cultivar.

Como en todas las mujeres forestales, una de las razones de la localización en el pueblo, lejos del marido, es la pérdida reiterada de “las cosas” en los traslados continuos del obrero. Pero en Juana hay también una concepción que rechaza el cambio como ajeno a la vida del campesino. Por eso, hablando de su viaje al sur, dice: “Y cuando fui, ahí estaba mi papá”. Y opone: “No andan como anda la gente aquí, campesina aquí, que anda p’ allá y p’ acá: los pueblinos”; gente de origen campesino, los “sin tierra” que vagan por pueblos y poblaciones.

Esta negación constante a llamarse pueblina y la afirmación de los resabios de una cultura campesina, parecen ser estratagemas por las que Juana trata de equilibrar el peso de su vida presente —que nosotras compartíamos accidentalmente— y así restar crudeza a la miseria y el deterioro visibles.

Campesinos y Forestales

Desde esta construcción del campesino, es que Juana recuerda, describe y valora los dos polos en que ha transcurrido su vida. Pero es difícil aislar cuáles son los juicios que elabora desde su cultura de origen, y cuáles son los juicios generalmente compartidos por las mujeres que están en su misma situación: esposas o convivientes de trabajadores de la madera, habitando poblaciones donde son miradas con recelo por su situación de mujeres solas, en la constante incertidumbre de si llegará o no el marido y su salario, buscando con más o menos tesón y éxito algún ingreso y actuando como eje de una vida familiar mutilada.

La contradicción campesino-forestal no se plantea. Pese a las dife-

rencias notables entre la situación del que posee la tierra y la trabaja para su propio beneficio, y la situación del obrero —temporero en el caso del marido—, no surge una valoración negativa del trabajo forestal en sí mismo, ya fuera por las condiciones en que se desarrolla, por el salario o por las peculiaridades que marca en la familia.

Si bien es cierto, Juana ha ido entregando los rasgos de su imagen de campesino, retazos que nosotras hemos ido componiendo, el conjunto no da más que una visión difusa y de contenidos normativos. Es por eso que Juana no percibe los deslindes reales que median entre los distintos protagonistas del trabajo agrícola: “Así es la vida de los que trabajan en el campo, que toman donde hay que tomar, comen y trabajan”.

¿Serán los trabajadores del campo algo que engloba dentro a los campesinos o se establece aquí una sinonimia entre los dos términos?

Lo que es claro es que Juana define, en momentos muy alejados de su narración, dos situaciones muy diversas entre este *tomar, comer y trabajar*, según se refiera a su padre o a su marido. Y la línea por la que se separan ambas situaciones se refiere a una normatividad que se yuxtapone preferentemente sobre el plano de la economía.

Cuando el consumir alcohol no atenta contra la alimentación de la familia o el trabajo, cuando la relación entre estas tres acciones básicas son armónicas, éstas se convierten en el transcurrir de la vida campesina. Surge el conflicto cuando el alcohol se lleva las platas de la alimentación y de los bienes básicos para reproducir la estabilidad familiar.

Veamos cómo toman posición por sus palabras, los contrastes entre la relación armónica y la disonante de estos tres fundamentos de la vida masculina en el campo.

De sus padres dice: “Mi mamá también toma, mi papá también toma, está güeno pa’ la caña, *pero* es que mi papá no tiene necesidad, porque ellos compran solamente allá el azúcar y la yerba...”.

Y de su marido: “porque resulta que es güenazo pa’l licor también... Tantos años casada yo con él y no tenemos nada”.

Hablando del aporte en comida o pulpería: “Ahora ha traído hartito, pero antes traía poquito. Güeno, y la plata que gana es pa’ tomar pues...”.

Pero también existe el peligro del despido: “Si ellos llegan borrachos la cortan, porque fallan a su trabajo”.

En la frase que alude al padre, vemos que la posible carga negativa

hacia el trago, se diluye al introducir el *pero*, que equilibra una economía basada fuertemente en la subsistencia y le resta al consumo de alcohol el posible desmedro de los otros elementos necesarios que dependen del dinero.

En cambio, las frases que hablan del marido, introducen la competencia en el gasto: el hombre imprevisor decide sobre su salario, gastándolo básicamente en alcohol y esto atenta contra las aspiraciones de una estabilidad basada en la propiedad de la tierra y, en lo inmediato, contra las necesidades básicas de la familia.

Escapa en cambio a esta línea de pensamiento la relación entre el alcohol y la mujer. Aunque la frase pueda parecer contradictoria, refleja cómo, al construirla, Juana va tomando una posición que sólo refleja la continua amenaza contra el buen nombre que la mujer debe defender, tema recurrente de su narración: "El licor no es bueno pa' una persona. Bueno, pa' los hombres no sé... Pues pa' ellos sí; pero pa' una mujer no".

Pero manteniendo la prevalencia del factor económico sobre la vertiente moral con que elabora este prejuicio y ante la disyuntiva en el gasto, elige "comprar un madejón de lana, un pedazo de pan" que "tirarse al vicio".

Si bien el cuidado por el buen nombre es una preocupación constante de las mujeres forestales rondadas por la "mala nombrada", hay otras referencias a la condición de la mujer que parecen ligadas a percepciones que parten de la matriz campesina; tal es el sentimiento de que es el hombre el único responsable de mantener la familia. Si bien no se explica de dónde surge tan fuertemente esta noción de responsabilidad única del marido, tentamos ubicarla dentro de la racionalidad de Juana campesina, en que la reproducción de la vida familiar se basa en el trabajo cooperativo de sus miembros. Rota esta trama, donde el producto del trabajo es un bien cercano, generalmente destinado al consumo o el uso —y que difícilmente escapa al control de la mujer—, y donde el trabajo, aunque dividido por sexos, es un esfuerzo colectivo, Juana se resta a una organización del trabajo que le es ajena, tanto por la ausencia de un producto final tangible, como por el tipo de relaciones sociales que su trabajo genera. El rechazo al trabajo relativamente aliviado en el comedor infantil de la población, puede en parte entenderse por su escaso sentimiento de pertenencia al sector pero, además, por la ambigüedad de un trabajo colectivo pensado como tarea solidaria —para otros— y de servicio

—sin producto visible—. El PEM, por el cual en definitiva opta, tiene dos ventajas apreciables: la apropiación de un producto para la familia —lo que teje— y una relación de trabajo más clara, donde no existen lazos de amistad —lo que evita la copucha y la pelea— y “hay jefa ahí que está vigilando”.

Sumada a su apreciación de que la mujer gana siempre menos que el hombre, que explica parte de su escasa aplicación al trabajo remunerado, también afirma: “Porque la mujer no puede estar dispuesta a trabajar todos los días p’ arriba y p’ abajo: uno se maltrata”; rechazo a trabajar obligadamente día a día, que elabora a partir de su situación de habitante de los cerros. Que los hombres “se maltraten” en el trabajo forestal, es parte de un orden natural al que ni siquiera se alude ya que ellos “tienen la obligación de trabajar”.

La crudeza de este acuerdo económico parece ilustrarse con esta frase: “Uno sabe que está trabajando no más y le pasa un accidente y nos mandan a avisar. Y ya una sabe lo que ha sucedido a su marido”.

La relación necesaria es entonces el hilo frágil e inestable que une a la mujer desde la puebla, con el obrero y su trabajo productivo. Y de esta relación distante, sólo llegan restos del salario y pulpería. Es por este aporte indispensable que se justifica la mantención del vínculo de la pareja, pese al sufrimiento que producen las borracheras, los golpes y el abuso sexual.

Pero Juana aporta un rasgo único dentro del conjunto de las historias del sector que, otra vez, lo manifiesta por contraste: “En el bosque, tenían que estar metidos como los animales. En el sur no hay bosques, no tenemos bosques nosotros, puros campos limpios no más”. Frase que nos habla del habitat, pero que parece situarse más allá, desde una apreciación donde la tierra “doméstica”, apropiada por el hombre para la agricultura desde hace cientos de años, se contraponen a la tierra salvaje en que el hombre viviendo “como los animales” extrae un producto que él no ha creado.

La Subordinación

Tratemos ahora de desprendernos del juego de oposiciones y contrastes con que Juana despliega su historia de vida, para comprender las formas de subordinación que priman en los dos tiempos de su vida.

Si el relato da cuenta de una búsqueda de identidad, o de las vicisitudes de un sujeto entre una identidad perdida pero objetivada como propia, y otra negada pero que se concreta en la realidad del día a día, también muestra los grados de subordinación presentes en ambas situaciones, y cómo ella aparece oscura para su protagonista.

En la niñez campesina, la subordinación se establece más por la edad que por el sexo; si bien se van afirmando los mecanismos ideológicos para reproducir la opresión de la mujer, el trabajo —centro de la existencia cotidiana— es un mal que se distribuye sin distinciones.

Los padres, más que personajes del relato, parecen ser la fuente de los contenidos normativos del discurso. Aun cuando ambos hablan desde la tradición mapuche campesina, la madre aparece como el antagonista oculto, a quien se rebate y se acusa por la mezquindad y lo arbitrario de sus afectos; el padre en cambio es voz del entendimiento: de él se recuerdan las advertencias y los consejos, sólo ante él se es responsable de no haberlos atendido.

La dominación establecida por una autoridad que golpea, no deja espacio a la rebeldía sino a la defensa: la huida del hogar paterno o las esporádicas desde la casa de la población. Pero el relato de las estrategias de defensa de los golpes —la ruptura definitiva con los padres y acampar por los cerros lejos de la presencia del marido— no van juntos en el discurso con el relato de cómo fue y es vivida esa dominación extrema. Sólo surge la comparación de las situaciones, basada en el “derecho” a golpear de quien lo ejerce.

Juana dice: “No le he aguantado a mi padre y voy a estar aguantándole a un esposo, que Dios me dio de compañero, pero no pa’ que me pegara”. Una diferencia clara y de significación simbólica: la paliza paterna se acepta —no en la realidad pero sí en la norma— dentro de un orden natural; la del marido —aun cuando el vínculo aparece sacramentado—, ajena a la lógica de los incuestionables lazos de la sangre, no se justifica.

Las nociones asociadas al contrapunto pasado-presente, suponemos se basan más estrechamente a la esfera de la economía que a las de las relaciones familiares. Es allí que se hace comprensible el lazo que mantiene con el pasado. Si el rechazo a la golpiza paterna llevó a Juana a escapar, hoy en día ese conflicto se esconde tras la idealización del trabajo comunitario y el disfrute común del producto en la economía campesina de la niñez.

Aun en el marco de dominio masculino de la economía campesi-

na, son fuertes las instancias de decisión de la mujer —que ésta comparte con sus hijas— en una economía ligada a lo doméstico. “Echar a la olla” los alimentos en que la mujer ha sido coprotagonista de su producción, encierra un sentido de circulación en que lo que se siembra y lo que se come, el que extrae el producto de la tierra y la que lo cocina, muestran el límite estrecho y transitado entre la tierra de labranza y la vivienda. Y entre los niños que pastorean los rebaños y la mujer que hila, tuerce y teje, es la lana el nexo que va de la producción de los animales a la ropa que se viste día a día.

Modelada en un mundo donde la vida y el trabajo transitan ligados a una cultura amenazada pero vigente, el traslado exige salir de la circularidad campesina y enfrentar las parcelas divididas que sirven para cumplir con las necesidades más vitales. De la relación natural con los miembros de la familia, se pasa a las múltiples relaciones necesarias con patrones, autoridades y vecinos, de la utilización de un espacio definido como propio, debe transitarse un mundo ajeno; de utilizar los elementos de la propia cultura, se debe recurrir al uso de instrumentos nuevos, sin tener noción de cómo hacerlo; de la central importancia del alimento se pasa a la necesidad imperiosa del dinero. La dependencia se agudiza: el mundo cerrado se desarma y cada pieza es una exigencia nueva, ya nada se da “adentro”, todo debe conseguirse, con esfuerzo, “afuera”.

Dependiendo de un salario, que tampoco le es propio y del que no tiene control, la subordinación se acentúa: “si no trabajo yo, no tenís plata”, le dice el hombre. Y tras la inseguridad de las platas, se esconde la amenaza del hambre.

Pero Juana no percibe la posibilidad de solucionar, aunque sea en parte, la situación extrema de pobreza y la inestabilidad del alimento. La noción precisa en ella de que la mujer sola no pueda lograr el ingreso necesario, la reafirman en sus conductas laborales erráticas.

Impotente para buscar salidas por sí misma, tiende a cambiar las conductas del marido, nuevamente enmascarando en un intento de rebelión el mecanismo de la huida: “salga usted o salgo yo”, dice al marido provocando una posible separación. Y luego de una pausa sigue: “Güeno, salí yo”.

La relación matrimonial no se rompe, y no se enfrenta la situación salvo por huidas momentáneas o amenazas de separación que no se cumplen. Se mantiene entonces una cadena de rebeliones parciales en las que se renueva constantemente la situación de dependencia

con cada renuncia, con cada vuelta a la casa, con las estrategias conversadoras de salvar las situaciones límites, eludiéndolas.

Entre los largos intervalos que median entre las visitas del marido, hay tramos de libertad, espacio y tiempo que aparecen vacíos en el relato. Con hijas grandes para cuidar de los pequeños, sin una rutina de trabajo, con una vida doméstica que en su debilidad parece incapaz de absorber trabajo, el relato de Juana no parece agotarse dentro del espacio doméstico ni en las pocas horas del trabajo del PEM. Sin embargo, no hay indicios que expliquen el porqué de su mala nombrada, de su fama de prostituta en las palabras de otras mujeres de la población. Por el contrario, en su discurso se acentúa la necesidad de guardar el buen nombre, el respeto de los hijos.

En el verano de 1982 convivimos con Prudencia en un campamento en Coelemu y nos narró su historia de vida.

Un año después conocimos a su madre. Viterba tenía entonces sesenta y cinco años. Vivía en las márgenes del pueblo en una endeble construcción de madera de desecho, incrustada entre casas de material. La única pieza estaba dividida precariamente por cartones y una cortina: de un lado, en el espacio justo para una cama y el televisor, yacía el marido inválido; el resto, lugar de recibo y dormitorio de Viterba, era otro espacio mínimo atestado de muebles de comedor, una cama, cajones y mercaderías, ropas que colgaban de las paredes y unos pocos objetos de adorno. Al fondo, en el pequeñísimo patio, bajo un techito, Viterba cocinaba y guardaba los enseres de cocina.

Viterba es una mujer robusta, alta y hermosa. Durante la entrevista, matizó su historia de sufrimientos con una amplia y cálida sonrisa. Manejó su cuerpo con mucha soltura, apoyando su discurso con una gestualidad rica, infrecuente en las primeras aproximaciones a mujeres de campo.

La presencia del marido, oculto parcialmente a la vista, no perturbó la narración. Sólo por momentos Viterba bajó la voz, al referirse a los detalles de su enfermedad y al peso que significaba para ella. Algunas veces recurrió a la memoria del hombre para ubicar fechas o lugares de su historia común.

Es claro cual fue el impulso de Viterba para responder a nuestro vago planteamiento de reconstruir su historia de vida: quiso hablar-nos de sus sufrimientos e, indirectamente, de la injusticia; nosotras recibimos un memorial de sentimiento.

Fue casi imposible precisar fechas, profundizar temas que se

diluían dentro de su discurso desbordado. Cuando obtuvimos respuestas, éstas eran demasiado concisas, distraídas o erróneas: Vitérba sólo esperaba una oyente atenta que demostrara sentir y compadecerse de los hechos de su vida. A diferencia de otros casos, Viterba no hablaba para complacernos.

Ayudó en la facilidad con que Viterba se sumergió en el trabajo, la estrecha relación que mantuvimos con su hija, que en ese momento ya había recibido la edición mimeografiada de su propia historia de vida. No necesitamos exponer largamente la intención de nuestro trabajo, Viterba estaba lista para descargar en nosotras una maraña de pensamientos y emoción contenida.

Al año de terminada la historia de vida de Viterba, nos enteramos que se había trasladado con su marido al campamento donde hoy vive allegada en casa de su hija Prudencia.

VITERBA

Coelemu

A mí me llaman Viterba. Yo cuando nací, nací de una madre soltera y esa madre soltera dicen que era muy bonita. Entonces yo nací y me crié entre las vecinas por ahí porque ella dicen que trabajaba. Total que yo me crié muy mal criada, entonces yo no supe si yo era bautizada o era pasada por el civil o algo. No supe yo esas cosas porque nunca pude saber quién era mi madre. No supe nunca. Porque entre dos señoras que dicen que eran hermanas, una decía que ésa era mi mamá; la otra decía que la otra era mi mamá y ella era tía; total, nunca supe. Yo me he criado botaíta por ahí, que en los cajones me quedaba dormida yo llorando y mi madre no llegaba. Ellas se visitaban unas a otras.

Pero al fin y al cabo después que tenía ocho años esa mamá me vino a quitar; se casó con un hombre, el hombre era zapatero, le dijo: “y sirve —le dijo— pa’ que te acompañe, ¿por qué no la vas a buscar?”. Y comenzó a pelear con ella hasta que me fuera a buscar, me fuera a quitar a esa señora, a esa tía...

Yo no la conocía, yo cuando iba allá yo le tenía miedo porque no me gustaba la señora. Y me comenzó después mi tía a decir, qué sé yo lo que conversaban ellas, me comenzó a decir: “mira Viterba —me decía esa señora— ésa que no querís na’ tú, tu tía que decís tú, ésa es tu mamá, yo no soy tu mamá”. “No —le decía yo— no puede ser. Si usted es mi mamá, mi mamita le decía yo, si esa no es mi mamá”. Así que me escondía yo hasta que se iba ella.

Nosotros vivíamos en Temuco, esa señora vivía en Temuco, la que decían que era mi mamá, y nosotros vivíamos en un pueblo llamado Lastarria. Fue

tanto de que comenzó la discordia, hasta que esta señora me quitó. Claro que sería ella mi mamá porque ¿cómo la otra señora me entregó, puh?

El marido de ella me comenzó a dar mala vida; me aborrecía, me apaleaba, me pegaba, me manejaba a pata, descalza no más, sin ropa, sin nada más que lo que me daban por ahí a mí. Después ya comencé a crecer yo, tenía diez años, cuando comencé a sufrir con él porque comenzó que quería salir conmigo, sacarme a los campos por ahí, sola con él. Y una vez mi mamá, esa señora, me dio permiso y me fui con él; me acuerdo yo que dijo que íbamos a buscar flores de copihue, porque esas flores son muy vendibles por Temuco. Después ya le comencé a agarrar miedo yo porque una vez me tiró a darme unos agarrones y a hacerme cariños. Y yo, inocentona, inocente ¿qué sabía cosas yo; puh? Entonces le comencé a agarrar miedo yo y a él le comenzó a gustar, a pedirme, a llevarme pa'l campo. Entonces yo le comencé a decir a mi mamá que no, yo no iba pa'l campo con él, pero ella se hacía la lesa. Digo yo: ¿cómo no las iba a parar?, ¿qué sabía yo lo que él quería hacer conmigo? Y ella me decía: "sí, tenís que ir con tu papá a buscar flores porque hay que vender pa' comprar tal cosa y cuestiones". Una vez fui, tenía diez años, pa' cumplirlos once, ¿y no me fue a tomar a la fuerza? Me arranqué, me fui, hasta que me allegué al pueblo. Y él me decía —como tenía un cuchillo zapatero, él arreglaba las cuchillas bien arregladitas—, me decía que el día que le dijera algo a la mujer, a la señora de él, a mi mamá, él me iba a cortar aquí con la cuchilla zapatera. Entonces yo no hallaba cómo hacer. Hasta al cabo ya una vez me dijo mi mamá: "voy a ir a tal parte, no voy a llegar hasta mañana". "Mamá —le dije yo— no me deje aquí, déjeme adonde la vecina encargá hasta que usted llegue". "Entonces güeno —me dijo— te vas a quedar adonde la vecina, pero a lo que llegue, ahí vamos a averiguar más". Ahí le dije yo a la vecina: "vecina —le dije yo— este hombre, fíjese que me ha dicho que quiere hacer maldad conmigo, como hace con mi mamá y que si yo no quiero, no voy a querer a la buena, él me va a cortar el güergüero". ¡Huy! se formó ya la historia: esa vecina le escribió a esa tía, esa que me fueron a quitar y entonces me vino a buscar otra vez. Ahí se pusieron las cosas al día, ya me averiguaron a mí, que dijera no más sin ningún miedo. Bueno, estaba mi tía —esa mamá que me había criado y mi papá que me había criado—. Ahí le dije yo que mi papá me había mostrado una cuestión y quería acostarme en la cama, que eso le hacía a mi mamá. "Mira perra mal agradecida, después que te estoy manteniendo —me dijo el padrastro— venís a sacar eso, son mentiras". Mi tía me dijo: "yo te voy a llevar otra vez". Y así fue que me fui con ella otra vez. Ahí ya tenía trece años ya, pa' los catorce.

El era maderero, era fundario él, pero trabajaba en el banco, era maderero. Mi mamá tomaba vino con él, cuando tomaba, se curaba, me pegaba, me botaba pa' fuera: decía que por mí ella no iba a perder su marido y que por mí ella no iba a vivir sin marido, porque necesitaba su marido porque tenía tres chiquillos ya del hombre. Así fue tanto, dije yo, ahora sí que es cierto que yo cualquier

hombre que me habla yo me voy a casar porque yo ya no tengo padre, no tengo madre, no tengo a nadie en el mundo. En eso ya pasó ese año, al otro año murió esa tía, allá en Curacautín murió. Murió y ahí yo ya me había casao ya. Me casé al lado de ella, con este hombre. Yo me casé de catorce años con este hombre. Mi marido, a los quince días que yo era casada, comencé a sufrir con él. Es que era farrero, borracho; ganaba harta plata. Trabajaba en el túnel Las Raíces que llamaban. Ese era un túnel muy grande, hicieron un túnel de una cordillera a otra, por debajo de la tierra rompiendo rocas, eso se llama un túnel. Mi marido trabajaba en ese túnel y eso era una población, un pueblo muy bonito ahí, puh, se llamaba Boca Sur. El se pagaba los días sábados. Me decía: "anda p' abajo —me decía— pa' que comprís tus cosas". El compraba poquitito, unas poquitas cosas pa' no gastar mucho para que le quedara plata pa' la semana. Me manejaba tan pobre que por ahí la gente se compadecía de mí. Yo jovencita... Después ya él perdió el trabajo, recién casados. Nos fuimos a un campo. Ahí era cuando yo ya tenía una guaguaita, al hijo mayor que está en Santiago, se me perdió ese hijo, hace muchos años que no sé de él, qué será vivo o muerto en Santiago. Tuve ese hijo, veníamos en la mañana pa'l cerro, pa' la montaña a hacer duelas, unos husos que se llamaban antes, los íbamos y llevábamos cositas, hacíamos de comer ahí y hacíamos eso. Ya, tanto trabajamos en eso, llegaba el tiempo de la nieve, ya no se podía hacer nada más. Ahí había como un hospital pa' la población, pa' la gente que se accidentaba ahí en el túnel. Ya nos comenzaron a agarrar lástima y una vez estuve enferma, fui al hospital y... artiro me ofertaron el trabajo ahí, que fuera de lavandera ahí al hospitalcito ése. Ya comencé a lavar y mi marido tenía una segunda señora, que ésa la tenía de antes que se casara conmigo, esa señora era dueña de hijuela. Entonces él, cuando no tenía algo, se iba para allá no más y a mí me dejaba por mi cuenta. La sufría, lloraba. Seguía lavando en ese hospital, como nevaba tanto me mojé mucho yo, me dio una pulmonía, casi me morí. Mi marido no hacía caso de mí. Y ya él se cabreó, y los fuimos pa' una hijuela, lo buscaron pa' que fuera a cuidar una hijuela. Ahí sí que sufrimos, ahí pasaban dos días en que no comíamos; los carabineros de ahí iban y nos iban a dejar comía. Y yo ya tenía dos chiquillos. El hombre era pobre, el dueño de la hijuela adonde nos habíamos ido se había ido pa' la Argentina con la señora y nos había dejado cuidando a nosotros, que él buscara trabajo y él no halló trabajo en ninguna parte. De ahí nos agarramos y nos vinimos pa' Curacautín, nos volvimos p' atrás, a piecito, echamos dos días en llegar a Curacautín andando, más de nueve y tantas leguas. Y entonces ahí llegó él, pidió trabajo en la estación de cargador de carros, de madera, castillando madera, embarcando madera en los carros. Ahí le dieron trabajo y se daba a la vida zorzalina con sus compañeros.

¿Qué es una vida zorzalina?

Una vida linda no más, ni se piensa en nada, mujer, hijos, en nada. Y ahí en

ese trabajo ya se afirmó él. No nos movimos más de ahí y ahí fue mis sufrimientos míos. Ahí los tuve a todos, los nueve hijos que tuve.

Así que fue mi vida así, puro trabajar no más. De ahí yo ya entré a las termas de Curacautín, las termas de Tolhuaca que llamábamos. Muy famosas, de Santiago ¿de dónde no venían! Ahí comencé a trabajar yo, la más mayorcita se quedaba con los chiquillos pa' yo poder trabajar, porque él no me daba, si él todo se lo farreaba no más. Trabajaba yo, ya trabajaba todas las temporadas ahí. Llegaban las fiestas del "18", me alquilaba en las ramás pa' tocar la guitarra. No ve que antes se usaba que tocaban las mujeres no más, no hombres, sí, puras mujeres no más. Así que ahí ya era mi trabajo mío todos los restos de fiesta del "18" trabajaba pa' ganar mi plata. Tocaba de todo, los bailes que se usaban antes, las cuecas, los vales, total: todos los bailes antiguos. Tocaba y cantaba, todo, todo.

Yo tocaba muy bonito la guitarra. Yo, por ahí, con ese tío, tocábamos, él tenía guitarra, entonces yo me ponía a tocar la guitarra y me entretenía, entonces comencé a agarrar la guitarra que tenía mi tío —antes la gente antigua manejaban todos su guitarra— y toqué y aprendí a tocar muy lindo la guitarra yo. Yo era la más famosa, así que en las ramás, por ahí en las fondas, en las corrias era la primerita yo que me andaban trayendo pa' que tocara.

¿Y ahí tenía muchos pretendientes?

No, pero es que yo no sabía de bueno; no sabía cuestión, era muy fría. Ahí llegó él, fíjese; me encontró. Andaba paseando de a caballo con los amigos, farreando por ahí ¿y qué no llegó a esa parte donde estábamos nosotros invitaos a una comida, a una fiesta! Estaba yo tocando la guitarra y entonces le dijo al otro: "oye mira, que toca lindo la guitarra, le dijo. ¿Quién estará tocando la guitarra? ¡La mujer que canta lindo!"

No me perdió pisá nunca más; pero yo no lo quería... Gastó más de un año en vueltas pa' poder casarse. Yo me quería casar, si yo no quería volver más con el padrastro. Así fue, me casé y ahí comenzamos a sufrir, a sufrir...

Así fue mi vida, me fui envejeciendo y trabajando, me envejecí trabajando sin seguro.

Después se necesitaban mujeres para hacer una plantación de pinos, esos pinos se embarcaban pa' los otros países, para otras partes, los pueblos por ahí, uno plantaba esas plantitas, esos pinos, los cuidaba y después uno iba haciendo unos pocitos de barro así e iba arrancando la plantita, chiquitita así y las iba contando por cientos y se iban embetunando así los ataítos y se iban encajonando pa' las embarcaciones. Ahí estaba cerquita el trabajo, a toda hora yo llegaba a mi casa. Ahí se trabajaba por cuadrillas, como trabajan cuadrillas de hombres, puras mujeres. Esos gringos, eran gringos argentinos y vinieron y se pusieron esa fábrica, una fábrica muy grande. En la fábrica trabajaban hombres y pa' esos trabajos recibieron mujeres, por temporadas no más. Al otro año al tiempo de invierno se comenzaba a hacer la plantación otra vez. Esa es una semillita y uno hacía como

unas melgas así, entonces después de esa semillita va toda saliendo los pinitos. No embroman nadita, ligerito, como en dos meses ya estaban grandecitos, así, buenos pa' arrancarlos. Una vez siendo calor ya no se movía una planta, como hasta agosto, septiembre se trabajaba no más. Y ahí, después yo ya me iba pa' las termas a trabajar otra vez.

El trabajo de los pinos, ¿le gustaba?

Sí, porque era un trabajito liviano, frío se pasaba no más; le pegaban mensual y uno tenía su tienda donde le daban un vale a los quince días. Uno llegaba y sacaba de todo para su casa, como pulpería. Entonces yo ya iba aperando mi casa pa' que comieran mis niños y la hija mayor, ella los atendía.

Así fue, de eso, después ya él me dijo que no trabajaba más en las termas ni trabajara en eso. Me dijo: "vamos, vas a trabajar con pensionistas, tengo una cuadrilla de gente que quieren venir a comer aquí". Así que comencé a trabajar con pensionistas. A él le pagaban la pensión, la plata. ¿Qué sabía yo lo que él hacía con la plata? Yo trabajaba, y no sabía de plata. Yo no le preguntaba, no le podía preguntar, porque si no me pegaba, me cascaba, ¡puh!

Así fue hasta que ya un hijo de los mayores ¿no se le ocurrió venirse p' acá? pa' Concepción, pa' la Papelera. Ya estaba hombrecito ya, diecisiete años tenía. Y ahí fijese que se afirmó él a trabajar y mandó a buscar al papá. De ahí nos vinimos a Concepción, pero siempre por medio de bancos, aserraderos, de volteador de pinos. Así que él era volteador con otros más ahí y el hijo mío, eso se volteaba a hacha no más. Lomas Coloradas se llamaba ahí, cuando llegamos a trabajar. Primera vez que comenzamos a trabajar en banco.

Y ¿qué le pareció vivir en un banco?

A él le gustó porque ganaba plata.

¿Y a usted?

Bueno, pa' mí era igual, donde andaba él tenía que andar yo por fuerza, por andar con mis hijos. Y a mí ¿qué me iba a tomar él? Si él no admitía que la señora le dijera nada, que le dijera yo nada ni exponiera yo nada, él, era él no más y si no, artiro me pegaba no más.

Ahí les hacen casita, puh; les dan madera y hacen casas, así como la hija mía. Esas Lomas Coloradas es como un pueblo, al otro lado del Bío-Bío, pa' San Pedro. Eso es muy grande. Así que ahí estuvimos hartos tiempo. De ahí ya vino un enganche de Linares, nos fuimos pa' Linares por medio del mismo trabajo de volteador, a trabajar en banco, igual. Ahí trabajé con hartos pensionistas otra vez. Muy solitarias partes, muy desterrados pa' adentro de Linares, por ahí adonde cayó ese avión que se perdió hace tiempo, por esas partes fue que anduvimos.

¿Y tenía amigas en los bancos?

No, yo fui la mujer más triste, mi vida para vivir... De ahí fíjese que ya nos vinimos ¿pa' dónde fue que nos vinimos? pa' no mentir... *(Pregunta al marido)* ¿pa' dónde fue que nos vinimos, oye? Pa' Rancho Grande. Ahí comencé a trabajar con pensionsitas y me largué a trabajar en la hechura de carbón. El trabajaba y cuando llegaba me dejaba leña picada, todo, en veces estaba el carbón pa' sacarlo, lo sacaba yo sola, lo trabajaba, lo tapaba, lo destapaba y seguí trabajando el carbón. Eso se hace como una chocitas de leña y se le hace una puertecita y se le prende fuego y ahí se tapa con barro y se sigue quemando adentro todo ese montón de leña. Así como se va quemando se va pisoteando eso con pala, entonces le cae la tierriita encima y esa tierriita va apagando el carbón. Entonces ahí uno comienza a sacarle la tierra de encima y lo sigue descubriendo por toda la orilla ahí del montoncito, se pone el saco abiertito al medio y se sigue sacando y echando.

¿La leña la sacaban del cerro?

No, donde estaba aserrando el banco, quedaba esa tapa de los trozos, esa se hacía. Y cuando no, hacía él unos hornos de barro como un túnel, un hoyo grande en la tierra, hornillas se llaman esas, donde hay un cerrito alto, un montecito, por debajo de la tierra hacen como una casita, ahí eso se llena de leña y se prende por la puerta y se tapa. Cuando sale el humo clarito, azulito, es seña eso que está todo quemado. Hay que dejarlo unos ocho días así, se tapan todas esas puertecitas y se ahoga eso y ahí se apaga. Entonces ahí se sigue sacando el carbón. A los ocho días ya uno abre la puerta, esa grande, porque es una puerta pa' que quepa el cristiano y quepa la leña, y se sigue sacando todo el carbón pa' fuera.

Eso lo hacía uno: eso era libre, libre pa' uno, si quería hacerlo así o si no, no hacía na' no más. Entonces yo, como no me hallaba de ociosa yo le decía: "prepárame, yo quiero hacer esto", y yo lo hacía. Todo se vendía, de Concepción estaba la gente esperando, los carretoneros esperando el carbón.

¿Usted tenía pensionistas y los cabros para criar y se hallaba ociosa?

Sí pues, sería adonde estaba acostumbrada que no me hallaba ni un poquito, cuando ya tenía a mis pensionistas, mi gente se iba de la comida, yo dejaba todo listo, todo preparado, ya tenía a los chiquillos que me ayudaban en la casa, todas las niñas estaban grandecitas, las cuatro niñas mayores, esas me ayudaban en la casa, yo me preocupaba de mi carbón no más. Y ahí agarraba plata yo, mandaba mi plata, pa' mis cosas, porque a él nunca le gustó de darme plata de lo de él. El mandaba su plata, él compraba sus cosas pa' la casa, claro, pero a mí no me dejaba plata. Entonces por eso yo le agarraba anhelo al trabajo, porque ahí yo sabía que trabajando, yo tenía platita pa' comprar lo que yo quería. Y si yo no trabajaba yo no agarraba plata ni tenía plata, ni aunque me hubiera llegado a

recontiar de deseos de comprar algo, no la tenía, él no me daba, no me daba un veinte. Yo no cargaba plata cuando yo no trabajaba y yo por eso envejecí trabajando, tuve mis hijos, los crié mis hijos, todos los crié trabajando.

De ahí nos fuimos pa' Concepción, a vivir al pueblo. Ahí la pasamos mal. Ahí estuvo trabajando en ¿cómo se llama? (*Pregunta al esposo*) ¿Cómo se llamaba esa parte donde estuviste trabajando en Concepción? En la Universidad. Ahí estuvo trabajando, pero poco. Y ahí fíjese ya nos vinimos para acá, para esta firma aquí, hace como quince años. Si jubiló aquí, harán como tres años.

De ahí fue, de la Universidad, que comenzamos a sufrir, nos fue mal, mal, de ahí ya nos vinimos p' acá, pa' Chillán, ahí fue, y nos fuimos... (*Pregunta al esposo*) ¿Cómo se llamaba esa parte ahí donde estuvimos? Vivanco se llama, un banco también. Rálco era la firma de allá y de ahí nos vinimos aquí, a Chillán, a la Rálco. Y ahí ya se cambió él pa' la firma ésta.

Usted me contó que a veces se quedaba en el pueblo.

Sí, me quedaba en el pueblo cuando comenzaron a estar mis niños buenos pa' estudiar, tuve que quedarme en el pueblo; él salía solo a trabajar. Eso fue cuando estábamos en Curacautín, después cuando estuve yo aquí, entré a trabajar en las escuelas. El trabajaba arriba y yo en la escuela: le hacía la comida a los niños. Tenía piececita arrendada.

Y después él me quiso llevar al campo, me fui pa'l campo, y allá entré a la escuela, la tenía el Fisco tomada esa escuela. Estuve cuatro años haciendo la comida. Me tocaba venir a pagarme a la Municipalidad.

¿Y a usted le gustaba más eso? ¿Trabajar en la escuela?

Sí, es que me gustaba la plata, si yo no trabajaba no tenía plata, si él aunque hubiera ganado la plata a manojo, él no me daba plata a mí.

¿Pero en Chillán también se quedó en el pueblo?

Sí, él estaba aquí ya, pa' la firma Moltedo, y yo vivía allá porque también trabajaba en la escuela de Chillán. Porque mi trabajo me obligaba, y a mí no me gustaba andar andando, no me gustaba sentarme con las mujeres, las señoras, las encontraba tan mal nombrás, que decía que la gente de los bancos eran ladrones, las mujeres se quitaban los maridos unas con otras, entonces yo todo eso hacía caso y no me gustaba.

¿Pero a usted le parece que es así realmente?

Bueno, yo digo: eso se da en los bancos y adonde sea; la mujer si es así y le gusta hacer eso, sea donde sea, lo hace. La gente bancaria no tiene nunca buen nombre.

Hay un banco por ahí de la misma firma donde está la Prudencia, que es pa' la historia no más de las mujeres, de las señoras, y por eso no me gusta, que se

quitan los maridos unas con otras, las cuestiones, las historias, los maridos les pegan a las mujeres, las buenas sufren por las otras y así.

Nunca me ha gustado tener amistades si no conozco yo bien a una persona, una señora, una dama, que sepa yo que es correcta, es seria y todo, yo no tengo amistad, mi modo es así no más. Yo no puedo ser más: que sea charlista, que sea conversista, que sea risueña, yo no, porque me crié con mi corazón lleno de sufrimientos, entonces yo, desde que fui mujercita, nunca supe ser la mujer feliz, que yo hubiera andado con mi cara alegre: yo no supe nada, yo no supe pololear, yo no supe mirar un marido, o que un hombre me hubiera dicho: “vamos señorita a tomarnos un helado”, yo no supe. No ve que yo me casé con este hombre sin conocerlo, sin saber quién era, de puro temor, de miedo, porque yo sola no podía. Entonces, yo nunca he sido una mujer alegre.

Pero, ¿no era feliz cuando cantaba en las fiestas?

Ese era un trabajo por obligación, porque yo tenía que hacerlo pa’ poder tener plata, pa’ agarrar plata, porque ya con anticipación andaban a la siga de él, porque yo sola no lo iba a ir a hacer, yo no iba a decir: “yo voy a tocar la guitarra pa’l parque”, porque era con él que tenían que hablar.

Pero, ¿no es lindo cantar y tocar música?

Sí, es lindo, cuando la ayudan a uno a tocar el acordeón, tilladores hartos, pero yo era casada y llena de temores, atemorizada, entonces, yo estaba cantando, pero con mi corazón que parece que ya lo iba a ver a él llegar enojado a sacarme de ahí donde estaba, de la tribuna donde me tenía, y me iba a decir: “mira, estabas con fulano” o “fulano te estaba hablando”.

¿El era celoso?

No, él no era celoso, nunca, porque él veía que me tenía tan atemorizada... entonces él sabía que yo nada le hacía de malo. A veces él con anticipación ya que le pagaban más en las fondas o que le ofertaban más porque yo fuera a trabajar ahí, me contrataba él; él llegaba con amigos, se servía empanadas, ponche, todo, lo pasaban bien y después todo lo ponían en el libro a cuenta mía, ¿se da cuenta? Entonces esa fue toda mi vida mía.

Los hijos, después que fueron grandes, cada uno se comenzó a mandar por su lado, a casarse, lo pasaban más con las mujeres, no encontraban trabajo. Total, jamás tuve yo una ayuda. Por lo menos ahora jamás ha venido uno a decirle: “papá, te compadezco porque estás enfermo”. Porque no le digo que en Santiago tenemos un perdido: no he sabido más de él. ¡A cuántos no he hecho encargo de él! Así que mi vida ha sido puro sufrimiento, puro trabajo y puro sufrimiento.

¿Los forestales, son distintos a los hombres del pueblo?

No, son iguales no más, porque todo hombre sea donde sea es igual. Yo no más me he dado cuenta, ese mismo Luis ya que vive en el campo, vive feliz porque nadie le toma la atención a él, nadie se fija en él, hace lo que quiere, no lo toman preso ni nada, él es libre allá en el campo, y aquí no. Por eso yo hallo que es igual, para el hombre es igual en el trabajo que sea.

¿Y a usted le gusta el trabajo de los banquinos?

No me gusta, no me gustó nunca porque no luce na' la plata. Aunque gane la plata en montón no le dura. Porque en la unión de los hombres, donde se juntan todos al pagarse, entonces todos, a los que les gusta, sean casados, sean solteros, una vez que agarraron plata "vamos allá, vamos acá" y por ahí después se les ofrece una fiesta, se piden un cordero fiado, piden chuicas, piden por barriles el vino fiado, entonces toda la plata se va quedando entre los negocios por ahí, ellos al fin y al cabo vienen a quedar con nada. ¿Luce la plata así? No, ¿no es cierto?

El mismo Luis, a él le gusta mucho comer bien, tener todo en su casa; pero recibe la plata y está la gente esperándolo con el librito en la mano. Se pagan y no les queda un veinte, la pura pulpería recibe. Pa' la fiesta del Luis es así, de dos, tres días hasta que se le terminaba un animal que pedía pa' carnear. Hubiera estado allá era yo la primera como madre de ella que tenía que estar. Yo le decía: "Luis, no compre tanto, no le dé a tantos", no ve que como maestro que era él, se le llenaba la casa.

¿Y usted cree que los hombres trabajan igual que las mujeres o más?

No, las mujeres no trabajan, tienen poca preocupación por nada, las mujeres no trabajan nada, nada, no hacen ni una huerta. Yo, donde vivía hacía huertas, porque me gusta trabajar la tierra. Por ahí donde veía huertas bonitas preguntaba y sacaba datos, pedía semillitas o plantitas. Yo tenía que tener entretenimiento.

¿Y por qué cree que las otras no hacen?

¡No les gustará mucho, puh! Así que la vida de los bancarios, de las señoras, es muy viciosa, muy desocupá, no hacen nada: en su casa no más, atendiendo su casa, sus hijos.

¿Y le parece mejor vivir en el campo o en el pueblo?

Bueno, es mejor vivir en el campo, en los trabajos por ahí, porque hay murta, no tiene que estar pensando que tiene que comprar la leña, no tienen que ocupar carbón, no tiene que pagar arriendo, puede criar un avecita. ¿Cómo va a ser bueno el pueblo! Yo ahora, actualmente, estaba sin carbón, estuve dos días acostándome sin fuego, sin nada. Y en el campo por lo menos, qué va a necesitar

eso uno. Ni la gente más pobre que sea no se encuentra tan pobre, porque ya siembra cualquier cosita, hace su huertecita, cría sus avechitas, tiene su cama y ya a la hora que llegó una persona, pesca un pollo y lo prepara y listo.

De todas las partes, ¿cuál fue la mejor?

Allá, de Chillán p' arriba, porque ahí trabajé con dieciocho pensionistas, dos personales completos de los bancos. Entonces ahí me mandaba yo mi plata, el patrón me pedía una lista no más de qué necesitaba para mi gente y él me llevaba las cosas p' arriba. Entonces ahí yo no tenía necesidad alguna. Ahí lo pasé bien porque lo pasé entretenida en mi trabajo, recibía mi plata, comía bien, mi marido trabajaba por otro lado, él sabía lo que hacía con su plata, él se vestía, hacía las mil y unas con su plata, y yo hacía las mil y unas con la mía. Siempre imparcialmente, él mandaba lo de él y lo mío lo mandaba yo. Así fuimos este matrimonio, yo trabajé para mandar lo mío y él trabajaba para él. A medida que yo trabajaba, me compraba. Ya ve ahora, lo último en trabajo que hice fue ahí en la escuela: me puse placa. Yo de jovencita estaba sin dientes, y ahora último, tanto trabajar, me vine a poner placa, a ponerme dientes.

Y ahora estuve tan grande, que de envidia, porque trabajaba muy bien allá arriba —dicen, no sé yo— me hicieron “un trabajito”, las señoras que saben de eso, de envidia. Yo vivía particular, en una pueblita, cuidando unas viñas, cerquita del banco. Me puse a trabajar con negocio en mi casa, me puse a manejar refrescos, manejaba maltas. El día sábado, el día de pago, les hacía empanadas, les hacía pollos escabechados, les vendía cazuela. Entonces Luis, como era maestro, él convidaba a la gente y venían a hacerme gasto; yo tenía hartu buena clientela. Toda la gente me quería, porque ellos llegaban y me decían: “señora, usted si tiene ¿por qué no me pasa diez pesitos pa' tomarme una cañita o algo?”. Si yo tenía, les daba, si llegaban curados yo les daba comida, les daba un pan...

Entonces, como trabajaba muy bien, de repente no más me llegó una enfermedad incurable que nadie, ni el doctor, me mejoró. Si no es por mi chiquilla que se le pone en las colorás al papá que me vea esa meica, me habría muerto. Dicen que fue una cuestión que me hicieron de envidia, porque a mí me iba muy bien ahí y todas las demás manejan vino pa' vender, son propietarias de viñas, tenían lo mismo que yo para vender pero a mí me llegaba gente a la casa mía ¡si yo les tenía de todo!

Comencé a sentirme mal al estómago, un decaimiento que caí a la cama y no me dolía nada y no me podía mover: más un decaimiento, un debilitamiento al cuerpo que tuve. De repente me daban unas cosas como que me iba a morir ligero y al fin ya estaba hartu mal. Así que cuando me vieron mal vino el doctor, dijo que era úlcera que tenía al estómago. ¡Cuándo era cuestión de úlcera! Un día llegó la hija llorando, que me encontró tan mal que le dijo: “papá, ¿por qué no vamos a ver una meica?”. Y ahí dijo que p' arriba no más de donde yo vivía habían unas niñas y esas niñas de envidia me habían tirado una cuestión

en la casa. No sé yo lo que será que le hacen a uno, eso dicen que son unos remedios que ellas saben, no sé que podrá ser. Y esa señora me dijo altiro que eran unas solteronas que anduvieron muy enamoradas de Luis y Luis se casó con la hija mía. Así que esa meica me alivió: con remedio, con botellas de agua, con ungimientos, con yerbas, con sahumeros, con baños, así, inyecciones, pastillas, tónicos. Ahí me mejoré. Sería permitido de Dios, Dios todavía no me necesitaba.

Cuando recién jubilamos, cuando cortaron a mi viejo estábamos ahí en esa casita cuidándola, así que de ahí ya nos vinimos para acá a Coelemu y de aquí no fuimos pa' Portezuelo. Ese es un pueblito, propietarios todos, no hay nadie que le arriende por ahí, es un pueblito muy pequeño que se está formalizando.

Allá nos fue mal, el yerno se portó mal, así que obligados a tener que venirnos. A lo que él ya se enfermó y no pudo ayudarle a trabajar, comenzaron a cambiar mucho las cosas.

Mi yerno arrienda pedazos de tierra para sembrar, trabajan en medias por ahí, tiene animalitos. El vino a Chillán a poner un negocio, un almacén y fracasó. Y ella, mi hija, estaba empleada al lado de donde llegó él y ahí se conocieron y se casó.

Una cosa muy muerta allá: no hay hospital, no hay nada. Y pensábamos que si él se fallecía por allá, fíjese, pa' reunir, pa' sacar algo... Todos estos papeleos están aquí pues; así que eso fue lo que pensé yo. Y tan cara la vida, allá el doble más caro. Porque el carbón vale doscientos cincuenta el saco, aquí vale cien pesos, ciento veinte lo más. Yo, pa'l mes, tengo que tener mis dos o tres sacos, todo lo hago con carbón no más. Así que yo me cuidaba, recogía leña por ahí, pa' poder economizar. Menos mal que aquí me gasto dos o tres sacos, pero son trescientos pesos no más, doscientos pesos.

Y pa' Luis aquí, pa' la Prudencia, queda más cerca, ya algo me pasa, ya ellos están más cerca, p' allá está muy desterrado. No van a decir: "vamos a llegar y vamos a tomar el tren y vamos a llegar allá". Por allá no hay tren...

Mil trescientos pesos pago por esta casita. Hace poco que llegué aquí. Dejamos las cosas y nos fuimos p' allá (*al campamento donde vive Prudencia*) por este verano. Como dos meses estaríamos. Y el patrón también no quería ni por nada que nos viniéramos. ¿No ve que esos fueron los patrones de él también?, jubiló él ahí con ellos. Así que ahora quiero hablar con una visitadora que me haga mis trámites, a ver si me hacen esa jubilación de vejez a mí, esa ayuda que le hacen a las señoras veteranos que no pueden trabajar, pero no tengo quien hable por mí ni na'.

Yo me decía siempre: yo me pusiera a contar mis sufrimientos, yo creo que me sale una historia, me sale una novela muy linda de todo lo que yo he sufrido y he pasado, estoy pasando. Ya ve ahora: tengo que tomar en brazos a mi marido para darle la comida con mis manos, tengo que tener estómago pa' limpiarlo y llevo un año y le iré pegando quizás pa' cuánto... ¿No va a ser sufrimiento esto pa' mí?

Pero a mí no se me nota, porque yo nunca me he dejado morir: andar siempre limpia, lavarme, bañarme, cambiarme ropa, arreglarme algo. Y hartó lo que me valió mi trabajo, comencé a comprar lo que tengo pa' eso me sirvió. Se me ocurrió comprar mi tele —la última plata— pa' entretenerme cuando esté acostá. Así que así es mi vida hasta ahora. Habimos personas que llegamos a este mundo... yo me crié entre las extrañas por ahí, me casé, seguí sufriendo igual y ahora ya por fin esto de mi marido.

Cuando le dio, andaba en las vendimias. De primeras llorábamos, amanecíamos... yo con él. Como me tocó en Portezuelo, con la otra hija, esa sufrió hartó también. Porque le tocó la enfermedad más furia, le daban ataques tupíos, quedaba muerto y esperando nosotros no más que dejara de respirar pa' velarlo. Entonces no se dormía en toda la noche. Ahora está tranquilo, no sé, quizás los fríos, con los hielos en el invierno... Ese ataque que le digo yo, trocosis, no sé cómo es... Dijeron los especialistas que a los tres ataques, no se escapa nadie, pero a él le dieron los tres ataques y le siguieron dando más. Se pone feo, se le da vuelta la vista y comienza unos lamentos espantosos, se retuerce todo. Así que le dieron los tres ataques; a los tres ataques que le dieron, dije yo: "ahora sí". Ahí lo fuimos a ver otra vez al doctor: "A lo mejor que lo va a resistir —dijo— va a quedar defectado de algo, va a quedar así no más —me dijo— cuídenlo".

Esperando no más, en uno de esos ataques se puede quedar. Así que por eso nos alarmamos hartó cuando le dan. En veces me toca solita.

Lo que yo había pensado, si en algún hospital me lo vieran —decía yo— haberlo puesto en algún hospital, p' haber descansado un poco yo y trabajar en algo... Yo me encuentro mal, pero yo sé que son los nervios, tanto pensar, hay días que amanezco bien decaída, sin tener una ayuda de nada y él en este estado.

¡Y él que come!, no le gusta tomar café en taza, no le gusta servirse un plato de comida: ¡tiene que tener su fuente y su tarro de café y la mitad de un pan! Come, come, sabe comer.

Entonces todo eso pienso yo, fíjese. Y yo sin poder ganar un veinte, lo tengo que estar cuidando no más. Nadien, nadien otra persona me lo va a venir a cuidar, va a tener una paciencia para hacerle su aseo, p' hacerle sus cuestiones que tiene que hacer la persona diariamente ¿y dónde? soy yo la única.

Ahora, hablando bien francamente, la Prudencia, ella pobrecita, sufre con Luis, los puros celos y ¿adónde?, esa pajarita no le hace motivo. Entonces nosotros vamos a poder estar viendo, oyendo eso, que ella está llorando? Llegan los hijos del Luis, curaos, que "oiga tía, me tiene esto, me tiene esto otro, que quiero llevar pan pa' mi trabajo", así que ella es la empleá de todos. Eso es lo que ella no quiere soportar más, ella se va a venir al pueblo, se viene con nosotros.

Y si nosotros vivimos allá con ellos, el otro la hace sufrir porque dice: "adónde te vai a ir, los viejos están conmigo". ¿No es cierto? Ahí está el problema, y eso lo conversamos ahora, poco antes que yo me viniera. Ella no me había querido decir nada, pero ahora ya me la largó: dice que ella quedó con sus cosas arre-

gladas la vez pasada. Güeno, ¡ahí está, puh! el celo se lo come porque la mujer es joven.

El otro día los cabros (los hijos del Luis) llegaron curaos, echando abajo la casa, y dele patás a la puerta, fíjese. Tenía la cama así en la puerta, la botaron con puerta y todo, pasaron p' adentro... ¿Cómo va a ser lindo eso? Así que no hay cómo pensarlo, cómo hacerlo; entonces todos los cargos son míos, soy yo la que tengo que soportar todo eso. No es pa' menos, fíjese que mi chiquilla llega un día con sus monitos al hombro aquí, con sus cabritos a la cola, y si yo no estoy aquí ¡adónde se va a arrollar ella! Ahí está el detalle.

Dígame Viterba, usted con problemas, sus hijas también:
¿Qué cree que pasa con las mujeres?

Esto va por herencia la cuestión. Yo creo que no hay mujer que no pase por eso, parece. Parece que es por herencia, sí: porque ¿cómo hay mujeres que tienen derechos de la vida, mujeres que salen solas? el marido na' que les pasa, na' que les hace. Y por eso digo yo: ¿por qué —digo yo— mis hijas tuvieron que heredar a su madre en los sufrimientos? Eso es lo que pienso yo, esta Prudencia no es pa' que sufra; su marido hubiese sido otro que se de cuenta. De quince años le ayudó a criar esa patota de hijos, nueve hijos, porque estaban botáos, y llegó ella y se hizo cargo de la casa. ¿Y por qué lo hace él con ella?

¿Y cómo están ahora los trabajos forestales?

Ahora está pésimo de malo, antes estaba bueno, pa'l lado que se hubieran ladeado los hombres tenían trabajo. Porque los patrones eran buenos y ahora parece que están todos pobres, más que uno.

¿Pero parece que el patrón está peor que usted?

Sí, porque han paralizado bancos, porque dicen que están en quiebra. Ya ve que pararon el banco que tenía Luis ¡han cortado tanta gente! Toda esa gente que andaba en busca de sitios, de tierra por ahí, toda la gente que hay todavía por allá haciéndose los lesos, viviendo sin trabajo. Ahora se habrán acarreado por ahí, la gente de ahí mismo de los campos les ha dado pueblitas, pedacitos para que hagan su casa y vivan. Así que ¿cómo va a estar bueno ahora!, no. Los trabajos en todas partes están malos, porque ¿pa' qué parte se va a ladear el hombre?... no hay trabajo.

¿Y por qué le parece que sucede esto?

¿Echémosle la culpa al Presidente...?

¿Usted recuerda si en los bancos había sindicato?

Fíjese que en eso yo si que comprendo muy poco, porque él poco se metía

en el sindicato. Ahí donde trabajaba Luis, ese evangélico, tenía sindicato, pero mi marido fue bien aparte de eso.

¿Y Centros de Madres?

Sí, cuando yo estuve en Concepción trabajé en un Centro de Madres. A mí me parecía bonito, harta pega hacía. Era bueno porque se trataba de tantas cosas. A pesar que a mí me tocó casi más el trabajar, me daban negocios pa' que vendiera, juguetes, pelotas en veces en las fiestillas, en las jugarretas por ahí, me ponían negocios, con huesillos, cigarros, pastillas. Y cuando no, se hacían onces vendibles. Eso era para comprar géneros, hacer ropa, delantales, ropita para niños más pobres. Entonces no hacían cursos como ahora, ahora sí es bonito, antes no. Ahí trabajé una temporada, después me salí porque me convino más trabajar en mi casa, trabajar con pensionistas.

¿Y en los campamentos de aquí nunca hubo?

No, hicieron una vez o dos veces. Vinieron unas de Santiago, pero después terminó eso, cuando quisieron echar al Presidente que murió se terminó eso, alcanzaron a hacer dos o tres veces reunión no más.

¿Y qué pasó aquí cuando quisieron echar al Presidente?

Nada más que cuando desapareció el alcalde, ese lo mataron, se lo llevaron, desapareció. Pero él decía que eso iba a ser porque él era comunista de aquí, de Coelemu. Atendía a la gente en la calle, donde querían no más les oía, cuando necesitan algo hablaban con él. Pero era comunista, muy obligatorio, él quería obligar a la gente que se metiera, se inscribieran y sacaran cuestiones. La suerte que la gente ninguna quiso, habrían muerto juntos con él todos si le hubieran obedecido a él.

¿Ustedes son creyentes?

Sí, somos católicos, pero no de ir a misa. Porque como siempre vivíamos lejos, en el campo por ahí... Y cuando yo vivía en el pueblo no me tiraba de ir a la Iglesia. Después que nosotros nos salimos, hay una iglesia allá en el campo, iban en veces turnados estos curitas de aquí a hacer misas allá los domingo, en verano sí. Y hay un encargado que es compadre de Luis, es él que hace misas en veces el día domingo. Se hicieron compadres en una de esas ¿cómo me las nombró usted delante? misiones. Entonces fue a bautizar, se casaron algunos, total que ese caballero fue padrino de casamiento, de óleos, tomó hartos ahijados. Se hace misa ahí, se hace fiesta pa' la terminación de la novena, Santa María, no sé cuál novena es que sigue. Yo viví allá pero no me gusta ver las iglesias mucho. A Yumbel viaja toda la gente, por San Sebastián.

¿Y usted sabe por qué van los forestales a Yumbel?

Porque creo que el santo los ayuda ahí. Yo, de cuando me casé, vivía por ahí, venía a Yumbel. Se va en tren, allá se toma micro y llega al Santo uno. Ahí paga uno lo que le oferta, el pago que tiene que pagarle y le pide para el año lo que quiere. Ahí ve uno acaso le cede o no. Si uno está en apuros, le clama a él, él hace bien por uno, uno tiene que estar puntualmente ahí donde él. ¿Qué cosa no hay! van circos, van esos días del veinte de enero, sus tres días, dos días, según de lejos donde son, de Santiago viene la mayoría, de otros pueblos de por ahí. Total que ahí donde ponen el santo, en una parte como un bosquecito, unos arbolitos, ahí se llena de gente, ahí alojan, hacen comida.

Yo siempre viajaba el día veinte y me venía altiro. Nosotros por lo menos, Luis iba, la Prudencia también iba... El mandaba la plata no más, mandaba lo que le ofertaba al Santo San Sebastián.

¿Es más peligroso el trabajo forestal que otros trabajos?

Más peligroso porque fijese que en veces ellos botan una mata, se les enreda y están volteando otra mata y con el movimiento se desenreda y cae ¡cuántas veces no se ha quebrado un brazo...! Mi marido, ¡cuántas veces no se accidentó! Se cortó un dedo, pero no bien cortado, le quedó así su dedito. Y otra vez no se les cayó un palo encima, encima una yunta de bueyes y murieron los bueyes. En veces salía a trabajar curao así. Total, uno queda llena de pensamientos...

¿Nunca se le ocurrió apartarse de él?

No, por mis hijos, que decía yo: me aparto de él, mis hijos tienen que estar sufriendo ya muchas cosas. Porque él fue muy malo y tan malo fue que mi Dios lo tiene así ahora pagando, pero sí que a sus hijos nunca les faltó el pan. Los crió muy pobres a todos, porque yo fui una madre que vestía a mis hijos con las puras bolsitas de la harina que él compraba. Y él harta plata ganaba, pero fue muy farrero, donde se bailaba, donde habían niñas bonitas... Entonces la plata se le iba, gastaba muy poco en su casa, nos llevaba muy en contra de la vida, así que yo crié mis hijos muy aporreá.

¿Y usted no le decía nada?

Ay, si yo le decía me pegaba, si yo le decía algo me pegaba altiro. Entonces yo por eso yo me envejecí con mi corazón lleno de sufrimiento.

¿Pero le tiene odio, rabia?

Rabia le tengo, a mí no se me quita. Ahora le tengo lástima verlo como está, pero yo, entre mis pobreza, yo como sería que (...)* muchos años porque yo ya le tenía odio, tan malo que era conmigo.

* Viterba sugirió borrar parte de su narración, cosa que se efectuó en el momento de la entrevista.

Cuando apartó cama, ¿no tuvo más relaciones con él?

Sí, tuve, como un matrimonio, usted sabe que el marido, si uno no lo fía es porque decía que uno tenía otro hombre... Usted sabe que el hombre malo, ¡buh! el hombre malo le busca por tanto, pero después ya más peleábamos, más peleas, por causa de la apartadura de cama. Le decía: "algún día mis hijos crecerán y ahí te voy a acordar de todas estas injusticias me has hecho pagar". Después uno, cuando los hijos crecen, toma un respeto único, que uno ojalá no quisiera que los hijos supieran que uno sufre. Ojalá todo se haga oculto, que ellos no sepan. Entonces es peor, una madre que sufrió con sus hijos, no descansa nunca. Por lo menos yo ¿qué voy a decir? Mis hijos crecieron, se casaron todos, todos están mal, todos sin trabajo por ahí, las mujeres aparte de ellos.

¿Y qué piensa de la situación de su hijo el Leandro?

Esto yo lo encuentro malo y de ahí digo yo, bueno, estos hombres no tienen culpa. Las mujeres que salen les dan tanta inmundicia y cuestiones a los hombres pa' ponerlos de la manera que ellas quieren, digo yo: así será, ella lo admite cuando llega...

¿Y por qué dice usted que los hombres no tienen culpa?

Digo yo, porque usted sabe que los hombres en veces ven caritas y si la mujer no se da a respetar, capaz que se den travesuras, ya les dicen cualquier cosa y cuando a la mujer le gusta... Y cuando no, primera palabra y a la mujer no le gusta, se apartó altiro y le hizo un parao, ¡puh!: "estas cosas no me gustan y no conversemos más ni le oigo más". Entonces, eso es lo que hallo yo: que la mujer es la que tiene la culpa. Leandro con la Marina no fueron nunca felices desde el día que se casaron, porque Leandro nunca quiso a la Marina. Se casó puramente de verme que yo tanto sufría con mi marido, y entonces una vez me dijo: "mire mamá —me dijo— por qué no se aparta de él". "Y pa' dónde me voy a ir, qué voy a hacer". "Váyase —me dijo— p' allá pa' Curacautín —me dijo— y yo me quedo con mis hermanos". "¡Pero cómo te vas a quedar tú solo hombre!". Entonces me dijo: "me voy a casar, me caso —dijo— pa' poder quedarme con mis hermanos, pa' que usted deje solo a mi papá, ¡está güeno ya!".

Cuando se casó, se casó con la Marina. Entonces, después que se casó me dijo: "ahora sí mamá, yo me casé, voy a tener casa —me dijo— y usted no va a sopor-tar ni una cosa más de mi papá" —me dijo.

Ahí, cuando él me vio que yo estaba ya arreglando mi ropita, ya se comenzó a portar más mejor y dejó de tomar un poco.

Ya ahí fue la del Leandro, pelea y pelea con la mujer, porque ésta, no ve que empleá, éstas están acostumbrás a mandarse solas, salir los días de fiesta, los días de baile, por ahí. Se lo llevaban peleando: "que tenís que sacarme, adonde andís tú quiero andar contigo" y cuestiones. ¿Cómo una dueña de casa va a andar pegá del marido!

¿Y usted cree que va a volver con la Marina?

¡Va a saber uno! Nadien sabe, puh. El no habla, de esas cosas él no se acuerda ni p' atrás ni p' adelante.

¿Y las hijas casadas están bien?

Sí, no ricas, pero lo pasan bien. Pero que me vayan a ayudar a mí en algo ahora que me ven que necesito tanto, no, no pueden, porque todas tienen harta familia. Por lo menos esas dos de allá son evangélicas, los maridos, todos.

¿Usted cree que son diferentes los evangélicos?

Me parece, porque no encuentro yo que sean amantes a la religión o que sepan llevar la religión. Porque estos hombres son idiotas con las mujeres. Así que yo no encuentro ninguna cosa que les valga eso.

¿Qué quiere decir que son idiotas?

Idiotas quiere decir que son mañosos. Así que yo, contar con mis hijos, nada. Ya ve, ahora yo hago mi almuerquito, cuezo pan en este fueguito. A través de otra hija allá en Concepción, que hay cocinillas a gas, que podían decir: "hagamos una unión entre las dos, comprémosle una cocinilla a mi mami y se la llevamos". ¡Qué! no deben de costar muy caras.

¿Por qué no se quedó arriba con la Prudencia?

Porque no, todavía no los habimos terminados unos al otro para vivir de allegados. A mí me gusta tener, pobrecita como usted me ve, que soy harto pobrecita, pero disponer de mi casa y yo llego donde una hija, me imagino que estoy de allegada. Sé que todo lo que hay no es mío, sé que yo no soy la dueña de casa. Entonces me siento más mal, me siento mal —digo yo— ¿por qué será mi vida así —pienso— por qué tendrá que ser así?"

Pero Prudencia querría que usted estuviera con ella.

Eso es lo que ella quiere. Así que ahora estoy pensando en irme con ellos, ya por octubre ya, a lo que salgan de ahí p' adonde se vayan a ir, ya me voy con ellos, pensar de morirme no más.

Pero a usted no se le ve como para que esté hablando de morirse.

Yo, fíjese, que mi manera mía, es lo que he tenido que siempre me ha gustado de andar limpia, de hacerme aseo, cuidar mi cara, porque yo prefiero no comprarme un pedazo de carne y comprarme mis cremas que yo necesito para mi cara, me compro un polvo que sea no muy malo. Y entonces eso es lo que me pasa, fíjese, pasé sesenta y cinco años y a mí no me hallan vieja. Y tanto que he sufrido en mi vida, ya ve que esa es mi historia.

VITERBA: LOS MULTIPLES OFICIOS

Las mujeres forestales hacen una opción, por distintas razones que ellas mismas explican, entre vivir junto a su marido en los campamentos de los cerros o radicarse en pueblas o poblaciones marginales.

Pero en ambos casos —mujeres radicadas en campamentos junto al obrero o mujeres solas habitando asentamientos de diversas características— las palabras de las mujeres confieren al marido la obligación total de sostener la familia con su salario. En el caso de mujeres poblacionales —donde el aporte del marido es inevitablemente menor por los gastos que se originan en los traslados desde el cerro para visitar a la familia, o más irregular por las muchas razones que dilatan o espacian la visita mensual o quincenal, o carece de la garantía en alimentos entregados en pulperías— vemos que, de una u otra forma, con mayor o menor estabilidad y éxito, la mujer desarrolla algunas conductas laborales. Aun cuando la escasez sea constante, el trabajo parece sentirse como un mal transitorio: la norma explícita de la obligatoriedad única del hombre ante las necesidades domésticas, convierte al trabajo en una práctica poco estable y no planificada.

En vez, la mujer de campamento alejada de los centros urbanos, en raras ocasiones recurre al trabajo remunerado, y si lo hace, éste está determinado rígidamente por su localización: puede dar pensión, o hacer lavados a trabajadores solos; en muy pocos casos hemos encontrado mujeres que, bajando y subiendo del cerro a algún sector urbano, hacen tareas domésticas en casa ajena.

Visitamos a Viterba pensando que su vida, transcurrida por etapas en campamentos y en ciudades o pueblos, daría elementos para entender las opciones de las mujeres en su localización. Pero cuando comenzamos a acercarnos a su historia de vida, pensamos que, si era importante este deambular, este cambio de opciones no frecuente en

las mujeres que conocíamos, escondía algo que era aún más inusual: una vida que se iba acomodando en todos los sentidos —y fuertemente en el geográfico— a la búsqueda constante de trabajo. Las explicaciones que ofrece su historia de vida sobre estos continuos traslados del cerro a la población, son varias. Sin embargo, no hay que forzar el material para que aparezca un hilo que conduce los pasos de Viterba: todos ellos desembocan en sus múltiples oficios. Pero esta vez no se retrata la conducta habitual de quién acepta el trabajo que se le ofrece o el que más fácilmente se consigue. Viterba crea muchas veces sus oficios a la manera del empresario y nunca recurre al trabajo en casa ajena. Aun cuando, en ocasiones, Viterba reproduce las tareas domésticas habituales del ámbito privado, desarrolla éstas en espacios públicos —escuelas, hospital, hotel, etc.— donde establece relaciones múltiples ajenas a la estrecha situación patrona-sirvienta. Este dato —la ausencia de trabajo doméstico en casas privadas— del que no fuimos conscientes en el transcurso de la entrevista, no aparece en la historia de vida: se rescata por su exclusión. Pero su ausencia en el discurso, nos lleva a pensar que Viterba eludió, quién sabe por qué razones, la vía más fácil y habitual de trabajo, y justamente la más explotadora y alienante.

Todo este peregrinar, imaginando y creando trabajo, y deambulando por los espacios públicos, no opaca la subordinación constante de Viterba. Los contrastes entre su dinamismo laboral y la subordinación aceptada, juegan en el relato como claroscuros, como la imagen y su sombra, extraña relación de personaje de la que ella no parece consciente.

La incógnita es, entonces, cómo Viterba, desde las motivaciones que la impulsan y desde su rara experiencia de una vida transitada más en el “afuera” que en los límites del interior doméstico (que para ella son claustrofóbicos), no logra dar el salto que, prejuiciosamente, esperaríamos: el de una mayor conciencia de las rigideces que impone la cultura de nuestro género, la evidencia de su aceptación de una independencia subordinada y de cómo, en la vejez, la dominación ya no se ejerce desde el poder del hombre, pero se multiplica sobre los pobres —y más aún sobre sus mujeres— cuando no pueden romper las trabas que los alejan del trabajo.

También nos preguntamos cuánto hay de cierto en los motivos económicos que, en sus palabras, guían a Viterba en la búsqueda constante de trabajo. Intuimos otra racionalidad ideológica, oculta

quizás de su propia mirada por la que se armonizan sus concepciones acerca de las prácticas laborales, con su intransigente visión de "los otros".

Para tentar contestarnos a estas preguntas, seguiremos a Viterba en sus trabajos, y trataremos de conectar dos planos de su narración: el que habla de la búsqueda de un ingreso monetario y el que habla de su situación de dependencia al poder del hombre. Ambos niveles de la narración, son capas que muchas veces se confunden: también Viterba, desde lo central de su condición dominada, parte hacia la búsqueda de una plata, sabiendo algunas veces de antemano, que éstas rodarán hacia el bolsillo del hombre. Y desde su doble condición de dominada —por pobre y por mujer— trataremos de mirar por su mirada hacia "las otras", las iguales que ella niega o ignora, y hacia los hombres, fatalmente enemigos.

La pregunta más amplia es entonces cómo se mantiene este discurso subordinado, ribeteado de sufrimiento; o, a la inversa, cómo Viterba no percibió, un poco más allá, una cuota de libertad asible. Porque si la construcción de la historia de vida, suponemos, desata un análisis crítico de quien lo elabora, podríamos haber esperado algún conato de rebeldía en su discurso.

El some timiento

La historia de vida de Viterba tiene dos tiempos que se quiebran en el suceso del matrimonio. La narración melodramática de una niñez de afectos divididos, bifurcada entre estas dos madres casi inexplicables en el relato, amenazada por el abuso sexual, explica un casamiento que no se basa ni en el amor ni en el cálculo económico: sólo el miedo a la soledad y al maltrato la empujan a aceptar "cualquier hombre que me hable". Aun cuando el período de la niñez —o de la soltería— es corto, quizás es allí que se marcó el perfil de Viterba, una identidad vulnerada por las carencias de la infancia, en que no se aprende a reclamar porque no se tiene nada.

El tránsito de la situación de mujer-hija a mujer-esposa no parece aliviar el sufrimiento ni el sometimiento. Si en su vida adolescente, Viterba jugó un papel activo defendiendo sus afectos más sentidos y logrando eludir los daños que amenazaban más intensamente su iden-

tividad, ya en el comienzo de su vida matrimonial acepta —dócil aunque con sufrimiento— la “segunda señora” y la “vida zorzalina” del marido.

La resignación de la mujer casada a las más calamitosas situaciones es habitual y parece entenderse desde la óptica de quien ha jugado su única chance —la elección de marido— para determinar su existencia: el casamiento fija los límites —más o menos elásticos— dentro de los cuales la mujer se somete o presiona.

En el caso de Viterba esos límites de enclaustramiento autodeterminado por el casamiento son inusuales: si bien el área de libertad personal está angostada por la fuerte dominación del marido, Viterba tiene un permiso amplio para buscar, en el espacio de “afuera”, formas diversas de trabajo.

Esta paradoja que presumiblemente podría permitir una relación entre el dominio personal y el laboral, en que ambas vertientes crecieran dialécticamente por la situación de contraste, no se resuelve. Viterba no parece incorporar la rica experiencia laboral dentro del ámbito más amplio de su vida personal y familiar. Es desde el núcleo de su condición de subordinación que elabora sus estrategias de trabajo, pero en su narración no emergen reflexiones sobre su dependencia personal ni sobre su propia elección de aislamiento.

Viterba Cantora

Entre otros posibles, elegimos un criterio cronológico para ordenar los diversos oficios de Viterba. Esta cronología no corresponde a la secuencia de la narración, pero partimos suponiendo que cada experiencia laboral debe haberse constituido en algo semejante a un adiestramiento o, por lo menos, a pasos tentativos que fueron apuntando hacia una dirección, no mencionada en el discurso, pero rescatable en la lectura.

El primer oficio de Viterba fue el de cantora. Como tantas guitarreras y cantoras del campo aprendió sola, viendo y tentando el uso de la guitarra familiar, hasta volverse famosa en la zona, “la primerita” que era buscada para las fiestas.

El trabajo de cantora en sus primeros años, transitando con su familia las fiestas de vecinos y amigos, termina con su matrimonio.

Allí ya el trabajo cambia de sello: en las palabras de Viterba es obligación "pa' ganar plata" ya que el marido guarda la de él para las farras. Veamos cómo en la narración aparecen estas contradicciones entre un oficio que recorre su vida de soltera y de casada y que se ejerce desde dos situaciones de vida —y dos tipos de subordinación— diversas.

La primera mención de Viterba a su oficio de cantora es lateral: prevalece el espacio, el escenario donde el hombre se enamora de ella encandilado por su arte.

Y surge el monólogo del hombre, recreado en las palabras de Viterba en un tono de estrofas de romance: "oye, mira, mira... que toca lindo la guitarra. ¿Quién estará tocando la guitarra? ¡La mujer que canta lindo!".

La próxima mención al canto —ya casada— tiene impreso el factor económico. Viterba dice: "ahí ya era mi trabajo mío (...) trabajaba pa' ganar mi plata". Redundancia de pronombres posesivos que recalcan la necesidad de trabajo, su práctica y la apropiación personal de la ganancia.

Pero respondiendo luego a una pregunta, Viterba da una versión de su trabajo que está destinado a recalcar la injusticia y el sufrimiento: el marido es el que establece el convenio de trabajo —es el intermediario contratista— y es Viterba quien trabaja, y es nuevamente el marido con sus amigos, el que aprovecha la ganancia despilfarrando en la fiesta: el pago de Viterba son los productos consumidos en la farra de los hombres. Si tal arreglo salta a la vista como expoliatorio, en las palabras de Viterba no hay denuncia ni protesta. Despliega ante nuestra vista su desgracia y para hacerla más rotunda agrega: "¿Se da cuenta? Entonces esa fue toda mi vida mía...". Argucia de no enjuiciar pero darnos los elementos para el juicio.

La aparente contradicción entre los contenidos de los dos últimos trozos —la Viterba que tiene su trabajo y goza de su ganancia, y la explotada por el marido al extremo de que el fruto de su trabajo ni siquiera ingresa tangencialmente al presupuesto de la pareja— se desdibuja si situamos los niveles donde se ubican ambas versiones: como en toda su narración, es el juego entre los dos personajes que Viterba acepta en sí misma. Viterba no puede armar en su discurso el personaje único, que se desprende de sus palabras, de mujer subordinada, explotada y llena de temores, que tienta resquicios por los que

extrae, de los espacios de afuera, lo que le es necesario para la vida doméstica. Ambos trozos son parte de la historia de Viterba, pero desligados uno del otro, cada uno niega parte de su realidad.

Es por este juego de apariencias que los dos trozos están cargados de intención: el primero refuerza la condición de independencia y autosuficiencia de Viterba, el segundo resalta su calidad de víctima al mostrar el descaro del marido. El mecanismo para resaltar esta doble versión de sí misma es claro: Viterba habla desde sí de sus logros, pero la subordinación la relata a partir de la narración de los desmanes del marido.

Pero a las diferencias que deben haber existido entre el ejercicio de cantora en el período de soltería y ya casada en los grados de libertad en la contratación y en el destino de la ganancia, debemos sumarle el miedo que el matrimonio le impone.

El guitarrear y cantar, elección de Viterba en la soltería, se convierten en “un trabajo por obligación”, en que el marido toma las decisiones “le ofertaban más porque yo fuera a trabajar ahí, me contrataba él...”, y que se ejerce “llena de temores, atemorizada”. La obligatoriedad del trabajo y el miedo son las razones que Viterba nos da para explicar porqué su trabajo no le apareja ninguna satisfacción.

Queriendo rescatar alguna cuota de alegría en la triste historia de Viterba, insistimos sobre los posibles placeres de la fiesta:

—Pero, ¿no es lindo cantar y tocar música?

—“Sí, es lindo, cuando la ayudan a uno a tocar el acordeón, tilla-dores hartos, pero yo era casada y llena de temores...”...

Los temores tenían que ver con la posibilidad de “que ya lo iba a ver a él llegar enojado a sacarme de ahí donde estaba, ... de la tribuna donde me tenían...” y de que dijera “mira, estabas con fulano” o “fulano te estaba hablando”. Y reproducimos el diálogo inmediato:

—¿El era celoso?

—“No, él no era celoso, nunca, porque él veía que me tenía tan atemorizada... entonces él sabía que yo nada le hacía de malo...”.

Una forma muy personal, que veremos que se repite en el discurso, en que Viterba parece limitada por sus propios temores, más que por las restricciones que el hombre establece. Porque Viterba no nos habla de lo que el marido hace, sino de lo que teme que haga. Podemos suponer que estos miedos surgieron como respuesta a agresiones del hombre, pero el material sólo nos dice de los temores que Viterba siente en su corazón: “yo me crié con mi corazón lleno de proble-

mas, con mi corazón lleno de pensamientos, mi corazón lleno de sufrimientos". De sus palabras se desprende que es en su corazón —donde todo se aloja— que Viterba estableció las barreras de lo permitido. El hombre no tiene necesidad de ser celoso; es Viterba la que controla y es asaltada por el miedo cuando los límites se vuelven imprecisos y el castigo puede penar las transgresiones.

Viterba y los Trabajos Forestales

Instalados en Curacautín, el marido de Viterba ingresa en forma permanente al sector de producción de la madera. De esos años no hay menciones de Viterba acerca de cómo se toman las decisiones respecto a su trabajo y el destino de las platas. Lo único claro es que es un período donde el esfuerzo se centra en obtener el mínimo necesario para la sobrevivencia, y ante esa urgencia, Viterba colabora con algunos trabajos con el marido, y lava ropas en un hospital.

Cuando la escasez es grande, el marido prefiere ir con su segunda señora, dueña de hijuela, abandonando a Viterba y los niños a su suerte: "la sufría, lloraba", es el parco comentario.

Al comenzar a recibir un salario, se hace patente el no cumplimiento de marido de su obligación de mantener el hogar. Pero Viterba no alega en sus palabras; pone en los otros sus sentimientos: "Me manejaba tan pobre que por ahí la gente se compadecía de mí... yo jovencita...".

Y parece ser desde ese momento —cuando percibe que será mínimo el aporte que reciba del hombre— que Viterba comienza a poner un empeño especial en la búsqueda de trabajo. Viterba monta el engranaje que le permite desligarse de las tareas domésticas diarias: delega en su hija de seis años el cuidado de los cuatro niños menores, reservándose el fin de semana para algunas tareas del hogar.

A su trabajo estival en las termas, Viterba suma ahora su primer trabajo forestal: la plantación de pinos durante los meses de invierno. Quisimos saber cómo valoraba Viterba este trabajo:

—Y el trabajo de los pinos, ¿le gustaba?

—“Sí, porque era un trabajito liviano, frío se pasaba no más, le pagaban mensual y uno tenía su tienda donde le daban un vale a los quince días. Uno llegaba y sacaba de todo para su casa, como pulpería. Entonces yo ya iba aperando mi casa pa' que comieran mis niños...”.

Viterba había conseguido organizar su trabajo de manera eficiente: complementaba dos trabajos estacionales y, sobre todo, conseguía a través del trabajo forestal algunas de las ventajas de los obreros: salario y mercancías entregados quincenalmente, lo que atempera las crisis en la alimentación y le ofrece una relativa independencia en el manejo de las plantas.

Este período se cierra abruptamente: “Así fue, de eso, después ya él me dijo que no trabajara más en las termas ni trabajara en eso. Me dijo: vamos, vas a trabajar con pensionistas, tengo una cuadrilla de gente que quieren venir a comer aquí”.

Sin quejas Viterba retrocede los pasos recorridos, y acepta una decisión en que sus platas pasan a engrosar las ganancias del marido. Pero tampoco pregunta: “no le podía preguntar, porque si no me pegaba, me cascaba, ¡puh!”

Primera mención al castigo físico. Y ambiguamente planteada porque no podemos saber por sus palabras si fue golpeada o si no preguntó por temor a los golpes.

Al igual que con los celos, Viterba escamotea la información, neutraliza sus palabras y siguen presentes las dos alternativas: el acto concreto del castigo o éste como amenaza sentida por Viterba. De todas formas, la violencia y la subordinación están presentes, y quizás con más fuerza si es la misma Viterba la que genera los frenos desde su calidad de subordinada, si el golpe es el castigo que Viterba considera inevitable como respuesta a la pregunta no formulada acerca de “lo que él hacía con la plata”.

Con los hijos todos nacidos, la familia se traslada a Concepción, esta vez a incorporarse a la vida de los campamentos forestales.

Era un cambio brusco desde la vida de población a los cerros, quisimos rescatar el recuerdo de esta experiencia.

—¿Y qué le pareció vivir en un banco?

—“A él le gustó porque ganaba plata”.

—¿Y a usted?

—“Bueno, pa’ mí era igual, donde andaba él tenía que andar yo por fuerza, por andar con mis hijos. Y a mí ¿qué me iba a tomar él? Si él no admitía que la señora le dijera nada, que le dijera yo nada ni exponiera yo nada, él, era él no más, y si no, artiro me pegaba no más”.

Pese a lo directo de la pregunta, Viterba no puede decirnos su impresión sobre la vida en los campamentos, pareciera que el bloqueo

impuesto por la amenaza del marido no pudiera sortearse, lo que no pudo decirle a él, tampoco puede decirlo ahora.

El castigo, parece más cercano en este trozo. Ya Viterba no dice: "yo no le podía, no le preguntaba, no le podía preguntar". Acá es el marido el que no admite, no es Viterba que calla solamente, pero de todas formas tampoco en este trozo Viterba preguntó, y a lo largo de su historia las golpizas se siguen manteniendo como amenazas, nunca concretadas en las palabras.

"Desterrados pa' dentro" de los pueblos, Viterba y su familia deambulan por Linares, Chillán, Concepción. En la mayoría de los campamentos, Viterba da pensión a los trabajadores. No casualmente al preguntarle cuál era el mejor recuerdo que tenía de la vida de los campamentos, Viterba cuenta que cuando trabajó con dieciocho pensionistas, arreglando el trabajo directamente con el patrón: "Ahí lo pasé bien porque lo pasé entretenida en mi trabajo, recibía mi plata, comía bien, mi marido trabajaba por otro lado, él sabría lo que hacía su plata, él se vestía, hacía las mil y una con su plata, y yo hacía mil y unas con la mía. Siempre imparcialmente, él mandaba lo de él y lo mío lo mandaba yo".

Ya alejado el marido de las tentaciones de Curacautín y con parte del salario entregado en alimentos, la situación es diversa. Viterba no trabaja para sostener la familia, busca una entrada independiente "por eso yo le agarraba anhelo al trabajo, porque ahí yo sabía que trabajando yo tenía platita pa' comprar lo que yo quería". El marido "compraba sus cosas pa' la casa, claro, pero a mí no me dejaba plata".

Y de ahora en adelante, ya no se repite la situación de que las ganancias de Viterba se escapan de sus manos: el trabajo sirve para satisfacer una parte de las aspiraciones de Viterba, quizás los objetos que quiere para sí, quizás un símbolo de independencia del hombre. Se establece entonces ese extraño convenio, donde cada cual vive "imparcialmente", cuidando de lo suyo.

Pero aparte de la ganancia, Viterba goza con el trabajo en sí mismo. Si no hay ninguna alusión en su narración a los trabajos domésticos, sí es clara la sensación del trabajo como una práctica placentera.

En Rancho Grande, ocupándose de dar pensión a los obreros, Viterba se "hallaba ociosa". Aun con las necesidades básicas de la familia aseguradas por el hombre y por el trabajo con los pensionistas, falta la entretención de los trabajos independientes: el ocio se asimila así al aburrimiento y, como veremos después, a las malas

costumbres. Con una buena distribución del tiempo y cuatro hijas ya grandes para hacerse cargo de lo doméstico, en las horas muertas del ocio Viterba “se larga a trabajar en la hechura de carbón”; la madera es del bosque, el resto es trabajo. Ayudada por su marido o sola, Viterba organiza su trabajo, se hace cargo de la comercialización y dispone de platas propias.

Entre el comienzo de los trabajos forestales a este punto Viterba ha dado un gran salto. Su meta ya no es ganar para sobrevivir, ni se repiten los tratos en que sus platas las manejaba el marido. Aun sin mencionarlo en su discurso, Viterba ha establecido las estrategias necesarias para fundar ella misma sus formas de trabajo y manejar las platas necesarias para comprar “sus cosas”. Llegar a vivir “imparcialmente” ha sido un proceso de aprendizaje, quién sabe si consciente, cuyos contenidos ahora orientan las opciones del trabajo.

Los Trabajos de la Maternidad

Si hay una omisión notoria en la historia de vida de Viterba, ésta se refiere a la falta de alusiones a la maternidad, y a las obligaciones y trabajos que surgen de ella.

Si es verdad que el tema de la maternidad sólo aparece tangencialmente en las historias de vida de las mujeres, sí es común que el nacimiento de los hijos sean los datos cíclicos que ayudan a ir armando el andamiaje de la narración. Son peripecias que se explican y se viven en el silencio, episodios que se sumergen porque no son más que signos en la vida de las mujeres, hechos previsibles tanto para la mujer como para el grupo, en que raramente se planifica o se piensa, porque tienen la inevitabilidad de las estaciones.

La maternidad, concebida para nosotras también como trabajo, escapa a la percepción de Viterba. El nacimiento de los ocho hijos no se menciona, cómo se adecuaron los trabajos a las pausas de los partos, los períodos de lactancia, las constantes enfermedades, las periódicas idas a lejanos consultorios, la escolaridad, y todos los trabajos del período de tutelaje de los menores, son parte de una historia subyacente que es innecesario rescatar porque forma parte de la historia de todas. No era nuestro propósito rescatar otros signos de la maternidad: es más elocuente el silencio.

Es sólo en el presente que Viterba enjuicia la escasa retribución que la maternidad —en su sentido simbólico de dar la vida— le ha ofrecido. Sinbólico, porque no alude a una retribución afectiva o económica que, ahí sí, se base en una concepción de la maternidad como entrega, de trabajo, desvelos, atención y cariño.

En Viterba el transcurrir de la vida, del trabajo y de la crianza de los hijos parece una sola cosa, un solo cauce: “Yo no cargaba plata cuando yo no trabajaba y yo por eso envejecí trabajando, tuve mis hijos, los crié mis hijos, y todos los crié trabajando”.

Viterba en los Pueblos

“Cuando comenzaron a estar mis niños buenos para estudiar, tuve que quedarme en el pueblo, él salía solo a trabajar”.*

Esa es la frase por la que Viterba nos explica la razón de sus estancias en poblaciones de Chillán y Coelemu.

Sin embargo, muy poco después y nuevamente respondiendo a una pregunta nuestra sobre esta opción, nos contesta: “porque mi trabajo me obligaba, y a mí no me gustaba andar andando, no me gustaba sentarme con las mujeres, las señoras, las encontraba tan mal nombrás...”.

Esta respuesta omite la razón primera respecto a la escolaridad de los hijos, quizás por haber sido ya dicha, o quizás por no ser la más sentida. Pero sí aparecen en la frase tres explicaciones, de contenidos muy diversos, pero que esta vez tienen que ver con opciones de Viterba consigo misma y no con obligaciones pautadas desde afuera. Porque la importancia del estudio va generalmente unida a proyectos sobre los hijos en que se aceptan ideas relativamente nuevas, por las que la escolaridad es un paso para liberarse de la pobreza y de los trabajos más rudos.

Tres explicaciones: una que indica lo que Viterba quiere desde siempre y que hoy ha aprendido a conseguir, la obligatoriedad de estar en el pueblo, se reduce, en el mismo trozo, a una sola frase: “es que me gustaba la plata...”. Y dos rechazos, a la vida trasumante de

* La información que Prudencia entrega sobre este hecho es contradictoria con el trozo ya que, según su narración, ella abandonó los estudios por vergüenza de ser demasiado grande para la escuela, y dos de sus hermanos se dedicaron a trabajar como lustrabotas y no asistieron.

los campamentos, al andar andando, con las restricciones al trabajo que esto impone y las pérdidas de las cosas, y a ser asimilada o confundida con las mujeres —que después Viterba corrige y llama esposas— de los obreros de los campamentos.

Pese a las facilidades que ofrece la vida del campamento —vivienda y leña gratuitas, terreno donde sembrar y criar animales o aves, recolección de alimentos y salario y pulpería— Viterba elige la población, donde todo se obtiene a través del dinero. Su trabajo en la escuela no debe haber sido suficiente para mantener la familia, el único dato que Viterba ofrece es que su hija, hoy asentada en Portezuelo, trabajaba como empleada doméstica pero, seguramente, el resto de los hijos deben haber aportado también con su trabajo.

Pero la independencia en disponer de sus platas, da a Viterba algunas satisfacciones postergadas: “A medida que yo trabajaba me compraba. Ya ve ahora, lo último en trabajo que hice fue ahí en la escuela: me puse la placa, yo de jovencita estaba sin dientes, y ahora último, tanto trabajar, me vine a poner placa, a ponerme dientes”. Y también a acceder a artículos que en el bosque son escasos: “Y harto lo que me valió mi trabajo, comencé a comprar lo que tengo, pa’ eso me sirvió, comprar lo que yo quería tener... Se me ocurrió comprar mi tele —la última plata— pa’ entretenerme cuando esté acostá”. O a gastar sus platas según preferencias y necesidades muy personales: “yo prefiero no comprarme un pedazo de carne y comprarme mis cremas que yo necesito para mi cara”.

La vida en la población pareciera adiestrar a Viterba, tanto a formas de especializarse o establecer los contactos para trabajar establemente como cocinera en las escuelas, como a ser capaz de elecciones en el gasto que responden a necesidades muy sentidas.

De Vuelta en los Bosques

Viterba debe haber ido quedando cada vez más sola en la población: Prudencia y Leonardo, ya casados, viven en el mismo campamento donde trabaja el marido, otros hijos migraron para distintas partes después de casados. Aunque la razón de su retorno al campamento en sus palabras es que “él me quiso llevar al campo”, quizás la soledad y los años hayan influido en su decisión. Pero su vuelta no la desvía del camino recorrido, ya Viterba no es la esposa de un

obrero forestal que fue en sus comienzos y consigue trasladar a los cerros su trabajo en las escuelas. Cuatro años cocina para los niños y baja mensualmente a cobrar sus platas a la Municipalidad.

Más tarde, instalados en una puebla cerca del campamento, Viterba empieza a “manejar” refrescos y comidas para los trabajadores. Suegra de un maestro del campamento, y gracias al ascendiente de éste, consigue una gran clientela, da comidas los fines de semana y los días de pago, fía a los que andan sin plata y no deja de dar un plato de comida al que se lo pida. Es tanto su éxito que vecinas de lugar, envidiosas y competidoras en la venta de licores, le hacen un “trabajito” y Viterba está, según sus palabras, a la puerta de la muerte. Pero nada se da por acaso en su vida, aun la muerte, inmanejable a su voluntad, tiene su lógica: “Sería permitido de Dios, Dios todavía no me necesitaba”.

Y este es el último trabajo de Viterba. Ya jubilado su marido, empieza el destino de los sin tierra, deambulan entre las casas de las hijas, viviendo de allegados, ayudando y trabajando el marido en los pololitos ocasionales.

La invalidez del hombre es la que, en definitiva, aleja a Viterba de cualquier posibilidad de trabajo: “Y yo sin poder ganar un veinte... lo tengo que estar cuidando no más. Nadien, nadien otra persona me lo va a venir a cuidar...”.

Viterba y las Otras

De las percepciones de “los otros”, de los que no poseen la cualidad de ser sí misma o mi igual o mis iguales, se configura el contraste entre la imagen de sí, y la de los que no comparten mi cualidad de ser. Si es difícil ser, y más aún verbalizar, la imagen de sí es más fácil que podamos verla reflejada en los contrastes que se establecen con “los otros”.

A través de sus experiencias laborales, Viterba hizo más que un acercamiento progresivo a formas más autónomas de trabajo y de apropiación de la ganancia. Fue a la vez conformando una concepción del trabajo y valorando a “los otros” según reglas, bastante claras en su discurso que, aun cuando parten de nociones prácticas

—acerca de la eficiencia en lo económico—, se desprenden y pasan al plano de la ideología.

Si elegimos a Viterba como un caso inusual dentro de las prácticas de trabajo de la mujer forestal, es porque, a la vez, y a partir de ellas, Viterba plantea un discurso ideológico único dentro de las mujeres que conocimos. Unico también, porque dentro de su narración, Viterba es la figura que se asigna un claro signo positivo: marido, hijos, obreros forestales, mujeres forestales, todos, son de alguna manera contrarios, victimarios, antagonistas; en el mejor de los casos, víctimas pasivas de su propia desidia. Y si la narración de Viterba es una retahíla de sufrimientos, este plano de los sentimientos se sumerge bajo la historia empecinada de luchas contra un “orden natural” que puede ser cambiado.

En distintos momentos de su historia de vida, Viterba se refiere a las mujeres. Situaremos estos contenidos según el orden en que aparecen en la narración, pero teniendo en cuenta la relación de contraste —para nosotras definición de identidad— que en cada caso Viterba quiere establecer.

La primera mención, a la que ya aludimos, surge al dar Viterba las razones de su localización en los pueblos. Como vimos, aparte de la escolaridad de los niños, Viterba establecía la obligatoriedad del pueblo para poder realizar sus oficios, y así librarse del “andar andando” y de la “mala nombrada”.

La “mala nombrada”, prejuicio construido en el pueblo y endilgando a la gente de campamento y, particularmente, a sus mujeres, se entremezcla en el discurso de Viterba con un juicio ético constituido desde su experiencia en los campamentos.

Sin embargo, prevalece la mirada de afuera. Veamos cómo se construye en sus palabras esta doble vertiente: “las señoras las encontraban tan mal nombrás, que decían que la gente de los bancos eran ladrones, las mujeres se quitaban los maridos unas con otras. Entonces yo todo eso hacía caso y no me gustaba”.

—En “la encontraba tan mal nombrás”, Viterba se apropia —“las encuentra”— del juicio de afuera, que nombra mal —tilda de deshonestas— a las mujeres.

—El “que decían”, refuerza el prejuicio externo,

—Y “entonces yo todo eso hacía caso” es la aceptación de Viterba, de una valoración que de algún modo la involucra, pero que pre-

tende rechazar poniendo distancia —simbólica y física— con las de su igual condición.

Ante nuestras preguntas, que intentaban precisar “desde dónde” surgían las palabras de Viterba y el porqué de su perspectiva, ella sigue desarrollando la yuxtaposición de prejuicios ajenos y propios, donde su experiencia personal en los campamentos no parece relevante.

“Bueno, yo digo: eso se da en los bancos y adonde sea; la mujer si es así y le gusta hacer eso, sea donde sea, lo hace. La gente bancaria no tiene nunca buen nombre”.

La frase, descomponiéndola, contiene dos trozos poco congruentes: Viterba rechaza la relación ineludible que se establece entre la mujer del campamento y la deshonestidad, pero acto seguido repite con empecinamiento la moraleja que explica —o justifica— su alejamiento de las mujeres y los años pasados en el pueblo.

Esta estrategia de resguardar la “buena fama” por la lejanía, se refuerza por la oposición entre “las otras” y “sí misma”: “nunca me ha gustado tener amistades si no conozco yo bien a una persona, una señora, una dama, que sepa yo que es correcta, es seria y todo”. Y a la vez, por la oposición entre su vida de sufrimiento y la posible disipación —placer quizás— de “las otras”: “nunca supe ser la mujer feliz”.

Una segunda oposición implícita tiene que ver con el trabajo y, como contraste perverso, el ocio. Sufrimiento, aislamiento y trabajo, son las claves para comprender las notas más marcadas del discurso de Viterba:

“Así que la vida de los bancarios, de las señoras es muy viciosa, muy desocupá, no hacen nada: en su casa no más, atendiendo su casa, sus hijos”.

La ausencia de trabajo remunerado y el encierro doméstico trasciende la noción de ocio y devienen vicio. Y si la mujer doméstica está en el primer peldaño de degradación en sus palabras, la que “sale” sin la justificación del trabajo, más se aleja del perfil aceptado por Viterba. Refiriéndose a su nuera, pero trasladando su juicio más allá, nos dice: “no ve que empleá...,* éstas están acostumbrás a mandarse solas, salir los días de fiesta, los días de baile, por ahí... ¿Cómo una dueña de casa va a andar pegá del marido?”. La mujer que cumplió el pasaje a la vida de casada, está destinada al enclaustramiento.

* Se refiere al trabajo como empleada doméstica asalariada.

El hombre le determina la obligación de mantener el hogar, pero en ningún momento Viterba alude a posibles trabas a su libertad personal. La mujer —salvo usando el resquicio del trabajo— cae dentro del orden natural de la reproducción y la conservación continua, y pierde la posibilidad de determinar su futuro.

De ahí, que el hombre nunca es responsable de las transgresiones: “estos hombres no tienen la culpa. Las mujeres que salen les dan tanta inmundicia y cuestiones a los hombres pa’ ponerlos de la manera que ellas quieren (...) si una mujer no se da a respetar, capaz que se den travesuras. (...) Entonces, eso es lo que hallo yo: que la mujer es la que tiene la culpa”.

¿Cuál es el reflejo de esta identidad de sí misma que Viterba hilvana, recatando y oponiendo elementos de sí y de otras?

En lo formal, el personaje se construye de lo mejor —según su juicio ético— de las situaciones características de la mujer forestal: Viterba va eligiendo los elementos salvadores y adosándolos a su identidad, y va rechazando los elementos contaminadores y a través de ellos definiendo a “las otras”. En otras palabras, Viterba se constituye desde el contraste con las otras —ociosas, viciosas, “que salen”, “acostumbrás a mandarse solas y a salir los días de fiesta”—. Pero a esta definición de sí misma, que sólo se rescata desde la oposición con sus iguales, Viterba añade los elementos que le otorgan su calidad de víctima: “me envejecí trabajando”, “yo fui la mujer más triste”, “con mi corazón lleno de sufrimiento”, son algunos de los múltiples fragmentos por los que Viterba, mujer “que sale”, se resta a la alegría y asume la predestinación de la desdicha, eludiendo así los daños a su imagen de mujer honesta.

Pensamiento circular e inagotable: Viterba evita el ocio del espacio doméstico recurriendo al trabajo remunerado y a la libertad de moverse en los espacios abiertos, evita la “mala nombrada” convirtiendo al elemento liberador —el trabajo— en una fuente de inevitable sufrimiento, evita el contagio de la imagen de “las otras” declarándose ajena y recurriendo al aislamiento.

El oficio de cantora, que transcurre en lugares de esparcimiento, asume en las palabras de Viterba los signos habituales del trabajo obligado para obtener “las platas” y le suma la amenaza de la violencia del hombre.

Llamada por nosotras a sacar conclusiones sobre esta historia de sometimiento, arbitrariedad y violencia, Viterba confunde los planos

de las explicaciones personales y las generales a su género. Trastocando los pasos esperados, de ver la similitud de su situación con la de "las otras", Viterba invierte el proceso de razonamiento y de su experiencia personal se retrotrae a lo más recóndito de ella, exacerbando una cualidad de mujer única: por honesta y por víctima.

Al tratar de explicarnos —a pedido nuestro— el porqué de un sufrimiento tan tenaz que persigue a ella y a sus hijas, nos dice: "Yo creo que no hay mujer que no pase por eso, parece. Parece que es por herencia, sí: porque ¿cómo hay mujeres que tienen derechos de la vida, mujeres que salen solas? (...) ¿Y porqué —digo yo— mis hijas tuvieron que heredar a su madre en los sufrimientos?"

De la aceptación de una situación que las abarca a todas:

no hay mujer que no pase por eso

Viterba pasa a aludir a otras mujeres —que no son "las otras", las forestales con las que establece el contraste— sino alguna vaga imagen construida por elementos ajenos a su propia realidad:

las que tienen derechos de la vida

y luego contrae sus razonamientos para ultimar en una explicación pasiva y fatal: la herencia, que marca una cadena de sufrimiento que se extiende sobre sus mujeres, las no enjuiciadas en el discurso, las hijas a la que lega la lógica de la tragedia.

Si algún dato faltara para asignar la identidad única en el sufrimiento que Viterba se adjudica, rescatamos las palabras por que comprendemos la entusiasta dedicación con que se sumergió en la narración: "Yo me decía siempre: yo me pusiera a contar mis sufrimientos, yo creo que me sale una historia, me sale una novela muy linda..."

Viterba se define en oposición a las mujeres: los hombres dependen de otro orden. Es en la constatación de este otro tipo de oposición, esta vez antagónica, que Viterba, sin reconocerlo, se diluye dentro del género femenino.

En sus palabras sobre los hombres y sus conductas, Viterba no se sitúa desde la unicidad con que enfrenta a las mujeres; sin hablar desde un colectivo al que niega pertenecer, mira al mundo masculino desde el lugar en que las diferencias entre los sexos, en forma natural, la ubican. Esta posición, al excluir la posibilidad de lo colectivo, priva a la narración de la complicidad —que por lo menos atenúa el sufrimiento— habitual en el discurso de las mujeres.

"Todo hombre, donde sea, es igual", dice respondiendo a la posi-

ble singularidad que nosotras buscábamos rescatar en su percepción de los trabajos forestales.

Los hombres no se enjuician, simplemente se describe una situación en que el hombre no es culpable, pero la mujer es siempre víctima: del poder absoluto que se desata en golpes por las curaderas o los celos. De lo que Viterba llama la injusticia, al parecer, una balanza que naturalmente se carga fatal hacia un lado.

La posible rebeldía ante la injusticia así considerada dentro del orden natural, es puramente simbólica. Si el motivo de la "apartadura de cama" obedecía al intento de librarse de la relación sexual con el marido, no se cumple ya que, por el mismo orden, dice: "que el marido, si uno no lo fía, es porque uno tenía otro hombre".

La posible decisión de abandonar al hombre desencadena promesas no cumplidas de enmendarse: cumplir con el aporte monetario, abandonar el trago y la inevitable violencia que desencadena; porque la mujer, "empleá" de los hombres de la casa, es pieza indispensable. Y a la vez, la mujer sin hombre es un paria, último escalón del descenso hacia la prostitución y la desintegración de la familia. Necesidad dialéctica que explica la estabilidad de un vínculo que, por sobre razones sentimentales o tradicionales —a las que no se alude— se basa en una racionalidad económica y social donde subsistir sólo es posible sumando esfuerzos de trabajo y logrando la sobrevivencia social a partir de relaciones escasas, precarias y temporales.

El Despojo, la Amenaza y la Violencia

El castigo, asumido como pago de la culpa, lleva impreso el signo de la violencia.

Si Viterba alude, con distintos grados de concreción y en forma desapasionada, a las continuas golpizas, podemos nosotras extraer del miedo no mencionado quizás la violencia más cruel. La inversión, frecuente por demás en mujeres de todas las clases sociales, al hablar de la violencia que se ejerce sobre ellas y no del miedo presente muchas veces en el día a día, es muy neta en el caso de Viterba.

Es el miedo el que crea los límites e impone las conductas. Y es quizás también el miedo, el que imprime el cuidado de Viterba por su buen nombre y la conduce al aislamiento.

De los diálogos escasos que Viterba reproduce o a que alude dándoles forma narrativa, sólo se desprenden órdenes y decisiones del hombre. El resto, será el diálogo necesario para la convivencia diaria. Pero si no hay diálogo, es también porque el miedo latente detiene la pregunta. Otra vez, por respeto a las normas que dictan que el elemento activo en el relacionamiento de la pareja es el hombre, a la mujer sólo le cabe la respuesta, adecuada ésta a guardar el equilibrio que neutralice la violencia posible.

En los Bosques y en los Pueblos

Las distintas situaciones de residencia —pueblina o de campamento— implican en el discurso de Viterba diferencias de calidad de vida, muy fuertemente unidas al salario y a la racionalidad en el gasto. Las relaciones sociales en cambio, considerando el retraimiento elegido por Viterba, no aparecen mencionadas como variables según la radicación. Actora de ambos escenarios, Viterba transmite en sus palabras su elección de cultura pueblina, quizás por un mayor grado de libertad en el ejercicio del trabajo y por la ausencia —medida geográficamente— del marido.

La única mención a una característica no económica referida a las diferencias campo-pueblo, se establece en relación a un hombre, el marido de Prudencia: "...nadie se fija en él, hace lo que quiere, no lo toman preso ni nada, él es libre allí en el campo, y aquí no". Y da cuenta de la existencia de un control estatal y social que coarta los amplios márgenes de libertad que permite la vida de campamento, donde la sanción grupal se establece fuertemente sobre las mujeres. Si las mujeres ejercen el control moral sobre sus iguales, en una forma horizontal, los hombres manejan el poder y por tanto el control y la sanción, estableciendo una clara jerarquía. Daños del trabajo y del salario, con estrechos lazos sociales que parten de las relaciones laborales y de consumo, la comunidad de los hombres presenta una cohesión y complicidad ausente en la vida de las mujeres enclaustradas. Por eso, el despilfarro de las platas se explica por "la unión de los hombres" que deambulan entre las fiestas y negocios en donde "la plata se va quedando".

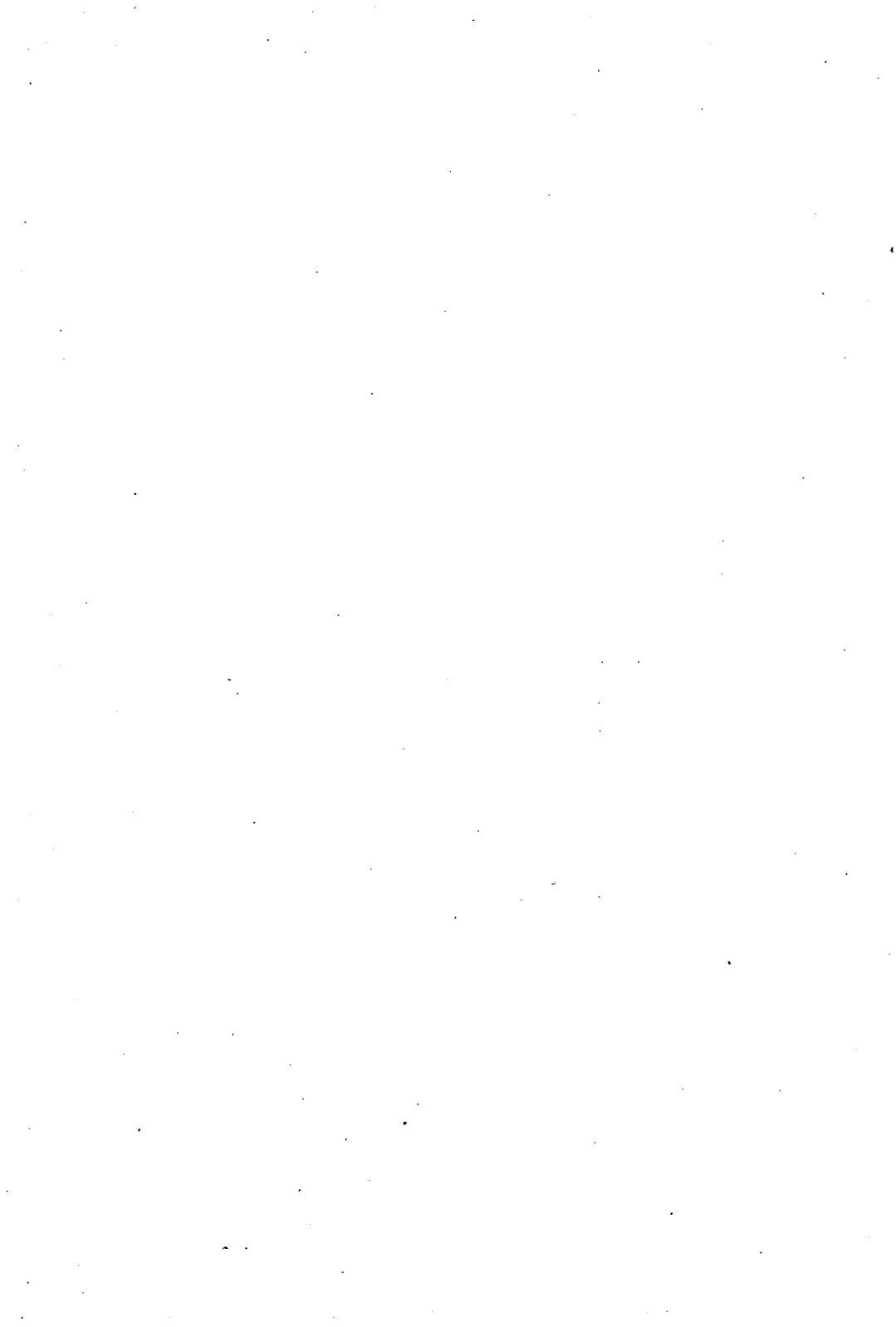
El destino de las platas prefijado por Viterba, canalizadas a cubrir

las necesidades de la familia, a cumplir con los deseos postergados de "las cosas" de la casa y sus especiales necesidades, se desvía.

Pese a su vocación poblacional, Viterba reproduce en sus épocas de campamento, prácticas campesinas que no se prolongan desde la niñez como en otros casos, sino que se van adquiriendo por su constante afán de escapar al ocio: "donde veía huertas bonitas preguntaba y sacaba datos, pedía semillitas o plantitas, yo tenía que tener entretenimiento".

Pero es desde su carácter pueblino que Viterba es capaz de alcanzar distancias mayores para la explicación de la situación de los forestales, y puede establecer una reflexión entre el pasado y el presente: antes, cuando "pa'l lado que se hubieran ladeado los hombres tenían trabajo", ahora, en que "los trabajos en todas partes están malos".

La cesantía que ronda por las zonas de los forestales, la expulsión de las familias de los bosques, la forzada incorporación al pueblo donde deben pagar por una tierra que siempre han ocupado con holgura, el andar mendigando por los campos un lugar donde formar "la pueblita" con sus frágiles viviendas, no se explica. Pero riéndose Viterba dice con cautela y en tono de pregunta: "¿Echémosle la culpa al Presidente?...".



A pocos kilómetros del camino que une Dichato a Coelemu nos encontramos en Meipo con un campamento inactivo. Tres construcciones alojaban al pequeño grupo: una familia con tres hijos, los hombres "solteros", como llaman habitualmente a los que viven lejos de su familia, y Silvia y su compañero.

En ese entonces Silvia tenía treinta y cuatro años, vestía muy pobremente y se percibía un notorio descuido en su persona. Siendo muy poco agraciada físicamente, tenía un encanto especial en el trato: la risa fácil y un tono ingenuo contrastaban con el penoso discurso que nos entregaba.

La casa de Silvia, si cabe denominarla como tal, era un pequeño ruco desprolijamente armado, prolongado por un techito bajo el cual cocinaba. Dentro, estrechamente cabía el jergón con algunas tapas sin ordenar y ropas amontonadas en los rincones. No había ventana pero hubiera sido innecesaria: la luz se filtraba fácil entre las maderas.

Estuvimos con Silvia un día entero, juntas preparamos una comida en que mezclamos unas poquitas papas y cebollas, único alimento con que ella contaba, con algunas verduras y frutas que traíamos de la población.

Por la paralización del trabajo del campamento, sabíamos de antemano que era casi imposible reencontrarnos, pero el entusiasmo de Silvia en participar en nuestro trabajo nos decidió a probar suerte.

Desde el comienzo de la entrevista, Silvia nos sedujo por su franqueza, la carencia de pudor ante las dolorosas circunstancias que narraba, la ausencia de malicia y la llaneza de su trato.

Pero también nos apresó la sensación de que era el primer relato en que "el destino" jugaba un papel predominante.

SILVIA

Meipo

Yo no soy de aquí, nací en Lirquén, tengo mi familia allá. Mi madre falleció no hace mucho.

Yo estoy viviendo con este joven aquí. El tiene la mamá allá abajo, en Pangué. El cuando trabajaba aquí se pasaba a diario en la casa; pero ahora como no trabaja, se aburre, igual que uno. Además, él va a ver a los niños. Tengo dos niños de él, pero no los tengo yo, por la sencilla razón que este joven se casó y después que se casó con la niña se apartó de ella y comenzó a vivir conmigo. Conmigo vivía hacía como tres años y después se quiso casar porque la otra niña era más bonita, más simpática que yo. Entonces, él se casó con ella y se fue de la casa. Duró un año y dos meses casado con ella, después volvió al lado mío. Así es que aquí estamos luchando. Yo le digo que si él se porta bien, yo me porto bien con él; si él no se porta bien, le digo que yo no voy a estar sufriendo por culpa de otra mujer.

¿Los niños son de los dos?

Sí. Los dos niños son hombres: uno está en Vegas. Al menorcito ahí lo dejé y el otro está en Pangué. Como yo recibo familiar de la municipalidad, ahí me mantengo con ellos; porque el patrón no le ha dado ningún familiar a él y tampoco le ha pagado. Así es que menos mal que yo todos los meses les saco familiar.

¿Qué hace su familia en Lirquén?

Mi mamá trabajaba en un negocio, pero hace años ya. Después le sacamos

pensión, jubiló, así que no trabajó más. Después ya se enfermó: no quiso ver médico, se taimó. Solamente esperó de Dios que muriera.

Yo me vine para acá, para Coelemu, ayudándole a la gente. Ayudándole a las señoras a hacer la comida, a hacer el aseo como corresponde. Porque mi vida mía ha sido siempre así, porque nunca he tenido un hogar. Todo el tiempo he andado de una parte a otra.

De trece años me fui a trabajar a Santiago, sola. Una amiga me fue a dejar y después me las arreglé sola. Salí del lado de mi mamá, hasta el día de hoy, de pasadita iba a visitarla, porque ella nunca me quiso como hija. La sencilla razón nunca la supe, ni hasta el día de hoy la sé.

Tengo otros hermanos; uno también me miraba mal. Cuando murió mi mamá no hallaban adónde ponerme y cuando estaba mi mamá viva, nadie me miraba a mí, nadie. A las otras hermanas ella las aconsejaba, ella les daba a saber, como toda mujer, cuando se enfermaba una persona. A mí, nunca.

¿Cuántos son en su familia?

Eramos trece hermanos, pero quedamos cinco vivos. Mi mamá cuando tenía un niño, se le moría de guagüita, de un mes, dos meses. Ahora somos tres mujeres y dos hombres. Están todos alrededor de la casa, yo soy la única que estoy lejos.

Voy de pasadita, porque después no me dejan venirme tan luego. Si no hace na' mucho que estuve como tres semanas en Lirquén. Pero hubo un problema allá en la casa; porque yo tengo una niñita mujer de mi tiempo de casada —a mí no me gusta andar con mentiras—. Fui casada y mi mamá me pidió la niñita de dos años.

Como a toda mujer le pasa, que se casa y después se aparta de su marido y ven que otro está mejor y buscando otro ambiente...

Tengo otro hermano que trabaja en Concepción y esa niñita —cuando yo me vine antes que muriera mi mamá— quedó con ella. Y ahora, cuando me mandaron a decir que fuera a Lirquén, yo pregunté por la niña, que se llama María. “Y la niña —les dije—, la María”. “no está na” —dijeron—. “Bah, qué raro —les dije yo—, ¿a dónde está?”. Me dijeron: “tu hermano la dio pa' otro país”.

Fui al juzgado y me dijeron que la niña estaba dada. Se la habían llevado pa'l extranjero. La señorita me dijo que en tal fecha yo tenía que ir a buscar la foto. Fui y me dijeron que todavía no, que hasta el fin de mes o del otro mes. Dijeron que el joven había dado la niña porque la situación estaba mala donde mi familia y que a la niña la trataban mal. Les dije que yo no estaba ahí y que no sabía que la trataban mal. Yo no puedo decir que si mi mamá o mis hermanos... porque yo no los he visto. Cuando yo iba a Lirquén, siempre la trataban bien.

Desde que llegó al lado de mi mamá, nunca la niña se había salido de ahí. Claro que cuando murió mi mamá, mi hermana la dejaba encargada donde una vecina. Algunas veces la mandaban a buscar vino y la misma gente de Lirquén —muchos años conocida de nosotros— le dijeron a mi hermano que a la niña la

tenían para andar acarreando vino y por eso mi hermano hizo todo lo posible...

Digo yo, si va a ser otra niña, que sea otra, educada, no va a ser la misma que estaba en la familia. Ahí en la casa de mi mamá no se iba a criar tan educada, poque no alcanzaba para la educación. Los que la tengan por ahí le pueden dar mejor educación. Eso es lo que le dije a mi hermano. Pero en ese sentido fue malo, porque a mí no me tomó parecer. A mí no me dijo: "Silvia, yo voy a inter-nar la niña" o "voy a pedir tu firma". Nada, ni una cosa.

Cuando llegó al lado de mi mamá tenía dos años. Ahora tiene siete años...

¿Cómo fue ese matrimonio suyo?

Yo me casé de 22 años. Ahora tengo 34. Me casé casi a la fuerza, porque la gente me decía que era un caballero recto. Mis familiares decían que tenía propiedades, tenía fundo. Pero no valía de nada que tuviera fundo si no se portaba bien. Me casé no por el interés, sino por el cariño que le tenía, pero es que después ya me colmó. Era mayor que mí y vivíamos en una parcela. Tiene terreno y casa ahí mismo.

¿Usted se fue?

Sí. Reconozco que fue malo lo que hice, pero es que también tenía que buscar otro ambiente mejor. Era muy borracho, muy tomador. No era un hombre que sabía responder y además me sacaba las cosas y las vendía. Sobre todo a los niños no los trataba bien, no los tenía bien arreglados, a pata pelá y pobres.

El tiene otros niños, pero de otra señora. Tiene cinco niños. Crió un solo niño al lado de él: los demás están pasados a otra parte, a casas de familiares.

Me daba la vida muy mal.

Con éste estoy como cuatro años. Conmigo nunca se ha portado mal, siempre se ha portado bien.

¿Pero la abandonó por otra?

Sí, eso sí. Toda la gente me dice igual: "era pa' que usted no lo hubiera...". Pero yo no sé por qué... ¡Yo le tenía cariño a él!, le digo a la gente yo, a las mismas amigas que tengo. El mismo cariño que le tenía a él, volvió él adonde mí. El volvió conmigo, pa' qué vamos a andar con mentiras, hace como tres meses que estoy con él ahora. Estuve en Coelemu un tiempo. Después ya me fui definitivamente el 1º de noviembre con él. Y aquí estamos ahora. El sale en la mañana, no vuelve hasta la noche, ayudándole a los papás a trabajar. Así que no para mucho aquí en el día.

¿Usted fue a la escuela?

Yo alcancé a estudiar hasta primer año. Mi papá era muy mañoso. Decía que nosotras podíamos aprender a escribir cartas para los hombres. Siempre decía:

“no, si a ustedes no les voy a dar la educación, porque lo único que van a escribir a los hombres. Así que los hombres mejor escriben, las mujeres no”. Era chofer de camión. Se ganaba la vida por ahí haciendo pololitos.

¿Cómo le pareció la vida en los campamentos?

Super bueno. El único fracaso es la plata. Para lo demás la comida es muy buena en todos los bancos. En primer lugar la comida no falta: el arroz, los porotos, el salmón, la sardina, no falta nada. Y sobre todo la ropa, la ropa también la puede sacar en el mismo banco del patrón. Si lo único que fracasa es la pura plata. La ropa, no; la comida, no. Lo demás se puede pedir. El pide todos los meses un quintal de harina, su bolsa de azúcar, tres o cuatro kilos de fideos, porque a él no le gusta pedir de a poco. Siempre le gusta pedir de harto, cosa que duren todo, el mes las cosas. Por eso yo hasta aquí no estoy disconforme.

De primera, cuando me junté con él, estuvimos allá en Coihueco. El se fue primero que mí a trabajar en el banco y después me llevó a mí. Después vinimos a acá a Coelemu, en Mitito. Siempre hay bancos por ahí. Banco que había se trasladaba para allá, pero lo pasábamos bien. Ha estado como en tres bancos, no andaba tanto él.

Una sola también se aburre; pero hay vecinas y se conversa. Le pide un favor: si una no tiene, la otra lo tiene. Con la señora de aquí al lado nos llevamos bien, porque si ella tiene algo, me presta. Si yo tengo, le presto a ella. Así nos llevamos bien las dos. Nos conocimos cuando él estaba allá en Confluencia. Es bien buena vecina. Del tiempo que la conozco hacen como tres meses.

Cuando yo me junté con este joven, quedé embarazada del niño mayor, que ahora tiene tres años. El vio que yo me había mejorado del niño y quedé casi alto embarazada y me dijo él: “por qué no hacemos una cosa y llevamos el niño mayor para donde mi mamá”. Ya estaba con la maldad escondida. Le decía yo: “Segundo —Segundo se llama él— ¿por qué no me traís el niño mayor?”. “Pero pa’ qué todavía —me decía él— si tú no te has mejorado”. Yo tenía ese pensamiento ya, que él me iba a dejar. Así que le decía yo: “tu después no me lo vas a traer más”. “No —me dijo él— si después te lo traigo”. Me mejoré del niño menor y volví a lo mismo de antes. Le decía: “tráeme el chiquillo”. No me lo quería traer.

Supe después que él se iba a casar. Me dejó con mi niño menor. Del tiempo que él se fue, estuve con el menor. Sufrí hasta última hora con él, hasta que yo no pude más. La visitadora me lo pidió pa’ que lo diera. Pero yo no. Yo no quiero dar a mi hijo.

¿Trabajó con el niño?

Parada, porque trabajar con niños no se puede. Por ahí le ayudaba a las señoras, la gente me invitaba para la casa. Como no pude más criar mi niño, me dije yo, lo que voy a tener que hacer es ir a hablar con la familia de él para que se

hagan cargo del niño. Así fue. Cayó en buenas manos el niño, gracias a Dios. Cuando estaba conmigo no andaba bien vestido: casi andaba a pata pelá el chiquillo. Ahora yo le cuento a él y él me dice: "qué le vamos a hacer". Porque yo le decía que primero tenía que mirar los niños antes de hacer eso. Que no es llegar, levantar la cabeza y decir: "me voy a casar", sabiendo que tenía dos hijos míos.

Esa niña es de Dichato, pero ella se crió con una abuelita, que trabaja en banco. Yo vivía aquí y más arribita vivía la niña. Así que se visitaban todos los días ellos, pero yo nunca me había imaginado. Nunca creí que esta niña me iba a hacer eso, porque era amiga, muy amiga mía. Llegaba a mi casa, yo le servía a ella, pero yo no pensaba que ella me iba a hacer esa embarrada. Yo la creía amiga mía.

El se la sacó casi a la mala de la casa, porque no se la iban a dar a él los abuelos, sabiendo que vivía conmigo.

Ahí me tuve que ir del banco. No faltaba la gente, cualquiera me amparaba con mi chiquillo.

¿Cómo es el trabajo suyo en la casa?

El no llega nunca temprano, llega en las tardes. Así que cuando estoy aburrida me acuesto a dormir mejor. Qué otra cosa más. Sola me aburro aquí. El aseo es tan poco el que se hace aquí: hacer la cama, la comida, el barrido. Después ya no halla qué hacer una.

Así es que cuando no tengo qué hacer yo me acuesto a dormir no más. Me levanto y cuando está por llegar le preparo la once a él, la cena para la noche o el almuerzo para mí sola. Hacer un mate y nada más; ese es el almuerzo de uno, el mate.

En este momento no tengo harina. Así es que a las puras papitas cocías. Yo le digo que ya estoy cabreá de tantas papas cocías. "Pero, qué le vamos a hacer", me dice, "si el patrón no me ha traído pulpería". La señora de al lado, cuando hace pancito, me convida un pancito. Ella da pensión. Pero yo para dar pensión no me hallaría. Tiene que estar uno con la comida al día, a sus horas, sobre todo el pan que hay que hacerlo todos los días. Es más trabajo.

El horno está ahí al lado, donde la señora. Cuando yo quiero cocer pan, se lo pido a ella; porque el de nosotros yo se lo empresto a ella. Cuando estaba con la otra señora, este joven lo trajo de allá. Las pocas cosas que tiene él las lleva para abajo. Eso es lo que me enoja a mí con él. Si sabiendo que yo me iba a venir, para qué las lleva p' abajo. Tenía una mesita y la llevó para donde la mamá. Tenía unos platitos y también los llevó para allá. Tengo dos perritos pero están allá abajo también, adonde la mamá.

Nosotros aquí no andamos con tanta comodidad, como ser somieres, sino una camita de tablas, casi de palo no más. Pero las camas, él tiene dos camas. Anda trayendo sus dos camas, sábanas, frazadas. Lo único que ahora compró con la señora fue una sola cama y ropita para él. Le dejé todo a él. Eso es lo que la

gente me decía: “la paciencia que tiene usted, no quitarle ni una cama”. Total —dije yo— algún día lo tendré y algún día tendré que recuperar mis cosas.

¿Usted lo conoció a él casada todavía?

Claro. Bueno, total, dije yo; si es para mi felicidad, bueno; y si es para seguir sufriendo, sufro no más. Pero hasta aquí no. Bastante sufrí, con el niño sobre todo. Porque él me dejó con un niño. Después fue a hablar con la visitadora para que yo se lo entregara, porque una hermana de él me lo iba a criar. No llegó la hermana y la visitadora me dijo que me daba tres meses de plazo: si daba al niño o lo criaba. Incluso vino la visitadora, vino otra señora en auto a buscar la guagua y ¡qué iba a dar yo mi chiquillo criado! Lo abrazo y me pongo a llorar. No se lo di na'. Menos se lo entregué a él, porque la niña era tan joven... Tenía 17 años y él anda en los 37. Hasta última hora estuve sufriendo con él. Después fui a pasear a Vegas. Así que ahí quedó.

¿Y usted piensa traer los niños?

Yo no sé qué pensará él. Yo le digo a él que no sabe pensar, porque todas las cosas las echa a la risa. ¿Cómo, hombre viejo —digo yo— y no saber pensar las cosas? Si el niño allá abajo está mal hallado, tendríamos que criarlo. Pero es que la mamá de él me dice que yo tengo que pagarle la crianza. ¿Y en qué manera se la voy a pagar? Porque fueron ellos que me pidieron el niño. No que yo se los di a ellos. Me dijo la visitadora que tenía que hablar con ella, que si ella lo quiere criar, lo críe.

Aquí sola me aburro. Yo, por mí, ojalá tuviera los niños a mi lado. Pero como uno no habla, todo el tiempo ha sido así. ¿Quién la defiende? Uno no halla qué hacer. Pero va a tener que llegar ese día que va a traerse el niño p' acá. Yo le digo a él.

¿Por qué cree que a él le gusta el trabajo forestal?

Yo no sé por qué le gusta. El trabajo que le gusta a él es el de tablero. El papá de él me decía que “por qué Segundo no trabaja en el Empleo Mínimo. Qué saca con estar aquí adentro, flojeando y además el patrón no le viene a pagar”. Pero yo no le puedo exigir que se vaya adonde los papás. No le puedo decir: “ándate a trabajar al Empleo Mínimo”. El dice que le gusta la cuestión de los bancos, que si no trabaja aquí va a ver otro modo de buscar trabajo.

¿Cómo pasan los inviernos?

Afligidos. Porque en este tiempo la ruca está bien abrigadita, nadie se moja porque es verano. Pero una vez que llegue la lluvia —como dicen que llegando la lluvia todos se mojan— obligadito tiene él que estar poniéndole tablas. Tiene que estar arreglando la ruquita para que no se moje. Es hartito sufrido el invierno.

Siempre en invierno nos quedamos en los bancos. Si llueve mucho no trabajan na', pero igual les corre el trabajo corrido. Si no llueve trabajan igual no más. Trabajan el día en los caminos, otros pocos en el volteo. Sólo paran los días de lluvia.

¿Cómo reciben la pulpería si no vienen los camiones?

Ahí tienen que ir a Coelemu a buscarla. Uno poco a pie y otro hay que conseguir carreta. Pero él no se haría problema, porque el papá tiene animales. Le consigue los bueyes al papá con la carreta y trae la pulpería.

¿La pulpería entonces la trae el patrón?

La trae un camión, hasta la entrada. Si está bueno el camino para acá, la trae hasta aquí mismo adentro. El patrón es muy bueno. Pero es que ahora, en este momento, a lo mejor algo le ha pasado a él, por la plata que no ha venido. Los días hasta aquí, el tiempo que yo llevo, no he pasado hambre con el patrón.

Aquí llegamos en diciembre, parece que fue. Estábamos allá en Confluencia, en el mismo banco del patrón y de aquí ya no nos hemos movido más. A ver qué modo va a hacer el patrón. O si vamos a tener que buscar otro modo de... ¡qué vamos a hacer sin trabajo! Si el patrón no les ha dado nada porque no tiene plata. Además que está sin pulpería la gente ya.

¿Pero igual le gusta vivir en el banco?

Sí. Porque, en primer lugar se acostumbra una a andar a la siga del marido. Y además, si él se va pa'l lado del papá, yo no voy. Porque qué saco con estar al lado de los viejitos, digo yo. En ese caso mejor me voy a trabajar a otra parte, sola. Yo le digo a él: "Si algún día tú me volví a dejar, yo sigo trabajando, sigo luchando no más". Pero él me dice que no, que "si no te hubiese querido yo no habría andado a la siga tuya". El preguntaba para hallarme. En Coelemu le dicen: "en tal parte está la señora Silvia".

¿Por qué se casó la primera vez?

Dura de cabeza no más, además no pensé. José se llama, y unas chiquillas que hay en Lirquén me decían: "no sabís na', José tiene propiedades, tiene plata en el banco, tiene cantidades de cosas". Yo por el interés casi más de las cosas me casé con él. Siempre me topo con él. Me saluda y yo lo saludo y nada más.

¿A cuál marido ha querido más?

Al Segundo, a éste sí. Todo matrimonio tiene sus disgustos, pero él nunca en la vida me ha pegado. Nunca he recibido un palmetazo de él. Yo le digo a veces a él de irme a una parte lejos, donde nadie me conozca y tampoco verte a ti, le digo. Ahora mis familiares me dicen: "¿por qué no te venís para acá?". No me hallo tampoco. Estoy acostumbrada en este barrio.

¿Por aquí toman mucho vino?

No, del Año Nuevo que no toman. Allá en Confluencia, ahí sí que era gente que tomaba mucho. El vino andaba casi botado. Usted iba a una parte y lo primero era el vino. Aquí no, porque el vino lo venden y allá el vino lo regalaba la gente. Allá tienen vendimia. Aquí no. Aquí compran el vino, así es que el que tiene plata compra; el que no tiene, no toma na'.

Mi mismo marido, el joven con quien vivo ahora, cuando lo dejó la señora, tomó hartó. Estuvo como veinte días tomando. Yo le decía: "si no te cabreai con el vino, a lo mejor con el tiempo te va a llevar La Pelá". Ese joven no le comía, puro tomar y tomar. Yo le decía: "si echas de menos a la otra señora, ¿por qué no la vas a buscar?". "Si no es eso", me decía.

La niña tiene un hijo de él también, es hombre. Ella volvió con los abuelitos.

Lo que pasa es que la niña no tiene los mismos modales míos. La niña era muy mal genio y ella no le sabe los genios del joven. El joven es un poco mañoso —pa' qué estamos con cosas— porque cada cosa que hace le cae mal y como ya le sé el genio a él. Ella como niña joven no sabía.

Ella vino una vez aquí a la casa y le dijo: "la única que puede soportar todas tus cosas es la señora que tenía antes. Yo no —le dijo— aunque tú me roguís yo no me voy a juntar contigo". Y no se juntó. El anduvo hartó en busca de ella. Yo misma le he dicho: "ruégale, hombre". Porque aunque niegue, él es casado, adonde vaya es casado.

¿El joven es celoso con usted?

No; con la otra niña sí. Decía la gente —yo no puedo juzgar— que le hacía la mala con uno mismo de estos jóvenes. El ve que yo no soy risueña, yo soy seria, no ando con risas ni tampoco hablándole a los cabros. Ella, como era una chiquilla joven, pensaba que la vida de casados era otra cosa. Pero él conmigo no. Aquí mismo llegan a calentar la comida cuando está él y no me dicé nada.

¿Por aquí viene gente de las religiones?

No. Aquí no han venido, fíjese que aquí no. Porque aquí uno misma que el día domingo está sola, ya tiene con quien conversar, ya fueran católicos, evangélicos. Uno los escucha a todos, pero no...

Cuando estaba en Coelemu yo iba a la iglesia católica. Yo tengo un padrino que es cura en Lirquén —el padre Francisco—. Siempre que voy allá lo voy a saludar. Cuando me ve él, me saluda. Mi mamá era evangélica, pero en ese tiempo mi mamá todavía no conocía a los evangélicos. Después se cambió. A veces acompañaba a mi madre donde los evangélicos, para que no fuera sola, le gustaba. A veces acompañaba a ellos, que salían en gira con mi mami a otras partes.

¿Le gustaría vivir en poblaciones?

Claro. Siempre que haya niños sí. Porque uno se aburre sola, pero así tienen

do vecindad se está más segura, porque sabe uno que su marido va a llegar. Sale en la mañana a trabajar y llega en la tarde. Uno queda conforme. Sabe que va a llegar el hombre.

¿Qué le parece que los hombres estén lejos?

Mal, puh. Ellos no llegan a la casa cada 15 días o el mes a veces. Le baja como miedo a uno. Pero aquí estando en el banco nunca me ha pasado nada, gracias a Dios.

¿Toda la gente que vive aquí se junta en la noche?

Claro, pa' conversar, para jugar al naípe. Pero yo no, yo aquí no más. A veces la señora me invita para allá, pero a jugar al naípe con ellos no, no me gusta. Mejor —digo— yo me acuesto temprano. El sale ahí a jugar. Soy así como soy no más. En veces la niña viene para acá, nos ponemos a conversar con la señora, pero yo ir para allá, rara vez voy.

Usted me contaba que su papá manejaba un camión.

Tenía un camión. Mi mamá, cuando tenía negocio, le compró el camión a él. Después mi papá se portó mal. Le dio mala vida. Se fue con otra mujer. Cuando mi papá se fue yo tenía unos once o doce años, niña ya. Cuando mi papá se fue del lado de mi mamá yo me enfermé.

¿De tristeza?

Claro. Me enfermé del pulmón. Así que cada vez, cuando yo me resfrío, al tiro la enfermedad me ataca. Ahora, gracias a Dios y a la Virgen —que por ella y Dios he tenido la vida— nada me ha pasado. Cuando este joven me dejó, estuve harto mal en el hospital. Estuve casi a la muerte... Sí, hasta los trece años estuve con mi mami. Ninguna de las hijas, ninguna salió a la mamá. Salimos malas de la cabeza.

Mire, en primer lugar: cuando mi papá la dejó, ella nunca se metió con un hombre. Y uno no, puh. Mi mamá no. Ella sola con sus puros hijos no más. Cuando mi papá la dejó a mi mamá, el niño menor tenía siete años y ahora veintidós. Murió al lado de sus hijos la madre.

Le gustaba el traguito, la misma amistad también la echaron a perder, porque tenía amigas. Después se enfermó, cayó a la cama y de ahí ya no se paró. ¿Qué no hicieron para mejorarla!

¿Su papá falleció también?

Está vivo. No nos visitamos. No vemos a mi papá nosotros desde hace más de siete años. Está en Chiguayante. Uno de mis hermanos se visita con él. Ahora él le tiene interés a la casa. Ese joven —yo le digo que a mi parecer mío y de toda la gente— es un ladrón. Porque él me robó mi hija. Es casi un asalto lo que hizo.

Porque él fue a decirle a mi hermana: "Mira, Trinidad —le dijo— arregla la niña, que yo me la voy a llevar". Ella la arregló, pero ella no sabía pa' dónde la iban a mandar a la niña. Por eso yo tengo rabia con ese joven. Mi hermano me dijo que viniera porque él me iba a regalar un par de zapatos nuevos. Y yo le dije que no. Por lo de mi hija, yo le dije que no.

¿El recibió plata por la niña?

No. Es que él trabaja. No, no creo yo que le vayan a dar plata por la niña. Bueno —total— Dios sabe. Si la niña acerca su felicidad, puede estar bien por ahí; ya que en la familia no iba a estar bien. ¿Quién la iba a criar? Y a mí no me la iban a entregar, porque ellos la criaron.

¿Pero fallecida su mamá se la iban a entregar?

¡Tenían que entregármela a mí, puh! En eso quedamos, pero nadie se puso de acuerdo en cómo lo íbamos a hacer con la niña y por eso yo también decidí de venirme pa' la casa. A ver qué solución me da el joven para saber de la niña.

¿Le gustó salir a trabajar de empleada?

De primeras, no. Me fui a Santiago sin conocer a nadie. Una amiga me llevó a trabajar a Santiago. Me acostumbré. Era bien buena la señora. La admiraba, como si fuera más que mi madre. Todavía me recuerdo de ella. Ella está en Las Condes. Conmigo fueron muy bondadosos. Yo no sabía nada, en Santiago aprendí a trabajar.

Mi mamá, eso sí que lo que tenía, que nunca nos hacía trabajar a nosotros. Ella siempre se daba a los quehaceres no más. Además atendía el negocio. Después fue creciendo la niña mayor y ella se quedó en el negocio y mi mami en la cocina.

¿Por qué volvió desde Santiago a Lirquén?

Porque me apensioné mucho. Eché de menos a la familia. Usted sabe que una hija siempre la madre... Echaba de menos a mi mami y cuando me acordaba, me apensionaba. Tuvieron que ir a buscarme. De ahí estuve en Lirquén con mi madre. Me atendía. Me tenía la vendedora de parafina y de carbón. Esos dos trabajos me daba ella, no más. No hacía ni una cosa más.

Nosotras nunca salíamos a los bailes. Mi mamá era muy estricta; a mi mamá nunca le gustó el baile, además que como era evangélica... Además, yo no soy entusiasmá pa' las fiestas.

Cuando él se cura mucho, ahí sí que tengo que ir por obligación, porque él se enoja si no lo acompaño a la fiesta o a una comida. Sano y bueno, no; porque yo le digo que no voy y no voy. Pero curao, ahí tengo que darle el amén. El me dice: "¿pero cómo no vai a ir; cómo voy a ir solo. Todos van con la señora y yo

el único hombre solo?”. Se cura y un poquito más picaíto, ahí tengo que ir. “Si no vai —me dice— te pego un palo, te planto un palmetazo”.

Aquí no se han hecho fiestas. A lo más se hace una pichanguita entre amigos, se invita amigos. Si hay algo bueno, se mata un chanchito y se come entre todos, uníos. Y cuando no hay, cada uno se come lo que tiene en su casa, no más.

Cuénteme algo del trabajo de él.

A él le gusta hacer tableros. Es lo más pesado, pero le gusta más que trabajar en el banco, porque ahí tiene que estar de punto fijo, en esa cuestión del chicote, que tienen para pasar los trozos p’ allá y el otro p’ acá. El dice que de repente puede descuidarse, mirar pa’ otro lado —ni Dios quiera, dice— y la sierra le pesca la mano y lo hace tira todo.

Llega cansado y uno le tiene todo listo. El llega y se acuesta. Si llega muy cansado, yo le doy la comía en la cama. Así que no tiene pa’ qué levantarse.

Yo nunca me he atrasado con la comía. A las once ya estoy preparando el almuerzo. Yo más o menos le calculo la hora. Pa’l desayuno se levanta él en la mañana, temprano. Yo me levanto más atrasito. El ha querido darme desayuno, pero yo no. Trabajando —le digo yo— y te levantas a hacer fuego y si después tienes que darme desayuno a mí, ya es como mucho. Es que el trabajo de uno es como de uno, porque el de él es más mortificado.

El, en la mañana, come su pavito de harina tostá, con agüita hervida. Yo le digo a él, total, comiendo tú... Pero tú también tenís que alimentarte, me dice. Así que yo le digo que no como.

En veces discutimos. Total —le digo yo— son cosas mías. Es la mujer la que tiene que entrarse en la cocina. El hombre no tiene por qué estar metido en la cocina, le digo yo. Así que me dice él: “mejor me voy p’ afuera”. Me dice: “me echas p’ afuera...”.

El me pica la leña; me acarrea agua, en veces. De bueno, es muy bueno, pa’ qué voy a decir...

Ahora tengo que ir a ver médico aquí a Coelemu, pero la sencilla razón que no he ido es porque no hay plata para ir.

¿Ha hecho huertas en los bancos?

Nosotros estuvimos un tiempo haciendo huerta, en Mitito. Ahí teníamos una buena huerta. El sembró porotos, tomates, ají. Todo eso quedó botado, porque se fue todo el banco. No se aprovechó ni una cosa. A él le gustaba hacerla solo; no le gustaba que le ayudaran.

¿Usted echa de menos el pueblo?

Ya estoy acostumbrá. Me gusta porque, además, es tan entretenido. En el pueblo uno no sale mucho, como aquí. Uno sale para allá arriba. Yo salgo en las tades con él; voy a buscar leña. Ayer la señora de al lado me hacía idea. Me decía

ella: “¿no ha conocido el banco, que va a conocerlo ahora?”. “No, puh —le decía yo—, voy a conocerlo ahora...”.

Yo no salgo nunca cuando están instalando el banco. Me da vergüenza.

¿Por aquí viene gente de los sindicatos?

Nunca han pasado por los rucos gente así; pero conviene, porque uno tiene con quien conversar y además uno aprende más.

¿Cómo se está portando ahora el joven?

De los días que he estado aquí yo, no se me ha quedado afuera de la casa. Hay veces que yo me enojo con él, porque a mi parecer compadrea mucho. Una sola ahí ya. Se cura y tiene la mala costumbre que invita a un amigo y lo deja solo y él sale a andar. Se va pa’ donde los otros amigos por ahí o a buscar amigos en las casas.

Yo no salgo casi nunca con él. Rara vez cuando salgo. Cuando se me cura mucho, ahí yo tengo que salir con él, porque me obliga.

¿A usted le gustaría un lugar estable?

Con el tiempo, no hay como tener una casa propia de uno, porque nadie la va a mover de ahí y en esta cuestión no. Porque en cualquier momento... igual como gitanos somos. Hay que estar desarmando todas las cosas, después que uno tiene tan arregladito. De repente viene el patrón y a pescar los monitos y al camión.

El resto de la gente de aquí, ¿qué está haciendo ahora que el banco no funciona?

Como ser actualmente no tienen trabajo, van a ayudar a cortar trigo, a picar porotos, aporcar papas. Todo eso. El ahora anda en eso donde el papá.

¿Le gustaría que él se fuera al Mínimo por mientras el banco no funcione?

Sí, puh. Porque ya gana platita todas las semanas. No ve que dicen que todos los 15 les pagan; pero es que él no quiere. Yo he oído decir que en Coelemu les están pagando a los casados 4 mil pesos y a los solteros 2 mil. No sé si en otra parte será así o no.

¿Qué le gustaría que fueran sus hijos?

Que salieran igual al papá de trabajador; banquinos, igual al papá. A mí parecer me gustaría que llevaran una profesión igual como el papá.

¿Usted cree que así se harán una buena situación?

Sí. Yo conozco alguien de por aquí. Tienen algo propio y ya nadie los mueve

de ahí. Ahora, no sé qué pensarán ellos. Qué pensarán seguir con el patrón o buscar el acomodo. Yo le digo a él que tienen que ver un modo ya.

Se nos acaba el azúcar. Ya no tenemos harina. ¿Qué va a hacer uno? Claro que todos dicen que un grande aguanta; pero hay veces que no tampoco, sobre todo el pan.

En las tardes, a veces cuando no llega muy tarde, se va a los pescados al río. Salen de esos pescaditos chicos: salmones. El otro día trajo unos seis...

Bueno, muy agradecida, pues.

Silvia, es tarde, ya me voy

SILVIA O EL FATALISMO

Analizamos la historia de vida de Silvia desde la perspectiva de una concepción fatalista de los hechos; vale decir, la apreciación de que lo que sucede está, de alguna forma, predeterminado; que por lo tanto ni se eluden ni se enfrentan las circunstancias de la vida, sino que se asiste a su devenir en una actitud de espera, de espectadora activa —en la medida que se sopesan los desenlaces previsibles, se juzga y se toma internamente partido— pero nunca de protagonista.

Aun en el plano de la acción —como ejercicio de afirmación sobre la realidad—, las decisiones de Silvia parecen carecer del paso reflexivo inicial que la guía. Sus actos aparecen entonces también obedeciendo a la órbita de lo que “sucede”, más que a lo que “se construye”, como si modelos inexorables marcaran subyacentes un camino.

Pero también la historia se va armando desde los actos de los otros, que son, las más de las veces, los que deciden y los que van sumando pesares en la vida de Silvia.

La elección de una historia de vida que nos permite pensar en el concepto difícil —por lo recurrido— de fatalismo, y de cómo éste se une a la ideología que asegura la posición subordinada de la mujer, puede explicarnos rasgos de personalidad frecuentes donde una concepción fatal o conservadora del destino pueden no ser más que la respuesta a un orden antinatural en que la mujer no tiene más opciones que aquellas que, desde fuera, se le conceden.

Antes de iniciar el proceso de construcción de cada historia de vida, dimos un ejemplo personal de cómo podría organizarse el relato a partir del recuerdo cronológico de los hechos. Aunque esta forma de introducirnos en el trabajo era simplemente una sugerencia. Todas las mujeres la recogieron y, con mayor o menor éxito, trataron de seguir un hilo en el tiempo —aunque con saltos y retrocesos que

muchas veces dieron claves para la comprensión del material—; Silvia es la única mujer que partió decididamente hacia el relato de los conflictos más agudos que padeció y padece. Dicho ordenamiento, no sólo no es casual, sino que fluye desde la lógica íntima de la protagonista; por eso, el análisis seguirá la secuencia en que aparecen, en los primeros momentos de la narración, los elementos sobre los cuales Silvia vuelve reiteradamente: los abandonos que practica sobre otros y los que padece, y el despojo.

Los Hijos Cedidos

La mención a los hijos aparece en el primer párrafo de la historia de vida, dentro del relato de sus infortunios sentimentales con “el joven”: “tengo dos niños de él, pero no los tengo yo”.

Tengo y no tengo y, además, dos niños “de él”: palabras corrientes, por eso mismo, con connotaciones diversas y vagas, pero que en la situación de Silvia, se traducen en no tener nada.

Por iniciativa del hombre, el niño mayor pasa a vivir con su suegra. El motivo de este traslado está doblemente expresado en sus palabras: es el nuevo embarazo el motivo que el hombre esgrime, pero Silvia supone que él “ya estaba con la maldad escondida” y el alejamiento del hijo era parte de la planificación del abandono que se produce después del nacimiento del segundo. Sola con su hijo pequeño y ante la imperiosa necesidad de ganarse la vida, acepta entregarlo a su cuñada: “trabajar con niño no se puede”.

Pero los dos abandonos, pensados temporales, se prolongan. Y nuevamente junto al hombre no alcanza más que a preguntarse acerca de la posibilidad de recuperarlos, pero no está en ella exigirlo: “como uno no habla (...) ¿Quién la defiende? Uno no halla qué hacer”.

Sin pensar en la posibilidad de actuar sobre la situación, no parece ni siquiera percibir sus propios deseos porque si lloró abrazada a su hijo pequeño ante la idea de entregarlo, hoy hace una reflexión en que lo económico parece prevalecer.

Deseos, obligaciones maternas y dinero, aparecen confundidos en un pequeño trozo del relato en que se plantea la disyuntiva de recuperar para sí o ceder definitivamente el niño mayor. Veamos los elementos contenidos en el fragmento:

“yo no sé qué pensará él”

“no sabe pensar las cosas”

“si el niño allá abajo está mal hallado tendríamos que criarlo”

“es que la mamá de él me dice que yo tengo que pagarle la crianza”

“¿y en qué manera se lo voy a pagar?”

“porque fueron ellos que me pidieron el niño, no que yo se los di a ellos”

“si ella lo quiere criar que lo críe”

— ¿Pero a usted le gustaría estar con los niños?

“aquí sola me aburro”

“yo por mí, ojalá tuviera los niños a mi lado”

La errática línea de su razonamiento pasa: de delegar al hombre el “pensar” la resolución a asumir como pareja la responsabilidad de la crianza, enfrenta ese deber a la demanda de pago por la crianza exigida por la suegra, contesta para sí razonando sobre la imposibilidad de cumplirla, cuestiona la racionalidad del pago ya que no fue de ella la iniciativa y, finalmente, cede la decisión a la voluntad de la suegra sin haber aclarado la confusión económica que media.

Resumiendo, aguarda a que los otros decidan, no expresa sus deseos, no se queja ni se rebela: en la espera, se pregunta a sí misma cuál será la resolución del dilema.

Ese derrotero de su pensamiento que parte de la posible decisión del hombre a la posible decisión de la madre del hombre, no incluye en ningún momento un rumbo que indique hacerse cargo, aunque sea en el nivel de la reflexión, del acaecer de los sucesos. Sólo se rozan soluciones, que surgen del deber ser, que no se proyectan en planes, o se elude el conflicto preguntándose a sí misma en forma retórica que elimina la respuesta.

Para quebrar este discurso desprendido de la emotividad, introducimos una pregunta directa, tratando de liberar los sentimientos no expresados. Pero la respuesta, nuevamente, es ambigua: ¿debemos entender que los niños serían un mero remedio para la soledad? ¿O estamos ante dos respuestas: la primera, inmediata, resaltando el aburrimiento que padece y la segunda afirmando por primera vez sus deseos, marcados por ese ojalá, que delega en el destino lo que no intenta resolver?

La Convivencia Incierta con "el Joven"

Silvia abandona al marido por su actual conviviente. En sus palabras: "tenía que buscar un ambiente mejor". "Ambiente", en éste y otros casos, se deslizó sin que percibiéramos el dudoso significado que adquiere en el relato. Pero, dentro de éste, parece emparentarse con situación o calidad de vida.

No es mucha la certeza con que parte de la seguridad de un matrimonio estable a la convivencia con un trabajador forestal —inestable siempre en el espacio y el tiempo—: "si es para mi felicidad, bueno y si es para seguir sufriendo, sufro no más".

De los años primeros de su convivencia con el obrero forestal, sólo se relata el fin: el abandono que se cita muchas veces en la historia, porque si antes se temió y el destino quiso que se cumpliera, ahora nuevamente se teme, y no hay estratagemas que se vislumbren para sortearlo.

Si el abandono era esperado, no es por eso menos brutal. La miseria y la entrega del hijo son los sufrimientos a que primero se alude, pero las señas de la traición, de la acción escondida casi ante sus ojos, de la deslealtad, están presentes.

Sabiendo de las visitas diarias de su conviviente a la casa de "la niña", no siente desconfianza: "nunca creí que esta niña me iba a hacer eso porque era amiga, muy amiga mía".

Y comprende las razones del abandono: él también necesitaba de otro ambiente, "la niña" era más simpática, más bonita que ella.

Después del año, el hombre, a su vez abandonado, empieza a buscarla por la zona; Silvia soporta sufrimiento del hombre y sus borracheras continuas, y aun lo alienta a que presione a la mujer para que vuelva a aceptarlo. Pero también entiende que el drama se entabla entre dos personalidades opuestas: la de "la niña", joven, abierta al trato con otros hombres y toma decisiones; la suya, austera, sumisa y que acepta sin preguntas lo que el hombre le ofrece.

Veamos como se compone este contraste que, aunque no está enunciado desde una vertiente explícitamente moral, deja un saldo a favor de los valores a que Silvia adhiere:

- "la niña" "es bonita, es simpática"
- "es muy mal genio"
- "no sabe los genios del joven"

“dicen que le hacía la mala con uno mismo de estos jóvenes”

“pensaba que la vida de casados era otra cosa”

“le dijo: aunque tú me roguís yo no me voy a juntar contigo”

— Silvia “yo no soy risueña, yo soy seria”

“ya le sé el genio a él”

“no ando con risas ni tampoco hablándole a los cabros”

“volvió él adonde mí”

La mujer joven, que afirma y rechaza el “genio” de un hombre veinte años mayor, que no quiere abandonar los goces de la juventud después de casada, que da pie a la maledicencia por su conducta con los compañeros de faena del marido y que decide un rompimiento definitivo, se opone a la mujer dócil, que se acomoda al mal genio del hombre, recluida en el espacio doméstico, y que lo recibe dolorido de su experiencia matrimonial fracasada.

El retorno del hombre parece también previsto según las reglas del fatalismo. Consciente de que nadie entiende esa pasiva actitud de aceptar su retorno, Silvia intenta una explicación: “¡yo le tenía un cariño a él!, le digo a la gente yo, a las mismas amigas que tengo, el mismo cariño que le tenía a él, volvió él adonde mí”.

Una regla oscura, quizás una revancha por la cual su amor al hombre, debe ser retribuido o, por lo menos, debe triunfar, aun cuando vencer consista en mantener el incierto lazo que hoy los une.

“Ahí está él, si la otra no se quiere juntar con él... ¿qué voy a hacer?, me dice”; sólo pasaron tres meses desde que el hombre volvió y Silvia deja traslucir en el presente en que se expresa, una situación que aún no ve clausurada. Y piensa en un futuro sola, en que nuevamente se enfrente a la soledad y la búsqueda de sustento: “si algún día tu me volví a dejar, yo sigo trabajando, sigo luchando no más”.

Si se vislumbra un posible futuro de soledad, en cambio no hay indicios de pelear por mantener el vínculo. En la primera frase de su historia de vida, Silvia partió con algo que prometió ser un ultimátum y que se desdibujó sumiéndose en un final retórico: “así que aquí estamos luchando, yo le digo que si él se porta bien, yo me porto bien con él, si él no se porta bien, le digo que yo no voy a estar sufriendo por culpa de otra mujer”.

El razonamiento que se va desarrollando pierde, en su resolución,

el equilibrio que sostenía el fragmento. Si la primera oposición, positiva, muestra paridad entre sus términos: “si él se porta bien” — “yo me porto bien con él”, la segunda, iniciada con “si él no se porta bien”, promete una amenaza que se diluye al recurrir a una enunciación meramente discursiva: “yo no voy a estar sufriendo por culpa de otra mujer”. Se trunca ahí la lógica presente en los dos términos de la primera oposición: en vez de los finales previsibles —yo no me porto bien con él o yo no le voy a aguantar— se recurre a una enunciación negativa pero que descarta la acción.

Pero el abandono no lleva a Silvia a enjuiciar al hombre, contrariamente, dos veces el relato lo elogia: “con este estoy como cuatro años, conmigo nunca se ha portado mal, siempre se ha portado bien”, y casi al final, mencionando la ayuda en picar leña y la esporádica de acarreo de agua, dice: “si de bueno, es muy bueno, pa’ qué voy a decir”.

—Pero la abandonó por otra.

—“Sí, eso sí”, es la lacónica respuesta.

Sin embargo, otro trozo contradice este “portarse bien” y, abordando lateralmente el abandono, centra su crítica en la responsabilidad del hombre hacia los niños e, implícitamente, hacia ella en su calidad de madre: “porque yo le decía que primero tenía que mirar los niños antes de hacer eso, que no es llegar, levantar la cabeza y decir: “me voy a casar”, sabiendo que tenía dos hijos míos”. Remitiéndose al área de la normatividad, Silvia sortea la narración de su sufrimiento por el alejamiento de “el joven”.

Si en el momento de decidir su futuro junto al hombre no sabía si le esperaba la felicidad o el sufrimiento, desde su evaluación presente, sigue negando el dolor. La frase, ya citada, concluye: “si es para seguir sufriendo, sufro no más. *Pero hasta aquí no*”.

La exclusión del sufrimiento dentro del relato del abandono y la persistencia en reiterar el buen comportamiento del hombre nos hacen pensar que quizás la valoración de “buen marido” se compone de elementos que no se nos hacen evidentes.

Puede que debamos extraer del discurso las alusiones a la ausencia de rasgos negativos para entender cómo se constituyen en signos positivos, vale decir, entender las —para nosotros— bajas expectativas de Silvia respecto a la relación de convivencia.

Un confuso trozo del relato habla de esta ambivalencia entre aceptación y rechazo: “todo matrimonio tiene sus disgustos pero él

nunca en la vida me ha pegado, nunca he recibido un palmetazo de él. Y por eso, no sé, yo le digo a veces a él deirme a una parte lejos, donde nadie me conozca y tampoco verte a ti —le digo yo— ¡cuándo va a ser ese día que uno se va a ir pa' otra parte!”.

El trozo mezcla, la resignación a una situación que afecta a “todo matrimonio” y rescata positivamente la ausencia de golpes, quebrando la irremediable unidad entre la disputa y la golpiza. Pero esta renuncia a reclamar algo más que la integridad física, da súbitamente paso a un estallido: irse, irse lejos, ser una desconocida para todos y borrar este personaje que le ha dado padecimiento y hoy incertidumbre y miedo de que el ciclo vuelva a reeditarse: un exasperado deseo de desligarse de las pocas ataduras que hoy mantiene.

Pero la ausencia concreta de los golpes no elimina el temor. La reclusión voluntaria sólo se rompe cuando el hombre se emborracha: “ahí tengo que ir, si no vai —me dice— te pego un palo, te planto un palmetazo”. El golpe puede llegar, sólo la sumisión de Silvia evita que se materialice.

El hombre no le pega y tampoco la cela; sea por desinterés o por confianza, no hay control ante las pocas conversaciones que Silvia establece con los hombres que pasan a calentar la ollita en el fogón. Y hay un equívoco fragmento narrado en sus palabras: “hay veces que yo me enojo con él, porque a mí parecer compadrea mucho, una sola ahí, ya se cura y tiene la mala costumbre que invita a un amigo y lo deja solo y él sale a andar”. A la constante desconfianza de los hombres, se opone esta actitud ambigua, que Silvia rechaza: “compadrear” abandonándola con otro hombre.

El concepto de “buen marido” debe retraerse al que no golpea y no cela, lógica en que el buen comportamiento se desprende del descarte de lo perverso, de que lo bueno es simplemente lo que no es dañino.

Pero lo malo, abunda. El marido poco a poco parece ir despojando la vivienda de sus pocas pertenencias: “las pocas cosas que tiene él las lleva para abajo. Eso es lo que me enoja a mí con él (...), tenía una mesita y la llevó para donde la mamá, tenía unos platitos y también los llevó para allá”. La narración de las camas, de las cuales sólo hay una en el ruco, también debe obedecer a esta rapiña constante por la que quizás el hombre quiere mantener abierta otra posible huida. Si en el pasado entregó su hijo mayor antes de abandonar a

Silvia e intentó quitarle al recién nacido, hoy, hasta los perros viven con la madre.

El enojo de Silvia no detiene el trasiego, y asiste al despojo sin rebeldía. Antes ya perdió su hombre y las pertenencias: “total —dije yo— algún día lo tendré y algún día tendré que recuperar mis cosas”. El destino tiene sus leyes; manejando esa ciencia que permite predecir que el hombre volverá porque las reglas del amor así lo dictan, también las cosas y los hijos deberán ser recuperados y la paciencia de la espera es el único recurso.

La convencieron de casarse porque el futuro marido “tiene propiedades, tiene plata en el banco, tiene cantidades de cosas, yo por el interés casi más de las cosas me casé con él”, pero la usurpación estuvo también presente: “no era hombre que sabía responder y además me sacaba las cosas y las vendía (...) sobre todo a los niños no los trataba bien, no los tenía bien arreglados, a pata pelá y pobres”. La garantía del marido rico no es tal, por eso, dentro del ejercicio del abandono que desde la infancia la marca, y con el signo irremediable que sella el destino de las mujeres, dice: “como a toda mujer le pasa que se casa y después se aparta del marido y ven que otro está mejor y buscando otro ambiente...”. Pero el cambio de ambiente no ha mejorado la situación de Silvia y, hoy en día, no tiene las garantías ni el prestigio de la mujer casada. Respetuosa de los vínculos formales, subraya: “reconozco que fue malo lo que hice, pero es que también tenía que buscar otro ambiente mejor”.

Si ella no alude a su condición de mujer casada, sí lo hace refiriéndose al hombre y explica así su insistencia para que buscara la forma de volver junto a “la niña”; el hombre —y ella misma sin decirlo—: “es casado; adónde vaya es casado”, noción de un vínculo que no se puede rehuir.

Esta situación de mujer casada y conviviente de un hombre, también casado, aun cuando se elude en el relato, no atenúa la culpabilidad. Dos veces emerge ésta claramente: el referirse al retorno del hombre junto a ella, después del casamiento con la niña, dice: “él volvió conmigo, pa’ qué vamos a andar con mentiras, fui casada”. No mentir, no encubrir la verdad, significa la presencia de algo ilícito o, por lo menos, reprobable.

Quizás es la ilegitimidad sentida de esta convivencia, la que veda el uso de la palabra marido y hace sortear esta renuncia recurriendo al apodo de “el joven”: “mi mismo marido, el joven con quien vivo

ahora”; rápidamente Silvia se desdice del término “marido” y reafirma la calidad ilícita con que siente su situación y la enuncia con un carácter transitorio: no es casada con el hombre, “vive” con él y “ahora”.

En la época en que el campamento funcionaba, el hombre hacía el fuego por las mañanas para tomarse “su pavito de harina tostá”, Silvia le tiene listas sus comidas, lava las pocas ropas de la pareja, hace pan, el aseo no es necesario. Cuando está sola, al mediodía, el mate “es el almuerzo de uno”. En la vida monótona del campamento, las horas libres le sobran a una mujer sin hijos: “cuando no tengo qué hacer yo me acuesto a dormir no más”. Ahora, con el marido parado y bajando diariamente a casa de sus padres, las tareas son menos aún: “lega en las tardes, así que cuando estoy aburrida me acuesto a dormir mejor”.

El sueño parece el refugio ante la soledad y la incertidumbre.

El Desamor

Desde el comienzo el desamor se instala en el relato. Si el marido, al volver, le dice que la buscó porque la quiere, no parece que Silvia esté convencida de tal declaración.

Pero parece ser en la niñez que se arraigan los sentimientos de abandono: abandono real, el del padre, y afectivo, de la madre. De ésta dice: “ella nunca me quiso como hija”, y más adelante mide las diferencias que padece respecto a sus dos hermanas mujeres; ellas recibieron la formación y los consejos, “a mí nunca”.

Las palabras, que nos remiten a un pesar intensamente sentido, sólo describen la situación. Preguntada por nosotras acerca de las razones del desapego de su madre, dice: “esa sencilla razón nunca la supe ni hasta el día de hoy la sé”.

De trece niños nacidos, sólo cinco sobreviven y todos ellos quedan en Lirquén. Sólo Silvia, que se queja: “nunca he tenido un hogar, todo el tiempo he andado de una parte para otra”, se alejó a los trece años y nunca más se afincó en el hogar de la infancia.

Empleada doméstica en Santiago, su patrona es en sus palabras: “como si fuera más que mi madre”. Pero acto seguido relata el sufrimiento que le causa la lejanía de la madre y agrega: “usted sabe que

una hija siempre la madre...". La patrona, que seguramente guió y enseñó a esta niña, a la que extrañamente la madre no formó ni exigió para cumplir las tareas domésticas, suple así parte de las obligaciones maternas, quizás de ahí el "más que mi madre".

"Siempre la madre" en cambio, se remite a un valor ya construido: sea cual sea la calidad de la relación, las hijas echan de menos a sus madres; determinación fatal, si no de los afectos, del simbólico poder del parentesco.

Este antagonismo, del cual es la madre protagonista ya que Silvia sólo padece el desamor y hoy lo describe, no la incita a la censura: son sus méritos los que se narran, ligados a nociones tradicionales sobre la misión de las mujeres. El primero referido a cómo, abandonada por el marido, clausura una parte de su vida: "nunca se metió con un hombre". La siguiente reafirma, por un lado, la anterior: "murió al lado de sus hijos la madre", pero además hace hincapié en la singular importancia de la relación filial.

De la alta valoración a estas cualidades morales, extrae la crítica a sí misma y a sus hermanas: "ninguna salió a la mamá, salimos malas de la cabeza"; en su caso, abandonó al marido, convive con otro hombre y no está junto a sus hijos.

Si el desamor de la madre debe haber influido en el deambular de Silvia y en su sentimiento de desarraigo, podemos pensar que es el abandono del padre el que impulsa la temprana migración a la ciudad.

El destino quizás repite los rumbos de la madre y la hija; también el padre se va con otra mujer y abandona la zona: "yo tenía unos once o doce años, niña ya. Cuando mi papá se fue del lado de mi mamá, yo me enfermé".

Inciertas de cuál era la relación que existía entre este relato del abandono paterno y la mención inmediata a la enfermedad, preguntamos:

—¿De tristeza?

—“¡Claro! Y me enfermé del pulmón”.

Y en el mismo párrafo prosigue: "cuando este joven me dejó estuve harto mal en el hospital, estuve casi a la muerte", suceso que no aparece narrado junto a las varias menciones del abandono de "el joven" y que surge aquí espontáneamente, uniendo al desamparo de las dos situaciones, una misma enfermedad que las identifica.

La infancia y la vida familiar están marcadas por esta indiferencia que ella percibe: "nadie me miraba a mí, nadie". Allí está quizás la clave que explica el horizonte estrecho en que se desarrollan sus

afectos, la inseguridad y el escaso cuidado en materializarlos en vínculos estables, su sentimiento de no pertenecer, sino por acaso, a los “hogares” que niega —el de la infancia, el matrimonial y el deambulante del presente—.

La Hija Robada

En una de sus visitas a Lirquén, Silvia pregunta por su hija. Extraemos los trozos del diálogo por el cual se entera del robo de la hija

—“¿Y la niña?”

—“¿La María? No está na”

—“¡Bah! qué raro. ¿A dónde está?”

—“Tu hermano la dio pa’ otro país”.

En un primer momento la razón la impulsa a buscar explicaciones y atenuantes: ella no sabía si trataban mal a la niña. Cuando ella iba a Lirquén la niña estaba bien; quizás después de la muerte de la madre, la vecina —donde la niña quedaba encargada— le daba mal trato, “a lo mejor le dijeron a mi hermano que a la niña la tenían para andar acarreando vino y por eso mi hermano hizo todo lo posible”.

Pero al parecer, el hermano no hizo “todo lo posible”. Por lo pronto, no avisó a Silvia de su decisión, no esperó que llegara y en el corto período que medió entre la muerte de la madre y su llegada a Lirquén, entregó, quién sabe por qué vías, la niña al extranjero.

Ya muy avanzado el relato, y sin mediar ningún estímulo, recomienza la narración del incidente pero, esta vez, la ira desplaza el razonamiento sumiso del inicio. En sus palabras, y en las de los vecinos enterados del suceso que ella reproduce, el hermano “es un ladrón”, “porque él me robó mi hija , es casi un asalto lo que hizo”.

El agravio se denuncia pero es equívoca la posición en que Silvia lo sitúa. Veamos el diálogo en que intentamos precisar el conflicto:

—“Quién la iba a criar? Y a mí no me la iban a entregar, ¡puh!”.

—“¿Y por qué no se le iban a entregar?”

—“Porque ellos la criaron”.

—“¿Pero una vez fallecida su mamá?”

—“¡Tenían que entregármela a mí, puh! En eso quedamos, pero nadie se puso de acuerdo en cómo lo íbamos a hacer con la niña y por eso yo también decidí de venirme pa’ la casa, a ver qué solución me da el joven”.

Hay incongruencias inexplicables en el trozo. Silvia se pregunta quién se haría cargo de la niña en Lirquén una vez muerta su madre y asegura que no se la entregarían. Sin embargo, después expresa que había acuerdo de entregársela e introduce un conflicto creado acerca de “cómo lo íbamos a hacer con la niña”.

Resumiendo, el trozo se compone de:

- Un momento en que Silvia no alude a recuperar a la niña después de la muerte de la madre
- La negación de la posibilidad de recuperarla
- El acuerdo con los parientes de entregársela
- El conflicto: “nadie se puso de acuerdo”
- Decide volver para “ver qué solución me da el joven”.

Lo más incomprensible en la versión de esta disputa, donde los parientes no parecen decididos a permitir el alejamiento de la niña, es que el incidente se concluye con la entrega, pero no a la madre —que en el diálogo no parece presionar ni hacer valer sus derechos ya que se ausenta estando el conflicto no resuelto— sino a extraños de “otro país”.

La consulta con “el joven”, que ha decidido el abandono de sus propios hijos, más parece una excusa para volver al campamento. El paso por el juzgado, no parece entregar soluciones a una situación a toda vista clausurada: sólo se espera la entrega de una foto.

Pero hay, en todo el transcurso del relato de la hija robada, una reflexión que escapa al tono con que el discurso se venía construyendo.

En un trozo que parece vincularse a la vertiente fatalista, reflexiona: “digo yo, que si va a ser otra niña que sea otra, educada, no va a ser la misma que estaba con la familia”.

Puede que estemos ante una forma poco habitual del lenguaje oral, pero la redundancia en la idea de “otra niña”, más nos remite a un designio de cambio de identidad, como si la hija, desalojada mediante intrigas de un presente que llevaba ya impreso su futuro, pudiera hoy volverse otra, no sólo por la educación, sino por emanciparse de un destino inalterable.

Permaneciendo oscuras las razones por las que el hermano había decidido sustraer a la niña, preguntamos acerca de la posibilidad de que hubiera sido cedida por dinero. Silvia, seguramente desconociendo las transacciones de niños dice: “No. Es que él trabaja. No, no creo yo que le vayan a dar plata por la niña”.

La pregunta nuestra obedecía a un trozo anterior que nos hizo

sospechar de un posible ánimo de compensar de alguna forma el hurto de la niña: "mi hermano me dijo que viniera porque él me iba a regalar un par de zapatos nuevos. Y yo le dije que no, por lo de mi hija yo le dije que no". ¿Sería tal vez el regalo de un par de zapatos, nuevos, la forma de indemnizar el robo de la María?

La Sumisión

No hay que buscar en Silvia las formas por las que la subordinación se objetiva: es ella que parece instalarse en la posición de oprimida, recurriendo a una actitud de sumisión casi constante, matizada por quejas y preguntas que destina a sí misma, pero nunca a la rebeldía.

En la infancia sufrió la discriminación en los estudios; su padre, cuida de la honestidad de las hijas: "decía que nosotros podíamos aprender a escribir cartas a los hombres (...) así que los hombres mejor escriben, las mujeres no".

Pero en las referencias a su convivencia con el hombre, es ella la que establece la discriminación hacia sí misma; ante la necesidad más primaria de la alimentación, la postergación a la que se relega es notoria en sus palabras: "yo le digo a él, total, comiendo tú. Así que yo le digo que no como". Pero el hambre se sufre: "todos dicen que un grande aguanta, pero hay veces que no tampoco, sobre todo el pan".

Su espacio es la cocina: se aleja de la vida social del campamento, y aun a la vista de los otros. Ahora, con el banco aserradero parado, se entretiene visitando los lugares donde antes trabajaban los hombres: "yo no salgo cuando están instalando el banco. (...) Me da vergüenza". Su futuro, el que decida el obrero: "se acostumbra uno a andar a la siga del marido", donde la licencia de llamar "marido" al conviviente se justifica por la declinación reflexiva que nos remite a una protagonista múltiple, la mujer de los campamentos.

Viviendo a la deriva —"igual como gitanos somos"— sueña con un futuro estable, el lugar propio donde vivir. Pero al hablarlo con el hombre no hay respuesta: "no dice na' ". La usurpación de sus pocos objetos, le marcan el contraste con la situación de su vecina, y su orgullo le prohíbe "andar pidiendo prestado por ahí".

Pese a los sinsabores de la vida forestal, Silvia no desea otro destino para sus hijos o quizás no logra imaginarlo. En su discurso, la ambición es que sean igualmente trabajadores que su padre, "ban-

quinos”: “que llevarán una profesión igual como el papá”, inusual deseo de hacer perdurar un orden que, en sus propias palabras, parece edificarse sobre lo precario, el abuso y la arbitrariedad.

El aislamiento geográfico, la ausencia de diálogo en la pareja, la distancia que establece con el grupo y los débiles lazos que la unen a los personajes principales de su historia, han sometido a Silvia a una soledad en que el único refugio es el sueño.

Quién sabe por qué razones, el diálogo y la convivencia que se niega dentro de su grupo y de la familia del hombre, es posible-y, aun deseable, con personas de afuera. Quizás es la sanción social negativa cercana la que teme.

Al preguntarle si pasan por los campamentos gente de iglesia, responde: “fíjese que aquí no, no han venido, porque aquí uno misma que el día domingo está sola, ya tiene con quien conversar, ya fueran católicos, evangélicos, uno los escucha a todos, pero no”. Y la ansiedad por romper su monólogo interior explica el conmovedor esfuerzo que desplegó para convencernos, ante nuestras dudas de comenzar una entrevista de seguimiento menos que incierto, de que ella era la persona apropiada, la mujer que nosotras buscábamos.

Ya casi al final de la entrevista alude a nuestra visita y concluye: “pero conviene sí, porque ya uno tiene con quien conversar y además uno ya aprende más...”.

De todas las mujeres que conocimos en terreno sólo Silvia, al despedirse, dijo: “muy agradecida, pues”.

Yendo a Curanilahue, nos desviamos hacia la costa por caminos intensamente transitados por camiones madereros. A unos veinte kilómetros de la ruta, encontramos un asentamiento precario situado en el bajo y rodeado de bosques de pino insigne. Contaba con unas quince casas, varias semiderruidas y unas pocas con señales de ser habitadas. En el punto más alto, la sombría masa de una gran iglesia evangélica de buena construcción, parece vigilar el campamento. Conversando con las mujeres nos señalaron la casa de Rosa, la más alejada del camino, dándonos a entender que era ella la más indicada para atender nuestro requerimiento; aceptó con naturalidad y alegría nuestra propuesta de narrarnos su vida y comprendió la naturaleza del trabajo que nos proponíamos. Rosa es una mujer bonita y sonriente, mueve armoniosamente su cuerpo pequeño y delgado. Pese a ser un día habitual de trabajo, era cuidada su vestimenta y su peinado. Tenía en el momento veinticinco años.

La casa, pese a ser homogéneamente pobre con las restantes del campamento, tenía señales de cuidado y aseo. La cocina, separada del ruco dormitorio —al que no entramos— contaba con fogón y varios muebles de guardar; del techo colgaban cebollas, ajos y chanchos y se veían varios productos alimenticios envasados para niños. El patio que circundaba la casa estaba apisonado y algunas plantas de adorno colgaban de las paredes exteriores.

La conversación con Rosa se extendió por varias horas de la mañana y la tarde y transcurrió en medio de las tareas de preparación del almuerzo de los pensionistas y la familia, dar pecho al niño pequeño, cuidar de que no se alejara el mayor hacia una honda quebrada cercana a la casa. También Rosa conversó con personas que pasaban y con su hijo mayor. Pese a estas interrupciones —y sabiendo, que por la

lejanía del lugar y las posibilidades de que la familia cambiara de vivienda, que sería imposible mantener otro contacto en el futuro— quedamos con la sensación de que Rosa nos había entregado lo medular de su historia y que enriquecía las hasta el momento recopiladas con una perspectiva que, sintiéndola fuertemente integrada a la vida de las mujeres de los trabajadores de la madera, ofrecía rasgos hasta el momento inéditos.

HISTORIA DE VIDA

ROSA

Curanilahue

Nosotros somos de Monteágüila. A mi papá le daban vale pa' un almacén y mi mamá lo despachaba. Entonces cuando mi papá iba a la casa traía las cosas que le faltaban a él; un kilo de arroz, azúcar, llevaba un tarrito con azúcar y tenía pa' la semana. Le daban el vale una vez al mes no más, porque si no ellos iban lo vendían y se tomaban toda la plata y la gente, la familia, se quedaban sin ninguna cosa, quedaba sin plata. Entre más se pedía, más se va encalillando.

¿Viviste en el pueblo hasta que te casaste?

Sí, estudié. Me fui a Angol a estudiar. Estuve dos años allá. Hasta primero medio, y de ahí me vine a Monteágüila. De ahí sola, me puse a trabajar, de asesora del hogar, no más.

Siempre en Monteágüila trabajé, un año ocho meses trabajando ahí. Me gustaba a mí, o sea, no quería irme por mi mamá: me pedía que no saliera afuera a trabajar. Soy la única hija y siempre ella me pedía que no me saliera lejos a trabajar y yo no quería salir, me acostumbré ahí.

¿Tu mamá trabajaba?

No, en la casa no más. Cuando mi papá llegaba del trabajo y estaba sus dos o tres días, ya ligerito ella decía que no se hallaba cuando estaba él, porque a él no le faltaba por qué regañar. Mi mamá decía: "No hallo la hora que te vas luego no más, déjame solita". El a mí nunca me dijo ninguna cosa... Como no pasaba nunca en la casa, cuando llegaba, no llegaba a pelear conmigo. Como él era de más edad, ya mi mamá lo convencía.

¿Los padres de tu marido eran de la misma zona?

Sí, también eran de Monteágula, también trabajaban en esto, en el bosque. Vivíamos al lado. Era más o menos igual, porque también el padre trabajaba afuera. La señora a veces también salía, estaba sus quince días o un mes con él y de ahí volvía. Tenían seis hijos, todos son hombres, sí. Así es que ella salía, más le gustaba andar con él. El estaba trabajando más lejos, en Santa Juana, y entonces ella salía con él y llegaban a veces al mes a ver los chiquillos. Había uno sólo no más que no estudiaba, entonces ése los cuidaba a los demás. Vivían cerca, porque antes vivían en otra población ellos. Cuando yo iba al colegio lo veía a él.

¿Tu mamá nunca salía?

No le gustaba, porque a ella le gustaba sembrar la huerta. Ya sembraba la cebolla, ajos, porotos; de todo sembraba un poquito. Cosechaba harta cebolla, sus quinientas. No tenía pa' qué estar comprando las cosas.

¿Y tú te casaste a qué edad?

De diecisiete años. Pololié con mi marido un año y ocho meses. Antes tuve dos pololos. Con mi marido lo conocí pa' una fiesta, pa' un 12 de octubre, en un baile. Lo conocía yo sí de antes, pero no éramos ni amigos. Esa noche —eran como las nueve de la noche— cuando se allegó al lado de nosotras; andaban dos. Y nos sacaron a bailar... y en la misma noche empezamos a pololear. El me pidió altiro pololeo. Después que empecé a pololear me veía arrepentida. No me gustaba así pa' pololear... No sé, como no lo conocía de antes yo, no sabía quién era, nada de eso.

Después que empecé a trabajar lo conocí a él, pelié con él, después tuve otro pololo y volví con él otra vez. Después que estuvimos un año ocho meses pololeando, me venía a Santiago a trabajar yo y lo esperé pa' decirle, pa' darle mi dirección, todo. Y él no quiso que fuera a trabajar. Me dijo que por qué no nos casábamos y para qué me iba a ir, si no iba a volver a él y él no me iba a perdonar nunca porque yo iba a conocer otro hombre. Fue una cosa tan repentina que de un día pa' otro nosotros nos casamos. No pasó ni una semana.

¿Tu mamá sabía del pololeo?

Estábamos con permiso, pero no sabía que nos íbamos a casar. Como a los dos días le dije yo y no creía. No le dije antes no sé por qué. Yo tenía miedo que me dijera que no o cualquier cosa y después cuando le fui a decir, fui con él, y no creía. Mi papá se echó a llorar. No me creía. Mi mamá me aconsejó, hartó me aconsejó que después me iba a arrepentir de haberme casado.

¿Y después no te arrepentiste?

No, porque me decía que era muy joven, que era mejor no estar casá... Y no.

El salió a trabajar solo y yo me quedé ahí en la casa no más. Estuve como un año sola. Después ya no quiso andar más solo, se aburrió. Tenía que hacerse la comía, todo solo. Estuvimos un año en Charrúa. El llegaba cada quince días, si no, una vez al mes. Después ya nos fuimos a la cordillera.

Cuando llegamos era una parte virgen, no había dentrado jamás gente... solamente caballos, mulas que andaba la gente. Ahí era una firma, Ralco parece que se llamaba, empezó a tirar dinamita hasta que empezó a abrir camino. Los de las máquinas iban haciendo, trabajando, rompiendo y nos íbamos instalando. El iba de clasificador, iba a clasificar solamente madera; era pura madera chilena, toda para exportar. Se echaba como dos horas, a cien y tantos kilómetros de Ralco, colinda con Argentina.

Ibamos como seis familias. Demoramos como cinco días en llegar allá. El camión no era muy grande, iba malo, y tuvimos que llevar todas las cosas.

¿Y tenías niños?

Yo tenía uno no más, el primero. Y nos fuimos para allá. El camión se echó a perder. Un día, alojamos a mitad de camino, durmiendo así no más, debajo del camión. Ya al otro día pusimos las cosas en otro camión y seguimos otra vez y se volvió a echar a perder. Jamás nunca habían andado vehículos pa' ese lado. Incluso el puente —habían hecho un puente de colgar—, ni los camiones se atrevían a pasar. Nosotros pasamos por ahí, fuimos los primeros que pasamos. Después allá tuvimos que instalarnos unos días pa' mientras que abrían.

Al ladito iba el río, Queuco creo que se llama. Así hasta que abrieron harto.

Los hombres trabajaban y nosotras hacíamos la comida. Cada una le hacía a su marido, al aire libre no más, no teníamos cama, nada. Era verano. Estaba rodeado por cordillera, así es que no corría ningún viento. En la tarde a veces se tiraba así una neblina y de un repente desaparecía. Después ya llegamos donde teníamos que instalarnos, ahí ya nos instalamos como dos años. Ahí se instaló el banco.

¿Las casas, cómo eran?

Eran buenas casas. De madera elaborada, madera buena, como se hace la casa, no era tabla de ésta. Tenía puertas, ventanas, con vidrio todo, era como un chalet. No ve que por la misma cuestión de la nieve tenían que ser buenas casas. Se vivía bien cómodo ahí.

¿Se podía volver a la ciudad?

No, no se podía. Solamente por el cajón y el cajón siempre cruzaba pa' lado y lado. El río subía mucho, se llevaba hasta los puentes que hacían. Al pueblo más cercano cinco horas se demoraba el camión. A pie no se podía.

¿Y las personas enfermas?

Iban de Ralco, de Santa Bárbara mandaban doctores a veces p' allá, pa' la misma parte donde estábamos nosotros se llamaba las Vegas de Chichintau, más allacito estaba Trapa, a esa parte iban los médicos a atender. Ya ejemplo, un día venía la ambulancia con los doctores, las enfermeras y decían: ya hoy día se atiende aquí, mañana en Trapa-Trapa. Ahí la gente ya salía, unos con otros se avisaban. Así que ahí nosotros a buscar la leche. Por el cajón tenía uno que pasar e ir al otro lado.

Había mapuches cerquitas, esos sembraban, trabajaban en el Mínimo, existía hartito el Mínimo por allá. No sé cómo era la cuestión de la gente ésta, que hacía sus cosas en la casa, iban, los presentaban adonde unos profesores que habían y después iban, al mes venía el alcalde y les pagaba, pero harta gente sí. En las casas hacían medias, de ésas que hacen, frazás, guantes y todo eso... Lo más que había era eso, ovejas.

¿Los mapuches trabajaban lo forestal?

No, los mapuches pura tierra, pura cuestión de agricultura. Nosotros no nos entendíamos. No ve que ellos no sé como hablan. Podían estarse riendo de uno y nosotros no nos dábamos cuenta. Ibamos a comprar verduras a las casas de ellos; relinda, cilantro sobre todo. Ellos nos entendían a nosotros al tiro nos invitaban a tomar mate, eran cariñosos. Nosotros más que nada le teníamos miedo a la gente esa, porque los hombres andaban con unos menchos cuchillos. Era porque andaba el león que usaban eso. Hasta los niños más chicos con cuchillo y con su lazo a la cintura. Nos daba miedo ir donde ellos. Había una señora que hacía cuestión de brujería. Nosotros conversábamos unas con otras y nos metíamos miedo sola. ¡Qué! Si na' que ver, igual que uno no más la gente.

Hacían guillatunes, eso que llamaban cuando querían que lloviera. Nosotros nunca fuimos, nos invitaban. Sentíamos la sonajera de tarros no más, sentíamos cuando bailaban, cerquita, en un cerrito. En la noche hacen eso. Así que la gente tampoco tenía tiempo como pa' ir porque había que amanecer y al otro día tenían que trabajar los hombres. Decían que había machis que curaban las enfermedades, adivinaban todo lo que tenían.

Habían baños medicinales, unas aguas calentitas, venían de la punta de la cordillera. Había una casita y como una batea, larga, y tenían un tubo que le habían arreglado y caía el chorrito del agua caliente adentro de la batea. Una vez que ya estaba el camino empezaron a llegar hartos turistas. Porque hay partes lindas, vegas lindas; con carpas, jeeps, citroen, todo eso llegaba. El que quería llegaba no más y nadie cobraba. Nosotros íbamos casi todos los domingos a bañarnos ahí, hombre y mujeres. Después que nos salíamos, íbamos a jugar con la agüita.

¿Había cosas silvestres para la comida?

El changle había, uno que sale de la raíz de los árboles, encimita. Son como deditos; es de color amarillito, otras veces rosado. Los utiliza como carne uno, son ricos. Estaba también uno que se llama loyo del porte de este melón. Se comían cocidos. Estaban los lleuques, igual que una ciruela. Había conejos, liebres. La gente de allá no se los comía, los cazaban sí, los ensartaban en un palo, no sé pa' qué sería. Nosotros harto comíamos. Un caballero que había ahí armaba huachis, se cazaba sus diez, hasta quince conejos en un ratito.

De ahí nos llevaban la pulpería pa' Los Angeles, todos los meses: la harina, la azúcar, fideos, todo. La fruta sí, la sandía, el melón, en el tiempo ese nos llevaban. La carne no teníamos problemas porque allá habían corderos, gallinas, todo eso podía criar, chanchos también. Yo criaba harto chanco. De Yungay llevé una chancha parida como con cinco chanchos. Embarcados también los chanchitos, con toda la gente; un buen cajón y todos los chanchitos... todo pa' la casa, la pura familia no más.

¿El bosque nativo es muy diferente al bosque de aquí?

Sí, muy diferente, sobre todo la madera, es gruesa. Ejemplo, allá en el bosque estaba el coigüe, el raulí, el roble, el quillay, el lleuque: todo lo explotaban. Hay un tiempo que se puede explotar. No se puede voltear en cualquier tiempo. Si la voltean en otro tiempo, se parte por la mitad y ahí no se aprovecha nada. Nosotros llegamos allá en septiembre y ahí trabajamos hasta noviembre. Después puramente aserrar la misma madera que ya estaba volteada. Un esquíes la sacaba de allá en trozos y la llevaba al banco. En el banco le hacían su trabajo, en tabla, en tablones, en cuartones... le sacaban varias dimensiones de madera y allí había que clasificar, sacar la primera, la segunda, la tercera. Así, ahí como la van aserrando, van saliendo artiro los camiones con madera.

¿La gente se conocía de antes?

Con la misma gente que había andado él antes nos fuimos, nos juntamos todos ahí en Charrúa y de ahí nos fuimos todos pa' allá.

Tú no conocías a la gente pero tu marido sí.

El sí, pero después uno se hace artiro, en el mismo cambio se hace conocido. Hice bien buenas amigas y quedaron allá muchas.

Le tuvimos miedo al invierno que estaba nevando mucho. Menos mal que el patrón mandó un helicóptero. Tres familias nos vinimos; habíamos quedado aislados sin poder comprar nada.

De ahí nos vinimos a Los Angeles. Estuvimos viviendo en una quinta que tenía el patrón, como cuatro meses. Nos andaba buscando el mismo patrón con que estamos ahora, lo fue a buscar allá, nos vinimos artiro. En Yungay habían como cincuenta familias, era grande la cuestión. Llegamos en pleno invierno.

Trabajan invierno y verano igual. Ahí había más motosierras, cada cuadrilla tenía su jefe. Me gustaba porque no era tan lluvioso todo, o sea, no se sentía barro. No había problemas con el agua tampoco, los niños no se ensuciaban nada, así como iba lloviendo la arena iba filtrando el agua.

Eran malas las casas ahí; tuvieron que hacerlas. Ahí daban un poquito de madera y teníamos que ver cómo podíamos hacerlas. Que, ejemplo, una piececita, una cocina a medio hacer. A mí nunca me ha gustado tener el dormitorio y la cocina pegado, porque el humo dentra todo.

Cuando me vine de la cordillera me vine embarazá del más chiquito. Llegamos y aquí lo tuve. En Yungay estuvimos como tres meses, porque ahí había poquita madera, era muy malo el bosque, muy delgá la mata. Tenían que hacer una cantidad de diez mil metros y el bosque no era capaz de hacerlo. Así que nos cambiamos. También era virgen el bosque.

¿Aquí cuándo llegaron?

Llegamos el año antepasado, en agosto, el año 81. Llegamos adentro, al otro campamento. Los Corrales le llaman a esa parte. Me parece que todo esto es fundo, el mismo fundo, Curahuillín. Tampoco nos tenían casa. Nosotros mismos la hicimos. No había camino p' adentro. La máquina, un bulldog que anda, ese hizo camino. Adentro artiro: nosotros en un camión, las cosas arriba. Llegamos diez familias, los mismos de Yungay, todos amigos. La primera noche hicimos un campamento largo no más, el puro nylon arriba, todas las camas ahí a un solo nivel; parecíamos chanchitos, todos apilados. Cocinábamos todas juntas. Dos días echaron los hombres en hacer las casas, cada marido hace su casa. En ese campamento estuvimos un año.

Este bosque me parece que es de Madesal y Madesal se lo vendió al patrón.

¿Cuando llegaron había trabajadores de Madesal?

Sí, había unos pocos. Incluso hacían clases de una escuela: pusimos artiro los niños a la escuela. Deben haber habido unas veinte familias, hacía como seis o ocho meses que estaban parados. Los cortaron de un repente y tuvieron que pagarles un año parece, no tenían dónde irse, no les ponían camión pa' irse. Entonces el patrón nuestro habló con el dueño de aquí, de Madesal, que por favor les prestaran unas casas pa' mientras, porque había llegado el invierno. Así que nos pasaron éstas, y todavía estamos aquí.

El año pasado nosotros nos fuimos porque mi marido tuvo un disgusto con el patrón. Le llevaban mal la cuenta de los metros. Mi marido se fue con toda su cuadrilla que tenía aquí. El entregó su trabajo y nadie más se quiso quedar, se fueron todos con él, que ahí mi marido estaba como contratista, no estaba de jefe de cuadrilla no más. El patrón nos fue a buscar... no alcanzamos a estar ni quince días afuera. El tenía dos motosierristas y diez hacheros. Y ahora último

le faltaba otra cuadrilla aquí al patrón y le dijo que él se hiciera cargo, así que él tuvo que ir, trajo diez más, dos motosierristas y ocho hacheros.

¿Así que tu marido manda en todo el bosque?

El jefe de terreno viene a mirar y se va artiro. O sea que él es jefe pa' que los camiones y las máquinas anden en orden, no anden perdiendo tiempo. El patrón ahora mismo anda aquí, es buen patrón. La madera la exporta, tiene un pedido a China ahora de treinta mil metros. De ahí tiene un pedido de cuarenta y cinco mil metros a Corea. Cuando nosotros nos fuimos a Dichato, allá nos conoció este caballero, hace como cinco años atrás.

Los trabajos estos duran poquito, ejemplo, aquí, milagro de Dios que ha durado tanto porque creo que son por cinco años y siempre el patrón tiene bosques pa'l invierno y bosques pa'l verano. No pierde tiempo.

De Dichato a doce kilómetros para adentro se llamaba Pudá, ahí estuvimos, también era campamento; eran como seis viviendas. De primera no me hallaba, extrañaba mucho porque ¡puro bosque no más! Pero eso sí que habían partes que se veía la mar ¡linda la parte! la playa, todo eso se veía de adonde estábamos en un alto. De ahí estuvimos en Coelemu, por el lado de Nueva Aldea. Los mismos trabajos; mi marido tiene que llevar como doce años ya. Después que murió el papá ya empezó solo, porque el papá también murió en esta misma firma, en un accidente. Resulta que mi suegro trabajaba con mi marido; mi marido era motosierrista del bosque y mi suegro de la cancha. Fue cuando estuvimos en Yungay, ahí falleció. Cuando pagaron, toda la gente se vino en la misma carga donde traían la madera, sobre la carga. Había unos caminos con curvas y el choferista este venía rápido y se le cayó la carga. Fueron dos las personas perjudicadas, una que murió y el otro quedó accidentado. Mi suegro se cayó con el salto y se pegó contra un pino en la espalda, se le reventaron los pulmones. Pero nosotros no pensamos que se iba a morir. Se murió camino al hospital. Van a hacer tres años que murió y ahí él siguió solo. No quería trabajar más en ese trabajo porque ya tanto tiempo juntos los dos, se llevaban bien la combinación. Pero el mismo patrón, los jefes, le empezaron a dar ánimo.

¿Acá les traen pulpería?

No, ahora nosotros compramos, todos los meses vamos a Curanilahue, a veces a Concepción. De ahí nos vamos a pie; cuando hay camión nos vamos en camión, pero es muy raro... la mayoría del tiempo nos toca irnos de a pie, una hora y media y de ahí tomamos micro. Y de allá nos venimos en taxi aquí.

¿Das pensión?

Sí, cuatro comidas. Se mortifica mucho uno; sobre todo en el invierno, porque ahí el pan, la leña, todo eso. El pan lo cozo afuera yo, junto palos, mucha leña y

hay brasas y ahí lo cuezo, todos los días. Lo hago en la mañana temprano, veinte panes, tres hornadas. Con la misma plata de la pensión, come uno y su marido y sus hijos. El sueldo de él queda libre.

¿Los niñitos nacieron en el campamento o en el hospital?

En el hospital los dos. De la última guagua tuve todo el día, o sea, toda la noche y todo el día, pero no quería decirle a mi marido pa' que trabajara bien hasta cuando ya terminara de trabajar en la tarde. Tenía gente también, pensionistas, así que le dejé todo hecho, la cena, todo, y después me fui al hospital. Andaba el jeep p' adentro y pa' fuera así que no había problema. No alcanzó a ser un cuarto de hora y tuve artiro la guagua. Del Alejandro también, ahí estaba en el campo sí y costó hartito pa' que llegara la ambulancia. Nosotros ahí estábamos en Copiulem, de Chaimávida para allá, cerca de Concepción. Era lluviosa esa parte, había hartito barro, no podíamos salir.

¿Te parece mejor estar con el marido o quedarse en la población?

A mí que es mejor la vida con el marido en el campo, porque el marido, ahora en esta misma situación que estamos ahora, hay maridos que ganan el mínimo, son cinco mil cuatrocientos me parece. Ya que paguen pensión, tres mil pesos y ¿que con qué quedan? Al final de cuentas que mantienen dos casas, porque la mujer, los hijos y el también tiene que mantenerse. Así que mejor la plata que van a gastar allá, mejor se la comen todos juntos y les queda pa' vestirse, no tan bien, pero por lo menos se compren algo. Por eso a nosotros nos gusta andar aquí, es mejor andar juntos porque, los hijos también cómo que se crían... no los quieren a los papás así ¿no ve que no los ven nunca? Y además que el hombre también se pone más borracho, desperdicia más la plata.

¿Aquí en el campamento hay problemas con el trago?

No, aquí no, cuando salen al pueblo, una vez al mes, se escapan los viejos. Mi marido, por lo menos, sale todos los meses; salimos, compramos las cosas. Claro, se toma unos traguitos, pero no se cura y llega aquí y se cura, aquí en la casa se cura. Vienen los amigos y ya se ponen a tomarse unos tragos. Pero de curao así tan exceso de curao no, picucho no más los viejos.

¿Las mujeres no toman?

No, que le sacan la mugre a patás los maridos. No, nosotras no tomamos, puras bebidas no más. A veces cuando hacemos ponche sí, nos tomamos una copita, o algunas piscoles a veces, pa' las fiestas no más. La otra señora de aquí al lado, nos juntamos, ya compramos un cordero, harta bebida, vino, y vamos al río y ahí lo pasamos todos juntos.

¿Las señoras se juntan?

Para las puras fiestas no más, de reunirnos todas a un tiempo no, muy raras veces, porque aquí hay señoras que son evangélicas, a ellas no les gustan las fiestas. Ellos tienen que aburrirse con nosotros ¿no ve que nosotros les metemos boche? Cuando ya nos ven que venimos con las botellas no quieren nadita las mujeres: “no pueden andar sin la mamadera ustedes” —dicen—. “Lo que se pierden ustedes, no saben lo que es bueno” decimos nosotros. Ellos siempre pa’ los pagos sí, hacen reunión, vienen de Lebu. Lo pasan rebién ellos también, van a la iglesia, güena la iglesia, forrá y todo adentro. Cuando vienen de la posta, ahí nos atienden, adentro de la iglesia.

¿La televisión la compraron hace mucho?

Esa sí, tiene como cinco años. Los domingos viene toda la gente casi, la sacamos p’ afuera nosotros. Y el fin de semana los que vienen ahí, todos los solteros —son casi todos casados pero les llaman los solteros porque están solos— y ya vienen a mirar en la noche. Los domingos vienen los otros caballeros, que son evangélicos, cuando dan así una película buena, ahí seguro que los maridos les meterán boche a las señoras pa’ que vengan. Todas las noches la primera película sí, después nos vamos a acostar. Mi marido come con los pensionistas, yo como al último con los chiquillos. Y ahí ven tele también.

A mí me gusta “Rojo Verano” y “Una mujer marcada”. Me gusta ver las películas cuando estoy tranquila, pero si estoy sirviendo y está prendida la tele yo tengo que estar pendiente atendiéndolos y no le tomo asunto a la película. Así es que espero que la primera película termine y la segunda sí que la veo.

Al hombre le gustan las películas de cow-boys, de pistoleros, ojalá de policías para que tengan harta acción. Y nos les gustan las novelas, dicen: “miren las leseras que les gustan”, A ellos no les gustan las noticias, a mí sí, a mí me gustan las noticias, me gustan todas las cosas pa’ saber, pa’ estar informada. No escuchar pura música o puras películas.

¿Cuando vas al pueblo te dan ganas de quedarte allá?

No, no me hallo. Más de un día no puedo estar en el pueblo. Ando intranquila, no sé, me molesta el ruido, todo. No hallo la hora de llegar al campo otra vez. Yo cuando voy a pasear a Monteáguila ando intranquila allá. No puedo... Cuando nosotros nos fuimos de aquí el año pasado, en marzo, a mí me daban ganas de llorar, una desesperación que me daba allá, no podía estar tranquila. No sé por qué sería, la calor me molestaba, todo, todas las cosas me molestaban. No sé, no me hallo. Si incluso la guagua se portaba mal allá, lloraba. Y me molestaba por ser el viento, el aire tibio que corre allá.

¿La escuela dejó de funcionar?

Sí, se fue. Habían muy pocos niños y despidieron al profesor. Ahora estamos hablando con el alcalde de Curanilahue porque hay un total de veinticinco,

entonces según la cantidad pueden mandar profesor. Y como ahí está todo: las mesas, las sillas... Incluso pueden aquí en la firma dar la pensión al profesor, y si es de Curanilahue lo van a dejar todos los días en la tarde.

¿Aquí hay Centro de Madres?

No, ni se conocen por estos lados. Una vez, cuando estábamos en Yungay, pasaron inscribiendo, pero nosotros no quisimos porque no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar ahí.

¿Y sindicatos tampoco?

Tampoco, aquí no. Una vez se quiso formar un sindicato y los cortaron artiro a la gente que quiso formar el sindicato.

¿No hay nada en el bosque para comer?

No, aquí no anda conejo. Aquí lo que sale es puro maqui. No quisimos sembrar nada porque no sabíamos cuándo nos iban a sacar. Nosotros siempre, cuando hemos andado y sabemos que nos vamos a quedar, por ejemplo un año o unos varios meses, ya artiro lo primero el cilantro, cebollas, porotos también, pa'l puro consumo.

¿Tienes animales acá ahora?

Ahora tengo puras gallinas. Los chanchitos los eliminé todos porque me comían los pollos. Tengo seis gallinas y doce pollos. Recogía seis huevitos todos los días, pero ahora tengo las gallinas todas echás, están por sacar pollitos ya. Me van a traer un chanchito, sí, encargué dos chanchitos chicos. No me gusta desarmarme de esos animales porque los compra uno y aquí no gastan mucho, porque aquí las mismas cáscaras, las papas, que el resto de comida, todo eso uno lo junta y les da y compra una bolsa con harinilla, tiene pa' dos meses. Y todos los días no les da harinilla porque si no se acostumbran y no comen na' pasto. No se echa a perder la carne de chanco en el invierno, uno la puede tener sequita la carne ahí, oreaita y no se echa a perder. Pero en este tiempo dura dos, tres días, así que yo la charqueo, lo que es hueso la cazuela al último y la otra la hago longaniza.

¿Haces café de campo?

En el verano compro, no hago café; en el invierno sí, es café de trigo. El café se prepara y se hace hervir y da harto color, queda mejor de un día pa' otro, tiñe más.

¿Cómo aprendiste sobre huerta?

Nosotros cuando chicos le ayudábamos a mi mamá a hacer la huerta, y a regar o a planchar, todo eso.

¿Y en alguno de esos campamentos has hecho huerta?
Sí, nosotros siempre cuando hemos andado y sabemos que nos vamos a quedar por ejemplo un año o unos varios meses ya artiro hacemos.

¿Y qué dicen los hombres sobre el trabajo forestal?
Dicen que está malo el trabajo.

¿Por qué?
Resulta que anda mucha gente que busca trabajo, entonces los patrones se estiran más, o sea que les pagan menos. Porque entre más gente que anda cesante, buscando, les pagan menos, porque hay más gente. Y si hubiera más trabajo y poca gente andarían mejor pagados ellos, pero es mucha la gente que hay.

¿Esto de ser más especializado en el trabajo hace que se sientan diferentes?

No, aquí casi todos iguales. Nadie se mira diferente. Mi marido es así porque dice que si fuéramos aquí uno más que otro no andarían aquí todos. Sí hay diferencias, porque un hachero gana según los metros que entregue, porque el motosierrista y el hachero tienen otro precio. Si trabaja con moto propia gana más. Ahora el mismo patrón le trajo dos motosierras, se las vendió; pero él tiene otra moto más. No se las descuentan todas de un viaje. A mi marido la última moto que le trajeron le llegó a cincuenta y cuatro mil pesos; así que son catorce mil pesos de descuento, juera la bencina que tiene que pagar, las cadenas, todo eso.

¿El trabajo con motosierra es peligroso?
Sí, es peligroso, porque en cualquier nada, no ve que andan arriba de la ruma, de los palos, trozándolos; ya se resfala, se le corta la cadenilla, le pega un chicotazo... o a veces la máquina ya los pasa a llevar. Casco y guantes les han dado; no les han dado zapato de seguridad, nada, en el invierno les dan ropa de agua.

Y de todas las partes donde has estado, ¿qué te ha gustado más?
En las cordilleras... ¡Tan lindas las cordilleras! Cuando nevaba ¡se veía lindo cuando estaba nevado! O sea que como yo no conocía ya esta parte así, yo no lo había visto, jamás había estado yo en las cordilleras.

¿Acá hacen paseos?
A la playa vamos nosotros, a veces sí, muy raras las veces. Cuando hay algún camión así, viene el mismo caballero que trajo las sandías, bien paleta ese caballero. "Ya —dice él— el domingo no trabajo yo —porque él no pertenece a la firma, él es particular— y vamos a la playa pues". El prefiere perder la carga a ir a la playa con nosotros.

¿Hay problemas entre la gente?

A veces. Aquí había una señora que era bien buena pa' pelear. Cuando peleaban los niños ella artiro empezaba así a echar palabrazos y ya a veces casi se agarraban del moño. Pero ya esa señora no está, así que no hay problemas.

¿Y entre los hombres?

No, ellos no, todo el tiempo unidos. Los días domingos no tiene qué hacer en la tarde, ya vamos al río, o si no se ponen ellos a jugar al naipe afuera, ahí se entretienen toda la tarde.

¿Las mujeres no juegan naipe?

No, nosotras no. A veces yo, cuando están algunos chiquillos que son más de confianza que otros, ya nos ponemos a jugar. Había otra señora que vivía aquí al ladito, venía y jugábamos al naipe aquí. Nosotras dos mujeres y dos hombres. O si no, la brisca o al lago. A veces jugábamos al dominó también. A todo le hacemos cuando tenemos tiempo.

¿Cómo es cuando los hombres no salen a trabajar?

Molestan los hombres cuando están mucho en la casa. Aburren, porque ya quieren a cada rato pasárselo comiendo, o si no que les molesta el humo. A mí me aburren ligerito cuando están los hombre aquí. Además y les digo: "¿por qué no se van p' afuera unos pocos? Que se desocupe la cocina". Porque uno anda no sé cómo haciendo las cosas. Cuando llueve, ahí ya entran todos pa' dentro.

¿Son cooperadores los hombres acá?

Cuando les da la agilidad traen ellos la leña, si no la vamos a buscar nosotras. Habiendo leña, ellos empiezan artiro a acarrear, los juntan ahí afuera los palos. El troza la leña, la pica, todo eso. O si no hay agua. A veces estoy lavando y él me ayuda a enjuagar: "no te vayas a acostumbrar no más —me dice— mira que yo no estoy todos los días aquí". Tenemos pozo allá abajo; está cerquita. Es clarita el agua de pozo.

¿Están en conversaciones por la escuela?

Sí, nosotros le hablamos al jefe y él se comunica allá con el alcalde. Nosotros no, porque a veces las señoras se ponen medio desunidas, que anda tú, que ella no puede ir porque no tengo tiempo. Entonces ya una no quiere ir sola porque uno dice ¿cómo voy a ir yo sola no más? le da cosa de ir sola. Eso es lo que queríamos nosotros, porque ya va a llegar el tiempo de las clases otra vez y no vamos a tener ninguna cosa. Este mismo ya está perdiendo un año ya, tiene seis años. Yo le enseño. Le tengo cuaderno, lápiz. Ya lo hago escribir rayitas, que en uno ya sabe contar, conoce las letras. Con los niños no me aburro, en la tarde,

en la noche, le empiezo a enseñar a éste, los domingos así, pero este tiempo he estado floja, no le he enseñado mucho.

¿Las señoras les enseñan a los hijos?

No, no les enseñan, no se preocupan. Los cabros grandes no saben nada. Allí mismo hay unos que tienen como doce años, no saben leer ni escribir la o. No se preocupó de comprarle un cuaderno ni pa' que hagan rayas los cabros.

¿En el futuro te gustaría instalarte en el pueblo?

Sí, pienso yo, si Dios quiere este año. Porque nosotros no tenemos casa, ni sitio. Y queremos. Nosotros estamos ahorrando una platita pa' comprar una. Yo quiero en Monteáguila, poque ahí esta la familia de uno, por lo menos al lado de mi mamá, que es lo único que me va quedando: mi mamá y mi papá. No me gustaría tener que quedarme sola, pero ¿cómo le voy a darle estudio a él? Tengo que quedarme. A mí no me gustaría —le digo yo a mi marido— quedarme, no me voy a hallar ahora. En el campo parece que uno consume menos las cosas, porque en el pueblo los cabros, las golosinas, todo eso. Y en el campo no... ya compra sus cosas pa'l mes y tiene que tenerlas pa'l mes. Pero voy a tener que quedarme por fuerza.

¿Y te acostumbrarás sola sin tu marido?

No sé. Yo creo que es difícil acostumbrarse, porque yo de primera no me hallaba, y estaba recién casá. Pero después se acostumbra uno artiro sí, a estar sola, lejos del marido. A mi suegra como que le molestaba cuando llegaba el marido a la casa. Pero cuando está joven una, no creo que se aburra. Sí, porque una misma aquí está acostumbrá, ya conoce a la gente. Porque hay firmas que están los puros hombres... O los maridos a veces le conversan a uno: "ya fíjate que hay tal familia allá ahora". Entonces uno le empieza a decir: "cuidadito con eso no más", y entonces ya le da celo a uno. Pero no conversando así esas cosas ¿pa' qué va a conversar esos temas? Yo creo que no le daría celo. Pero es que uno, a mí misma, mi marido me dice: "si tenemos una casa, tú, todo el tiempo, cuando salga el Alejandro del colegio te vienes p' acá... y el invierno ya te vas p' allá y así". Porque uno después se acostumbra también en el pueblo. Ahora yo no me hallo en el pueblo, pero voy a tener queirme igual no más.

¿Y si ponen escuela aquí?

Ahí no me voy, sí, prefiero ponerlo aquí en el campo.

¿Tienes pocos niños porque quieres?

Sí, porque quiero tener pocos, tengo tratamiento. Yo lo quise tener, si no habría tenido uno solo. Yo quería una mujercita y le dije a mi marido: "voy a ir al hospital a sacar el tratamiento y a tener una mujercita". Y estábamos los

dos de acuerdo. Quedé embarazá y fue hombre y ahora me dice él: "vas a tener que tener otra guagua más, porque tiene que salir la mujercita". Yo le digo que no, porque si seguimos así vamos a completar la docena y no va a salir ninguna mujer. Tres me gustan, a lo que esté la guagua grande, que tenga unos tres o cuatro años... Yo, cuando quedé embarazá, éste tenía cuatro años. Así que es una fecha buena, porque no tiene na' que andar con dos críos. Así que todavía tengo un tiempito.

¿Te gustaría que fueran forestales como el papá?

No, me gustaría que trabajaran en estos trabajos, pero que no sean así como obreros. Que tuvieran un trabajo más decente, más liviano, por ejemplo, me gustaría que fueran secretarios, algo así; no anduvieran debajo de los pinos todo el tiempo. Es que no quiero que sean como ellos, porque al final la gente —pa' mi modo de ver— que mueren todos aplastados por los árboles. Aquí no pasa un año que no muere alguien, yo le digo a mi marido a veces: "¿no tendrás pacto con el diablo?" Sí, porque ¿cómo aquí todos los años muere uno y a él no le pasa ninguna cosa? También a veces toman el día antes, o a veces dos días, y después andan con su botellita pa'l trabajo; pero eso ya es raro. Siempre pasan accidentes aquí, el trago, a veces el descuido, la mala suerte.

¿Y a ti te gustaría trabajar?

Ahora ya no, ¿en qué voy a trabajar?

¿Acá les dan leche?

Sí, vienen aquí mismo a entregar la leche. Yo mandé una carta al hospital mandando pedir que nos vinieran a atender aquí porque no se podía salir p' afuera. En el invierno por lo menos no se podía. Yo mandé una lista de todos los niños, la edad y los nombres. O sea, mandé a preguntar primero y me mandaron a decir que hiciera una lista y si era de dieciocho niños p' arriba ellos venían. Junté como veinticinco, hablé aquí y allá, y mandé altiro la carta. Al mismo mes vinieron a atendernos. De cuando nacen hasta cuatro años, tres kilos les dan al mes. Y viene el doctor p' arriba, viene todos los meses, trae de todo, pa' tomar la presión, vacunar a los niños, inyecciones.

¿Y ahí los hombres se toman el día libre?

No. Es que ellos no sabían que iba a venir el doctor. Los hombres estaban todos trabajando cuando vinieron.

¿Y no tienen algún sistema para comunicarse?

Sí, radio no más, pero el jefe la anda trayendo. Aquí se comunica por intermedio de los camiones, porque si algo les falta a ellos o algo ocurre hay camiones. Uno va y les avisa, parten altiro con el camión pa' fuera, y ahí ya está la

micro, si hay algún accidente, cualquiera cosa. Hay una camioneta y un jeep aquí, así es que uno de los dos tiene que ir.

¿Que leche les traen?

Hasta los dos años les dan Purita y después les dan un alimento y si los hallan bajos de peso les dan arroz. A mí me hallaron baja de peso, a mí me dan arroz y leche, pa' que tome leche con arroz. Yo me hallo que estoy baja de peso porque yo antes era más gorda y dicen que estoy baja de peso porque le doy mucho pecho a la guagua. Al primero le di tres años y a este ahora ya tiene un año tres meses. Les doy hartó. Me dicen que tengo que quitarle el pecho, porque está muy débil. Le hago leche con chocolate que les compro pa' darle a los dos. Le hago cien gramos de mamadera, se la toma toda, y antes de las doce le doy otro poquito más, y después ya a las doce las comida, y el pecho, que anda a cada rato. Y siempre me la hallaron baja de peso, bueno, hartó gordo era, se extrañaron artiro, adelgazó porque le dio diarrea. Les dije yo y ahí me llevaron altiro al hospital y busqué remedio y le hice manzanilla.

Yo cualquier que ande enfermo aquí altiro le hago remedio: manzanilla, poleo, menta, boldo, huella pa' la fiebre, natre, todo eso... me vienen a conseguir y les mando altiro.

¿Y dónde aprendiste eso?

Mi mamá... cualquier hierbita, si anda por el campo y ve, ya dice: "esto sirve" y lo arranca, lo seca y lo guarda adentro de una bolsita nylon.

¿Por acá hay alguna señora que santigüe?

Sí, ahí la señora del otro lado. Yo a los míos no los he santiguado nunca. Yo he visto niñitos que se les secan los ojos; los llevan altiro y se lo quitan. A estos de chiquitos mi mamá les hizo un secreto, no sé qué cosa. Mi mamá también sabe santiguar, sabe componer también, todo eso.

¿Crees que eso tiene que ver con la religión?

Es como una idolatría, pa' mí que es algo así, que tienen fe. No sé qué harán ¿rezarán? Mi mamá es evangélica, ella santigua, y yo le digo: "¿cómo le dice?" No, me dice, tú no vas a aprender; porque sabe que aunque supiera yo no santi-guaría, me da cosa santiguar, tantas cosas que les hacen a los cabritos en la cara, les pasan la lengua por la frente y si está salada está ojeada la guagua, altiro lo persignan, ¿qué cosa les dirán?

¿Crees que los forestales y las señoras tienen creencias especiales de los bosques, la mala suerte, el trabajo?

Cuando se quiebra un espejo dicen "mala suerte", o "algo va a pasar en el trabajo"; o cuando sueñan algo después dicen "esto va a pasar". Son co-

sas de ellos no más, que se les ponen, yo hallo que esas cuestiones son creencias antiguas.

Las señoras evangélicas oran no más, que no vayan a tener algún accidente, que Dios le tapó el corazón al patrón y no se vaya a poner malo, todas esas cosas, pedirle a Dios que no llueva, porque si llueve no van a poder trabajar, todo eso decía la abuelita, una viejita. Me decía, nada le cuesta a uno de rodillas orar a Dios y pedirle.

¿Crees en esos rezos?

Sí, en Dios sí creo, pero es que cuando está de llover tiene que llover no más, porque en el invierno, aunque oren que no llueva, tiene que llover porque estamos en el invierno.

¿Acá se habla de ánimas, de espíritus?

De entierros hablan los viejos, ellos se acuerdan de por ahí donde han andado. Dicen que en la noche de San Juan sale la flor en la higuera y que la persona que se atreva a ir a tomar la flor es rica. Dicen que hay personas que han ido a tomarla y qué ¡tienen que sacarlos a los viejos en brazos porque no son capaces ni de caminar! Que se le aparece una serpiente que los va a morder y no son capaces de tomarla adonde los está amenazando, y hay veces que aparecen monas desnudas, mujeres piluchitas que se ríen y les sale fuego por la boca, entonces la gente no es capaz y tiene que devolverse mejor.

Y los entierros dicen que son de oro, de joyas que aparecen a veces en la noche. Un caballero contó una vez que él iba caminando y ve en una parte: fuego dice, hartas brasitas, y cuando vio eso dijo: “bah, ha habido gente aquí calentándose, me voy a ir a calentar” y se acercó, pero el caballero no se le ocurrió que dicen que sacándose una prenda del cuerpo y la deja ahí, al otro día puede ir de día y hallar algo; pero si no deja nada, al otro día aunque vaya no pilla ni los rastros. Siempre los viejós hablan de eso y después no se atreven ni a salir p’ afuera de la puerta, de noche.

¿De qué presidentes han oído hablar?

Allende, Frei y Alessandri. Me gustaba Allende. Yo estaba estudiando, en el colegio, cuando pasó. Nosotras justo el Once teníamos un acto y unas profesoras empezaron a copuchar “murió Allende”; y ya de repente: “niñitas, tomen su bolso y se van inmediatamente para la casa, sin volverse para ningún lado”. Después ya no podíamos salir porque andaban patrullando en las calles, allanando las casas, todas esas cosas, a las mujeres les rajaban los pantalones.

¿Tú eso lo viste?

Sí, porque me acuerdo que mi papá me dijo: “vas a ir a comprar y ponte vestido, no vas a salir con pantalones porque andan los milicos rajándoles los

pantalones a las mujeres". "Cosas no más —le dije— yo voy a ir con pantalones". Y cuando iba a llegar a la plaza —pero era de abusivos los milicos que hacían eso— llegaban con una cuestión, les tomaban aquí les rajaban para abajo y por el lado también. Cuando vi eso arranqué altiro; y no salir más pa'l centro tampoco. Me daba miedo si hacían alguna cosa los milicos. Es una historia linda esa cuando murió Allende, tantas cosas que pasaron, susto sobre todo, pero era más gente que le ponían cuando murió, que iban a hacer una cosa, que iba a pasar otra, y al último no pasó nada...

¿Cómo te parece que anda el país?

¿Del gobierno...? Ahora hallo que anda mejor que antes, no hay tanto desorden pa' mi ver. Antes había harta gente cesante, había peleas, guerrilleros peleaban por cualquier cosa, no hacían caso a nada. Y ahora parece que está más ordenado.

ROSA O LOS RASGOS DE LA MODERNIDAD

No fue difícil definir la singularidad del discurso de Rosa: es el que narra normas, valoraciones y conductas de una mujer moderna, entendiendo modernidad, para el caso, como la asimilación de rasgos y prácticas que claramente disminuyen la situación de sometimiento de la mujer y configuran una identidad con mayores grados de autonomía, de planificación, de decisión y de influencia en el plano donde desarrolla sus actividades de reproducción de la vida material de la familia, y aun en áreas exteriores, aunque con menor medida.

Esta matriz moderna de la personalidad de Rosa, se refleja en la infrecuente presencia de un proyecto de vida a toda vista realizable. Parte de éste, por el que la familia se proyecta hacia el futuro, se refiere a la escolaridad de los niños, como forma de desprender a los dos hijos varones de la ruda experiencia de trabajo y de vida del obrero forestal. La escolaridad, si bien no es considerada como vía de ascenso social, es vista como puerta de escape, como el resquicio único para eludir la herencia forzada que hace forestales a los hijos de los forestales desde antes de entrar en el período que nosotras llamamos adolescencia.

Otro aspecto del proyecto consiste en cumplir con el universal anhelo del sitio propio donde vivir pero, esta vez, el deseo va acompañado de una explícita planificación del trabajo y el gasto, generadores del ahorro necesario.

Las calamidades propias de la vida de la familia forestal —el deambular continuo, la pérdida o ausencia de los elementos necesarios para la vida diaria, la desarticulación de la familia, el trago y la violencia— no sólo figuran en su cotidianidad, sino que parece haber una estrategia adecuada para evitarlos. Rosa aparece entonces, no sólo como una mujer que no sufre los conflictos habituales de la

familia forestal sino, además, como una mujer cuyo futuro va siendo construido por sus propias manos.

Sin embargo, las peculiaridades en el ámbito de los valores que defiende y las conductas por las cuales los practica, no contraponen ni aíslan a Rosa del grupo con el que vive, ni desencadenan juicios negativos hacia los otros.

El elemento de contraste —entre yo y los otros y, particularmente, las otras— no parece un mecanismo que le sea necesario para definir su identidad. La trama de oposiciones —fuertemente teñida por la vertiente moral— por la que las mujeres forestales construyen la imagen de sí, está ausente en su discurso que fluye y se afirma desde sí misma.

Proyecto y discurso son coherentes: de las lamentaciones habituales sobre el destino de los forestales, pasamos a una afirmación en que los hechos no están prefijados o determinados por la situación, sino por la voluntad de imaginar y crear el futuro.

Si el discurso es infrecuente dentro de nuestras diez historias de vida, no es sin embargo casual. De entre todas, Rosa es la mujer con más alta escolaridad —la única que llegó al ciclo secundario— y está entre las más jóvenes. Su infancia y vida escolar transcurren durante el período de gobierno de la Democracia Cristiana, que imprime, a través de sus contenidos ideológicos, una vertiente moderna en la concepción de la pareja y la familia, la educación, la planificación habitacional y la seguridad social que se masificó desde el Estado a través de los medios de comunicación y de sus agentes.

Es en esta perspectiva que elegimos analizar la historia de vida de Rosa, preguntándonos cuál es la vía por la que se adecúa armoniosamente a la errante vida de los campamentos y a las normas desarticuladas de vida social que en ellos imperan. Y también cuáles son las constantes, los rasgos repetidos, que encontramos en las palabras de Rosa y que, pese a su singularidad, refuerzan las que otras mujeres que comparten los rigores de su presente.

El Origen Forestal

Si bien podemos señalar la modernidad como característica resaltante en la identidad de Rosa, no podemos olvidar su pertenencia —desde su familia de origen y la del marido— al contingente de

trabajadores de la madera. Parte de su fácil adaptación a la vida de los campamentos debe entenderse desde esta relación cercana, tanto familiar como del ambiente más amplio de las poblaciones de la zona forestal, en que vivió desde la infancia.

La madre y la suegra ilustran las dos opciones posibles para la mujer. La madre elige vivir sola con Rosa en la población y, como para la mayoría de las mujeres en su situación, la llegada del marido se convierte en un estorbo: "ella decía que no se hallaba cuando estaba él". De ella, que "le gustaba sembrar la huerta", Rosa aprende los residuos de una economía doméstica centrada en la subsistencia, que las mujeres de pasado campesino arrastran a los pueblos rurales. Una vez más, la mujer prefiere las garantías de la vida sedentaria y de la menguada dieta alimenticia de la tierra, a la insegura vida migratoria de los forestales.

La suegra en cambio prefiere la compañía del marido. No habiendo hijas mujeres, es esta vez uno de los hombrecitos —el que no estudia— quien toma a su cargo el cuidado de la familia.

Rosa no hace más que describir las dos opciones, no hay en sus palabras matices ni juicios personales, posición que mantiene a lo largo de su discurso, cuando narra situaciones que le son ajenas.

Luego de abandonar sus estudios trabaja como empleada de casa particular, en sus palabras, como "asesora del hogar", término poco usual en el ambiente rural y acuñado durante el período de gobierno demócrata cristiano. Pero pese a declarar que le gustaba su trabajo, añade: "de asesora del hogar, no más"; "no más" que señala la baja valoración que otorga al trabajo doméstico asalariado o, de otra forma, un nivel de expectativas que se entiende por la escolaridad relativamente alta.

A diferencia de la mayoría de los casos estudiados, en que el casamiento aparece como un acto impensado y repentino, Rosa establece un pololeo de casi dos años y opta por el matrimonio en el mismo momento en que se decidía a migrar a Santiago por razones de trabajo. El matrimonio es una decisión concertada y no el escape habitual a situaciones de conflicto; quizás por eso no está presente el arrepentimiento impreso en la mayoría de las historias de vida.

La Llegada a los Campamentos

Dos notas resaltan en la narración de la incorporación a la vida en

los cerros, y explican su aceptación activa y el enfrentamiento positivo y creativo ante la nueva situación de vida.

La primera se refiere a la percepción y la relación con el medio ambiente. Pese al choque inevitable que significa el traslado del pueblo a los cerros, la mayoría de las historias no dan cuenta de la experiencia del traslado más que en relación con los cambios en la forma de vida. El paisaje está ausente, sólo los contratiempos —la soledad, la lejanía, las carencias— hablan de la vida en los bosques.

La mirada de Rosa en cambio, escudriña los lugares, encuentra placer en la belleza, se asombra de lo nuevo. De su primera salida con el marido, en un campamento de Dichato, dice: “De primera no me hallaba, extrañaba harto porque ¡puro bosque no más! Pero eso sí que habían partes que se veía la mar ¡linda la parte! la playa, todo eso se veía de donde estábamos en un alto”.

Su narración del viaje cordillera adentro, es el relato de la aventura: adentrarse como pioneros abriendo camino, conocer el bosque virgen, el rigor del invierno en la nieve, las dádivas de la naturaleza.

A nuestra pregunta acerca de cuál había sido la experiencia de campamento que más le había gustado, Rosa responde:

“En las cordilleras... ¡Tan lindas las cordilleras! Cuando nevaba, ¡se veía lindo cuando estaba nevado! O sea, que como yo no conocía...” El relato de lo riguroso del invierno, se compensa con este placer en que se junta el conocimiento de lo nuevo con el goce de la belleza.

La segunda es la positiva predisposición de Rosa en relación con la gente que conoce en su peregrinar por los campamentos, ante la que ofrece una actitud abierta y disposición a la amistad: “uno se hace artiro; en el mismo cambio se hace conocido”. Y respecto a las mujeres. “hice bien buenas amigas, y quedaron allá muchas”.

Como decíamos, el juego entre elementos contrastados —recurso básico en la construcción de la historia de vida— no se establece en este caso para proyectar cierta imagen de sí misma o para reafirmar la identidad. Rosa establece contrastes desde un “nosotros” en que se involucra voluntariamente con el grupo —accidental e inestable como todos los forestales— y percibe las diferencias, no desde sí misma, sino a partir de los elementos compartidos en las prácticas y los contenidos de pensamiento de una abstracción que ella ha construido de la población forestal.

Es clara esta vertiente colectiva desde la que Rosa percibe el

“afuera” en su mención a la convivencia geográfica con el grupo mapuche en la cordillera. Si bien describe desde sí las diferencias —el habla, la economía de subsistencia, las fiestas, la religión—, los sentimientos asociados los localiza en el seno del grupo de mujeres y en el más amplio de la pequeña sociedad de forestales. Sus palabras: “nosotros no nos entendíamos”, “más que nada le teníamos miedo a la gente esa”, se refieren más a la reacción grupal que a su propio sentir. Porque, desde sí misma, sólo agrega una frase en la que de algún modo desmiente el contraste arriba planteado: “¡qué! si na’ que ver, igual que uno no más la gente”, y que subraya los límites entre el hombre y la cultura.

La Familia

Si Rosa es la mujer con más escolaridad de nuestras diez mujeres, su marido es el que detenta la mejor situación social y económica. Desgraciadamente, en el momento de la entrevista, no percibimos la importancia de averiguar si tal situación tenía alguna relación con su nivel de estudios. Queda simplemente entonces señalado como dato, que Rosa y su marido reúnen cualidades y potencialidades que los sitúan en una posición de claro privilegio, no sólo dentro del pequeño grupo estudiado, sino en el vasto territorio de los obreros madereros.

Pero si es singular esta situación, más aún es la concepción de pareja que emerge de la narración y que suponemos construida desde la matriz de la modernidad.

La concepción de familia se encuentra en su discurso totalmente entrelazada con el tema de la opción entre la vida de campamento y la poblacional. Como en todos los casos son muchas las variables que Rosa sopesa en su reflexión.

La primera es puramente económica, y pese a responder a una pregunta directa sobre su opinión personal, Rosa se desvía hacia lo colectivo: en vez de ejemplificar con su caso, Rosa se remite a la situación de los forestales.

Veamos cómo se desarrolla el diálogo:

—A ti qué te parece mejor ¿estar con el marido o quedarse en la población?

—“A mí que es mejor la vida con el marido en el campo (...) hay

maridos que ganan el mínimo. (...) Al final de cuentas que mantienen dos casas, porque la mujer, los hijos y él también tiene que mantenerse. Así que mejor la plata que van a gastar allá, mejor se la comen todos juntos”.

La argumentación se basa en una reflexión sobre la familia tipo forestal, muy distante de su propia realidad: el marido no sólo es un trabajador calificado, sino que ha logrado comprar máquinas motosierras y convertirse en contratista de los obreros que trabajan en el volteo; ella obtiene una considerable ganancia en el trabajo de dar pensión a los trabajadores y genera algún ahorro gracias a hábiles estrategias de autosubsistencia e intercambio.

La explicación económica, pese a ser la primera mencionada, se ubica así en un plano ambiguo, que más parece responder a la mirada atenta sobre el panorama social, que a un sentimiento unido a su experiencia personal.

Pero inmediatamente agrega dos explicaciones a su elección de vida en campamento, una en palabras de la pareja y otra que se une a la opinión general de las mujeres forestales.

—“Por eso a nosotros nos gusta andar aquí, es mejor andar todos juntos, porque los hijos también como que se crían... no los quieren a los papás así. ¿No ve que no los ven nunca?”.

Esta referencia al relajamiento de los lazos entre el obrero y sus hijos por causa de la lejanía, constante como queja o acusación en boca de las mujeres de la población, es en este caso el argumento para que la familia permanezca unida y preservar así su estabilidad.

Y a continuación aparece el aspecto del mecanismo de control que la mujer debe ejercer sobre el hombre para alejar los dos males más frecuentes: el trago y el despilfarro.

—“Y además que el hombre también se pone más borracho, desperdicia más la plata”.

Si apostáramos a cuál es, de entre las variables mencionadas, la más íntimamente ligada a Rosa, lo haríamos por aquella que establece a partir de la pareja. Ella parece reunir varios elementos que parecen serle vitales: la concepción del matrimonio, la planificación, la confianza en conducir la vida, el interés por los niños, la importancia del plano de los afectos y una búsqueda de algo que podríamos pensar como armonía.

Una sola frase, lentamente pensada, muchas veces nos dice más que toda una historia de vida. Por eso nos arriesgamos a detenernos

en ver cómo a partir de tan pocas palabras, emergen tantos y tan variados y ricos rasgos de la personalidad de Rosa.

El “nosotros” y “andar todos juntos” refuerzan, en el aspecto formal del lenguaje, la noción de pareja que comparte y, en el contenido, la voluntad de consolidar los lazos familiares. “Los hijos como que se crían...” es como una señal de alerta hacia el futuro; “no los quieren a los papás así”, rara mención a los afectos en las historias de vida forestales, que se refuerza con el “¿no ve que no los ven nunca?”, concepción de la parternidad que escapa a la noción simbólica de dar la vida y acentúa la importancia de la convivencia, del desarrollo de los afectos por la interacción de los individuos.

Por último, “nos gusta nadar aquí”, nuevamente surgiendo desde la unidad de la pareja, habla del “gustar”, noción vaga e imprecisa en relación a la calidad de vida, pero que suponemos asociada a la idea de placer o felicidad, aun cuando estas palabras parezcan prohibidas en las bocas de nuestras protagonistas.

Si nos detuvimos escudriñando los contenidos de este fragmento de la narración, es porque, además de entregar elementos para comprender los contenidos de pensamiento de Rosa respecto a la familia y a la forma en que la pareja ha concretado su existencia, están allí presentes las claves adecuadas para interpretar el discurso en la perspectiva de modernidad con que nosotras lo caracterizamos.

Respondiendo a una pregunta directa acerca del posible traslado a la población por la educación de los niños, Rosa se confunde en un largo discurso lleno de dudas e incoherencias. Es un futuro todavía algo lejano y el intento de responder se va construyendo a partir de sus miedos, de la experiencia que le ha tocado compartir en las poblaciones antes de casada, de las opiniones del marido, del carácter obligatorio de la escolaridad de los niños: en definitiva, la oposición entre proyectarse hacia el futuro retratada en una versión —el personaje desarticulado de la mujer de población— en que no se reconoce a sí misma, y la consistente personalidad que la obliga a quebrantar la armonía de su realidad presente y la determina a priorizar la educación de los niños, exponiéndose a riesgos en lo central de su proyecto de vida.

Pero desde dentro de su desordenado discurso, matizado de elementos afectivos y racionales, brota finalmente la inseguridad de Rosa ante la presencia ineludible del conflicto en la vida de las mujeres solas en la población. Si el trago y el despilfarro son amena-

zas visibles y se traducen en riesgos a la integridad física y a la sobrevivencia de la familia, no son menos ingratos los fantasmas de los celos y la mala nombrada, ni tampoco menores o menos violentas sus consecuencias.

Sin embargo, y pese a su larga experiencia poblacional entre mujeres forestales en su adolescencia, Rosa no menciona estas amenazas —la violencia del hombre y la sanción social negativa— siempre presentes en otras narraciones. Pero si antes se refirió al peligro de la bebida y el desperdicio de la plata, la soledad y los celos —esta vez los propios— están presentes. Pero, ¿será casual que mencione sus celos y no tema los del marido? ¿Cómo su propia desconfianza no la hacen prever una idéntica respuesta desde el hombre? Quizás Rosa quiere eludir lo que no puede dominar —los sentimientos impredecibles del marido— y en cambio sí acepta sus propios celos y desconfianzas ya que sobre ellos puede establecer defensas: para la soledad, tiene el ejemplo de su suegra y de tantas otras, que se acostumbran hasta el punto de que el marido las molesta en sus visitas; para los celos, nada mejor que ignorarlos. Rosa dice: “entonces ya le da celo a uno. Pero no conversando así esas cosas, ¿pa’ qué va a conversar esos temas? yo creo que no le daría celo”.

Existen lagunas en el trozo, partes de la reflexión que se rehuyen o ante las que se establece una réplica que también creemos se explica por criterios modernos acerca de la pareja. Porque no es la actitud que se refleja en el refrán popular de “ojos que no ven, corazón que no siente”. lo que propone, sino eludir de la conversación con el marido el tema de los celos o, de otro modo, de la desconfianza. Tácitamente, el fragmento parece decirnos que Rosa y su pareja practican una conversación —inusual en la relación campesina— en que todo se habla, salvo que, estratégicamente como en este caso, se opte por reservar zonas veladas. Y esta vez, no es el temor a la violencia, lo que margina de la conversación las conductas masculinas, sino la convivencia. La actitud entonces no se inscribe dentro de la racionalidad del sometimiento y del temor, sino en la planificación que persigue la estabilidad de la relación de pareja.

La existencia de un diálogo no sólo se percibe por las alusiones concretas, sino que se desprende de la cantidad de información que Rosa tiene de la actividad laboral del marido: sus compromisos financieros, las compras de herramientas, los gastos que demanda la gestión productiva. Y también en su narración están presentes los

valores que defiende el hombre en las relaciones laborales determinadas por su trabajo y la consideración que goza entre el grupo de trabajadores a su cargo.

Del minucioso conocimiento de la actividad laboral del marido, y por el interés que Rosa pone en los espacios más amplios, se entienden los contenidos del relato en que generaliza acertadamente las situaciones concretas que le ha tocado vivir. Ante una pregunta directa acerca de qué piensan los hombres sobre la situación actual del trabajo forestal, responde:

—“Dicen que está malo el trabajo”.

—¿Por qué?

—“Porque entre más gente anda cesante, buscando, les pagan menos. (...) Y si hubiera más trabajo y poca gente, andarían mejor pagados ellos”.

La explicación del deterioro del salario, a partir de los datos que entregan las conversaciones de los obreros, nos muestran la capacidad de trascender la descripción local o singular, y entregar explicaciones válidas no sólo para la situación de los forestales sino también a la relación entre mano de obra y salario.

Mencionábamos cómo Rosa habla desde un nosotros en que su identidad tiende a sumirse dentro de la unidad de la pareja. Esto se hace aún más notorio cuando ignora la inducción implícita inconscientemente en alguna de nuestras preguntas. Veamos un ejemplo:

—Y en alguno de esos campamentos ¿tú has hecho huerta?

—“Sí, nosotros siempre cuando hemos andado y sabemos que nos vamos a quedar por ejemplo un año o unos varios meses...”.

Rosa soslaya la respuesta fácil de contestar desde sí misma e insiste en una versión en que la pareja en conjunto analiza situaciones y adecúa a ellas sus prácticas, más aún inusual ya que el trozo se refiere al cultivo de la huerta, tarea femenina que se encadena con la responsabilidad de la mujer en la alimentación del grupo.

Esta aparente modernidad se refuerza con la narración de la ayuda que el marido presta a algunas fajinas domésticas. Además del picado de la leña, traída por los hombres desde el obraje maderero “cuando les da la agilidad”, Rosa narra: “a veces estoy lavando y él me ayuda a enjuagar: “no te vayas a acostumbrar no más —me dice— mira que yo no estoy todos los días aquí”. Si bien hay tareas pesadas en las que el hombre colabora en lo doméstico, el sentido de tal ayuda subraya las diferencias entre los sexos: el hombre justifica el aporte

de trabajo por su fortaleza física y la supuesta fragilidad de la mujer. El acarreo de la leña y su trozado, el trasiego del agua, la preparación de la tierra para la huerta, si no obligaciones masculinas, son ayudas que el hombre presta. En cambio, el trabajo de la cocina y el lavado son ocupaciones femeninas que solamente el hombre cumple, muy precariamente, cuando habita solo en campamento y que no reproduce cuando vuelve al hogar, aun en casos de emergencia.

En las decisiones respecto al número de hijos, priman las opiniones de Rosa. La opción de tener el segundo niño es por acuerdo del matrimonio: "yo quería una mujercita y le dije a mi marido: 'voy a ir al hospital a sacar el tratamiento'. Y estábamos los dos de acuerdo". Pero ahora, con dos niños varones, no toma en cuenta los deseos del marido de "tener otra guagua más, porque tiene que salir la mujercita". Rosa quiere criar al más pequeño antes de tomar la decisión de un nuevo niño "no tiene na' que andar una con dos críos, así que todavía tengo un tiempito". A la actitud pasiva que muchas veces la mujer asume respecto al embarazo, muestra por oposición un proyecto cuidadoso —que incluye el uso de dispositivo intrauterino— que privilegia el cuidado de sí misma. La atención que dedica a sus niños, se suma a un largo período de amamantamiento, en que persistía en el momento de la entrevista, pese al deterioro de su salud como resultado de "que le doy mucho pecho a la guagua". Cuidado de sí misma y sentimiento tácito de obligatoriedad respecto al amamantamiento, son de tal modo priorizados, que no percibe o no alude a la posible contradicción que encierran.

La Vida Social

Como en el caso de Prudencia, la vida social del campamento se centra en la persona que detenta un privilegio relativo dentro del grupo de trabajadores. Y, en ambos casos, van juntos al prestigio, una cierta holgura económica y la posesión del único aparato de televisión.

La pareja es anfitriona y organizadora de los escasos momentos de ocio y entretención. Los obreros —pensionistas de Rosa— que reciben sus comidas en la casa, aprovechan sus tiempos libres para ver televisión con la familia.

Pero la unidad del grupo se quiebra ante la presencia de unas

cuantas familias evangélicas que centran su vida social en la iglesia. Salvo para asistir a una "película buena", éstos se abstienen de la convivencia con sus vecinos, más aún para las grandes comilonas programadas para las fiestas y los días de pago, donde el trago, vedado a los evangélicos, abunda: "cuando ya nos ven que venimos con las botellas, no quieren nadita las mujeres. 'No pueden andar sin la mamadera' —dicen—. 'Lo que se pierden ustedes, no saben lo que es bueno' —decimos nosotros—".

El rechazo al trago que aparece en la mayoría de las historias de vida, no está presente en las palabras de Rosa. Su situación es diversa ya que el trago del marido no elimina el control de la mujer: "se toma unos traguitos pero no se cura y llega aquí y se cura". La borrachera dentro de la casa, en que no existe el peligro del derroche del salario ni de la presencia de mujeres, no altera la vida familiar. Pero las mujeres, se abstienen por la simple circunstancia de que, si no, "le sacan la mugre a patás los maridos".

Si Rosa se inscribe habitualmente en el colectivo —forestal o de las mujeres del grupo— esta vez se refiere a las otras: claramente no pertenece a las golpeadas. Pero inmediatamente vuelve a remitirse al grupo y, desde él dice: "no, nosotras no tomamos...".

Este juego de hablar desde sí misma y desde el nosotras, muestra cómo, conociendo las normas socialmente impuestas a las mujeres, logra eludirlas y marcar un espacio donde son las normas de la pareja las que rigen.

Al preguntarle si participa en el juego de naipes de los hombres, incurre en una incoherencia que resulta de esta contradicción que en ella se establece entre la representación colectiva y su identidad. Veamos cómo se construye:

—¿Y las mujeres no juegan al naipe?

—"No, nosotras no. A veces yo, cuando están algunos chiquillos que son más de confianza que otros, ya nos ponemos a jugar. Había otra señora que vivía aquí al ladito, venía y jugábamos al naipe aquí. Nosotros dos mujeres y dos hombres".

Y Rosa se entusiasma, y es larga la descripción de los juegos que comparte con los hombres. Entre el tajante "nosotras no", y el suelto discurso que le sigue, podríamos pensar que la racionalidad que prima es que el primero da cuenta de la prohibición que sufren las mujeres del grupo y responde al plural con que nosotras modulamos la pregunta; luego Rosa restringe la respuesta y se retrae a su propia

situación —y a la de su antigua vecina— donde es más amplia la licencia o la libertad para interactuar en el mundo de los varones.

Pero este centro de la vida social del grupo, se convierte en un estorbo cuando el ocio se prolonga. Encargada de la alimentación de un grupo grande de trabajadores, se queja: “aburren, porque ya quieren a cada rato pasárselo comiendo. (...) Además que yo les digo: ‘¡tanto hombre! ¿por qué no se van pa’ afuera unos pocos?’. Que se desocupe la cocina...”.

El goce de la vida social, no impide los momentos buscados de soledad de la pareja: la idea de compartir atraviesa el discurso de Rosa.

El Futuro

Rosa desarrolla a través de su trabajo doméstico, un complemento al salario del marido. La ocupación de dar pensión a los trabajadores solos del campamento, junto a sus esfuerzos por complementar la alimentación con productos del huerto, aves y chanchos, genera lo suficiente para la alimentación de la familia. Entonces: “con la misma plata de la pensión, come uno y su marido y sus hijos. El sueldo de él queda libre”. Y, por otra parte, establece intercambios entre trabajo y productos alimenticios, que van acrecentando su ganancia: da almuerzo a los camioneros y les cobra en productos del pueblo.

Esta cuidadosa economía doméstica, más el carácter empresarial del trabajo del marido, han posibilitado ir ahorrando lo necesario para comprar el sitio propio donde vivir. El indeseado traslado a Monteáguila, significaría un paso importante en la planificación del futuro: la adquisición de la vivienda ahuyenta las penurias de la invalidez o la jubilación de los sin tierra.

Convencida de las ventajas de vivir junto al marido, sabe que en un plazo no muy largo, deben determinar cómo dar una escolaridad estable al hijo mayor: “Este mismo ya está perdiendo un año ya, tiene seis años”. Para mitigar este retraso, enseña a su hijo las primeras letras; pero no siendo más que un remedio momentáneo, y de no mediar la improbable solución de una escuela para el sector, se impone la migración a Monteáguila: “porque sino ¿cómo le voy a darle estudio a él?”.

La única crítica en el relato, es a las mujeres que no se dedican a enseñar a escribir a sus niños: “no se preocupó de comprarle un cuaderno ni pa’ que hagan rayas los cabros”.

El estudio, como veíamos, es el medio de progresar o, por lo menos, de escapar a la dureza del trabajo y los percances a que asiste diariamente. Veamos el diálogo que provoca nuestra interrogante sobre si desea otro futuro para sus hijos:

—“Me gustaría que trabajaran en estos trabajos, pero que no sean así como obreros. Que tuvieran un trabajo más decente, más liviano”.

—Pero ¿por qué dices más decente?

—“Porque no trabajen en los bosques, así por ejemplo, me gustaría que fueran secretarios, algo así, no anduvieran debajo de los pinos todo el tiempo”.

El rechazo no parece fundarse sobre las diferencias del obrero y el secretario: alude a una “decencia” que significa ausencia de riesgo físico, de desgaste, de suciedad, de rudeza, todas características presentes en el trabajo de los bosques.

Para atenuar los temores que la asaltan respecto a su futura vida en la población, reproduce en su narración las palabras del marido: “si tenemos una casa, tú, todo el tiempo, cuando salga el Alejandro del colegio, te vienes p’ acá (...) y el invierno ya te vas p’ allá, y así...”, consuelo habitual, pero en el que no parece cifrar esperanzas.

El Espacio de Afuera

Hemos visto que Rosa, en la narración de los hechos de su vida cotidiana y de sus aspiraciones, desarrolla un discurso que, basado en razonamientos acerca de su realidad, trasciende en la mayoría de los casos el dato personal para citar lo colectivo y su experiencia de compartir, impone una mirada atenta pero acrítica en su enunciación y muestra un inusual desinterés por construir una imagen distinta a la que se desprende naturalmente de sí misma. Sin embargo, dista de ser un discurso descomprometido con los valores que se traslucen de sus palabras, con el destino que se ha prefijado.

Esta holgura con que Rosa narra y enriquece su pensamiento, también está presente en los trozos que se refieren a su reflexión sobre los espacios ajenos a la familia y el campamento maderero.

Parte de esta apertura al mundo exterior se explica, no sólo por la presencia del televisor, escaso pero generalmente presente en la vida de las familias forestales, sino por la actitud que lo convierte del elemento que potencialmente facilita un canal de vinculación con la realidad exterior, en una alternativa "educativa". A los hombres, dice Rosa, no les gustan las noticias. "A mí sí, a mí me gustan. (...) Me gustan todas las cosas pa' saber, pa' estar informada. No escuchar pura música o puras películas". Pero la información también distorsiona y explica alguna de las contradicciones de la narración. Si antes Rosa hablaba de la cesantía y los bajos salarios actuales del sector, ante una pregunta nuestra, responde con los contenidos que el Estado desde la televisión difunde.

—¿Cómo te parece que anda el país?

—“¿Del Gobierno...? Ahora hallo que anda mejor que antes, no hay tanto desorden pa' mi ver. Antes había harta gente cesante, había peleas, guerrilleros peleaban por cualquier cosa, no hacían caso a nada. Y ahora parece que está más ordenado”.

Orden y paz, soportes ideológicos del régimen, son aceptados por Rosa, pese a que, más adelante, relata su recuerdo del día del Golpe de Estado Militar, del miedo, del abuso de “los milicos”.

Rosa demuestra, a pesar de ser la mujer más joven del conjunto, una información bastante amplia del pasado: es la única que consigue nombrar los tres últimos presidentes constitucionales del país.

Respecto a sus derechos sociales, no sólo hay conocimiento, sino también iniciativa para demandarlos. La asistencia médica al grupo, se ha conseguido gracias a que Rosa escribió al hospital e hizo los trámites que concluyeron en obtener una visita mensual y el reparto de leche para los niños. En cuanto a la escuela que antes funcionaba en el sector, se queja de la desunión de las mujeres que no permite presionar ante el Alcalde. Y agrega: “¿cómo voy a ir yo sola no más?, le da cosa de ir sola ”.

El Peso de la Tradición

Si la vertiente moderna de la personalidad de Rosa es la que se evidencia con más fuerza en el discurso, la influencia de la madre no está ausente.

De ella, como vimos, heredó la práctica del cultivo de su huerta y conserva la disposición al intercambio propio de la economía campesina.

Junto a la valoración de la medicina formal, recurre a sus conocimientos de medicina natural, que se evidencia en el campo como un cuerpo de conocimiento colectivo, pero que siempre lleva un toque personal de la mujer que recibe ese acervo pero también innova, prueba y socializa según las hierbas que la región le ofrece.

Rosa establece, entre esas dos medicinas, una relación armónica: “le dio diarrea y me llevaron al tiro al hospital y busqué remedio y le hice”.

A pesar de la distancia, mantiene un intercambio de hierbas con la madre, que santigua y “sabe componer” y “les hizo un secreto a sus niños” para evitar el “mal de ojo”: esa es la razón por la que sus niños nunca se han “ojeado”.

Preguntada por nosotros acerca de si esas prácticas tienen relación con la religión, nos dice:

—“Es como una idolatría, pa’ mí que es algo así, que tienen fe. No sé qué harán: ¿rezarán?”.

Aun cuando parece existir cierta resistencia en sus palabras a las prácticas de santiguar, es ante las premoniciones de los sueños que establece un contraste con su pensamiento moderno: las rechaza considerándolas “creencias antiguas”.

Los relatos de las creencias habituales del campo —los “entierros”, los milagros de la noche de San Juan— son aceptados por su vigencia: “siempre los viejos hablan de eso y después no se atreven ni a salir pa’ fuera de noche”.

De lo anterior surge cómo, además de adoptar los conocimientos de medicina natural, acepta las creencias que tienen la autoridad de su universalidad en el ambiente campesino.

Sin embargo, respecto a la religión, y a pesar de declararse creyente, introduce sus dudas respecto a los rezos.

El diálogo que sigue muestra la perspectiva racional con que enfrenta la religión:

—“...pedirle a Dios que no llueva, porque si llueve no van a poder trabajar (*los hombres*), todo eso decía la abuelita”.

—¿Y tú crees en esos rezos?

—“Sí, en Dios sí creo, pero es que cuando está de llover, tiene que

llover no más, porque en el invierno, aunque oren que no llueva, tiene que llover porque estamos en el invierno”.

Cuestionamiento que se afirma en una reflexión que opone la razón al determinismo absoluto de la religión sobre todos los planos de la realidad.

También la representación de la mujer está teñida por la vertiente tradicional, por lo menos en lo que respecta al trabajo.

Reproducimos un diálogo:

—Y tu mamá en el pueblo, ¿trabajaba?

—“No, en la pura casa no más”.

La respuesta muestra cómo el trabajo de su madre en lo doméstico y en la huerta, no es percibido como tal, sino como parte de las obligaciones que debe cumplir.

Respecto a ella misma, al preguntarle si le gustaría trabajar, buscábamos la expresión de un deseo que, aunque imposible de cumplir por las limitaciones reales que impone a la mujer pobre su situación de madre y esposa, respondiera a concepciones modernas acerca de la incorporación al trabajo. Recibimos una negación inmersa en la realidad de tales limitaciones.

Hay un último aspecto que nos remite nuevamente a este peso de lo tradicional en la conformación de una personalidad moderna. Se refiere a cómo Rosa, no sólo se ha acomodado a la vida de los campamentos, sino al rechazo que hoy en día muestra por la vida poblacional. Si bien esta resistencia se explica en parte por la temida migración a Monteáguila asumiendo la condición desmedrada de “mujer sola”, Rosa se aparta del constante uso de la razón de que hace gala en su discurso, y se interna en regiones dominadas por sus sentimientos.

Veamos trozos del abigarrado relato de su estado de ánimo en su último viaje a casa de sus padres:

—“Yo cuando voy a pasear a Monteáguila ando intranquila (...) me daban ganas de llorar, una desesperación, no podía estar tranquila”.

—¿Por qué te parece que era?

—“No sé por qué sería, la calor me molestaba. (...) No sé, no me hallo. Si incluso la guagua se portaba mal allá, lloraba. Y me molestaba por ser el viento, el aire tibio que corre allá”.

Ninguna referencia a la población o a sus peculiaridades, sólo las manifestaciones psicológicas de resistencia a algo que no puede formular porque quizás yace encubierto para sí misma. Quizás, el

miedo a un futuro en que estará expuesta al azar y puede alterar la solidez actual de la pareja, o la pérdida de esa afirmación en la viabilidad de dirigir el porvenir a través de sus pasos.

INDICE

I	INTRODUCCION	11
II	DOS LUGARES, DOS MUJERES	
	La vida en las pueblas	33
	La vida en los cerros	42
III	LAS HISTORIAS DE VIDA Y SU ANALISIS	
	JUANA	55
	Historia de vida	57
	Juana, una identidad perdida	87
	VITERBA	87
	Historia de vida	89
	Viterba: los múltiples oficios	106
	SILVIA	127
	Historia de vida	128
	Silvia o el fatalismo	141
	ROSA	155
	Historia de vida	157
	Rosa o los rasgos de la modernidad	174
IV	CONCLUSIONES	191
V	BIBLIOGRAFIA	197



**Algunos Títulos del catálogo de
PEHUEN**

EL DESAFIO DE LA VIOLENCIA
Percival Cowley V.ss.cc.

MEMORIAS
TESTIMONIO DE UN SOLDADO
Carlos Prats

VISION DE AMERICA LATINA
1974-1984
Felipe Herrera

NO PASO NADA Y OTROS RELATOS
Antonio Skármeta

ISRAEL, NOTAS DE VIAJE
Alfonso Calderón

POESIA Y PROSA
Gabriela Mistral
Selección de Floridor Pérez

**ESCENAS INEDITAS DE ALICIA EN
EL PAIS DE LAS MARAVILLAS**
Jorge Millas

AUTOBIOGRAFIA POR ENCARGO
Cristián Huneeus

DEMOCRACIA PARA CHILE
Proposiciones de un socialista
Ricardo Lagos

en preparación

MATANDO LA INOCENCIA
Ariel Dorfman

**LA POLITICA EXTERIOR DEL
GOBIERNO MILITAR**
Heraldo Muñoz





pehuén

CEM